EL ÚLTIMO EDÉN

© José Gómez Muñoz

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Las cuatro estaciones del Último Edén-3

* **HAY DÍAS QUE** sin quererlo se me transforman y, en un descuido, se escapa el corazón con y por entre los asuntos cotidianos de la materia por la que estoy a veces soy y bien sabes Tú que aunque hay momentos que se alzan como obligación, yo no quisiera porque me entretienen y me ocupan y me dejan sin gusto y me llevan a líos y a problemas y a soluciones que ni me apetecen ni me saben a sustanciales ni me adentran por los caminos que, de verdad, mi corazón desea.

Y esto te lo digo porque esta mañana que ya tengo aquí y me arroya con el velo de lo cotidiano y de lo conocido y de lo mediano, me despierto y al notar que las obligaciones y los encargos que me han pedido, son tan materia extraña al sueño que resbala por esta alma mía y a los momentos de tu presencia dando calor y fuerzas, me vengo al rumor de la corriente que me anida y me respalda y me une a Ti y abro mis ojos por entre la claridad brumosa que está sujetando y al mismo tiempo expandiendo la mañana y al mirar, veo la tierra sembrada de tabaco verde y de panizos largos y medio arropando por las hojas que acarician el viento, el camino blanco que lleva al collado de las tierras que empapa el agua de la

fuente que brota entre los juncos que se extienden y llenan la redondez de la elevación de las dos vertientes.

Y por el camino que sube y a un lado y otro, los distingo a ellos en sus cuadrillas pequeñas, ocupados y doblados y sudando en la sementera que brota de la tierra y aunque ha pasado el tiempo y las mismas gotas de rocío parece que hoy todo lo entierran, los sigo viendo juntos y luchando por el trozo de pan que con tanta tacañería da la tierra y como por la llanura sigue pastando el rebaño, los mastines que lo guardan, han olfateado a los lobos que cruzan por el collado de los juncos y por la senda suben convertidos en polvo y ladrando a chorros y transformados en furias y vuelcan por el collado y por entre el monte de la espesura que rodea a las encinas negras, se levanta la nube blanquecina de la tierra seca y se estira el tropel de las alimañas y los cuatro perros mastines que llegan y el viento que se tiñe de más polvo gris y por el barranco retumban los ladridos y el ambiente se carga de tensión y de intriga y de miedo y de belleza.

Y por donde aquel día nos paramos porque queríamos acampar más arriba y deseábamos llegar

cuanto antes para dedicarnos a despedir la tarde ya con las tiendas montadas y desde el pantanillo, sigue la senda que va principalmente a los olivos que sembraron casi en la misma cumbre, los siento enfrascados con el terror y no puedo verlos porque me los tapa la altura del cerro que da forma al collado y estoy mirando con el deseo de enterarme de lo que ocurre en esa soledad del barranco, cuando al ver los olivos, me acuerdo de lo que me sucede cada vez que miro a esta porción de tierra.

Cuando subo por al carretera que ahora trae al valle, al llegar a la altura del charco donde se bañan tantos, si miro hacia esta ladera, veo a los olivos sobre la cumbre y desde ahí me creo que están más en la cumbre aún porque desde el río, por donde se mece el charco remansado, se alza la impresionante pared rocosa y es tan grande que vista desde este punto me creo que es imposible que por encima de este gran cortado nadie, sembrar nada pueda ¿Cómo va a poder si ya es la cumbre? Es lo que para mí siempre me digo pero no es la cúspide total, sino la mitad de la cumbre del pico que tiene almagro y más arriba de donde crecen los olivos, es donde está la máxima altura de la sierra última pero lo

que me ocurre es que en cuanto desde el río veo a los olivos en todo lo alto, me quedo asombrado, aunque ya sé que en todo lo alto es vistos desde abajo pero en la mitad, mirados desde donde los montes besan a las estrellas.

Mas, antes de seguir, como ahora estoy pensando, me acuerdo también de lo que me dijo padre cuando aquel día le pregunté por el secreto de los olivos en general y por esta sierra.

- Pues te digo que los olivos son presumiblemente los seres más viejos de España, capaces de alcanzar el milenio y, además, el olivo, Olea europea, es la forma doméstica del acebuche, que mide entre seis y diez metros de altura y tiene un tronco grueso que con la edad tiende a ahuecarse y una corteza pardogrisacea y la copa es densa y redondeada y las ramas flexibles y las hojas son simples, perennes, opuestas y de color verde oscuro y en primavera forma pequeños racimos de flores blancas que en otoño se convierten en aceitunas que son recogidas en invierno de mañanas frescas.

Y en Andalucía se encuentra los dos tercios de la superficie total olivarera de España con 350. 000 hectáreas que corresponden a la provincia de Jaén y la gran mayoría de las zonas cultivadas de olivos en esta provincia se haya en la cuenca del Guadalquivir y la margen izquierda del Guadiana menor y el olivo posee dos características que lo hacen atractivo a un determinado tipo de animales: su tronco y sus frutos y la fauna asidua de los olivares agrupa desde el mochuelo o la jineta y las comunidades de zorzales e insectos y algunos de los animales son pequeñas aves invernantes del centro y norte de Europa como el mosquitero y el zorzal común y otras y el mochuelo anida en él y la jineta y lince que se acomoda en sus huecos y las lagartijas y los lagartos y las culebras.

Y cada vez que tú pases por las laderas occidentales de las sierras que miran al sol de la tarde, verás como los olivos suben hasta los montes más altos de donde en otros tiempos quitaron la vegetación propia del terreno y se dedicaron a plantar olivos hasta casi en las misma rocas y te asombrará esta verdad y te sorprenderá el esfuerzo y la lucha por sembrar este árbol

allí donde siempre deberían haber crecido sólo madroñeras y robles y encinas porque, además, todas las laderas están peladas y aradas y limpias de cualquier otro tipo de plantas que no sean estos grisáceos árboles aunque den un aceite casi maravilloso y sean compañeros de soledades y de alegrías y de tristezas.

Y es verdad que las laderas peladas y los olivos ahí clavados como si de un capricho se tratara, es lo primero que me llama la atención en cuanto veo ese trozo de olivar en la cumbre sobre el charco de las aguas azules que se recoge en el río y entre las piedras y por eso siempre le pregunto que:

- ¿Cómo es posible que hasta esas alturas hayan subido a plantarlos?
- Pues han subido porque ahí están.
- Pero si a esas cumbres sólo llegan las águilas y las nieblas.
- Eso es porque tú lo estás viendo desde el lado del río porque los serranos le han entrado por detrás aprovechando la depresión del arroyo de la cascada de los fósiles y trazando un camino con grandes zigzags, algo más arriba del pantano, entre unos arrayanes, por

donde al grande se une un pequeño arroyuelo por la izquierda y se dividen las sendas que siguen el arroyo de la cascada de los fósiles arriba hasta donde puede, que más adelante te diré y verás y la otra va al olivar que ya se ha quedado bastante atrás y sobre la cumbre y a la izquierda.

Pero de todos modos un día te contaré la aventura que supone tener un olivar en estos parajes porque recoger las aceitunas aquí, es una odisea y sacarlas con mulos por la senda, otra y subir y rebuscarlas, es una hazaña mayor y varearla es ya la madre de las odiseas.

Y como le digo que sí, que necesito que un día me cuente todo lo que de estos y otros muchos olivos hay repartidos a lo largo y ancho de la sierra para así meterme más entre las carnes y los sudores de los que son mis hermanos y tienen que besar el color pardo de la cara tierra para ganarse el pan que comen cada día, me responde que ya me iré enterando y que no tenga prisa que todo con el tiempo llega.

Y a estas horas dulces de algodón mullido y luz color naranja con ribetes de lejanías y sombras apagadas, mientras sigo oyendo el rumor del mundo que me rodea y con su ritmo de acidez que sabe a hierro y a materia, marcha a los asuntos que a tantos interesan y entre los cuales yo estoy porque me arrastra pero sin pertenecer ni sentirme arte ni parte porque es otra realidad y otro sentimiento el que me embarga y llevo dentro y me transporta por los espacios humildes y sin nombre de los caminos que son como esencias de la materia que late en mi alma, sigo sintiendo a los mastines enfrascados con los lobos que atraviesan las laderas y se meten galopando por los mares de la luz del sol y las horas del tiempo que se hunden y ya se apagan y resaltan firme ardiendo como lumbreras.

Y sigo viendo la hondonada majestuosa donde estuvo el cortijillo de blanca piedras y el cerrillo y la tierra todavía redondeada por donde caminó mi amigo hermano aquellas mil mañanas con la frente bañada de sudor y de sueños que eran pavesas y también la última cuando estuve con él y desde la elevación del terreno me mostró la majestad de la enorme vega de hierba blanda con sus

cuadros de árboles gigantes y su río corriendo y atravesando los montes y la vaporosa niebla que del valle mana y sigo viendo el molino de las paredes rotas y sigo oyendo sus palabras que me dicen, mitad gozo y mitad tristeza:

- Hay mismo estuvo el molino que machacó tanto grano de cebada y tanto centeno y tanto trigo y tanto panizo y todavía y en algunas de sus piedras grandes y anchas, están grabados los signos que retiene a la historia de aquellos tremendos momentos y a la vida de las personas que ahí lucharon y más abajo, están los caminos que se borran y siguen abrazando y mantienen vivos las huellas de los que fueron nada pero lucharon y sufrieron y aunque el tiempo pasa, no se borran ni dejan de gritar ni de anunciar que más que huellas de pisadas titubeantes, fueron trozos vivos de inmaculadas almas.

- ¿Y aquello que me decías de la hondonada por donde se concentra el sabor que tiene gusto de eternidad y se encuentra como durmiendo entre el monte y las zarzas?

- Aquello es puro trozo del pasado que sangra y es tan bello y tan dulce y tan sustancia sensible y al mismo

tiempo, ascua, que cuando vengas otro día con más calma nos pondremos a recorrer las senda estrecha que baja y como el que muestra las fuentes claras que sólo manan en el corazón y no agua que quite la sed ni nieve blanca, te lo enseñaré y te diré la exacta palabra para que sientas y descubras y seas lo que fue y lo que es y lo que late y duerme entre las zarzas.

Y luego se fue de mi lado y durante un rato más lo vi caminando por la tierra inclinada del barranco que es arroyo pequeño y al mismo tiempo, cañada que se derrama en dos vertientes y por la tierra que a un lado y otro baja, la imagen virgen y pura y fresca de la verde cebada que brota de la tierra y el sol que la baña de luz limpia mientras por lo más hondo, por donde fue la senda en su silencio de piedra y agua, lo sigo viendo caminar triste y con su cara transformada y buscando entre el viento que roza las nubes y entre el perfume de la mejorana y la espuma blanca de la corriente y el temblor de los olivos y los álamos que también callan, la luz o la gota de savia que le devuelva la salud y el gozo y la dicha y la belleza al alma endeble del hijo de sus entrañas que se muere entre sus manos y las de la madre callada y no

sabe ni a dónde ir ni qué hacer por él ni qué darle de comer ni encuentra la palabra que le transmita el consuelo y le levante un poco el alma.

- ¿Si tú me dijeras qué podría yo hacer por este hijo mío que se me apaga y se me consume en este dolor que le estrangula y nunca cesa y le quema y le amarga sus cinco añitos primorosos y su cara de azucena blanca?
Y como yo no sé qué puedo hacer por este hermano mío ni por aquella madre hermana ni por la abuela que se consume escondida en el rincón más humilde y silencioso de esta tierra mía de tanta hierba tanto monte y tanta agua, lo escucho y me estoy a su lado y luego me digo y le digo que si él o yo o los otros hermanos tuviéramos un montón de monedas de plata, podríamos llevar a su niño al mejor médico y a la ciudad más grande y cara.
- Y a lo mejor nos sonríe la suerte y su enfermedad se cura y su dolor se calma.
- Esto es lo que tanto pienso y lo que en mi corazón quisiera pero dime tú ¿a dónde voy yo con estas manos tan vacías y tan blancas? Si sólo tengo este trozo de tierra y este cortijo y las cuatro cabras.

Y como no sé qué respuestas debo darle porque me siento pobre y también sin fuerzas y sin palabras que le puedan traer un buen consuelo, guardo silencio y miro al niño sentado sobre la torrentera de las zarzas que se amontonan por el arroyo ahí donde el cristal se remansa y mientras el corazón se me llena de ternura y adivino el dolor que le está rompiendo sus entrañas, observo las hojas secas que se desparraman por la espesura del bosque y las ramas que rompió la nieve cuando la tormenta de aquella mañana y para mí y también para Ti, que todo lo ves y todo lo sabes y todo lo tienes recogido en el gran libro que el gran día, dará libertad y luz a mi alma, me digo que los pobres de estas montañas, "semos" como las hojarascas que el viento desprende de las ramas, que caen al suelo y ruedan por entre el polvo de la tierra y la lluvia las empapa y el tiempo las va sepultando y las piedras las machaca y las noches las destroza y cuando con el frío crudo del hielo de las escarchas, se quiebran un poco más, ya desaparecen entre el musgo y se hacen tierra y polvo y agua con los manantiales que bajan por las paredes de las rocas y mientras van muriendo cada día, callan y sólo el tiempo y la sombra y los grillos y las cigarras, saben de su

existencia y también con la podredumbre, guardan silencio y siguen y pasan.

Que por esto te decía antes que hay días que sin quererlo se me transforman y, en un descuido, el corazón se escapa con y por entre los asuntos cotidianos de la materia por la que estoy y soy y me aplasta y no quisiera, Dios mío, quedarme vacío por dentro y sin el grito que me desgarra y me hace mirar impaciente y esperanzado, a las zarzas espesas que arden en la profundidad del barranco y por donde parece que, la vida que anhelo, está aplastada esperando el momento del día y de la hora y del alba.

* **HOY ME ARROPO** frente al mundo que me arrolla y me arrastra entre sus dientes fríos, con la gruesa manta de la luz que saco desde la alcoba de mi corazón y entre otras cosas es porque quiero y necesito proteger esta vida pequeña que llevo y acurruco en mi pecho y defiendo de las dentelladas agrias que tanto miedo me dan por el dolor que producen y el destrozo que dejan en la frágil carne de esta alma sensible que me has dado.

Y con el pellizco enganchado en la misma carne viva de este corazón mío, miro y tiemblo de miedo porque son tantos y tanto lo que me acecha y quieren destrozarme que si no fuera por el manto de protección que extiendes sobre mí, no me atrevería ni a levantarme y mucho menos a salir a la calle o a los caminos por los cuales siento que debo y quiero ir y donde ahí, en la primera curva de la senda de la llanura, veo también la escena que me asusta y me hiela la sangre en las venas que alimenta mi vida.

Me encuentro sentado sobre la piedra de la espera que hace de balcón frente a la gran llanura, cuando los veo llegar y enseguida siento los gruñidos y como todavía soy endeble ante la potencia de la tierra que me presta sus caminos y pequeño y casi nada entre las luchas cotidianas de las cosas que van dando el alimento y las fuerzas, en cuanto siento los gruñidos, me voy para la pocilga por donde se alza el cortijo y ya los veo enfrascados con los verracos grandes y abriendo el corte en el punto exacto y sacando la carne palpitante y sangrando y cosiendo y mientras tanto el marrano, gruñendo y ellos bregando para sujetarlo contra el suelo y

como la herida y la sangre y los gritos y el hecho en sí me resulta tan cruel y tan duro y tan palpitante, me voy y me alejo y me escondo por el monte que lleva a la fuente de los álamos.

Y cuando pasa un rato y se me acerca el padre y le pregunto por qué todo es así de fuerte y de claro y de tremendo, me mira y me responde diciendo:
- Tú no lo entiendes todavía pero a los marranos hay que caparlos para que engorden con vista a la matanza que ya tenemos planeada antes de la Navidad.
- ¿Pero así tan vivo y tan nítido y tan desnudo y frente al día y tirando con los dedos de las manos recias?
- Ya lo has visto y ahora te digo que así de cruda es como en más de un momento, sin que lo quieras, se presentará la vida y esto aunque no es ejemplo certero, si es ejemplo real de lo que “semos” los serranos frente a los que se nos presentaran en los caminos y por las puertas y por las tierras que pisamos.
- ¿Quieres decir que como estos marranos también nosotros tendremos que mostrarnos frente a ellos sin dejarnos llevar por la virilidad de nuestra propia naturaleza?

- Aunque la poseamos, tendremos que ser y tendremos que comportarnos como si estuviéramos mutilados y como si nos faltara la fuente de donde sale esa hombría que machaca desde la fuerza del músculo potente y dominante y como ahora ni tú lo entiendes ni yo sé decírtelo con palabras, mejor es que esperes y ya verás como luego la misma vida te va diciendo que hay que acobardarse y encogerse y ser nada para que el corazón y el alma brille y salga la verdad que conviene y ayuda y hace grande a la dimensión del espíritu.

Y como lo del padre y lo de los marranos recién capados y el símbolo de su verdad cruda y la mañana y el ambiente y el desgarro en mi endeble alma, me supera y me asusta el tiempo que me desorienta y me hiere, me voy por el camino que lleva a la peña grande y donde la sombra del pino grueso se derrama y se amontonan las piedras rajadas y la hoya del terreno que baja de la cañada, me pongo a buscar a ver si encuentro el tesoro que tanto dicen escondieron por aquí y como escarbo y muevo tierra, al rato sale un trozo de tejolete y luego un candil de barro y después otro casquillo de vasija rota y

me estoy entusiasmado al tiempo que olvido lo del “capaor” y los marranos sangrando, cuando oigo a la niña hermana que sube por la cuesta y con su cachorro de mastín en las manos, me llama y me pide que le ayude porque se encuentra en apuros e ignora lo que está pasando.

Y dejo el trabajo ilusionante que me tiene ocupado y salgo a su encuentro y a estar a su lado le pregunto qué le pasa o qué ha pasado.

- Pues que me salí de casa con el cachorro en los brazos y me fui al cortijo de la hermana que vive junto al río y con él y su gata nos pusimos a jugar y como yo sé y tú sabes que ella siempre ha sido mansa, me creí que no nos haría ningún daño pero no fue así y aquí tienes los resultados.

Y con sus manos temblando me muestra el hocico del perrillo y veo que todo lo tiene sangrando y bastante gordo y mira triste y sin fuerzas y está apagado y como me sigue extrañando le digo que quiero oír más palabras suyas para ver si así averiguo algo.

- Ya te digo que estábamos jugando y la gata abrió la boca y lo mismo que otras veces, el cachorro se prestó a las caricias de los amigos y compañeros, pero ella le mordió con tanta fuerza que le clavó los dientes y luego le arañó y después volvió a abrir la boca y casi se comió la nariz de este perrillo que tiene tan pocas fuerza y se le ve tan débil y tan inocente, cosa que también sabes tú y como el animal no se esperaba la tan fiera tarascada, reaccionó chillando desconsoladamente y corriendo por la llanura como si buscara un lugar donde esconderse y ese comportamiento de la gata mansa y estos ladridos del perrillo chico, es lo que tanto me ha asustado y me ha desconcertado y me ha dolido y no sé por qué y por eso lo he cogido y me he venido a tu busca y te pregunto haber sí lo entiendes y me lo puedes explicar algo.

Y lo estoy mirando y como en mi alma tampoco encuentro yo una razón que tenga claridad, le digo que habrá sido por alguna cosa extraña que está ocurriendo y quizá nadie lo sepa sino el mismo viento y la gata mansa y puede que la corriente limpia del río y las nubes que vuelan o quizá las estrellas o la luna o puede que sólo el dueño de la tierra y el cielo que ha querido o quiere que

las cosas ahora sean así para demostrar alguna otra verdad que desconocemos.
- O para, como simplemente siempre dice padre, que vayamos aprendiendo que las cosas, en la vida real, no son tan sencillas como a veces las soñamos.

Y para animarla y procurar que se olvide un poco, le digo que estoy buscando un tesoro que se esconde por este rincón de la sierra y ahora sólo me falta encontrar la caja de barro donde dicen está guardada la perla que tiene valor gigante.
- ¿Y quieres decir que si la encontramos eso será mucho más importante que lo de este cachorro y lo del extraño comportamiento de la gata mansa?
- Quiero decir que si lo encontramos habremos hallado la fortuna grande que contiene la luz de todas las luces y la belleza de todas las hermosuras porque así dicen, y tú también lo sabes, es la joya que brilla con resplandor propio y por eso es distinta a todas las otras y por eso se llama perla y es más grande que todo lo que en nuestros corazones llevamos.

Y hoy, como ya te decía, me arropo frente al mundo que me arrolla y me arrastra entre sus dientes fríos, con la gruesa manta de la luz que saco desde la alcoba de mi corazón y entre otras cosas es porque quiero y necesito proteger esta vida pequeña que llevo y acurruco en mi pecho y defiendo de las dentelladas agrias que tanto miedo me dan y mientras sigo en mi espera, que tampoco sé ahora cómo se llama ni donde tiene su comienzo ni su final, me cubro los ojos con mis manos y te busco por lo más profundo de mi ser y te pido, lo que Tú ya sabes tanto necesito y quisiera y mientras llegas, aquí sigo y espero y muero y todavía un poco sueño porque cada vez, menos comprendo aunque me despierte soñando.

* **ES DELICIOSO,** a pesar del dolor y ahora esta mañana, la presencia y el ruido de las grandes máquinas enturbiando el momento y rompiendo la tierra de los cerros y la cañada que roza el valle para trazar la nueva carretera que destroza los caminos y une a las aldeas y los pueblos, el espacio por donde se pasea mi alma en la noche cuando duermo y el sueño que sueña desde el rincón de este arroyuelo que tan mío lo siento.

Y lo digo porque acabo de despertarme ya abrazado por el frío de la mañana de otoño mojado que arranca de las lluvias de ayer por la tarde y la niebla y las gotas del relente temblando en las hojas y el pasto blanco porque la hierba todavía no ha brotado y a parte del poco ánimo que contagian las obras del destierro para la nueva carretera, por lo que están rompiendo y el silencio que tanto guardan acorazados en no sé qué extraña fortaleza invencible de poder, también me alegra el gozo de la presencia del hermano que ha vuelto, más entre la verdad pura del sueño que no ocupa espacio que en presencia viva de materia que como yo, siente frío, llora y sufre.

Y como el hermano mayor sí lo sabe todo y por eso le concedemos nuestro respeto y el privilegio de nuestra humildad, con el cariño más sincero del corazón porque lo veneramos y lo tenemos idealizado como el modelo a seguir y el guía que nos conducirá por las aguas tranquilas y turbulentas de los caminos de la sierra y de la vida y como lucha fuerte y se mantiene agarrado al sueño que ama, además de haber traído la alegría con su presencia, esta noche y en el cortijo y en compañía de los

padres y la hermana pequeña, lo hemos celebrado y ha sido deliciosa su compañía y tenerlo con nosotros compartiendo el pan en la misma mesa y frente al fuego de la chimenea y el calor de las paredes, recogiendo el amor en el nido del cortijo.

Y como el hermano mayor es tan majestuoso y tan maestro y faro en esta noche de tinieblas que se prolonga y, por ahora, no deja ver la meta, antes de emprender el camino para volver a donde se encaja junto al trabajo, la hermana pequeña y el hermano mediano, lo hemos acompañado hasta los cerros que ahora rompen y al pasar por debajo de la noguera vieja, hemos visto el columpio donde en aquellas tardes, él meció con sus manos a la frágil ternura, que en cuerpo y alma, en la niña que le quiere y al ver la tierra todavía levantada, recuerdo que ahí mismo fue donde se encontró las monedas de oro.

- Yo estaba jugando, mientras esperaba que tú vinieras y al mirar al suelo, vi que los rayos del sol relucían sobre una cosa redonda y me agaché y al cogerla, descubrí que era una moneda dorada que parecía de oro pero que después ya sabes que padre dijo que no lo era y luego

buscamos más pero sólo vimos aquella y lo que olvidar no puedo, es el momento.
Le dice a la hermana pequeña.
- Pues otro día que vuelvas y, cuando tengamos, tiempo nos vamos a poner a buscar a ver si la suerte nos acompaña y encontramos el gran tesoro.
Contesta la hermana.

Y cuando llegamos al cerro y vemos a los que en la tierra y con las máquinas trabajan, habla él y nos dice que para recorrer esta tierra, desde aquí hasta donde va la carretera y luego a su tajo, no necesita caminos que se apoyen en el suelo.
- ¿Entonces cómo te mueves?
- En un vuelo sencillo que es como un sueño y que se mezcla entre el viento y sin rozar la tierra, atravieso el valle y las cumbres y voy y vengo volando en la alegría y el gozo bueno sin necesidad de romper nada ni sentirme limitado.
- Y para aprender ese juego y saber ponerlo en marcha ¿cómo lo hago?

Y el hermano mayor nos ha dicho que esta otra realidad deliciosa, ni se aprende ni se compra con las cosas de este suelo y que como ahora lo que importa es que estamos juntos celebrando el encuentro, mejor es que nos dediquemos a vivir este otro sueño y mañana cuando se marche, antes de irse y desde los cerros que están rompiendo las máquinas, nos enseñará un poco el secreto de la ciencia que él sabe y conoce para en lugar de ir por los caminos, atravesar la tierra en vuelo.

- Pues eso será, además, bueno para que a partir de ahora, desde tu rincón allá en la cumbre, vengas todas las noches a vernos.

Le dice la hermana pequeña al hermano que esta noche ha vuelto.

* **CUANDO AHORA MISMO** el cielo está cerrado con las espesas nubes de la tormenta que descarga y su tono es gris ceniza y gris anaranjado y tirando a negro por los barrancos y mientras brillan los relámpagos seguidos del retumbar de los truenos y acompañados por el rebotar de las gotas blancas en la maraña de las hojas que se aprietan en el bosque, me despierto y miro y me expando como lo hace la niebla empujada por el viento, llenando el

espacio donde se contienen toda la sierra y mientras ella y yo, una vez más, nos empapamos con esta lluvia que es fría sangre que desde tu amor nos une a la estrellas y a los recuerdos y al corazón de cuanto bajo el cielo está respirando, me digo y siento que es grandioso este universo nuestro por lo que tiene de vida y de sincero placer por lo bello y por la perfección que anuncia y de este consuelo limpio que me hace casi rey y al mismo tiempo dueño y amo.

Y mientras gozo del momento dulce y la tormenta y cae y la lluvia y empapa el campo y Tú por aquí te paseas y no te importa ni te influyen los que están más allá, amontonando los tesoros que corroe la polilla y también, dentro de cuatro días, los gusanos, sigo mirando y me veo subir por el trozo de sendero que juega con el arroyo y lo corta al comienzo y algo más abajo, veo las raíces de los tres robles viejos que hace sólo unos días arrancaron porque estorbaban para la pista que venían construyendo ladera arriba en busca del edificio nuevo que, en el barranco de la fuente de los juncos, han levantado y ni se sabe para quién es palacio tan bello y como siento tristeza y pena, me acuerdo de los llantos de la niña cuando vio

los magníficos árboles por el suelo y entre los huecos de sus troncos, roto también, el nido del mochuelo y el de la lechuza y en los otros agujeros, las camas de las jinetas que al atardecer, recorrían los gallineros y llenaban el valle de chillidos y de ladridos de los perros y recuerdo que ella me preguntó:

- ¿A quién se le permite romper de este modo y tan a lo ligero, lo que tantos años y incluso siglos, entre nosotros tenemos y amamos?

Y como no supe qué responder, seguimos caminando por el sendero y mientras comenzábamos a jugar con el revoltillo de nubes blancas que Tú habías sembrado por el cielo, ella y yo lentamente nos bebimos, aquel amargo desconsuelo que ya se parecía un poco, a lo que tanto nos inquietaba e iba despuntando cual descolorido lucero.

Y como ahora sigo mirando, me veo entre los que siempre fueron míos y pletóricos de gozo y atareado en la limpieza de la reguera o la canal o el cas, que de todas estas formas lo llamamos, que baja desde lo hondo de este barranco y justo del arroyuelo mío y surcando las madroñeras de troncos milenarios, cae por la ladera y lleva el agua a la primera llanura donde están las huertos

sembrados y luego sigue corriendo y por la tierra saltando y lleva más agua a la otra llanura y a las casas que se hunden y a los tornajos y a la fuente donde lavan las mujeres y a los piazos de panizos que ya se alzan verdes y a las tierras donde se oculta el tabaco.

Y mientras clavo mi azada en la tierra y la grama que invade la reguera, me digo para mí y callado, que igual que el hierro de esta azada mía se hunde en el barro de esta llanura donde también el trigo ya cubre el llano inmenso, igual hundo yo mis raíces en las montañas y arroyos que hoy ayer y mañana y hasta que Tú quieras, estoy de continuo pisando y como el hierro de esta azada mía abre la tierra, así mi corazón abro y si en ella están las raíces de la grama, en mis carnes están las raíces de cuanto es y amo y lo mismo que el agua salpica a cada golpe contra el barro, de mi corazón y de mi alma salpican y están empapando, los latidos de mi sangre que riega y bendice a estos campos y a sus trigales que son pan y amapolas que son abrazos y tréboles y margaritas y violetas y cardos que llenan la tierra y les da la vida porque son bocados para las ovejas y sueños y caminos y joyas y deseos y gozos y llantos.

Y mientras sigo clavando mi azada, sigo al cielo mirando y cuando las nubes se abren y se esparcen como sueños por el azul del infinito y los ríos largos, me digo que Tú me arropas y me prestas tus cuidados para que me sienta yo, pleno de dicha y todo ancho, en medio de esta tierra mía y su gran verdad color castaño que en nada se parece ni tiene que ver con lo que ellos amasan y andan rebañando.

* **EL OTOÑO QUE,** todavía se encuentra en el pico primero, ya está plantado justo encima de la ancha sierra y hay momentos que se los pasa lloviendo todo el rato y otros momentos, se van las nubes y el cielo se queda raso y por los valles se esparcen las sombras y ya todo el suelo está empapado por los grandes chaparrones que, con sus nubes espesas y sus truenos y sus relámpagos, caen y tan abundantes que llenan los arroyos de los barrancos y las cascadas saltan y las fuentes recobran la abundancia que tenían hogaño y hay momentos de tanta belleza que parece que el otoño todavía no ha llegado pero yo bien sé lo que siento y veo porque bien lo palpo.

Y aunque también con su viento frío y sus gotas que, al mojarme me dejan helado, me ha traído ilusión y por el corazón me corre el mundo transformado, con el viento y las nubes húmedas de la mañana, el otoño me ha traído su resfriado del que no temo mucho porque igual que aquellos años, me lo curo con miel de las colmenas que se esconden entre los peñascos y con la bufanda liada al cuello y con los abundantes tragos de agua limpia y con abrigo y, como tantas otras veces, en dos días ya estoy sano y sigo el camino tras los pasos nuevos del otoño recién llegado y se me ensancha el alma y todo es como si el viejo mundo y, con él mi ser entero, naciera de nuevo en un dulce abrazo que trae momentos de tormentas negras y corrientes y ratos de cielos limpios y de nubes blancas y de suelos empapados para que maduren los madroños en las noches de estrellas brillantes y cantos de cárabos y se abra a la ilusión, las ramas peladas de los álamos que mudan sus hojas y comience el llanto de los ciervos que braman en el silencio quebrado y ellos y yo y mi resfriado y Tú con nosotros siempre callado, anunciamos alegres, que el otoño ha llegado.

Y como esta mañana perdida y única en el universo azul de este mar blanco, me encuentro junto a mi amigo pastor y bien remontado por el camino que surca la ladera, me dejo llevar de su mano y desde la mitad de la cumbre y en la maraña del bosque apretado, nos venimos, siguiendo la rota senda y conforme vamos recorriendo la tierra, vamos bien alzados sobre el valle y su gran barranco y conforme coronamos, agarrados a las ramas de los acebuches y de los lentiscos y de las cornicabras y del romero perfumado, vamos dándole la vuelta al cerro y pasamos a cien metros de la tinada donde tengo el rebaño de ovejas y donde tanto he dormido y tanto he soñado remontado en el gran balcón de la tierra de la ladera y todo frente al llano y al arroyo de las parras espesas y los huertos de tabaco y las torrenteras que siguen al arroyo y el suelo tapado por la cubierta de la tierra fértil y la presencia del hermano.

Y cuando ya damos la vuelta al cerro y caemos al barranco que mira a la tarde por donde sube la otra senda metida entre la espesura de los negros chaparros, nos quedamos quietos sobre el acantilado de la gran pared y observamos y es el momento en que el amigo me dice:

- Por ahí, y siguiendo la otra senda que arranca abajo, sube la hermana pequeña y la madre y el padre callado y ellos ni nos han visto ni lo saben pero cuando lleguen al collado de las espesas clemátides y la lancha de cascajos, los vamos a esperar escondidos y ya verás qué encuentro por lo inesperado y por el espectáculo de los cerros coronando a los lados y al frente, el barranco del río más limpio del mundo y el que más misterios tiene encerrado y, del lado donde se pone el sol, la cima del monte más alto y al otro lado, el segundo río que rajas las colinas y desciende y canta y en su lecho profundo de secretos concentrados, se esconde y se desliza por el sol plateado, las más elevada belleza que nunca nadie haya contemplado.

- ¿Y es que tú piensas proponerla a la hermana o al padre o al hermano, subir a las cumbres que me has dichos o bajar a los barrancos que has nombrado?

- Pudríamos proponérselo pero ellos van a otro lado y esos rincones que te he dicho, son tanto, que debemos dejarlos en su virginidad hasta que el gran momento que sueñas y sueño, sea llegado.

Y al mirar más detenidos y verlos por el barranco y el monte tan brillante por el lavado de la lluvia y las tierras inclinadas y ellos presentes y sus pasos y el otro monte coronando, cómo se me ensancha el alma y cómo por Ti me siento amado y de esta familia que huele a otoño recién llegado y cómo me siento envuelto en el rincón que quiero y me quiere con el cariño materno que tanto me tiene abrazado y es la vida y es la muerte y eres Tú que desde este tan dulce sueño, eterno te me estás mostrando.

La luna de
octubre, a las siete cubre.
"Y esto quiere decir que si llueve al comienzo, ya está
siete lunas sin parar".

* **YO RECUERDO AHORA** que aunque está mojado el suelo y en la tierra, a punto de explotar los millones de semillas que en los meses de calor han madurado, como todavía es primero de octubre, puede que no esté del todo el otoño llegado porque ahora viene, según tanto oía yo antes de los míos, el veranillo de los membrillos y hoy y cuando en estos momentos me

levanto, eso es lo que parece anunciar el cielo brillante que se cierne sobre la sierra entera y el viento parado y la temperatura y el día vestido de largo con este silencio y luz que se refleja en los limpios campos.

Y ahora recuerdo que ya por estas fechas en los colegios de los pueblos grandes, donde tanto todo es otra civilización además de las ferias tremendas donde celebran, dicen, las fiestas de la recogida del grano y montan carruseles y puestos de turrones y casetas y circos y teatros y música y cantantes y bailes y mucho jolgorio nuevo que en nada se parece a lo de aquellos días porque son otros tiempos y otros amaneceres, y en concreto, en los colegios que estoy pensando que no en estos cortijos míos y estos campos, montan ensayos para celebrar la Navidad antes de que esta haya llegado y por eso se reúnen en grupos grandes y se ponen trajes de colores y cogen guiones de historias y leen y charlan y cantan con instrumentos y preparan, lo que ellos dicen, es un acto para celebrar la Navidad el día que por fin haya llegado.

Y ahora recuerdo que aquel día de aquel año bien lejano, la hermana pequeña, se trajo al cortijo de las tierras que eran fuente y huerto y regazo, a dos de sus amigas de los cortijos de abajo y en la misma puerta de la casa se puso y se vistió con cuarto trapos de colores y les dio otros cuatro a sus amigas y luego les dijo, en su inocencia y en su entusiasmo:

- Esto es un ensayo para cuando llegue la Nochebuena así que a mi hermano, no se le permite que esté presente que si lo necesitamos, ya lo llamaremos por sí hubiera que traer, cortar o montar algún palo que nos sirva de portal o para el escenario.

Y ahora recuerdo que aquello también fue un ensayo pensando en la Navidad que todavía estaba lejos y lo único que yo vi que hicieron, la niña hermana y las dos amigas del cortijo de abajo, fue vestirse con los cuatro trapos de colores y luego dijeron que allí mismo y cuando llegara el momento, se pondría a representarlo si yo me unía a ellas y le echaba una mano y si padre les daba permiso y si todos estaban conformes en que aquello podría ser de aquel modo y en aquel acto.

Y cuando ya padre le dijo que sí y también el hermano, lo que más ya de todo aquello recuerdo es que fue un momento bello, sencillo y llano que en nada se parecía a lo que en estos tiempos, en los pueblos y en los colegios del mundo, también ya están más que celebrando, montando y como ahora también es verdad que el otoño ya marca su paso, aunque hoy no tenga nubes ni lluvia ni niebla ni los arroyos bajen desbordados, es el momento del veranillo de los membrillos y es el momento que a Navidad, ya sabe algo.

Y por eso esta mañana, ya bien llena de otoño callado, de nuevo se me ensancha el corazón y desde este respirar mío silenciado, que no quiero compartir con nadie más sino contigo y la música de mis charcos, te doy las gracias por la hermana que sigue viva y por sus amigas y aquel dulce sueño lejano y te doy las gracias porque me permites sentir que nada ha muerto y que lo nuevo que está llegando, es diferente y tiene otro color que no ilumina ni tan hondo ni tanto aunque sí es el otoño que se va y viene y se está asomando y a veces se nubla y llueve y a veces, parece verano y le pasa como al recuerdo de la hermana pequeña por mi alma y por estos

campos: que aunque desde aquellos días ya no está, a cada momento me parece verla asomando por la ventana inmaculada que da a la luz del día y mira y sigue esperando, no se sabe qué ilusión o qué juego o qué sueño o qué delicioso ensayo.

* **TODOS LOS DÍAS** del año y durante muchos años la ladera es la misma pero hay días en el año que el paisaje de la ladera no parece el de siempre porque por un lado se llena de una vida especial y por otro, desde el valle por donde corre el río hasta lo más alto de la cumbre, todo se cubre como de un halo que parece surgir de un sueño lleno de paz y misterio y por la ladera, más arriba y más abajo, diseminadas se alzan las aldeas y entre unas y otras, relucen multitud de cortijillos.

Mas yo hoy, desde este profundo respeto que siento por todos ellos y desde este gran cariño hacia las personas sencillas de este mundo maravilloso, una vez más me digo que esta ladera podría llamarse “La ladera de las aldeas” pero que para mi caso es simplemente la gran ladera que mira ha occidente, donde el bosque se amontona limpio y el viento lo peina continuamente.

Y como al día siguiente de aquella tarde que yo estuve por aquí ya era Navidad, por lo hondo, que es por donde va el río, las tierras se suavizan formando su llanura y crece un gran bosque por toda la llanura y cuando está cayendo la tarde, uno de los habitantes de la aldea, anda por aquí porque cuando llega la Navidad todos los habitantes de las aldeas y los cortijillos, salen al campo, al bosque a buscar algo y es parecido a la gente de la ciudad que también salen a buscar cosas por las tiendas y los supermercados pero con diferencia y matices muy grandes porque en el campo no se compra nada todo se coge porque para estas personas de las aldeas el campo es su mundo y como todo el año han vivido junto a él dándole su cariño y regándolo con el sudor, es justo que por estos días ellos vayan por los bosques cogiendo algo.

Y el hombre de la llanura que pega al cauce de las aguas, corta leña seca de los árboles viejos y hace un gran haz y se lo echa a cuestas y viene ladera arriba siguiendo la senda que sube dando curvas y al poco, el viento empieza a soplar fuerte y tiene problemas para

seguir porque en el haz de leña se quiebra el viento y a cada esfuerzo ladera arriba el viento empuja otro tanto, ladera abajo y al coronar el collaillo la fuerza del viento es tan grande que los trozos y ramas del haz de leña salen volando ladera abajo como si fueran pequeños puñados de plumas.

Y está él intentando salvar alguna rama de su leña seca y pensando que a pesar de todo tiene que llevar a su casa algo para el fuego cuando, oye murmullo de personas.

- Te has quedado sin leña.

Le dicen los jóvenes al llegar a él.

- Y vosotros ¿a dónde vais?

- A la cueva de las rocas porque estamos preparando el nacimiento y tenemos que ensayar y cuando terminemos, todos nos uniremos y llevaremos mucha leña a tu casa.

La cueva de las rocas está aquí cerca y es uno de los rincones más bellos de la ladera y no está en la misma ladera, sino donde el arroyo pequeño se junta con el río y hay como unas playas de arena y en la cueva de las rocas todos los años se vive un nacimiento muy

especial que preparan los mismo jóvenes y ensayan ellos solos, por su cuenta y aunque luego no les sale un nacimiento que se parezca a los otros nacimientos que por estos días se monta en el mundo, es un nacimiento realmente bello o quizá el más bello de todos por esto de la cueva natural en medio de la ladera y el bosque también natural y como saben ellos muchas cosas, dicen que eso de ensayar todas las tardes y estar unidos preparando tal acontecimiento, es bello.

- Pues luego, si puedo, voy a veros.
- Puedes venir pero también si quieres puedes subir a la montaña y traernos las piedras que necesitamos.
- De acuerdo.
Y el hombre mira a la montaña porque la tiene ahí mismo, frente y a dos pasos y ve que por ahí, otro de la aldea, anda buscando las piedras.

Y la montaña, la cumbre de la montaña, hoy parece otra porque se ven por ahí las pequeñas mesas con su hierba verde, las puntiagudas rocas, unos jirones de niebla, porque nieve todavía no hay y la sensación de estar casi rozando el cielo y como si la cumbre de la

montaña estuviera ya casi perdida en el infinito más lejano. “¿Cómo voy a subir a la montaña con el viento que hace?” Se dice para sí.

Pero al día siguiente de esta tarde ya era Navidad y por eso esta tarde la ladera, las aldeas, los cortijillos y hasta la cueva de las rocas, aparece toda llena un color verde que hoy precisamente tiene un tono mucho más nuevo, más puro y más bello y aunque son los paisajes de todos los días, precisamente esta tarde no se parecen nada a los de todos los días ni al resto del año.

* **EN LA LUZ DEL NUEVO** día que como, de tantas otras veces, ya bien sé siempre es ella y llega y existe por sí misma porque eres Tú, indiferente al desgarro y al dolor que hay en mi alma, lo único que hago, y es porque no tengo otra salida y porque, además, así lo decido libremente y mi ser interno, es dejarme en sus brazos y abandonarme a Ti para que hagas y lleves por dónde quieras y te apetezca esta angustia mía del nuevo desgarrón por el nuevo ataque recibido del que tienes puesto a mi lado y más todavía me duele y me deja sin aliento porque no quiero combatir, sino sufrirlo y

aguantarlo, por venir de los que son hijos tuyos y tienen alma como yo e inteligencia y corazón.

Y en la luz de este nuevo día sólo me consuela, si es que esto puede ser alivio, acurrucarme y dejarme abandonado en Ti al tiempo que te pido que me eches una mano y me “libres de mis enemigos” y que “guíes mis pasos” para que en este camino, me sienta apoyado y que seas Tú el que triunfes y no la ceguera o maldad de los que están contra mí, tramando y desde este sentimiento y esta actitud y este anonadamiento aquí aplastado, la única fuerza y vida que siento y tengo, es la esperanza de lo que quieras o desees darme, desde tu lado.

Y mientras me voy levantando, en medio de esta desazón y este destrozo ahogado, me siento y me voy por las tierras que tanto es lo que me quiere que no puedo ni pueden apartarme de su lado y por donde la superficie es como la figura de la mano media abierta y las encinas crecen espesas y hay mucha hierba y tengo el corazón temblando y al mirarla y cogerla, me digo para mí que también la montaña que tengo tanto en mí clavado, es ella

por sí misma y nada tiene que ver ni pertenece a lo que en mi alma hay sangrando y por esto tengo más necesidad de sentirme, en Ti, abandonado porque ahora noto que ni la materia puede darme ni hacerse tanto conmigo, que me dé su mano y me sirva para lo que en estos momentos, con lloros, estoy implorando.

Y me agacho sobre este suelo de la cañada que quiero y tiene forma de mano abierta y cojo el trozo de cuarzo transparente que a ella tanto le ha gustado y, como en aquellos días, me pongo sobre el monte elevado y mirando al valle y mirándote a Ti y este corazón, hoy en mí tan quebrado, y me acuerdo de cuando la hermana pequeña estaba y me decía, siempre jugando:

- Tú pones este trozo de piedra transparente en la pendiente del cerro inclinado y pones los pies sobre ella y te dejas ir deslizando.

- Y cuando llegue a lo hondo, para remontar otra vez esta cuesta ¿cómo lo hago?

Y a esta pregunta, con su problema, yo recuerdo que nunca la hermana tuvo una solución en sus manos

pero también recuerdo que siempre sonreía y siempre hermosa y siempre jugando, decía:

- Lo que importa es que tienes contigo los trozos de piedra que estás necesitando y que ¿cómo subes la cuesta?

Y lo mismo que ahora, Dios mío, entonces necesitaba de Ti, la fuerza y la luz que de allí y de aquí, me vaya sacando.

Fuiste inmensamente rico porque pacíficamente todo lo poseías.

El hermano sol, la hermana luna, el hermano viento, el hermano fuego,

la hermana avecilla. Todo fue para ti como un abrazo amoroso con lo que

es tierno, amable, suave y poderoso al mismo tiempo.

El romántico de las cumbres

* **CUANDO YA EL OTOÑO** ha comenzado a llenar de sombras y de lluvias y nieblas frías los barrancos y las llanuras de las cumbres, cuando esta mañana llega con el perfume eterno de la tierra mojada y desde su silencio recio se deja avanzar por la anchura y profundidad de la tierra donde duermen los pueblos y las ciudades y los caminos que tengo escondidos y los rincones que tanto fueron mis pequeños nidos de amor entre el frío y las largas noches del invierno, me despierto y antes de echarme a andar por las rancias pisadas y las oxidadas sendas que hoy me toca recorrer, me repliego en Ti y pidiéndote permiso para que me dejes moverme y me des la luz y el amor para pronunciar y trazar exactamente lo que a tu gloria conviene y me concentro y desde mi yo aislado y agarrado a la eternidad que por aquí ya tienes desmoronada, comienzo a moverme y subo por la estrecha senda que zigzaguea río arriba y ya me palpita el corazón.

Y donde al río grande se le junta el bello que viene de la laguna donde se alza la catedral de piedra, me voy

por la llanura ancha de la izquierda que es por donde se desparrama el agua y crece la hierba y se amontona el bosque de encinas y crecen los álamos y se remansan, en mil charcos cristalinos, las aguas de los ríos y de los arroyos que caen y de los manantiales espejos y al llegar al quiosco donde, además de información sobre los caminos y rutas de la sierra, te ponen de comer chorizo de ciervo y lomo de monte y te dicen que lo más hermoso de estas montañas, es el río y la cerrada y los túneles y el salto y los lagos que tienen color de bosque líquido, cruzo por el vado y me voy siguiendo la vieja senda que todavía está casi como en aquellos tiempos.

Y al pisar la tierra del lado sur que es llanura y pradera y sombra quieta por donde juega y se esconde y ríe y es más belleza, la hermana dulce de mi corazón que ya no está pero sí hasta el viento y la luz y las hojas son y saben a ella, me empapa, como en aquellos días, las aguas que en forma de abanico y de nubes de espumas, saltan y caen en caños por las rugosas piedras de las más altas cumbres y en seis ríos que son venas que fluyen desde el alma y se rocían sobre el viento y caen y riegan la tierra de la llanura amada que también es

querida y está en silencio y parece sólo mía y en mí sólo se derrama y es bella.

Y al pasar por debajo de tan tierno y grueso espectáculo de las gigantescas cascadas entre pilares y mundos de piedra que se arrugan y se abren en galerías y en cuevas y en agujeros y en torres y en muros y en gritos que asustan cayendo desde la cumbre tan grandiosa y tan mansa, reconozco que sólo tu poder es capaz de crear y mantener y engalanar esta tierra con decoración tan irregular como la que por aquí cuelga y remansa y te doy las gracias que sólo para mí Tú quieras esculpir y llenar de vida y fuerza un espectáculo como este y aquí, donde todo es silencio y por donde nadie pasa ni van por las sendas porque nadie conoce este cielo de las aguas, las llanuras, las cascadas y la hierba.

Y ahí, donde el río bello que es afluente mediano del río grande que atraviesa el valle, tiene las profundas brechas del salto gigante y la cerrada tremenda tan repleta de charcos alargados y de trozos de rocas inmensas que han rodado desde lo alto y en el cañón del cauce se han quedado amontonadas, me voy quedando

mientras subo como escondido entre el silencio y busco lo que en parte me pertenece porque fue el rincón y la tierra y la cueva hermosa de mi buen amigo hermano.

Y donde entre las rocas que se han desprendido y las zarzas espesas que esconden el gran secreto, justo al dar la curva de la humilde senda que se rompe y a pesar del tiempo y la tierra deslizada y los cien millones de pisadas de los que por aquí ahora suben buscando las lagunas de las cumbres y sigue latiendo el temblor de la presencia enamorada, me tropiezo con la entrada de lo que así de pronto parece fue una casa acorralada contra la misma cavidad de la gran pared rocosa y luego, en cuanto entro a la mitad, compruebo que es una cueva tallada por la mano del tiempo en la misma dureza de la roca y en el mismo surco que ha cincelado la corriente ayudada por el viento y la soledad y las manos de los siglos y la quietud y las sombras y más tarde, el sudor y el aliento del que fue amigo mío y también dejó de serlo porque se fue siguiendo los derroteros de tantos y ahora por aquí sólo queda su recuerdo en esta cansada mente mía y en el palpitar agotado que tengo dentro.

Y como hoy sólo vengo buscando andar y palpar las piedras de este frío cauce y quedarme con el silencio que los días tienen por aquí amontonado para meterme, una vez más, en el centro de aquella presencia humana que vivió acurrucada en esta covacha y fue menos que el más débil soplo de viento, en cuanto llego a la entra de este palacio de pastores ignorados y tan lleno de tizne por las llamas de las lumbres que encendieron a lo largo de aquellos tan largos días con sus largas noches de hielo, me quedo parado y miro hacia el río y como sigo viendo que todo es tan dulcemente extraño y tan escondidamente bello, me agarro a las frías piedras que todavía hacen de pared contra este lecho y temblando, al tiempo que te pido a Ti permiso para no dañar nada ni faltar en el más mínimo respeto, me apoyo en la roca que chorrea agua y me siento, con la intención de quedarme un rato por aquí escondido en lo más profundo de tu seno y mientras miro desde este elevado silencio y la sombra apretada que llena el barranco y el rumor del río que como en aquellos días, baja limpio y lleno, me sumerjo en mí mismo y observo y veo la senda que sube y el estrecho por donde la corriente se quiebra y abre zanja en lo más duro de las rocas y me llega el monte y la cueva

vieja y el hueco y otro hueco que conozco desde aquellos días y siguen llenos aunque estén vacíos y observo la caída del gran escalón que ha modelado el tiempo y quiero mirar hacia mis espaldas porque lo necesito pero no quiero hasta que sea el justo momento.

Y mientras tanto, me quedo quieto y como lo que se me cuela por los ojos es tan recóndito y tan escarpado y tan macizo y tan llano y tan tremendo y tan palacio y catedral pétrea y tan divino templo, que como tantas tardes y tantas mañanas y tantos siglos y tantos momentos, me siento roto y concentrado en la tierra que se me pega al alma entre las raíces de lo que soy y mezo dentro y lo único que se me ocurre decir es que ni sé ni puedo pronunciar palabra que contenga lo que siento y por eso, otra vez más, quiero morir y desaparecer en la dulzura que me presta el viento.

Y como ahora sí es ya el momento de mirar hacia el rincón que se recoge a mis espaldas, me vuelvo y lo primero que se me clava es la estrechura del salto por donde se despeña la cascada y luego la brecha por donde sigue bajando el agua y abriendo el río y los charcos

azulados y la bruma y el viento que desde tan húmedo y hondo misterio, mana y entre tanto trozo de mi alma y magnífico mundo que quiero, se me clavan como cuchillos, las laderas con su monte y las rocas gruesas con musgo negro y la otra estrechura por donde sube o baja la senda y al final, el agujero de la cueva que tanto penetra en la entrañas de la roca que parece el túnel que lleva al otro lado del tiempo y por ahí y entrando y saliendo, dos realidades vivas que se junta en un punto viejo pero que están separadas, además de por el tiempo, por latidos que son como océanos y por corazones de sangre e hielo, ahora bajan y suben los que a estas sierras vienen de paseo justo por las mismas huellas donde ellos, mis hermanos encorvado y que ni nombre tuvieron, dejaron sangre derramada que fue y es como trozos de vida hirviendo.

Y al ver lo que mis ojos ciertamente están viendo, se me nubla el alma y se me rompe el pecho y se me para la sangre y por las paredes de este sagrado templo donde Tú moras y vivieron ellos desde aquellos remotos siglos y aquel tan lejano misterio, me sumerjo en Ti, un poco más y al mirar a la pared, lo veo colgado con las sogas de

esparto y abriendo agujeros en la roca viva para perforar el túnel que recogerá el agua desde el arroyo que es infierno hasta el valle de la tranquilidad para dar fuerza a las máquinas que también están trayendo y que producirán electricidad con el caño y el peso del agua que baje por el tubo que desde el túnel también están poniendo.

Y como es mi hermano el que ahí veo colgado y un poco más lejos también estoy viendo las ruinas de su humilde choza que acaban de romperle porque dicen que ahora son otros tiempos, me acerco a él y le pregunto que dónde ha dejado la gallardía de su cuerpo de cuando era muchacho y jugaba por las calles de aquella aldea que se acurrucaba donde vive el viento y no me responde pero sí me parece verlos, muchos años más adelante y anidados en su nueva casa ahí, donde el río descansa de su despeñadero y todavía sigue cantando blanco y ya comienza a hacerse eterno y, al saludarlo, me dice:

- Pues nací en la aldea que, a la derecha de este río se remonta junto a la fuente y tiene nombre de piedra y entré en quinta de veintiún año y me fui con veintidós y

fue la primera vez que yo hablaba con personas desconocidas, porque a los de mi tierra, siempre los he considerado hermanos e hice la mili y vine y tan amante soy de mi tierra, que de ella no he salido desde entonces y he tenido la suerte de trabajar aquí y como los años corren, ya estoy jubilado y los últimos días que el Señor tenga gusto de concederme, los estoy viviendo y gozando en uno de los rincones más bellos de este mundo que es donde el río “juego, Ensueño de Cristal” entrega sus aguas al río Grande.

Al rincón he llegado, cayendo la tarde y para penetrar en su nido, he tenido que entrar por la misma pista que trae al río pero justo donde los visitantes dejan sus coches para luego irse cauce arriba en busca de las maravillas que ellos sueñan, he torcido a la izquierda y en el bar, he preguntado.

Y unos metros más abajo, he torcido a la izquierda y por la pista de tierra, bajo hasta la noguera y a la joven que ahí trabaja, pregunto por el camino que debo seguir para llegar a su casa.

- Continúe recto y en aquel edificio que reluce al final, color rojo y metido entre las matas, vive.
El camino es de tierra y en malas condiciones y limitado por una valla de alambres y a la derecha, la zahúrda y en ellas los marranos que al olerme, gruñen pidiendo la comida y más adelante, los pedazos de huertas sembrados de maíz, tomates, habicholilllas y otras hortalizas y gira a la derecha y enseguida tuerce otra vez a la izquierda alineándose ya recto a la casa.

Y no puedo seguir porque una pequeña reguera cruza la pista y el coche que ahora traigo, es muy bajo y al atravesar el surco, la barriga da en el suelo, así que doy marcha atrás y en el rincón de la última curva, paro y busco las cuatro cosa que necesito para charlar y sigo andando dirección a donde vive y ya veo que su casa se encuentra rodeada de parras, árboles frutales, mesas y sillas y todavía no he llegado cuando ya me saluda ella, que al verme lo llama.
- Que ya está aquí tu amigo hermano.
Le dice en cuanto él le contesta por la parte de atrás donde anda ocupado en las cosas que ahora le hacen feliz.

Mi amigo, pastor y carbonero y emigrante y con el título del mejor serrano, es una excelente persona tanto por su amabilidad como por la agilidad de sus palabras y el cariño con que trata a las cosas que lleva dentro, que son los paisajes con sus ríos, las cumbres y las fuentes que tan bien conoce.

- ¿Dónde nos sentamos?

Me pregunta.

- En cualquier sitio pero donde no nos molesten mucho.

- Pues lo mejor es que os vayáis al parque.

Indica ella.

Y de pronto, me suena rara la palabra por dos razones que enseguida aclaro: tengo conciencia que en estos momentos me encuentro dentro de lo que son tierras sagradas y de aquí que, con derecho, sienta que en el parque ya estamos y por eso enseguida pienso que se trata de un parque particular que ellos conocen por algún rincón de las orillas de los ríos pero miro y así de primeras, lo que enseguida veo son los alambres de la valla que limita sus tierras y eso sí, por el lado que pega a las aguas, un bosque espeso y verde que ni siquiera deja

ver la corriente del cauce e incluso, las laderas de los montes al otro lado y por esta razón, enseguida hablo diciendo:

- Nos sentamos en la puerta donde ya estoy viendo nos vamos a encontrar agusto.

Y se apresura a clarificar:

- Es que este rincón que cuido, tú no lo conoces y nosotros lo llamamos parque y como puedes observar, lo tengo bien disimulado y hasta cerrado con esta puerta y es una cosa tan exquisita, que no dejo yo entrar a cualquiera.

Abre la pequeña puerta de tela metálica que da entrada a un recinto vallado por el lado del río y por donde ya hace rato estoy viendo, la vegetación es muy abundante y me invita a pasar y algo desorientado, camino detrás al tiempo que recreo mis ojos por la verde espesura que a un lado y otro nos arropa y naturaleza espontánea de la que siempre creció por la orilla y un pasillo largo y al final, un ensanche, un pequeño espacio algo redondo y en el centro, un embalse, al nivel del suelo que es una piscina natura que más bien parece cualquiera

de los mil charcos azules que se remansa por el cauce del río bello.

Al lado derecho, un asiento, una pequeña caseta, bastante camuflada entre la vegetación, un pasillo que rodea el remanso, fósiles recogidos por las montañas que a los lados nos rebasan, el agua que en un caño grande entra por del lado en que viene la corriente del río, peces que nadan en el agua transparente, extrañas figuras de raíces viejas también recogidas en los bosques que nos rodean, ramas de sauces que cuelgan, rumor de agua que corre y se va buscando el río, sombra, viento fresco y silencio y mi alma asombrada porque no me esperaba un paraíso en pequeño en este rincón escondido y mis labios que balbucean palabras torpes y se me viene a la mente lo de: “Esto es gusto mío por la naturaleza que tanto quiero”.

Y me digo que sí: es eso y mucho más porque es el cariño que siempre lo serranos han sentido por los bosques y paisajes donde han vivido y su expresión de gratitud a la naturaleza por tanto como la naturaleza, a lo largo de la vida, le ha dado a ellos y es un puñado de

amor sincero materializado en este sencillo respeto por las cosas hermosas y tan llenas de vida y es un signo, un gesto y un decir: “Como nunca me hiciste daño, yo no te rompo, sino que te admiro, te rozo, te toco y me recreo en el verde de tus hojas meciéndose al paso del viento y te dejo en paz y contemplo en ti la obra perfecta que el Creador ha modelado sobre esta tierra y te dejo que vivas porque te siento hermana y eres hermosa y por eso no puedo romperte porque en el fondo, sin saberlo sé, que tu frágil ternura es igual al latido profundo que revolotea por mi alma y somos una misma cosa en ese punto en que la materia se acaba y por eso no puedo romperte sin hacerme daño”.

Algo parecido a esto es lo que siento y como con las palabras no puedo expresar lo que con mis ojos estoy viendo, guardo silencio y sólo de vez en cuando digo:

- Esto es bonito. ¿A qué se parece?
- ¿Acaso es que no lo has visto en otros lugares?
- Lo tengo visto a lo ancho y largo de estas sierras pero sigo haciéndote la misma pregunta: ¿A qué se parece?
- Pues aquí lo tienes: esto que ves ahora no es nada más que el deseo de expresar lo que llevo dentro y quiero

decir pero como no tengo palabras, de este modo me comunico y sería yo el que tendría que hacerte la pregunta. ¿A qué se parece?

- Pues se parece a algo y no se parece a nada y al mismo tiempo es una realidad muy grande y la respuesta la tienes tú y es la misma que desde hace millones de años tantos andamos buscando y la misma que palpo a cada paso que doy por cualquiera de las sendas que surcan las sierras y la misma que busco cada día y sólo, cuando por los paisajes de estas cumbre me muevo, siento que me envuelve y por eso ahora mismo, aunque sea machacón, no se me ocurre otra cosa que hacerte otra vez la pregunta: este trozo de paraíso que junto al gran río tú has modelado, se parece a algo. ¿Dime a qué se parece?

Y como no sabe responder, o sí sabe pero no de la manera en que yo quiero y espero, me dice:

- Ven, siéntate en este sillón que se mece frente a las aguas del charco que con mis manos he tallado. ¿No ibas a preguntarme cosas de la sierra y aquellos tiempos?

- Quería yo preguntarte pero en este momento estoy desorientado porque hace un rato, cuando me acercaba a

tu casa, venía como seguro de mí y apoyado en la soberbia y con las preguntas preparadas pero en un abrir y cerrar de ojos, ha sucedido lo que ni siquiera había soñado: sin que todavía hayas hablado, me has dejado no sólo sin palabras para preguntarte, sino hasta sin lugar en este universo. ¿Qué quieres que te pregunte?
- Pues entonces hablo y escucha haber si algo de lo que de mi boca salga, se parece, siquiera un poquito, a lo que tú quieres saber y quizá yo tengo.

Me encanta la naturaleza y de una forma especial, el sitio donde nací y me he criado y lo que más me ha gustado ha sido, cada vez que he visto un cerro, ir hasta él y descubrí lo que había al otro lado y explorar y encontrarme con ese mundo escondido que siempre se oculta detrás del monte porque siempre soñé tropezarme con alguna persona que tenga la opinión que yo tengo y sienta, por los montes, el cariño que siento pero como sé que lo que a ti te interesa, al principio, es saber de la aldea donde nací, te diré que aquello era una pequeña aldea con sólo unas veinticinco casa y los vecinos que allí vivíamos, nos tratábamos siempre de hermana fulana o hermano mengano y con sus nombres de pila pero nos

tratábamos así y cuando iba alguna persona importante, como un médico que llegaba en una caballería, nosotros con quince o dieciséis años, nos escondíamos en las cuadras y en los pajares y era porque nos asustábamos de ver aquella persona y siempre preguntaba: "¿Aquí no hay zagales?" y los mayores le respondían: "Sí que los hay pero es que están por ahí con los animales" y no era verdad, que estábamos escondido vigilando y en cuanto se iba, corríamos a los mayores preguntando: "¿Quién es, qué ha hecho, qué ha traído, qué ha contado?"

Y me acuerdo yo mucho de un hombre muy bien explicado que amaba mucho la naturaleza y se portaba muy bien con la gente y a mí me deba envidia de aquel hombre tan inteligente y era muy sereno y siempre te trataba con mucha simpatía y de mi padre, me acuerdo que era de la quinta del dieciséis, sirvió en África y lo sacaron para la escolta del rey y no este rey de ahora, sería el padre o el abuelo y cuando volvió, a lo largo de toda su vida ha estado aquí y ha trabajado, tanto él como yo, en las pegueras sacando alquitrán y si luego quieres, me preguntas y ya verás como te explico todos los detalles de una peguera porque sé hacerlo todo desde el

principio hasta el final: cortar la tea, traerla, partirla, encañarla... pero si quieres lo dejamos para luego ya verás como te lo digo con detalle porque las pegueras han sido una de las actividades más importantes entre los serranos que siempre hemos vivido en estos montes y ya verás que bonito aunque sea duro hasta su recuerdo.

Pues de esto y otras mil cosas sencillas, trabajosas y buenas, vivíamos allí y de los animales y algún trabajillo que salía en las sendas que reparaba el Patrimonio Forestal y luego la temporada de la aceituna y se vivía bien, a pesar de lo que muchos creen, los serranos vivíamos bien y muy agusto en nuestras tierras tan libres y tan llenas de aire y sol y se trabajaba mucho pero todo era en un mundo tan libre, tan pequeño y tan grande al mismo tiempo, que éramos felices de verdad y se estaba bien porque había menos dinero y mucha más alegría porque ahora con más dinero, las cosas son de otro modo y quiero decir que si tú llegas ahora a lo mejor dices enseguida “Ay que bonita esta casa” pero si no viene el panadero, esta noche no hay pan y en aquellos tiempos, aquellas casillas de cuarto y cocina y arriba la

cámara, siempre te las encontrabas como una colmena de tan repleta de comida.

"Caiba" una nevada y no le temíamos, como un día que cayó un nevazo tan grande que hasta los veintidós día no pudieron salir los animales de las cuadras y para ir a la fuente tuvieron que hacer carril por encima de la nieve y las casas estaban todas llenas de comida y no hubo que salir a ningún sitio a buscar nada y parece que esa vida, lo que ahora recuerdo, me gustaba mucho y siempre llevo yo presente el rincón, los días y las luchas que por aquellos lugares experimentamos porque me gusta a mi eso y el rescoldo que de aquello ha quedado.

Porque esa confianza de decir: "Bueno, que se venga a dormir a mi casa tu hijo o tu hija, que parece que nos da miedo, nos juntamos a trasnochar y comernos un choto o lo que fuera" y ahora la gente, cuando hay tres, se pierden dos y cuando hay cuatro, se pierden tres y parece que eso es que no... yo qué sé, que lo encuentro raro.

Y he padecío mucho ¿no sabes? y como no me enseñaron nunca nada malo, ahora me alegro de haber

padecido tanto y conozco este bien que hay y no lo aprecio porque me acuerdo de las necesidades que antes pasábamos porque hay mucho "espifarro" tanto en la ropa como en la comida y en otras muchas cosas y los que hemos conocido aquel mundo que vivíamos antes, ahora no nos gusta este aunque sea mejor y se le vea más engalanado.

Y aquello era una aldea de veinticinco o treinta vecinos y al final del filo del puntal y en una morra que hay con muchas vistas hacia los barrancos del río, es donde estaban las casas y mucha agua que había allí y muchos animales y había también muchas huertecillas y con estas cuatro cosas y el aire limpio, vivíamos bien, muy bien y a la derecha, hay un sitio que se llama el castillico y desde allí se abre una hermosa vista sobre todo el valle y aquello parece un castillico porque así lo bautizaron y acertaron mucho porque de verdad parece un castillo pequeño y todo eso lo tengo pataleado de arriba abajo.

Y con nieve y todo y recuerdo ahora que un día iba caminando y comiendo nieve y metí la mano en un torco y

muy abajo para sacar la del fondo que estaba limpia y veo una cosa relucir y la saco y vi que era una placa de Franco que brillaba mucho y tenía su imagen grabada y un rótulo que dice: “Cuarenta años llevo de decir lo que iba a pasar y no me habéis hecho caso” y eso dice el letrero y voy a enseñártelo.

- ¿La conservas todavía?
- Ahora mismo voy a sacarlo.
- ¿Pero quién había llevado allí esa joya o ese llavero o ese artefacto?
- Alguna persona que la perdió o que lo tiró por lo que fuera, aunque te digo que aquello es, de toda la sierra, el sitio más malo.

Y el se levanta y entra a una de las estancias de su casa de ahora y al rato sale con la placa en las manos y me la alarga y lleno de curiosidad la estudio.

- ¿Cómo se llama la grieta donde te la encontraste tirado?
- La Torca de la Cerrá.

La cojo en mis manos y compruebo que es una placa alargada, metálica color cobre con la figura de Franco grabada en ella y un rótulo, abajo, que pone: “Cuarenta

años advirtiendoos lo que os iba a pasar y no me habéis hecho caso".

- ¡Qué cosa más curiosa! ¿Cómo llegó esto a ese lugar tan lejano y cómo tuviste tú la suerte?

- Pues que metí la mano, porque había nieve y quería sacar la de la punta de abajo: "no vaya a ser que la nieve de arriba esté 'orugá' de los bichos de los pinos blancos", me dije y fue una suerte que tuve porque tan difícil y en el sitio en que estaba aquello ocultado, no se la encuentra cualquiera y, además, tengo un carné de Franco que también dice: "Pronto volveré".

Pero si quieres, seguimos repasando los lugares por si nos queda algo sin nombrar aunque ya te decía antes que los nombres de la sierra son más de veinte mil quinientos y aunque parece que ese asunto es importante, yo te digo a ti que no lo es tanto porque si los nombres de los lugares sirven para que se peleen y luchen, entre sí, los hermanos, las cosas dejan de tener el valor que representan y pasan a ser intrascendentes entre los hitos que marcan caminos que llevan a verdades grandes pero te decía antes que la Cuesta se encuentra al salir del Collado y a la izquierda porque a la derecha,

nos queda el Tranco y la de la izquierda va a las tierras coloras y pasa por debajo de las Varetas por un sitio que se llama el Collado y se mete en la Hoya y por allí se da la vuelta y puede uno venirse por debajo de las Varetas o por lo alto que está la Peña Blanda pero por ahí, de andar, eso es tan malo que se puede decir que el que va una vez no lo cuenta más porque se mete por debajo de las Varetas y por donde hay un sitio que tiene menos de diez manos para pasar, que por eso se le llama la Pasá del palmo.

Pero en la aldea, nos hemos dejado una cosa que para mí es importante porque está La Cueva desconocida que se encuentra por encima del Castillico que no es en la que yo me metí, que fue en la Cueva de los Cascajos.

- ¿Y qué pasó allí?
- En las praderas de los peñones hay una cueva que tiene unas pilas de agua pero cuando vino esta sequía, se quedaron por completo secas y hogaño seguramente tienen agua y al final de la cueva, que tiene siete u ocho metros, hace una puerta como si fuera un horno y entonces me metí arrastrando pero dándome "rasquías"

en el lomo y cuando ya iba bastante para delante, veo así una cosa allí y me digo para mí: “¿Esto será un hombre?” y me acerco con mucho cuidado y ya “vide” que era un animal pero que era tocarlo y aquello se deshacía como el viento porque era un animal que se metió y luego para atrás no pudo salir y allí se murió atascado.

Y cuando ya me cansé de observar aquel misterio en tinieblas y callado, me dispuse a salir para atrás y me pasaba lo mismo que al animal que no podía salir y pensé un poco y me dije: “Pues los huesos, lo mismo que giran para delante tienen que girar para atrás y para los lados” y al final, puede salir y como la linterna ya no me servía, entonces la tiré pero me alegré yo de haber hacho aquella travesura y ahora que vivo aquí me acuerdo mucho de aquella tierra mía y miro para arriba y me digo callado: “Es que tengo que ir allí” y por eso ya poco a poco, es por lo que me he ido dando cuenta que la naturaleza es lo más fuerte y lo que nos mantiene a todos atados y de aquí que me diga que si la apreciamos, la conseguimos y si no la apreciamos, se pierde y también fenecemos de paso.

Hay que nombrarla y hay que saber el camino y hay que visitarla por eso en más de una vez, desde que vivo en este rincón de la junta, sueño con aquellos rincones y te voy a contar uno de aquellos sueños en el que vi la Cueva de la Tumba y estaba yo dentro y se me apareció un hombre extraordinario que tenía una barba rubia y una caja de dientes muy blancos y muy bien parecido y lo miré fijo durante un rato y se me desapareció y lo ensoñé dos noches y ya te digo que fue cuando ya vivía aquí abajo y cuando luego llegaba el día no se me iba a mí la figura de aquel hombre de la mente hasta que una mañana, hablando con la mujer, le digo: "A la cueva voy y si tengo la muerte, pues aquí está mi cuerpo y desapareceré y puede que sea algo para la historia pero si no, quién sabe si tengo suerte y allí encuentro la felicidad que tanto vengo soñando".

Y es que yo no tengo miedo de nada porque a mí me anochece ahí, en lo alto de una cuerda de esas y no sólo que no tengo miedo sino que me encuentro feliz y a mí no me apura pensar cuando va a ser de día ni la oscuridad ni el viento o la lluvia porque yo me encuentro feliz aunque esté en lo más profundo de la sierra y a

veinte kilómetros alejados de los seres humanos, que no tengo miedo ninguno ni a nada ni a nadie y siempre me digo callado: “Si me encontrara algo raro, tampoco sentiría miedo” y no tengo miedo porque nunca tuve pensamientos malos y el que no engendra malas ideas, nunca tiene de qué temer y yo pienso que eso es así y que voy con esa buena fe y sé que no voy a encontrar nada malvado pero si voy con una actitud de venganza ruin, de lo que sea, ‘que no voy yo bien ido por allí’, entonces es cuando temo y encuentro perjuicio y daño.

Pues ya verás porque fui y le digo a mi amigo: “Llévame al puente” y estaba lloviendo y empezando a oscurecer y casi nevando y la mujer: “Que no te vas, que no te vas, que eso tu sueño es raro...” y yo que sí quería irme porque no me quedaba tranquilo mientras no viviera lo que tuviera que vivir y amigo me dejó en el puente y sigo por la pista arriba caminando con mi paraguas y un poquillo más allá, en un sitio que se llama la erica, más para allá del pecho recio y empinado, se enganchó a llover con unas veras que aquello asustaba y lleno la cantimplora de agua en una fuentecilla que hay allí y sin parar, sigo caminando.

Y algo más arriba, me fatigo un poco porque ya tenía esto del infarto que padezco ahora y me para un rato a descansar mientras no para de llover a cántaros pero sólo aquello ya era la felicidad para mí y en lo más profundo de ese gran barranco de la encinahonda, en el centro de aquella noche de lluvia y oscuridad, en aquel mar de silencio roto sólo por el tintineo de la lluvia cayendo y empapando las hojas del monte y aquella soledad, para mi alma era el gozo más grande y el paraíso más hermoso jamás soñado.

Pues cuando me despabilo de allí, sigo tirando para la cueva y treinta o cuarenta metros no había andando cuando me sorprende un ruido que era como un “atroper” de peñones rodando por la ladera hacia lo hondo del barranco y aquello parecía que de pronto se estaba hundiendo la montaña entera y yo tan sereno y allí plantado porque sabía que estaba cerca de un sitio que lo busca mucho la cabra montes y como había llovió y estaba lloviendo, ellas se vinieron allí y al darles el aire de mi presencia, pues salieron huyendo y las piedras rodando.

Y así que aunque la noche estaba cerrada en lluvia y la oscuridad no dejaba ver ni dos metros, antes aquellos escandalos de rocas y monte doblado, yo ni me inmuté y llego a la cueva y que me quito la gabardina vieja que llevo, una prenda que no valía para nada pero que a mí se me antojaba que llevaba la prenda de un señorito, la cuelgo en las rocas de la cueva y me preparo la cama entre unos tallos de sabina y enseguida me quedo en silencio y con el ánimo preparado para ver lo que aquella noche se me presentaba en la cueva y venga esperar y que nada y pasa un buen rato y como estaba aburrido me levanto y me asomo a la puerta de la cueva y veo que se habían ido los nublos y salió la luna por lo alto de las cumbres de las Varetas y como seguía tedioso y allí no se me presentaba nada, me pongo en camino y salgo andando y transpongo a un sitio que le llaman el Collado pero lejos de aquella cueva y casi al otro lado.

Y me doy un paseo por todos aquellos terrenos y de nuevo vuelvo a lo que yo ya sentía como mi cueva y me volví a acostar y allí se me pasó el resto de la noche esperando y no se me presentó nada pero a otro día por

la mañana, eran ya las nueve y a mí no me entraban ganas ningunas de salir del camastro porque me sentía tan agusto en aquella cueva, tan lejos del mundo de los humanos que era feliz porque era como cuando uno siente cariño por una cosa que le gusta mucho y eran las diez de la mañana cuando salí de la cueva para venirme y no quería hacerlo y por eso me venía así con una cosa como si no estuviera satisfecho ni harto.

Y como llevaba dos bocadillos que me había hecho la mujer me dije callado: “Tengo tiempo y alimentos y por eso antes de irme de aquí me voy a ir a explorar otra cueva” la cueva del niño, aquí a este lado y así que me puse en camino en busca de la otra cueva y en el fondo era como si me quisiera engañar a mí mismo para no venirme de allí y cuando llegué a la segunda cueva, tuve que descalzarme para pasar por los maderos que había para entrar y como había llovido tanto, los maderos y como la roca, se escurrían mucho y aunque lo intenté una vez y otra, al final tuve que dejarlo porque no había manera de entrar en aquella cueva y me puse luego a moverme de un lado para otro y cuando ya por fin me vine del rincón, me venía como vacío y como llorando y como

sin ganas ninguna porque lo que yo esperaba era que me saliera alguna visión como la que había visto en mis sueños alados y esto es lo que me sucedió con aquel sueño y aquella cueva que todavía está allí como esperando.

- Pues lo que estoy notando, que a ti el monte te gusta de una forma nueva a como normalmente nos gusta a los que por aquí también rodamos.

- Es que para mí el monte es como la vida que le falta a mi alma para seguir existiendo y quizá por eso me gusta tanto perderme por entre él y algunas veces voy andando y me dejo el camino y digo callado: “Yo voy a salir desde aquí y ya veré a dónde llego” y esto lo he hecho muchas veces y otras tantas, cuando voy por el camino, me digo sin hablar pero hablando: “¿Y por qué tengo que andar por el camino tres kilómetros si yo sé a donde quiero ir? Que porque ellos hayan hecho el camino no quiere decir que yo tenga que seguirlo como un borrego y a su paso”. Y es que a mí me gusta mucho explorar y yo veo muy difícil que un hombre que haya nacido en la sierra, se pierda en ella pero si yo un día me perdiera, sería la

aventura más bonita de mi vida porque es lo que tanto vengo soñando.

Y voy a la aldea que ya no es y no necesito la senda y por ahí hay una senda para subir a lo alto, pues yo no voy allí y no tomo la senda por su sitio sino que salgo por ahí recto y por donde no haya camino, por ahí me echo a andar y a explorar lo nuevo que es lo que a mí me gusta tanto.

- ¿Y qué crees tú era aquello que veías en tu sueño?

- Como la gente decía que salía alguna cosa, me esperaba que a lo mejor era algo relacionado con tesoros pero en el fondo, lo que me pasaba era que yo quería conocer algo sin tener idea de lo que fuera y lo mismo que me pasa cuando voy andando por el monte que en el fondo es que tengo sed por lo desconocido y lo nuevo y lo que no es normal ni está ordenado.

Y como casi todas las noches salgo por aquí a darme un paseo, una noche iba yo por la pista para arriba y al pasar la fuente de los caños veo una cosa que salta corriendo y se me pierde entre el monte y como llevaba una garrotilla con un pincho al final, al oír aquello,

enseguida pensé para mí y callado: “A esto no le doy yo con la garrota que llevo que aunque sea lo que sea, puede ser algo incluso mejor que yo”. Y miré despacio y era un tejón y el animal es que quería subir por la ladera y “rulaba” porque no podía y yo, como si hubiera sido algo muy querido y amigo mío, no sólo tranquilo sino encantado de encontrarme con seres vivos que como te decía, incluso pueden ser mejores que yo y, en muchos aspectos, menos malos.

Y me acuerdo, en este momento, de una historia que el otro día me contaron y es que se acordaban de que hace mucho tiempo hubo una persona que amaba mucho a los animales y la historia decía que: “En estos tiempos en que todo es protesta y contestatarios de una u otra manera y asociaciones y grupos de toda índole, cabe destacar los ecologistas, que si bien dicen defender la naturaleza, luego resulta que soterrados, apoyan a ciertos partidos y aunque esto es lo de menos, lo que quiero con estas palabras es decir es que el ecologismo no es invención de este siglo, ni mucho menos porque hace unos setecientos noventa años, San Francisco de Asís, demostró cómo se practicaba el amor a lo creado.

Nació en la ciudad Italiana de Asís en 1.182. A los veinticinco años renunció a sus riquezas y recorrió toda Italia con un grupo de compañeros organizando las primeras comunidades franciscanas y más tarde hizo varios viajes por Francia, España y Egipto y hasta los cuarenta y cuatro años estuvo en este mundo ya que falleció en 1226 y además de su fama de santo y milagros se hizo notar por su gran amor a todo lo que significara naturaleza y las criaturas de Dios y al sol lo llamaba hermano, a los animales y como ejemplo el lobo, hermano lobo pero no sólo los llamaba de esta manera sino que entablaba conversaciones con ellos y los llevaba de éste, al otro lado.

Y en ocasiones hasta se dedicaba a cuidar del sustento de los animales y pedía que otras personas también se encargaran de ello porque San Francisco amaba locamente a la naturaleza porque en ella veía el amor de Dios para con todos los seres vivos de su creación y hasta el burro le llamaba hermano y sin embargo, no ponía a los animales en el lugar de las personas porque él sabía bien que todos los animales y,

la naturaleza entera, está al servicio del hombre y no al contrario y él sabía que no hay nada tan hermoso en la vida que amar y conservar todo lo creado y a los animales que no hacen daño al medio ambiente porque saben respetar su hábitat y, al mismo tiempo, también nos dan buenas lecciones a los humanos”.

Y por esto te decía que tengo miedo de nada ni conozco el miedo y ¿por qué no tengo miedo? Pues no tengo miedo porque verás lo que te voy a decir: Me gusta explicar el tema pero nunca puedo expresarlo como yo quisiera porque como soy una persona que no he tenido mucha cultura, me faltan recursos para decir las cosas pero eso lo llevo dentro y mal o bien, las palabras me salen a cordón atado y siempre me digo para mí sólo y sentirme bien: “¡Lo que me gusta ver este arroyo! ¡Lo que me gusta ver aquella ladera! Y Allí se ve un “bujero”, pues allí voy a ver que me encuentro y luego en el otro sitio y en el otro”. Y como me he dado muchas panzás de andar siguiendo los bujeros, un día fue al nacimiento del río segundo en belleza y no me paré al principio sino que seguí para arriba y “vide” allí unas paratas de estas, unas

murallillas, como se quiere decir ahora y aquello me intrigó y me acerqué despacio.

Y enseguida pensé que allí había tenido que vivir alguien porque yo conocía a la gente de más abajo pero de aquel punto yo no sabía nada y veo un bujero así allí y me asomo y descubro que aquello era precioso y un bujero bonico de verdad y por eso no me entraron ganas de otras cosas sino de sentarme en la puerta y desde allí contemplar todas las tierras que por debajo de mí quedaban y sólo me apetecía dejar pasar el tiempo y seguir gustando aquella felicidad que sentía dentro y de pronto me digo callado: "Si por aquí pasara alguna persona ahora y me echara una foto, se lo agradecería porque parece como si en este momento hubiera encontrado mi felicidad y por eso me apetece llevarme conmigo este rincón" y que no me quería ir de allí porque me parecía que allí "debía de haber" alguna persona o algo.

Y cuando de pronto siento hablar y me asomo así y veo que bajaba un matrimonio y les llamo la atención diciendo: "No tengan miedo que soy persona de paz que

aquí y un poquillo, está descansando". Y enseguida ellos me dicen: "Nosotros es que hemos salido por aquí como perdidos, desde el nacimiento y ya nos vamos para abajo". Y digo: "Aquí no se pierde nadie y ahora que los veo les voy a pedir una merced: ¿Me quieren hacer el favor de echarme una foto aquí que parece que me encuentro en mi casa de tanto gozo y el monte tan bien pintado?" y enseguida contestan: "Eso está hecho de momento sin que sea molestia para nosotros ni cueste ningún trabajo". Y así que aquellas buenas personas me hicieron la foto convirtiendo en realidad la ilusión que en aquel momento tenía dentro y estaba soñando.

Y como me habían hecho tan feliz, les digo: "Ahora les voy a pedir el favor de que dejen la máquina ahí y véngase aquí conmigo porque quiero tener otra foto en este lugar pero en la que estén también ustedes a mi lado" y me dicen que también en esto me complacen y lo preparan todo y empezaron a subir y "arruniando" por aquí y por allí y que no podían llegar a donde yo estaba sentado y viendo sus apuros les pregunto: "¿Es que les da miedo del bujero?" y como con pena me dicen: "Lo que pasa es que no podemos escalar este terreno tan malo" y

es que cuando echaban la mano se les iba el pie y les digo: “Pues ahí mismo se quedan ustedes que yo me bajo y les hago la foto desde ese lado” y así puede arreglar las dificultades de aquellas personas y en aquel momento del tiempo y en aquel cuadro.

Y ya te decía que en más de una ocasión me ha ocurrido que yendo por un camino se me divide en dos o tres ramales y me entran algunas dudas porque no sé por cual de ellos irme hasta que de pronto, sin pensarlo, cojo y me voy por el primero que se me antoja y siempre me alegro porque me encuentro cosas preciosas y entonces es cuando me digo, para mí y callado: “La naturaleza me ha llamado para que vega a conocer estas maravillas que no había visto antes” y miro a un lado y me alegro de lo que por allí veo y miro a otro lado y me alegro más todavía y sigo mirando y a cada instante más me alegro de todo lo que por allí voy encontrando y hasta me alegro de tropezarme con sitios donde es muy difícil el paso.

Y claro, de todas estas cosas, pequeñas anécdotas y vivencias mías, a lo largo de mis años por estas sierras, pues ya verás tú las de aventuras que tengo

como la que viví cuando hicieron la presa para retener el agua que viene a la central del salto, que nunca olvidaré por mucho tiempo que pase, porque en las obras de la construcción de aquel muro estaba yo empleado trabajando y uno de aquellos días fue especial para mí no porque se me olvidara, es que tenía que ir al trabajo y no tenía nada en la casa que llevarme para comer pero me fui al tajo y con los demás hombres me puse y a lo largo de toda la mañana estuve cumpliendo con mi deber y llegó la hora del medio día y paramos a comer, los que llevaban algo, que yo, ya te lo he dicho, no tenía ni un trozo de pan que llevarme a la boca ni un pimiento ni un gajo.

Y el uno se pone por aquí y el otro se va por allí y yo me aparté un poquito y como mi comida era sólo mirar el azul del cielo, me recosté sobre unas matas y sería porque tenia mucho sueño o sería porque el cuerpo estaba agotado y al no tener alimentos, necesitaba descanso, el caso es que me quedé dormido y entre cansado y el hambre, el sueño me venció y allí me quedé transpuesto y claro, mientras yo dormía, no supe lo que allí iba pasando pero cuando desperté, eran las once de

la noche y asustado o más bien sorprendido, durante un rato dudé qué hacer porque allí no había nadie y, además estaba muy oscuro y todo callado.

Y entonces me puse en marcha y me vine para abajo y al salir del túnel y pegado al castellón, vi un covachete y allí me recosté y pasé la noche y a todo esto, sin probar un bocado a lo largo de todo el día y miedo no tenía ninguno, lo único que sentía era hambre y cansancio y al amanecer del día siguiente me volví para atrás y cuando llegó la hora me incorporé al trabajo y al verme el listero me dice: “Ayer le puse un fallo porque pasé lista y usted no estaba aquí y yo pensé que, como otras veces, lo habían mandando a la casa de máquina a por algún recado”, y le digo: “No fue eso lo que sucedió porque a lo largo de todo el día no estuve muy lejos de aquí y ahora se lo explicaré despacio: me paso esto... pero que mire, lo mismo voy a seguir para adelante o para atrás con un jornal más que menos y tan amigos y aquí nada ha pasado porque el error ha sido mío y uno más como otros muchos que todo el mundo tiene y con él cargo”, y al oírme el listero salta y me dice: “Pues bueno, para que lo sepa la gente o para que no lo sepa, a mí me da

exactamente igual, te voy a poner dos jornales: el de la noche y el del día y todo arreglado", y cogió la libreta y me los puso porque era buena persona y a mí ya no me volvió a pasar esto nunca más aunque el hambre me siguió acosando.

Y aquella buena acción del listero me produjo como un gozo sagrado porque en lugar de castigarme el hombre lo que hizo fue premiarme y yo vivía entonces en la aldea que ya no existe y esto fue en años lejanos que es cuando se construyó dicho pantano y el encargado general de aquellas obras era un hombre de Portugal que era un tío muy entendío y aquello lo "linearon" por la parte de allá y "ende" la parte de acá, comenzaron por las dos puntas y juntaron sin equivocación ninguna y donde juntaron había una escalera que le pusieron la escalera de la muerte y más de tres años tardaron en construir aquello y no sólo la presa sino el túnel y todo lo demás y la central donde se remansa el charco.

Y de lo que veníamos hablando es que en los poyos de aquel lado, también estuve viviendo y trabajando con un hombre que ahora está por la parte de

Alicante y como estaba mal de vivienda y había una cueva allí, en ella me metí y el poco hato y el punto exacto se encuentra más para arriba de la curva que por el llano, ahora da la carretera que es por un sitio donde crece el esparto y está justamente por encima del vado y cinco años estuve yo viviendo en aquel covacho.

Pero para ir contando las cosas con un poco de orden, te diré que esto de la cueva y mi mujer, comienza con aquella noche que al pasar por la puerta de la amiga de mi mujer, se me caía la cara de vergüenza pero yo sabía que se iba aquella noche con él y ella sabía que yo iba a por mi mujer porque nos fuimos los dos en la misma noche y nosotros, los hombres, sí lo sabíamos pero ellas, no sabían nada una de la otra y yo se lo dije a mi amigo: “Esta noche voy a las tierras de la solana a por la que será mi mujer para siempre y él me dijo: “Pues yo también me voy esta noche con la que será la mía y así, que aquí nos juntamos”.

Y te estoy diciendo que nos fuimos pero ¿a dónde nos fuimos? Ea, es que ella vivía ahí: en las tierras de la solana y yo en la aldea del cerro y recuerdo que por

aquellos días, estaba poniendo pinos y esto fue el día once de enero y como éramos novios de “matuteo”, por la noche me acerqué a su casa y eché los mecheros así para que ella viera las luces y se vino y de su casa nos escapamos.

Y es que estábamos novios de furtivos y sólo lo sabía un amigo nuestro.

- Pero si estabais novios de contrabando ¿cómo os veíais?
- Pues que íbamos a poner pinos y ella iba en una cuadrilla y yo en otra pero yo la buscaba porque me escapaba a donde estaba ella y así nos hablábamos.

Y ella que está presente:

- Además, es que somos primos segundos y fue a mi casa y todo.
- Fui una vez pero no era como a verte.
- Bueno, fuiste a echarme el ojo y como si fueras a visitar la familia y a quién querías ver era a mí.
- Pero a verla a ella no fui ninguna vez porque ya sabes como era tu padre de callado.

- Mi padre era muy farruco y ¡bueno! Se enteraba y me pegaba una paliza que me mataba.
- Y como serví con un hermano de ella y yo le tenía mucho respeto a eso porque me daba mucho corte y por eso estábamos de furtivos y ya dije: "Bueno, tú te asomas a la puerta y cuando veas así unos chisques, te vienes conmigo". Que como era un chisque de mechero porque entonces no había de otra cosa y yo venga hacer así chisque y ¿qué fue lo que dijo tu padre?
- Que había visto una luz?
- ¿Y tú qué dijiste?
- Pues que serían algunos de mis hermanos que estuvieran por allí y que no, que no tuviera cuidado.
- Y el acuerdo de esta huida fue cuando bajábamos aquella tarde de poner pinos y nos vimos por el pinar ese de junto al río y ahí quedamos en el acuerdo y los pinos esos del pinar están puestos el once de enero.
- Y tú ¿qué preparaste para irte?
- Pues nada, sólo lo que tenía puesto porque no tenía nada más y llevaba unas esparteñillas y ya está y vacías las manos.

- Pues salió ella y nos fuimos y estaba nevando aquella noche y cuando llegamos a la aldea del cerro, había un pie de nieve y me acuerdo yo que aquella noche el río grande llevaba una riada que pa qué que tuvimos que colar por aquí que había una viga en el río y por ahí colamos con teas y cuando llegamos a la aldea del cerro, dice mi nuera: “¿Qué has hecho, so loco?” pero ya no había remedio.

- ¿Que iba hacer? Y allí me quedé y a partir de aquel momento empezó a ser mi marido y la nueva vida comenzamos.

Y mis padres cuando luego lo supieron ¿qué? A los once días y a él y a mí nos dijo todas las perrerías del mundo y un rencillón pero grande y nos lo aguantamos y luego nos fuimos allí diez u once días con las cabras y todo lo demás.

- Y después muy bien que nos hemos llevado.

- Mi padre es que era muy raro y como yo siempre había sido su guarda espaldas para todas las cosas, siempre iba detrás, pues a la que más quería era a mí porque siempre estaba a su lado.

Porque éramos diez hermano, cinco niñas y cinco niños cosa que entonces era muy norma en la sierra hacer estas cosas porque no se casaba casi nadie y casi todos se llevaban las novias y era porque no había un duro aunque mi hermano el mayor sí se casó y fuimos nosotros y juntó cincuenta duros en aquellos tiempos ¡Y madre mía lo que fue aquello!

- Mi padre, en su boda juntó cinco duros.
- Se mataba una red, se hacía churros y chocolate y eso era lo que se ponía en las bodas e ibas a las bodas para matar el hambre un poco y yo he ido a muchas bodas a fregar platos y siempre iba para que me dieran lo que sobrara para los zagales y para nosotros y es que como estaba la vida tan mala...

Y ahora, él pregunta:

- ¿Hablé yo de Franco?

Y ella responde:

- Bueno, ahora déjalo que estamos en otras cosas.
- Lo que vosotros queráis.
- Es que esto es bonito porque a mí me gusta recordar aquellos años de mozuela porque yo me fui con dieciséis

años y ¡fíjate qué joven! Cosa que digo ahora que con razón mi padre cogió aquel enfado.

- Y yo tenía veintidós.

- Bueno, me fui en enero y cumplía los diecisiete años en mayo, el día veintinueve y claro que era muy joven pero si yo estaba muy mal porque todo el día me tenían tirada con los animales y mi tío, que era muy buena persona, un hermano de mi padre, me decía: “En cuanto te salga uno que vemos que medio vale, pillas y te vas con él y asunto arreglado”.

Es que yo era el burro de la carga siempre y decía: “Va a abusar alguno de ti y después vas a ser una desgracia”. Y era verdad y ya cuando mi marido ahora, pues yo se lo dije a mi tío y me dijo que me fuera y me fui con él y hasta hoy y de ¿cómo empezamos a rodar los primeros días? Pues ya ves tú él estaba en el salto que te ha dicho y ganaba trece pesetas ¿no?

- Yo ganaba más que los otros que ganaba catorce pesetas porque era barrenero.

- Y yo me quedaba a vivir en casa de mi suegra que me tenía la vida amargada viva porque mi suegra no ha sido aparente para las nueras y que no las ha querido nunca

porque lo de ella era que los hijos estuvieran siempre solteros porque mi marido ahora, siempre tuvo un montón de novias que estaban de su lado.

Y algunas de ellas le decían que se iban con él en pleno día pero le temían a mi suegra y yo porque no la conocía hasta que no me fui allí con él y me encontré que no sabía ni dar un punto y no me escondo para decirlo, porque mi padre me tenía sólo para guardar ovejas, cabras, segando, escardando... porque me he tirado las semanas y las semanas segando sin bajar a mi casa y durmiendo por ahí donde podía y metida en los covachos y las cabras comiéndose el pelo de mi cabeza porque mi padre era muy raro.

Con trece años yo me subía a las carrasca cargada de nieve y con mi hacha le echaba ramón a las cabras y en mis espaldas siempre llevaba el zurrón con las cuatro cosas de comida, Igual que los pastores y mi padre decía: “Cuando estés sola por el campo tú canta como los hombres y da voces que nadie sepa que yo me he ido”. Y he guardado hasta doscientas y trescientas ovejas y me acuerdo que cuando le vendíamos los borregos íbamos

con una olla muy grande y ordeñábamos a las ovejas y ¡nos pegábamos unas panzá de leche que pa qué!

Porque entonces no hacíamos queso que todo era beber leche y hasta malos nos poníamos y claro: si no teníamos otra cosa para comer porque estaba la vida muy mala y penábamos mucho y ¿aquello de mi abuela? Te digo que fue la persona más buena del mundo y por eso no lo callo.

Y cuando ya los hijos empezaron a ser zagales, también se empleaban con el ganado que entonces se ganaba quince duros y luego más tarde, trescientas pesetas y ya casados, me dejaba los chiquillos en una cueva y me iba a escardar trigo porque me he escardado llanos de trigo grandísimos. Casi toda la llanura de la mitad de la cumbre, de un extremo a otro me la he escardado yo más de una vez e hierba por hierba y a mano sin parar en todo el día y me acuerdo ahora que un día me dieron una latilla de meloja y era de acuarto y sólo eso después de todo el día trabajando y para comer yo y mis hijos y otra vez creo que estuve cinco días escardando y me dieron diez pesetas y con aquello me

compré una falda negra y otro día me dieron un trocillo de "salón" así de grande ¿no sabes lo que es eso? Y te lo pregunto porque algunos lo confunden con el tocino salado y no lo es sino que se morían las reses o las mataban, las abrían y las hacían un salón y entonces las secaban en el horno con sal porque era la manera de conservar la carne para luego comérsela cuando fuera necesario y claro, estoy hablando de las personas que tenían reses, casa, hornos y sal, porque nosotros no teníamos más que una cueva pequeña cuando la encontrábamos en algún rincón de la sierra y el caso es que aquel día, un trozo de esta carne salada me dieron y aquello fue para celebrarlo.

Y también recuerdo que unas de aquellas veces cuando llegué a la cueva no estaban los chiquillos.

- Eso, cuenta eso.

- Tenía yo entonces a la nena y al nene y cuando volví de escardar vi que no estaban en la cueva y llorando y dando voces y gritos me puse a buscarlos y no los encontraba y luego los vi y estaban debajo de unos garitos y es que se habían quedado dormidos y allí estaban acostados.

Y a ella se le caen las lágrimas por la cara y se le atascan las palabras en la garganta y no puede seguir y él la mira y dice:

- Ya se ha emocionado y es que no puede ser para menos por lo tremendo que fue aquello aunque esté tan apagado.

- Pero luego cuando vi a los chiquillos en aquellos covachos lo único que pensé, al verlos tumbados entre aquellas rocas y bajo el gran voladero, es que se había caído y se habían matado los tres porque era un voladero que tiene más de cincuenta metros de alto.

Tan mal andaban las cosas que mi marido estaba de pastor con un hombre y muchas veces venía a la cueva donde vivíamos para ver si me habían dado a mí algo para comer él porque sólo le echaba un pucherillo así de chiquitillo y con aquello tenía que tener para todo el día y unas veces tropezaba yo con buenas personas y me daban cosas y con esto alimentaba a mis hijos y mi marido cuando venía porque unos eran muy buenos pero otros eran muy tacaños.

Y aquello de los piñones es que buscábamos piñas de esas gordas, las poníamos al sol, se abrían y cogíamos los piñones y luego nos los comíamos y ¡anda que lo les gustaban a los chiquillos! Pero no te creas que eran de los pinos buenos, que las piñas que recogíamos eran esas gordas de los pinos negros que tú sabes y eso están buenos así mismo y otras veces cogíamos las piñas verdes y las asábamos para sacárselos y entonces sí estaban asados.

Y él:

- Pues estando allí, un día tuve que ir a la aldea que se derrama y duerme en el mismo nacimiento de ese otro río limpio de esta sierra mía y me quedé dos días en el pueblo y cuando regresaba, antes de llegar al rincón de la cueva, me encuentro con unos pastores que me dicen que la mujer estaba de parto o que a lo mejor ya había tenido el chiquillo y la fecha exacta de este día era el veinte de octubre y claro, al enterarme de la noticia, me tomé prisa por llegar a la cueva y mientras, dentro de mí traía un lío de sentimientos que era de espanto porque por un lado me bullía la alegría y por otro, la lástima y por otro lado, no sé qué más sentía y así que llego a la cueva,

no me encuentro a nadie y me digo, triste y callado: "¿Dónde estará mi mujer, será que habrá pasado algo o habrá ido a la fuente a beber agua o andará por ahí buscando?"

Y esto que te estoy contando a ti ya se lo he contado a la gente de por aquí y me acerco a la fuente y sigo mirando porque algo dentro de me decía que por allí estaban y de pronto, bajo la sombra de una higuera, veo un trapillo y encima una criatura que parecía un renacuajo y no tenía nada más que un trozo de paño puesto en el suelo y con el doblez, arropaba a la criatura y sigo mirando, porque no veía a la madre, cuando oigo ruido por encima de mí y al mirar para arriba, la veo subida en las ramas de la higuera y al descubrirla así sólo se me ocurre preguntarle: "Nena ¿ Pues qué haces ahí?" y me contesta: "Pues tendré que subirme aquí a ver si encuentro, para comer, algún higo paso porque tengo hambre y en la cueva no hay nada que llevarse a la boca y ya ves quién ha nacido y cómo ha llegado".

Y fíjate tú, una mujer recién parida, se tiene que subir a buscar higos verdes para comer algo y esto se

cuenta así ahora pero para mí es grave porque se me hace un nudo en la garganta y aquello se me clavaba en el corazón y yo ¿qué podía hacer para aliviar aquella situación y aquel mal trago?

Y unos días más tarde me puse otra vez camino del pueblo donde nace el río que de tan limpio es blanco, porque quería poner en el registro al nene y salí de la cueva y ni siquiera un trozo de pan me pude echar al bolsillo y colé por donde desagua el otro río que venimos contando y me fui derecho a las casas de abajo y cuando iba entrando por allí me dio un sudor por todo el cuerpo y sentir un malestar que me parecía que allí se me acababa la vida y como ya lo he dicho, no llevaba nada que comer y ni un duro y hasta la ropa tan mala que hoy no hay nadie así tan mal vestido como yo iba en aquella ocasión y con el escalofrío me senté un poco junto al camino y cuando se me quitó aquel malestar me digo callado: "Pues yo me voy a acercar a esa casa y pido un trozo de pan para un hermano".

Y me acerco y estaba la puerta abierta pero aunque mucha hambre llevaba, al acercarme a la puerta,

no me atrevía llamar porque me costaba a mí mucho trabajo adentrarme y pedir para comer, conque sigo para delante y en las casas de arriba, al asomar al cerrillo, junto al camino pero a la izquierda, había un tornajo y en él una señora lavando y me acerco y le digo, muy callado: “Señora, no sé cómo le voy a decir a usted una cosa pero es que no tengo más remedio porque la necesidad me obliga” y mira y la mujer me contesta: “Usted dirá”. “Pues mire, buena mujer, yo vivo en una cueva por donde crece el esparto y es una cueva muy buena y yo estoy bien en ella pero ahora mismo allí tengo a mi mujer con un niño pequeño y voy a ponerlo en el registro del pueblo y ni siquiera un duro llevo en el bolsillo ni tampoco nada qué comer y tengo que ir y volver así que si usted quiere darme un trozo de pan, yo se lo voy a agradecer mucho porque ya apenas tengo fuerzas para seguir y quizá esa poca de comida que usted me dé, me sirva para sostenerme con fuerzas y acabar bien el camino que voy andando”.

Y la mujer me mira por segunda vez y deja de lavar y enseguida me dice: “Lo que voy a hacer ahora mismo es ir a la casa y ponerle a usted de comer un buen plato que

yo sé lo que es andar por los caminos de esta sierra y lo que supone no tener un trozo de pan que llevarse a la boca así que ahora mismo se viene conmigo y ya verá como recupera fuerzas” y lleno de agradecimiento miro yo a la mujer y enseguida le digo: “Se lo agradezco muchísimo, usted no lo sabe pero tengo que ir y “golver” y no me queda tiempo para sentarme a comerme ese plato”. “De todos modos, venga conmigo que le voy yo a aliviar el camino que va remontando”.

Y entra la mujer en la casa y saca un pan grande y me corta un buen trozo y como yo estaba viendo que aquello era mucho pan, le digo: “Mucho me está cortando, no me dé usted tanto que también lo necesitará” y mientras seguía cortando un trozo de tocino me decía: “Ayer y hoy nosotros hemos comido, si para mañana no hay, ya Dios nos echará una mano que hoy usted está necesitado y como yo le puedo ayudar, eso es lo que ahora mismo me importa y, además, con este buen bocado cae bien un trago de vino porque ¿Le gusta a usted el vino?” Le contesto y le digo: “Sí que me gusta el vino pero en este momento eso para mí es un lujo porque me está usted dando el pan y tocino que tiene para su

casa y con esto me conformo porque para mí ahora mismo es casi la vida entera". "De todas maneras un vaso de vino le va a sentar bien y tómeselo y que Dios le ponga en su camino las demás cosas que necesita y va buscando".

Y sin que yo quiera, la mujer me echa un buen vaso de vino y me lo bebo y al darle las gracias le digo: "Vaya señora, pues con este baso de vino "me se" está liando un ardor que "pue" que cante por el camino y que el cielo le pague a usted la buena acción que ahora mismo acaba de hacer" y la despido y sigo mi rumbo y sin pararme ni nada me como la mitad del pan y el trozo de tocino y antes de dar vista a donde el río estaba y sigue manando, me aparto del camino y busco un sitio apropiado y en un bujero escondo la mitad del trozo de pan y lo mismo que los animales esconde la comida igual lo hago yo pensado en que luego tenía que volver y como todavía me queda un buen trozo de camino, reservaba la comida para la vuelta y le pongo una piedra y todo y allí lo dejo bien tapado.

Y llego al pueblo y busco el ayuntamiento y toco en la puerta y pido permiso y me contestan el funcionario:

-¿Qué se le ocurre a usted?

Digo:

- Mire usted, poner a un nene en el registro.

- ¿Dónde ha nacido?

- En la cueva que hay allá cerca del llano.

- ¿Cómo que en la cueva?

- Sí, en el agujero profundo de la cueva que estamos hablando.

- Pues será en las casas.

- No señor, quiero que le ponga usted que ha nacido en tal cueva.

- ¿Pero cómo es que usted vive en una cueva?

- ¡Ea! Pues en la cueva es donde yo vivo y estoy encantado.

- Pues con el permiso de usted, mañana mismo le escribo a las oficinas de Franco una carta y en veinticuatro horas tendrá una casa.

- ¿Y dónde me van a dar la casa?

- Le van a dar la casa en los pueblos que hay por la campiña, río grande abajo.

- Mire usted, yo en cuanto veo un llano, olivas y todo eso donde parece que toda la tierra es igual, como no estoy echo, no sé vivir porque ese no es mi mundo y así que no consiento que me den una casa por aquellas tierras del llano porque sé que en cuanto esté allí voy a desaparecer para venirme a estas tierras donde me voy a arrinconar otra vez en mi rincón que amo y así que yo no puedo irme y deja usted la casa para el Señor Franco que yo con mi cueva tengo de sobra y con ella voy tirando.

Y echo mano a los bolsillos de la ropa vieja que llevo puesta y sacando en la palma, le digo:
- Mire usted lo que me encuentro en los bolsillos.
Abro la mano y hojas secas de sabina y hojas de enebro y de romero y de chaparros.
- Como esta es la ropa que tengo, los bolsillos los llevo llenos de los tesoros que mi tierra da porque una peseta no tendré ni tampoco un trozo de pan para alimentarme pero monte, arroyos limpios y aire fresco, me sobra por todos lados y no quiero cambiar este mundo por ninguna casa que ustedes me den aunque sea hermosa.
Y se me queda mirando y me dice:

- Pues vamos a lo del niño. ¿Cuándo nació? ¿Ponemos a las veinticuatro horas de...?
- Mire usted si yo no sé eso de veinticuatro horas de no sé qué, el niño tiene unos pocos días y eso es lo que sé y que allí está llorando.
- ¡Pero hombre que eso es una multa...!
- Pues haga usted lo que quiera y si yo no sé lo qué es una multa ni nada parecido y si me entiende usted ¿para qué estamos hablando?

¡Hombre! Ya tan ignorante no era yo pero si no llevas nada ni eres nadie, a un señor de carrera ¿cómo le tienes que hablar? Pues le tienes que hablar por escalones bajos para que así se crea más importante todavía de lo que es y me sigue preguntando:
- ¿El nombre del chiquillo?
- Le pone usted lo que quiera.
Y el mismo le pone el nombre y cuando me lo lee le contesto:
- Pues estaba temblando que me dijera cómo le ha puesto por si no me gustaba ¿Cuanto vale?
- Veintidós pesetas.

- Pues mire usted que no tengo ni un duro y viniendo por la senda le he tenido que pedir a una mujer que me dé un trozo de pan para poder llegar hasta este pueblo y usted esto se lo carga al ayuntamiento o si usted puede, lo paga de su bolsillo y a otro que venga con diez duros, le cobra uno de más para ir compensando lo que yo no puedo pagar y como usted lo apañe, yo de eso que le voy a decir pero yo no se lo puedo pagar y si me lo deja sin poner a lo mejor se salva de ir a la mili pero en fin, como eso no se estila todavía por aquí, haga lo que crea es más honrado.

Y aquel hombre me mira y guarda silencio un rato y luego me dice:

- Le voy a decir una cosa: se ha explicado usted bien conmigo pero que no se le ocurra asomar por aquí más a poner un chiquillo en el registro.

Y seguí hablando con aquel señor y a lo que él me dijo yo le contesté: “Pues si alguna vez nace algún hijo más, tendré que ir a otro sitio y yo quería que todos mis hijos sean de este lado de la sierra pero en este caso, a lo mejor me tengo que ir a otro sitio aunque el nuevo niño nazca en tierras de este poblado.

Y pasado el tiempo, nació otro hijo mío, al pasar el pecho que antes te decía y en unas casillas que había allí que es donde también nació mi madre que tiene ya noventa y tres años y vive todavía y también en esa misma casa nació un tío mío que ha muerto con noventa y un año y desde aquel tiempo para acá, cuántas veces no habré ido yo a las paredes de esa casa que se deshace por ese barranco que como te he dicho: cada vez que voy por allí me paso el rato tocando las piedras de toba y diciéndome callado: "¿Con qué harían esta toba? ¿De dónde la traerían...?

Muy cerca del camino, hoy pista forestal que pasa así y por la parte de abajo, unas tapuelas que ahí entre el monte y un poco más allá de un sitio que le dicen el rasete ¿Tú has visto una casilla? Pues en la casilla aquella, que está el horno y todo allí todavía, fue donde nació mi madre y mi tío hermano.

Y este hijo mío que nació ahí fui a escribirlo al pueblo de la ladera y me preguntó el secretario dónde había nacido y le dije:

- En una casilla que hay y allí es donde vivo yo y ahí me puso el chiquillo, porque claro, con todo aquello que tuve con el del ayuntamiento donde nace el río, yo me decía asimismo: “¿quién asoma allí otra vez?” que es lo que me pasa a mí que según los papeles nací en el pueblo de la ladera y estoy bautizado en el pueblo de la ladera y también casado en el pueblo de la ladera pero siempre fui de del término del pueblo donde nace el río y si me preguntas que por qué era así te digo que por lo mismo que estamos diciendo antes: el pueblo del nacimiento cogía muy lejos y como el pueblo de la ladera estaba más cerca, pues lo hacían así y lo mismo que sigue ahora pasando.

Y el niño que nació en la cueva, después este chiquillo ha venido a trabajar al centro ese que por ahí han montado para los turistas y fíjate la vida las vueltas que da porque diez años ha estado trabajando en ese centro y como yo le decía donde había nacido, él ha ido allí a reconocer la cueva más de una vez y fíjate, nacer allí e ir a reconocer la cueva así como también casi todos mis hijos que una y otra vez ellos siempre me dicen: “Papa, si a nosotros también nos gustaría vivir aquí”

porque en la sierra y en cuevas, ha vivido gente de toda la vida pero en fin, es una cueva.

Y recuerdo que en aquellos tiempos nosotros estábamos acostados y los chotos corriendo por lo alto y teníamos que taparnos la cabeza porque se meaban y retozaban por encima y parece que lo hace Dios: tenía una cabra que parió cuatro chotos y los cuatro del mismo pelo que recuerdo también que por aquellas fechas en la aldea del llano había un cura que se enteró del sitio donde vivíamos y siempre que íbamos o venía, nos daba alguna cosilla que era un hombre bueno que le ayudaba al prójimo porque hoy pueden ayudar más y no lo hacen y yo qué sé por qué será porque el "probe" que había antes es porque era de nobleza y de verdad y de necesidad y no ahora que por cualquier cosa, ya están llorando.

Que ahora hay probes que se hacen por maldad y hoy no viene nadie a que le dé uno de cenar o que le des un trozo de pan que hoy quieren dinero y como te descuides te quitan lo que puedan y por eso digo que ni las cosas ni la gente de ahora son como las de antes y es

por lo que te decía que de todo aquello que yo pasé, ahora me estoy alegrando.

Y mira lo que te digo: salí una noche de la aldea del nacimiento, lloviendo y sin linterna y sin nada, por las casas de arriba y luego por el molino que también ya ha quebrado y era una noche tan oscura que no se veía ni a tres metros y me vine a las once de la noche y bajando por el gran barranco para abajo veo ya una oscuridad muy grande y me paré y cojo una piedra, la tiro y observo, porque tú sabes los barrancos que ha hecho el agua y hay terreras de veinte y de más metros y cascadas grandes que están junto al camino y que con esa oscuridad de la noche ni las ves y yo noté que me desvié de la verea y claro, al ver aquel oscuro, lo noté y al tirar la piedra me di cuenta que allí había un fallo en el terreno y me quedé parado y para mí me dije callado: “¡hay que ver si caibo por aquí a estas horas de la noche y tan solo y esto tan malo!”

Y bajé hasta lo más profundo del valle y seguí subiendo todo el río grande arriba y ¿sabes donde me amaneció? En lo alto del puerto que vuelca al pueblo de la

ladera y justo en un sitio que hay una fuente en un cuenco de la losa. ¿Sabes dónde está eso? La fuente esa se encontraba en lo alto de la cuerda del puerto y un poco más acá del cerro redondo, nacía, que ya no nace, en encima de unas lastras que se encuentra por el lado de arriba de una cueva que allí han cercado.

Pues mira como sabes las sierras porque ¿adónde iba yo en aquella ocasión para que tuviera que estar andando toda la noche? Pues iba a unos asuntos familiares y a ver un hermano que ahora ya no vive aquí y andando toda la noche y me amaneció en lo alto del puerto y fíjate la travesía que me hice que subí por todos esos repechos para arriba, que se dice pronto pero recorrerlo ya es otra cosa y todo esto te lo digo para venir a lo mismo de antes: que me alegro de haber padecido todas estas cosas tan duras y complicadas porque ahora aprecio más las cosas que tengo a mi lado.

Que ahora le tengo cariño a las cosas que viví de pequeño y me alegra mucho de haber dormido en el suelo tantos años porque ahora sé apreciar lo que es dormir en una cama porque yo pienso que el que ha dormido en una

cama buena de siempre, dirá: “¿Habrá otra cosa mejor?” y siempre está pensando que hay otra cosa buena y a mi no me pasa eso y yo ya no pienso que hay otra cosa mejor porque me conformo con lo que tengo y no sólo me conformo con lo que tengo sino que me parece que esto es para mí la gloria y estoy pagado.

Y mira, he criado los hijos y yo estoy bien con todo el mundo que me acuesto siempre pensando: “Mañana voy a tal sitio” y como si fuera mía toda la sierra digo: “Mañana tengo que ir a tal sitio y pasado tengo que ir al otro lado”.

Y del camino que desde la fuente rota sube a la aldea que ya no existe, me acuerdo cuando lo hicieron porque en él trabajé yo y me accidenté cuando tenía dieciséis años y aunque con el tiempo se le olvida a uno muchas cosas pero eso lo tengo vivo y recuerdo que cuando me llevaron al pueblo me pusieron en el papel que tenía dieciséis años y ¿cual fue ese accidente? Pues que se escapó una piedra y trabajaba precisamente en el tranco y colgado arriba echando barrenos que yo también he sido barrenero, no de los mejores pero tampoco de los

más malos que dos metros y dos metros y medio nos echaban de tarea y la mitad de los días me los pasaba colgado.

¿Y lo del accidente? Pues que estaba atado con una soga echando barrenos y estábamos amarrados en un pino o una encina o lo que fuera, siempre en el árbol más cerca de la pared que teníamos que barrenar, y en un haz de barda nos sujetábamos para echar los barrenos y se escapó una losa y me arrancó un dedo del pie y enseguida me llevaron al pueblo y fue la primera vez que en mi vida he visto el cine y aquello ¡pa qué te hablo!

Que estando en la posada, la única que había, me invitaron para que fuera al cine y yo hasta entonces no sabía lo que era cine y como a mí me extrañaba mucho, pregunté: “¿Bueno y eso qué es?” “Pues eso, gente que sale, que estarán en Madrid y se ven aquí”. Y digo: “¿Y cómo puede ser eso? ¿Los habrá visto alguien venir?” Les preguntaba yo y el de la posá, el dueño, que era un hombre muy bueno para todo el mundo, dice: “Toma pero para que no me lo pagues, te voy a dar yo para que vayas a ver el cine” y luego le dije yo: “Ya que no me lo fuera

usted dado” “¿Por qué me dices eso?” “Por el miedo que he pasado después y yo que nunca en mi vida le he tenido miedo ni a la sierra ni a nada de lo que en la sierra hay, los hombres estos que salen en el cine, me he asustado que yo me pacía que esos tíos tan grandones venían a quemarnos la sierra y yo le he cobrado a eso miedo y no me ha gustado, porque esas personas no se parecen a las personas que de esta sierra yo siempre he tenido a mi lado.

Y una vez o dos habré ido yo después al cine porque parece que aquella primera vez me sirvió como de escarmiento y si me pregunta que si yo he pensado alguna vez por qué me da miedo el cine y las cosas de la sierra, no, te digo que algunas veces he ido por sitios muy peligrosos y me he parado frente a la grandiosidad y he exclamado ¡oh! y siempre me preguntaba para mí: “¿Qué será el miedo? porque como yo no tengo, ¿será que como yo nunca hice nada malo? y será feo que lo diga pero a mí nadie nunca me ha apuntado para nada ni por ningún motivo malo y tengo amigos por todos sitios que si tú lo preguntas, ya verás como todo el mundo te dará buena razón de mí y será por eso, porque nunca en

la vida he ido con maldad para nada ni hacer a los otros, daño.

Y si vieras, aquí frente a este pequeño lago de mi pequeño paraíso: oscuro, oscuro, muchos días me vengo y me siento sin prisa a perder el tiempo y sólo mirando las hojas de las plantas y el agua que se mueve y cuando me levanto, sin intención de ir a ningún sitio y sin prisa ninguna, cuelo el río y me salgo por ahí, a dejar que el viento fresco que danza por entre los árboles, me acaricie la cara y me perfume el alma y me enfríe las manos y la otra noche, a las tres y media llegué hasta allí abajo y ya te digo, no buscaba ni busco nada, sólo el placer de sentirme en contacto con la naturaleza porque la noto parte importante de lo que soy y ya que me cansé de bajar por la orilla del agua sintiéndola correr, me vine para arriba y así iban pasando las horas de la noche y yo soy feliz con eso y más feliz de lo que mucho piensan, porque aún sin tener nada, siento que lo tengo todo y, además, plenamente y en armonía conmigo y el ancho campo.

Y ahora te voy a contar lo de aquellas manada de cabra y el monte lleno de flore porque de vez en cuando lo recuerdo y me digo “¡Qué bonito era aquel cuadro!” y las cabras bajaban desde las partes altas y le entraban al monte por donde el cerrillo comienza pero como el monte por allí es tan espeso y alto, los animales se quedaban perdidos entre la vegetación y a pesar de eso, si te ibas por la parte de abajo, siempre las ibas siguiendo y aunque no las veías, las adivinabas avanzar ladera abajo y si te ibas por el lado de arriba, lo mismo las veis de vez en cuando y si te asomabas a cualquiera de los muchos voladeros que por la ladera existe, te las encontrabas casi de frente y qué cuadro más bello aquel de las cabras avanzando por el monte al tiempo que saltaban de mata en mata buscando las flores más tiernas y ahora, cuando en mis ratos de gozo sencillo y puro, me pongo a andar por algunos de los caminos que surcan las tierras que tanto quiero, a mi mente acude aquel cuadro de las cabras tomando el puntal y repelando las flores tiernas de las matas con sus tallos.

Y también a mi mente acude el recuerdo de aquel barranco donde el surco del cauce sube por lo hondo y allí

donde las paredes rocosas se levanta gigantes, trazando la barrera que llega casi al cielo, nace el barranco y por la parte de abajo de las paredes rocosas y en lo más profundo y luego la tierra, se abre como cuando uno abre las manos para dar un abrazo y se ensancha hacia las hondonadas del gran valle y pero allí y donde el recodo muestra sus puertas frente a la hondonada del valle, las aguas saltan en borbotones limpios y por entre aquellos agujeros y pequeñas covachas, surgen transparente y en tan sólo unos metros, se juntan y enseguida se forma el río y con éste, la cascada y la gran corriente y el hermoso manto de cristal derretido que deslizándose por las rocas, cae hondonada abajo y lo ves y aquello te asombra tanto por su grandeza como por su alegría y su transparencia y los reflejos azules verdes que desde aquel cuerpo de agua sale y te digo: ¡Qué bello el río allí donde surgen y es puro borbotón despeñándose hacia el abarranco!

Y una y otra vez, a cada paseo de estos míos por entre lo que tanto quiero y me gusta, me voy preguntando: "¿De qué es el miedo? ¿Por qué le dará a la gente miedo?" O no te gusta el monte, no te gusta salir de la casa, cuando ves la luz te crees que allí ya tienes la

verdad y quizá sea por eso: la carencia a la luz o a la casa y a las cosas de la casa y la verdad es que yo en la casa, no sé estar metido tanto tiempo y tan aplastado.

Y si ahora me preguntas que para qué construyeron la senda que sube a la cumbre y la atraviesa por el tranco, te digo que para ir a la llanura de aquel lado que siempre se le ve cubierta de nieve y como no había ni hay otra salida, por eso lo construyeron y ¿Quienes eran los que tenía que ir o quería salir? Pues eso fue un ingeniero que había aquí y si sigues preguntando que quién pasaba por ahí, te digo que ellos, para salir a esos campos y para que subieran y bajaran los que siempre les acompañaban y que no fue aquello para que la gente de la aldea subieran ni mucho menos que ese camino fue construido para uso casi particular de ellos y sus caballos aunque luego lo empezamos a usar muchos de nosotros y así hasta que nos bajamos.

Y es que mira: si la aldea que roza el cielo hubiera tenido una entrada de coche, mucha gente no pero mucha gente, sí, no se hubieran bajado para ningún sitio porque aquello era un punto no sólo hermoso sino rico y tranquilo

y es que se pone uno allí y no sabe por dónde bajarse del cuadro aquel y aquello, acompañado de gente, es muy grande y la tierrecilla que por allí se ve porque está todo arruinado pero aquello es muy bueno para sacarle cosechas de todo y es un sitio que tiene muchas fincas y un sitio donde la gente se hacía muy vieja y eso, por algo será, es lo que siempre he pensado.

Y oyéndolo hablar del pueblo perdido y ya para siempre roto en las tierras alta de la gran montaña, se me viene a la mente el recuerdo del sueño que tuve la otra noche. En él vi un montón de pequeñas casas, sobre un trozo de tierra que era rica y a un lado de las casas se extendía una llanura toda sembrada de huertas y por entre los bancales se mecían verdes los tomates y los pimientos y me acerqué, algo asombrando por el perfume y la belleza que irradiaban tanto el puñado de casas como las tierrecillas y las aguas limpias que casi la bañaban y a uno de ellos le pregunto:
- ¿Es la primera vez que me encuentro con esta aldea dentro de las tierras de esta sierra ¿Cómo se llama este rincón bello?

- Si miras bien no es aldea aunque parezca pequeña que son cuatro casas blancas y escondidas entre la vegetación pero el rincón tiene categoría de ciudad y casi de cielo y la ciudad más pequeña del mundo porque está escondida entre la vegetación y se alza en unas tierras que casi nadie conoce.

- ¿Pero cómo se llama?

- De siempre nosotros la hemos llamado la Ciudad que se mira en las aguas y si miras bien ya puedes saberlo.

Y miro bien y descubro que las cuatro pequeñas casas se alzan, además, junto a varias corrientes de aguas limpias y los charcos se remansan y sobre la superficie de cristal de estas aguas azules, se reflejan las paredes y las chimeneas de las pequeñas casas. “¡La Ciudad reflejada! ¡Qué bonito nombre y qué bien le cuadra!” Me digo para mí mientras intento conocer y al mismo tiempo gozar, un poco más de lo que en forma de hermosura entra por mis ojos.

Y en silencio y con la suavidad del viento fresco que al amanecer pasa dejando fragancia sin que se note, me voy dando cuenta de la gran belleza, rodeada de

muchos árboles, escoltada por columnas de rocas blancas y al borde de un par de arroyuelos que parecen ríos, se alza el puñado de las cuatro casas y en un rinconcillo que apenas tiene importancia pero que es hermoso como pocas cosas sobre esta suelo y por encima de los tejados, se mecen las copas de los álamos y algo más abajo, donde las tierras se funden con el barranco, las aguas de los charcos, el viento celeste de las tardes y el silencio de la lejanía y la diminuta ciudad parece desvanecerse entre los rayos de luz del sol que va cayendo y es un cuadro que más parece pura fantasía de un juguete nuevo entre las manos de un niño y una realidad que desde el silencio de un rincón virgen, emerge a la luz de la tarde para perderse, unos segundos después, entre las transparencias rizadas de las olas de los charcos serenos.

Y al que está junto a mí le sigo preguntando:

- ¿La vais a poner en los libros para que la visiten los que vienen de lejos?

- A ellos, nunca se le concederá el privilegio de gozar de esta ciudad ni tampoco a otros cuantos, a pesar de

creerse dueños y ya ves que esta ciudad es casi puro sueño y lo demás, reflejos de agua mezclada con viento.

Y me recupero de este recuerdo mío y como lo sigo teniendo frente a mí, le pregunto:
- ¿Para qué me decías antes que sirve el agua de las fuentes negras?
- Donde se ve una fuente negra, eso es bueno y donde se encuentre una fuente que se vea la caliza, pues lo mismo se agarra a las tripas que de eso se forman las piedras del riñón pero las de agua negras son tan buena que se pasa la mano y ya te da hambre y esa agua la bebes y se lleva todo lo malo, que las aguas blandas son esas de la toba que por eso mira: está el río éste y por mucho que lo bebas nunca pillarás una piedras, de tan suave y buena y es agua negra y ya el grande también pero es algo más malo.

Y si ahora me sigues preguntando por aquel viaje que tuve que hacer al pueblo que se alza en el confín del mundo, te digo que tuve que ir para unos asuntos y me fui por el camino que va a salir a las casas de abajo y por el arroyo donde se amontona las grajas y salir frente a las

cascadas de las espumas y llevaba un traje que aquellos ni siquiera era ropa de trabajo y al pasar por el cortijo veo unos huertos y entre ellos unos espantapájaros y me gustó aquella ropa y cuando ya venía de vuelta, venga caminar aprisa porque tenía ganas de llegar para coger la ropa del espantapájaros.

Pero mira, el miedo y lo que son las personas que no nacen para hacer una cosa porque yo pensaba callado: “Pues me llevo la ropa de los espantajos esos y en su lugar pongo la mía”. Y sin desapañar, porque tú sabes que se cruzan así unos palos para que el espantapájaros parezca una persona de verdad y desde el año que había hecho la mili, yo no llevado nunca nada en la cabeza ni aunque lloviera o hiciera sol y pues que llego al espantajo y me lío a quitarle la ropa y mientras, venga mirar para arriba y diciendo callado: “¡Si asomara el amo de este espantajo, qué vergüenza para mí que nunca me han pillado en nada y menos robando!”

Pero mientras esta contradicción de sentimientos chocaban contra la necesidad que llevaba encima, me fui quitando la ropa al tiempo que la iba poniendo en los

palos del espantajo y me fui vistiendo aquella, que me parecía mucho mejor que la mía y todo lo que yo llevaba en el cuerpo, me lo dejé allí y lo que tenía aquel espantajo, me lo puse. ¿Qué clase de ropa llevaría yo? Y la única prenda que no pudimos intercambiar, el espantapájaros y yo, fueron los calzoncillos porque ni aquel muñeco tenía ni tampoco yo y es que no se me olvida, aquella ropa que le dejé puesta a los cuatro palos del espantajo, la había llevado yo encima sin quitármela, sesenta y ocho días y no se me olvida. ¡Qué ropa dejaría yo allí en aquellos palos!

Y ahora vamos a dar un salto y luego volvemos porque tengo que decirte otra cosa que viene bien para completar esto de espantajo que una vez estuve sirviendo en la sierra que mira al sol y al pasar el royo que baja de los cerezos viejos, y decía la mujer: “Un pastor como usted, no lo he tenido nunca” y entonces le pregunté: “¿Y eso por qué me lo dice, señora?” Y me contestó ella: “Es que estoy comprobando que todos los días se lava, y una vez y otra veo que viene tan limpico que ¿cómo no le voy a echar a usted una sábana”. Y yo le decía: “No señora, a mi no me pinta eso y lo de que me lavo sí es verdad y

cada día en cualquier arroyo o charco de los muchos que corren por estas sierras y aunque sea sólo para dormir bajo una piedra o entre unas matas de sabina pero eso de acostarme en sábanas, no me pinta a mí ni soñando”.

Y es que siempre pensaba que si alguna vez amanecía muerto, por las circunstancias que fueran, que a otro día me recogieran pero limpios a mí me iban a encontrar y los pies y la cara y las manos y todo el cuerpo, que yo siempre los he tenido tan limpios como las mismas aguas que corren por las arroyos y estaba desnudo, no tenía casa ni un trozo de pan para comer pero como frente a mí, por todos sitios que iba, me encontraba con la gran riqueza de manantiales y arroyo y regajos, limpio sí tenía yo siempre mi cuerpo y por eso mi madre siempre me decía: “Aunque duermas en el suelo, que la carne siempre esté limpia”. Y así es como yo sigo pensando.

Porque si ahora vamos por ahí y me tuerzo un pie y tiene que venir el médico, que lo que es negro que se vea negro y lo que es blanco que se van blanco que eso me ha gustado mucho, que me pueda quitar un zapato y ver

los pies como la mano y las uñas limpias y la pies blanca que el que lo hace cuando va de viaje, eso no tiene valor porque para mí la limpieza es cada día y la ropa más mala o más buena pero que esté limpia aunque sea un trapajo.

Pues aquel día cuando llegué a la cueva me dice la mujer: "Madre mía qué chaqueta traes ¿dónde te la han dado?" Y digo: "En el pueblo, unos amigos". "Pues tienes que quitártela y guardarla para los viajes porque te cae muy bien". Pero aquello era una chaqueta que estaba yo de pie y me daba dos vueltas enteras a todo mi alrededor y era de esas que lleva dos hileras de botones y un pico que salía por el hombro y yo tan chiquetajo y la chaqueta tan grandota y ella que no hacía nada más que decirme que me caía muy bien. "Tienes que guardarla para los momentos importantes y hay que ver la ropa que hemos juntado en poco tiempo que nunca hemos visto tanta ropa como ahora porque tenemos el cajón que está rebosando". Y aquello era un cajón de la dinamita que mediría unos cuarenta por cuarenta, poco más o menos y era donde todo estaba guardado.

Y eso era lo que teníamos colgado en una estaca que habíamos metido en un agujero de la cueva. “Ahora sí tenemos ropa porque está el cajón lleno”. ¡Madre mía! Hay que darse cuenta, un cajón de dinamita para toda una familia entera y es lo que decíamos: como en aquellos tiempos se tenía poco, los que luego hemos juntado, lo valoramos tanto que ahora, algunas veces veo a la mujer que tira ropa y por eso le pregunto: “¿Dónde la has tirado?” y no me lo quiere decir porque todavía me animo y guardo algo para cuando tenga que ir al trabajo.

Y si volvemos a la aldea, me acuerdo yo hasta qué edad viví allí que fue desde que nací hasta los veintiséis años porque me casé el once de enero y en el mismo pico del cerro que corona la aldea, estuve tres meses de vigilante que veintiséis años viví allí y ya que tuviera la suerte de haber estado otros tantos más porque yo, mira lo que he dicho muchas veces: “Creo que me dejarían vivir”. Si ahora tuviera treinta años, apañaba allí una cosilla y en aquellas tierras viviría solo y serviría para conservar algo, no para destruir y por eso me dejarían y tendría, del monte, cuidado.

Porque no tienes nada más que mirar este entorno donde ahora mismo estamos que aquí hay kilómetros de río pero rincón como este, no se ven por ningún sitio porque lo estoy cuidado hasta la misma orilla del agua que hay que cuidar de todo porque la tierra que se cuida da vida y un rincón que nadie lo pisa, se queda en la ruina y, sin embargo, ¡mira qué cuadro!

Y eso de las pegueras es de lo que ahora quiero hablarte porque que era una actividad más de donde sacábamos para ir viviendo que allí en la aldea éramos personas divertidas y valientes para trabajar y duros para lo que fuera y lo mismo nos estábamos un día sin comer que tres días de huelga si era menester que yo, desde que fui pequeño, con diez años o así, ya me iba con los animales por las montañas y hasta dormía con ellos y cuando despertaban, muchas veces, se me habían perdido por el campo.

Ya cuando me hice mayor, me fui a vivir a las tierras llanas que, al sur, hay al otro lado de estas montañas y no pude estar allí más de tres meses porque no me gustan las sierras muy peladas y es que yo tengo

que estar aquí o en un terreno que le parezca a este y cuando salgo de aquí a algún viaje largo y veo un terreno que se parece a este, siempre me digo: “Aquí pues que me estuviera yo” pero no mucho tiempo y cuando voy por el río, siempre digo: “Ya no hay un sitio como este”. Y cuando me lo dice otra persona que no lo ha visto nunca y ha corrido más que yo, todavía me anima más porque cada paso se ve un paisaje distinto y algo soñado.

Y de mi madre, ya te he dicho que nació en aquel rincón y se casó a los diecisiete años y se fue a vivir a la aldea que ya no existe y sus abuelos nacieron y murieron también allí y como mi madre vive todavía, recuerdo de ella que con un borriquillo que teníamos iba al pueblo que se alza en el confín del mundo a por la ración y le oscurecía por ahí y eso era normal porque las mujeres iban al pueblo y si les oscurecían, andaban de noche y ellas nunca les temían a nada y como yo, sufrían callando.

Y allí vivíamos tan agusto pero los problemas empezaron cuando acotaron las tierras que poco a poco fueron estrechando a la gente y no hacían nada más que

decir: “Tenéis que retirar el ganado, tenéis que iros de aquí, hay que despropiar”. Y a partir de aquello, la vida se puso muy mala y no nos dejaban cultivar las tierras y ya pusieron los canos y ya lo envolvieron todo con sus artimañas y poco a poco nos fueron acorralando y luego los bichos que no les podía tocar, la vida se nos hizo imposible y todo fue cambiando.

Algunos viejos decían que sus tierras les venían de siglos y siglos y muchos tenían escrituras pero como no las iban conservando, no pudieron demostrar lo que querían y necesitaban y no se vinieron contentos ni están contentos, porque aunque estén mejor, les gustaba aquella vida más y a cualquiera que le preguntes, a cualquier padre de familia que le preguntes, no te dice que esté más agusto y puede que alguno porque dude algo pero no, yo conozco a los vecinos, yo me llevo bien con todos y hablando, ellos siempre dicen lo que yo: “ Tavía estaría allí si me hubieran dejado que yo vivía a mi manera y era feliz en aquel collado”.

Como dice la copla de la cinta del Cabrero: “Como el águila real, quisiera vivir en la cumbre, apartado de la

ciudad, como el águila real”. Y eso me gusta a mí y es por ahí, un poquito antes de llegar a la gran llanura, por donde hicieron una cerca y a donde trajeron los primeros animales para ir haciendo la recría para la repoblación y me acuerdo que venía un hombre que todavía vive, ya jubilado que al ver a los ciervos siempre decía: “Ay que bonicos” y nosotros nos reíamos y entonces él a vernos nos decía: “Hoy os reís de estos bichos pero algún día os harán llorar” y dicho y hecho: pasado el tiempo la cantidad de sufrimientos que esos bichos han traído a los serranos pero en fin ¿dejamos esto y nos vamos otra vez para la aldea que ya es polvo callado?

Porque te iba a decir que estando allí, cuando era pequeño yo subí muchas veces al cerro y se coge por un sitio que se llama el prao y un caminillo que va dando vueltas y llega a la hondonada y desde allí ya, la raspa arriba y a lo alto.

Y lo que te decía de los caminos es que no sé explicarlos pero en mis sueños lo he visto muchas veces y según se me presentaban, los caminos en lugar de ser muchos que surcan las grandes extensiones de estas

tierras, era como uno solo y como un gran camino formado por la reunión de muchos pequeños que se perdían y al mismo tiempo surgían de cualquiera de los puntos de esta gran tierra y es como si naciera de ahí, de donde nace la tierra que puede ser cualquier punto y te llevara a todos los lugares que por eso para mí, el camino es tan importante como lo fundamental en la superficie de la tierra que lleva a la misma tierra al tiempo que también lleva a los secretos y bellezas que la tierra tiene callados.

- Así que ya podemos pasar a otra cosa.
- Vamos a lo que tú quieras.
- Yo quisiera que me hablaras de las pegueras.
- Pues mira salimos por la mañana con el hacha, el azadón y las cuerdas y hacemos la carga de tea que ese menester se llama: "hacemos la tea" y que ¿cómo se hace la tea? Pues si está la tocona envuelta, se le escarba y la tocona tiene que ser de pino y da igual que sean pinos blancos o negros pero lo más corriente es el pino blanco que cuando daban una corta salían a subastas las toconas para hacer alquitrán y te decía que "traívamos" las teas y la poníamos hecha una acina en la puerta y la peguera era así un hoyo redondo en la tierra y

por dentro se iba poniendo piedras y barro y se parte la tea, se hace un agujero por abajo y una cañería tapada por ahí y aquí hay un pozo que es un pozuelo en el suelo tallado.

Y cuando ya está llena de teas así partidas, se van poniendo así, un poco de tendío al tiempo que se le da la vuelta como si fuera una orza porque la peguera es igual que una orza: estrecha de abajo, ancha de arriba y luego junta la boca un poquito y cuando ya se llena de teas, se le hace así un poquillo como unas piedras para que tenga la boca un poco más estrecha y se le pega fuego y lentamente va ardiendo y por abajo sale el alquitrán aquí al pozuelo donde se le pone un tanto.

Y un tanto es un palo que se pone así y se le hacen las rayas para veinticinco arrobas, treinta arrobas, cuarenta arrobas y hasta sesenta arrobas y de ahí para arriba que daban algunas, según fuera la tea y según tenga cabida la peguera y fueran los palos.

Por el tanto, ese palo que está señalado, sabes las arrobas que tienes y es como si se metiera una rama y va

marcando y se le hace decir: “Aquí están las veinticinco arrobas, al palo”. Ya como se sabe de antes, cuando llega el alquitrán del pozuelo allí, veinticinco arrobas y luego venían los arrieros y cogían aquello en las pieles con un cazo así parecido al de sacar la broza de los peces que tengo en este lago mío y con un cazo y un embudo llenando las pieles y alzaban las pieles y las liaban y las echaban a las bestias y te la pagaban a quince pesetas, a dieciocho pesetas, hasta siete pesetas la arroba he hecho yo el alquitrán y sé de otros que lo han hecho hasta por tres pesetas y un bocado.

Y los pegueros iban a recogerlo al monte y lo que podía dar una peguera era de cincuenta a sesenta o setenta arrobas y según era la peguera y la tea porque si iba limpia, que no chupaba luego fuego, daba más alquitrán porque el alquitrán, si la tea llevaba cáscara, se perdía mucho pero si la tea no llevaba cáscara, todo escurría y aquello daba mucho alquitrán y si tocaba mucho a la madera, ya salía menos cantidad pero normalmente dos cargas de tea, bien hechas, daba dos arrobas de alquitrán por carga y así que de treinta cargas de tea, sesenta arrobas de alquitrán y eso no era

siempre exacto pero por ahí andaban las medidas y los cazos.

Y luego, los días que se tardaba en hacer una peguera, ahí se podía tardar... ya dependía de según al tío le cundiera la tea pero se podía tardar unos quince o veinte días que la primera peguera que yo hice fue por la cumbre de las sierras que miran al sol de la tarde y luego me fui más allá a una peguerilla que hay ahí y donde me salía muy bien y me hice tres hornos de tea porque la calidad del terreno también influye y eso no puedes ignorarlo.

Donde hay mucha solana los pinos tienen mejor tea y como ahí había mucha solana a mí me fue muy bien en esa zona y yo me hacía la tea y como no tenía bestias, me la acarreaba a cuestas, me metía en la peguera y mi mujer me daba la tea y ella me echaba los haces por lo alto y yo los iba apañando y luego le pegaba fuego. ¡Madre mí qué lucha! Al final de la temporada me quedaron mil pesetas y yo, me pacía que tenía un capitalazo.

Y decía yo: “¡Madre mía, mil pesetas encima de todo lo que me he llevado! Lo que he gastado y lo que me han llevado los arrieros”. Que me parecía que era un dineral lo que yo tenía ahorrado.

Es que casi siempre quedábamos en ras o debiendo y el que decía me ha quedado tanto, no te lo podías creer. “¡Hombre como te ha quedado tanto si yo he quedado a deber!” Pero a mí me quedaron mil pesetas y aquello me parecía imposible y no podía callarlo.

Pues la tea que me hacía, siempre la acarreaba a cuestas que ya verás como no te miento: ¿No ves qué costuras tengo aquí en las carnes del costado? Pues “Matauras”, como se decía antes a las heridas que le salían a los burros y ¿por qué? Porque tenían mal aparejo los burros y eso me pasaba a mí pero ya verás tú que fue la mujer a ayudarme para hacer un horno de tea y se echó un haz de astillas acuestas y bajaba por la ladera y cuando acordó cayó en un barranco y ni me di cuenta ni las voces que ella echaba, yo las oí y pasaron unos pastores y la vieron allí en el barranco y le dicen: “¿Qué te ha pasado?” “Pues ya estáis viendo, que me he

caído" y claro, como llevaba las hombreras atadas, de allí no podía salir y ellos le ayudaron y la sacaron de allí y cuando luego yo vi aquello me dije que si no hubiera sido por ellos, allí y con el haz de teas encima, se hubiera asfixiado porque cayó en unos de los barrancos de esos que hace el agua y luego crece la hierba y pasas por allí y cuando acuerdas, caes dentro y el zarpazo.

Que ya te digo, de todas las alturas de las cumbres que mira al sol de la tarde, de todos esos cerros y toda esa solana, llevábamos la tea y un día más cerca y otro día más lejos y claro que se cansaba uno de acarrear tea a la peguera porque te cargaba con un has de tea y aunque te parabas a descansar, te agotabas y era la vida dura pero se iba tirando.

Que allí mismo levantábamos un chozo y en él teníamos cuatro cosuchas para hacer de comer y una mala sartén, una talega de harina, un puñado de garbanzos y algo de tocino, si se podía y esa era la comida y una vida dura de verdad y cuando nos íbamos por el monte a montar las pegueras, hasta que no llegaba el mes señalado para el peligro de fuego en el monte,

solía ser tres meses o cuatro y en tiempo de invierno no dejaban porque las teas y las pegueras no pueden ser lloviendo y menos, nevando.

Luego estuve ahí por los poyos en este lado del río también y eso no se me ha olvidado que cuando voy por ahí de excursión voy a ver la peguera y frente a donde ellas estuvieron ardiendo en aquellos tiempos, me paro y en silencio me digo: "¿Hay que ver aquellos tiempos con aquellas luchas tan llenos de necesidades y tan descalzos!"

Porque había muchas personas que trabajaban en estos oficios y mucha gente y lo que no he conocido yo ni lo he visto hacer, es la miera porque ahí más para acá de donde estuvo la aldea hay un sitio donde hubo una merera y según me decían, metían las cepas y el fuego estaba por fuera y eso le hacía sudar y a mí el olor de la miera me gusta mucho porque dicen que no es malo para la salud de las personas que el otro día, por ahí así me encontré yo una cepilla de enebro y la vine oliendo y me gustaba. ¡Qué bien huele eso y qué perfumado!

Y ahora te digo que entre muchas de aquellas veces que cargamos el hato, una de ellas fue a la aldea de la llanura, por debajo de la cumbre que mira al sol de la tarde y desde allí nos fuimos a la otra llanura que también te dije antes y que cae por el norte, ya fuera de estas sierras nuestras y donde sólo hay llano y ni una encina ni tampoco ríos y ¡allí sí que penamos! Yo buscando trabajo por todas aquellas tierras y cuando lo encontraba me pagaban con un panecillo de esos de medio kilo y con aquello teníamos que echar tres o cuatro días y ahora recuerdo que catorce día eché de trabajo en un cortijo y no me quisieron pagar.

- ¿En qué trabajabas?

- De pastor y fui y le dije: "Con la casa tan buena que tienen ustedes ¿no van a tener para pagarme?" y me respondieron diciendo: "Eso no tiene nada que ver que la casa sea buena y si quieres una pocas patatas, es lo único que podemos darte". Y las patatas que me dieron estaban podridas y vacías de secas y me fui de allí enfadado y estudiando una venganza para hacerles algo pero como no nace uno para eso, pues me quedé en la misma miseria y engañado y estuve por allí sólo siete meses y aquello eran todo cuevas bajo tierra y un llano

muy grande y sólo se veían las chimeneas para arriba y estábamos todos bajo tierra pero eran unas cuevas muy bonitas con todo muy bien preparado.

Y si ahora me pregunta que cómo fue aquello de irnos tan lejano, te digo que es que tuvimos de pastores y un cuñado mío fue a por nosotros y nos fuimos con él y vendimos unas cabrillas que teníamos y con dos burros, nos llevó el hato y eran dos burros bien cargados, los chiquillos y la mujer que estaba embarazada y cuando llegamos allí nos vendió una cueva justo por las quince mil pesetas que por las cabras nos habían dado y los tres meses de estar allí un día se presentó el verdadero dueño de la cueva y nos dijo enfadado: “¿Y ustedes qué hacen aquí?” Y yo fui y le contesté: “Pues en la cueva que hemos comprado”. Y dice el hombre: “Esta cueva es mía y así que se tienen ustedes que ir de aquí”. Y entonces le respondí: “Pues haga usted el favor de dejarnos hasta ver si algún otro sitio encontramos”. “Pues por lo buena persona que es usted se la voy a dejar otro poco de tiempo pero ya saben que tienen que irse porque la cueva es mía y la estoy necesitando”.

Y el hombre nos dejó y no nos cobró nada y hasta que nos vinimos otra vez a estas sierras y ¿sabes cómo nos vinimos para acá? Pues andando y con las cuatro cosas que traíbamos puestas y nada más y ahora recuerdo que todo aquello, a pesar de lo lejano y lo duro y lo frío y sin tejado, no se me olvida y hasta cuanto más tiempo pasa más me viene gustando, que una de aquellas noches cuando veníamos andando yo creo que dormimos en un cortijo que está cerca de un río y pegado al vado y mira, te lo voy a decir bien, que dormimos en un sitio que había caballos y fue en el pajar y estaban de matanza y nos dieron una poquilla comida de lo que estaban cenando y ”a ves tú” nos dieron, de habichuelas blancas, un plato que no se me olvidará nunca aquello y dormimos en un pajar y entre caballos y vacas y ovejas y también había marranos.

Y a otro día salimos andando para acá por la fuente recia y por ahí vinimos hasta el salto, a una casilla que todavía se ve allá en lo alto de un puntalete a la derecha del pantano, yendo de la aldea para arriba a la derecha, sí y de allí vinimos a la cueva que teníamos más abajo pero antes nos hemos dejado una cosa pequeña por donde

está el poyo alargado donde vivía una tía de mi mujer y como mi mujer venía en estado, se le hincharon las piernas y se cansó mucho y por eso allí también nos paramos a descansar y al otro día salimos para lo de la laguna y desde la laguna vinimos a las cuevas de abajo.

Y luego nos fuimos a las malezas de aquel lado y desde ese lugar fue cuando nos venimos más abajo donde hemos estado quince años y de lo que no me acuerdo bien cuándo fue aquella vez que llevamos un burro con los zagales en las aguaderas metidos dentro y cantando porque me parece que fue cuando nos fuimos de aquí e iban los chiquillos más contentos, y ya te digo: cantando y si me preguntas por qué, te digo que entonces estábamos muertos de hambre y teníamos más alegría que ahora y cuatro aguaeras que teníamos hechas de esparto y allí llevábamos metidos a los hijos porque también llegó un momento que tuvimos hasta siete u ocho bestias de una vez y burros y mulos y caballos.

Que ahora de últimas vendí nueve yeguas y dos burras y estaban paridas las burras y ahora ¿sabes lo que te digo? Que cuando esté mi nieta aquí y que vengas otra

vez, le voy a ir recordando poco a poco y le voy a pedir que me lo apunte y cuando vengas otra vez te voy a dar los detalles correctos sin fracasar en nada y todo exacto porque mi mujer sola se pone y recuerda todo lo que a lo largo de la vida hemos penado.

Y si volvemos a lo de las pegueras y me preguntas que para qué usaban la resina que sacábamos de las teas, te diré y yo creo, que eso lo usaban para alquitranar las carreteras porque la miera sí sé que la usaban para curar, de la sarna, a las ovejas y la echaban en la sal para que el animal que estuviera enfermo, sanara y la que todavía no había enfermado, pues que no se pusiera mala y la llevaban los pastores en una cosa así como un cuerno y parecido a las cuernas estas que había antes de los guardas para tocar y en las salegas, se la echaban en la sal a las ovejas y a las cabras y al resto del ganado.

Pues si yo no sé qué me pasó con una cuerna de esas que había guardado de recuerdo y tenía su palote y todo y era el cuerno de un toro que me la encontré en una de las muchas casas que derribaron y no recuerdo ahora dónde pero tenía yo eso guardado y se ha perdido y me

dije: “Hay que ver que esto es de la miera”. Que tiene un tapón y aquí por este roto del palote, se la echaba la sal porque esta merera que te he dicho, se encontraba en un recó y si alguna vez hubiera, probalidad, íbamos a ir y te lo enseñaba que yo no puedo andar mucho ya pero como esto me gusta tanto, lo haríamos aunque fuera despacio.

Y ya te digo, que al lugar donde estuvo la aldea, íbamos a ir un día de estos y nos llevamos comida y estamos todo el día por ahí viendo y recordando cosas de mi sierra que aquí cogemos la senda o nos vamos por otro sitio que yo conozco muy bien y por el mismo vado por donde yo sé va el camino y allí por las celdas, también se sube bien porque no hay camino sino un jorro, ¿tú lo has andado?

- Lo recorrí un día y descubrí que está malo.

- Es que el jorro se deja y no lo pisa uno que yo no lo piso porque esos caminos no son los buenos que tú te vienes conmigo y seguro que te dices: “¿Puede ser esto?” Y es que el camino va por aquí y el jorro está así pero el camino va por fuera, por la derecha y dando unas curvillas preciosas, unas curvillas por entre las matas que eso es una delicias sólo andarlo.

Porque el jorro, malo es subirlo pero luego bajar, es que no se contiene uno allí porque las lluvias lo han roto por todos sitios y ¡claro! Se viene uno por fuera y buen camino por los muchos romeros y cosas que se le va a uno los pies y antes de que caigas ya te has agarrado y a mí es que me gusta eso mucho así que tenemos que ir un día y además de recorrerlo, hablar cosas de todos aquellos rincones que eso hay que hacerlo muy bonito y a ver si viéramos algún bichillo que eso también es grato.

Es que un día subí yo y había una gamilla chica que estaba acostada al pie de un árbol, a todo lo larga, como si hubiera estado muerta y al verla yo dije callado: "Como subo a ver esto y no me canso de estar aquí, pues ahora que me la he encontrado yo no tengo prisa y aquí me quedo hasta ver lo que hace porque se ha quedado dormida y la madre se ha ido a comer por el prado". Pues me puse así enfrente cuando veo a la madre bajar, desde allí, desde el royuelo y ella dijo: "Allí como y bebo agua y tengo comida y descanso". Que los animales son muy listos y saben dónde ir y cuándo.

Y bajó y aquello chilló como un cristiano y se levantó y chilló y de seguida estuvo la madre allí y salió tan bonica, tan bonica, tan bonica. ¡Qué maravillas las cosas de la naturaleza y verlas así tan despacio! Y es que no me olieron nada y yo creo que si hubiera sido otro le da por agarrarla o cualquier otra cosa y la espanta si es que no se le hubiera ocurrido matarlo y es que van por el monte, ven un animal y ni siquiera saben comportarse y yo eso no que eso no, hombre, si no tienes hambre, no mates un bichillo que lo ha criado la naturaleza y Dios mío, tan bonico y tan lleno de libertad y lo matas ahí ¿para qué? Sólo por el gusto de matar y de presumir luego entre los amigos y si estás harto de comer ¿para qué matas animales tan bellos y tan inocentes tan repletos de encanto?

Si tienes hambre, no lo hagas porque quitas una vida que yo pienso en eso y también yo creo que no tengo miedo porque fíjate: voy poco a la iglesia porque no hay probabilidad pero yo voy a lo alto de la montaña aquella cuando sale o se pone el sol y me digo: “Voy a rezar un padre nuestro aquí para darle gracias a Dios por tantas cosas como me permite gozar”. Y eso me gusta y

mi alma se llena de gozo y parece como si la vida me entrara tanto por los ojos como por el aliento y por el corazón arriba y fíjate qué cosas más sencillas y hay que ver lo agradables que son y lo bien que le sientan a uno y el descanso.

Que a lo que tengo entendido “ende” que nací y ende que nacieron los seres, hace ya tantos años, aquella gente se ponían a rezar al sol y a mí me han dicho que como no había iglesia ni nada, por eso rezaban al sol y eso: ¿Qué trabajo te cuesta dar gracias por esto y por aquello? Que te encuentras con unos y otros y los oyes decir: “me cago en esto me cago en lo otro” y luego los ves que en cuanto tienen un problema empiezan a exclamar: “hay Dios mío...” Antes has dicho que no existía, que no creía y ahora ¿para qué lo nombras y lloras tanto?

Que yo soy creyente, a ver si me entiendes, creyente de buena fe y no de esos que dicen soy y luego no hacen que a mí no se me da cuidado dar esta camisa que llevo puesta y venirme con las carnes al aire a mi casa, si fuera necesario que eso lo hago yo y eso es de la

iglesia y eso te hace más que si vas y luego no crees y, además, yo comprendo que la iglesia doma a mucha gente porque como hablan también y con esa experiencia, sus estudios y todo y no da malos consejos, hay gente que se recorta mucho y no son malos ¿Es mentira? Por eso pienso que a la iglesia tenemos que ayudarle y aunque yo no esté dentro y si estoy dentro, la debo respetar.

Y claro: tiene que haber un herrero para trabajar en el hierro y tiene que haber un hombre para poner la piedra y tiene que haber otro hombre para guardar el monte y tiene que haber otro más que le guste poner monte y un para que lo guarde por si a otro le gusta de cortarlo y si todos hiciéramos lo mismo no habría variedad ni riquezas porque digo yo: ¿no es una bendición que las cosas sean así? ¿Es mentira? Que me gusta a mí de ir al cerro alto y luego, cuando yo me muera, que haya otro que también le guste estas cosas, ¿Nos es verdad? Que mañana nos morimos nosotros y las letras no mueren y quiero con esto decir que después de desaparecidos de esta tierra siguen, bien de nosotros, hablando.

Que yo le he contado esto sólo a unas cuantas personas, las personas que yo he visto que tienen interés por las cosas que uno siente y si ahora me preguntas que qué es lo que le he contado te diré que un día vino una mujer al campamento este que hay por aquí junto al río que estamos hablando y nos pusimos a charlar una tarde y en la conversación salió lo que existe y lo que no existe y le dije: "Mire usted, yo un día enseñé que me había muerto y estuve una semana pasando "cochura" y desde entonces ¡anda que no le temo yo a la muerte! que una semana entera estuve yo pasando cochura y por eso ahora usted me deja que le cuente y si sabe más que yo, me contesta lo que sea que cuando desperté y vi que era mentira, qué tristeza me entró y estuve luego una semana "roneando" en aquello".

Y ensoñé que me había muerto y vi una bóveda muy grande, así como un túnel pero una bóveda como el que mira de aquí de cuerda a cuerda y con unos paseos y unos jardines y unos alumbrados y una maravilla todo aquello y yo paecía que iba así, flotando por el espacio sin peso y sin dolor y me decía para mí: "¡Madre mía, esto sí que es bueno! ¿Por qué no he venido yo aquí antes? " Y

si ahora me sigues preguntando que si eso fue de verdad, te digo que fue de verdad, de verdad y ¡ay qué envidia que eso no es morirse, eso es vivir gozando que morirse es esto que tenemos entre manos y está muerto es esto que aquello es la verdadera vida y por eso no se me olvida aquel sueño y ahora voy por ahí andando y me acuerdo de esto y me digo muchas veces: “Pues si para ir a un sitio de esos no tiene uno que temer tanto”.

Y entonces me dijo la mujer: “Mire usted, eso se llama...” Y claro, ya no voy a saber explicarlo como ella me lo dijo porque dice: “La bóveda que eso lo ensoñé yo y se llama la bóveda”. La bóveda de la gloria o la bóveda de no sé qué y ahora no sé cómo ella me lo explicó tan claro pero me quedé más conforme porque ella también lo ensoñó y por eso entonces le dije: “Y usted ¿qué? ¿A usted le gusta ayudarle a la gente y hacerle el bien?” y Dice: “Pues claro”. “¿Y usted tiene miedo?” “Yo ninguno”. “Pues puede que vayamos a parar allí y a un sitio así que quizá por eso no tendré yo miedo porque creo que no morimos y todo esto que estoy contando”.

Y después yo he pensado mucho en aquello y siempre me digo que puede ser que sea verdad que no morimos y puede ser que haya una vida feliz y ¿por qué no? Porque si decimos que no podemos mentir, no lo sabemos porque claro, si hay un poder para deshacernos, ¿porque no puede existir también ese poder que nos vuelva a hacer otra vez con más gloria? Que ahora tenemos aquí un cuerpo inferior, digamos un cuerpo pequeño pero la intelegencia nuestra, mira lo que está avanzando y si estamos aquí y vemos a una persona que hay en Madrid, lo otro ¿no puede ser más fácil todavía y mucho más claro?

Que hay que ver lo raso que está y mañana pueden caer aquí doscientos litros de agua y también puede venir un sol que nos quema o una nevada que cubra todos los campos y eso tiene que hacerlo alguien o algo porque de la nada no hay nada ¿No verdad? Por eso no que hay que decir que no se cree en nada sino que hay que creer o no hay que creer porque como lleves buena fe en la vida una va a Madrid sin dinero pero robando, no porque te pillan y si no aquí, más allá pero pidiendo honradamente como desde aquí a Madrid y te

llevan en un coche ¿Verdad que sí? Na más que de cien haya uno, tú llegas allí pero si vas por las malas no y de ahí sale el miedo de tantos.

Que yo como estoy tranquilo de todo, pues me hago aquí mi mundo y no le temo a nada y te digo esto porque una noche estaba yo solico acostado y en aquel momento para mí que me parecía que no tenía ni corazón ni nada pero yo despierto, como me sentía tan bien, me preguntaba: "¿Y cómo este bienestar tan grande? Si mejor que esto no hay nada?" y encontrarme como si no tuviera corazón es lo más grande que nunca me ha ocurrido y algo así como un papel que lleva el aire que no lleva peso ninguno que yo qué sé, una felicidad, una cosa que no puedo explicar ahora con palabras ni ponerlo claro.

Y cuando voy solo por ahí, por el monte, siempre me gusta pararme en los sitios bonitos y quedarme allí quieto mirando a las cumbres y siento como si en aquel mismo rincón me fuera a ocurrir algo bueno y al otro día me dan ganas de ir a ese sitio porque yo me junto con mucha gente y al mismo tiempo con muy poca gente que

a las personas que se amontonan en un campamento de estos que organizan por aquí junto al río ¿qué les cuento de esto? Porque ¿me van a entender a pesar de los estudios, y otras cosas, que puedan tener de su lado?

Porque haber ¿cómo le digo yo que esta mata es un rosal y esto una vigarra y eso un chopo y aquello un llorón y eso otra cosa y así hasta el infinito? Y esto se come y aquello no se come porque ¿cómo le digo yo que esto y aquello no se puede cortar porque cuando llueva me puedo meter debajo para no mojarme? Porque si no hay un árbol como este, no tengo sombra y sino tengo las ramas secas de aquella carrasca no me puedo calentar ni hacer comida y así que dime: ¿cómo les explico yo a las personas estas cosas? Pues me digo que a muy pocos le puedo yo contar estas cosas porque es lo que te dije antes, que no me gusta la gente pero claro, es la gente que de mi mundo están pegados.

Y me gustan según qué personas sean pero como estamos tantos y al mismo tiempo somos tan pocos, pues tienes que tener mucho cuidado porque “semos” muchos y semos muy pocos porque si ahora me preguntas por

qué cuando yo subía y veía un cerro y me gustaba asomarme ¿qué es lo que esperabas encontrar al otro lado? Te digo que siempre esperaba ver cosas mejores y siempre me decía que tenía que ir al otro lado para encontrarme con otras cosas más bonitas y siempre deseo de aquello que no tenía antes mis ojos y como una gran envidia a la naturaleza y de verdad, de verdad que voy por un camino y me estorba una mata y no me atrevo a cortarla porque si lo corto, puede que al volver lo vea seco y ha sido porque yo lo he cortado.

Y como ya vamos terminando te voy a contar aquello de la pesca en el río bello, pues bajábamos a pescar por el canalón y nos íbamos a dormir al covacho que son unos covachos así y más para arriba de la cerrada que como algún día vayamos allí ya verás cosa hermosa y por encima nos hemos dejado una cosa muy bonita pero seguimos con lo de la pesca, pues bajábamos a pescar de noche y con teas porque no existían las linternas y era con teas en una sartén llena de agujeros y claro, ¡ay que ver ahora los furtivos cuando sientan esto y descubran las travesuras que nosotros hacíamos en aquellos tiempos!

Que seguro pensarán que entonces si que éramos listos nosotros y esto va a estar bonito y que es cierto porque entonces le quitábamos el culo a la sartén y ahí se ponían las teas, porque si llevaba las teas agarradas con la mano, cuando ya iban medias, te quemabas y había que tirarlas y por eso se le quitaba el culo a la sartén y se le ponían un enrejado de alambre, como una malla y ahí se echaban las ascuas y uno iba así con la sartén y el otro iba pescando y si me preguntas que ¿con qué pescábamos, con la caña o con una manga?

Pues claro porque tú ¿sabes lo que es una manga? Por aquí un palo, por aquí otro palo y en medio iba la red y el que la llevaba, al mismo tiempo iba “furgando” en el agua y la trucha al salir, sin querer, se metía y por eso te decía que ¿a ver si el tío de antes era más tonto o más listo? Porque dale ahora a un hombre para que vaya a pescar al río, que se mete con las botas y la cucharilla así en la mano, como si la trucha estuviera allí esperando.

Pero ahora se meten el río arriba con las botas puestas y la caña así con la cucharilla colgando y es como si fuera diciéndole a la trucha: “No te acerque que te pillo” y claro que entonces de día no podías pescar, porque te pillaban y ya tenías en problema pero había más truchas que ahora porque siempre cogíamos y de noche, cuando subían los barbos del río, poníamos así unas piedras y los pillábamos y hay que ver, ahora los tengo yo aquí, en esta charca de mi rincón, por lujo y el día que los saque, no los matamos sino que lo echo al río que es lo que hace no haber necesidad y claro, es lo que decíamos: antes no éramos furtivos, sino por pura necesidad porque hoy, sí es lujo que antes, cuando la trucha estaba en la mesa, por un lado y otro, siempre se oía: “Oyes, si tú te comes la trucha, dame a mí la cola” y El otro: “Y a mí me dais la cabeza”.

Y ahora que: “Yo no quiero la cabeza, yo la cola no la quiero tampoco y la trucha tampoco me la voy a comer porque parece que tiene muchas raspas”. Y es por lo que se deduce que aquello de furtivos, nosotros no lo éramos porque éramos personas que vivíamos en estos montes, amantes de nuestra naturaleza y como teníamos

necesidad, íbamos a ella y de ella cogimos lo que necesitábamos para comer y si ahora, cuando cogen una trucha con la cucharilla esa, lo primero que le hacen es rajarle la boca al animal y luego, si no les gusta, la vuelven a tirar otra vez al río que todo es por puro deporte y juego sin necesidad ninguna para la vida y claro: ¿qué trucha va a vivir después de haber sido atrapada en un anzuelo? Porque yo digo que más valía que se la llevaran que yo, muchas veces las he visto muertas en esos charcos del río bello.

Y ahora me recuerdo de aquel que murió por la noche que era de la aldea y ocurrió por debajico de las casas y se bajó a pescar al río y salió por la lomica y cuando iba por allí, el hombre se puso malo y comenzó a llamar a la mujer y nadie lo oyó y se sentó sobre unas sabinas junto a unas piedras y se quitó la correa y se quitó las esparteñas y las puso allí juntas y se acostó junto al tronco de un pino y allí estaba al otro día muerto y lo que le pasó, pues que el hombre se ve que había comío truchas de mala manera y tuvo este problema y desde aquel día, siempre que paso por allí, como sé en el pino que estuvo y todo, siempre me persino y rezo un

padre nuestro y eso, porque pienso que allí murió un ser humano y hay que estar de acuerdo con las cosas ¿no verdad? Porque no vamos a decir que Dios es esto o que lo otro y luego por un simple mosquito que se te meta en el ojo ya estamos diciendo: "Ay Dios mío" y ahora te has acordado y yo creo que es mejor acordarse antes por lo que pueda ocurrir.

En aquellos tiempos, en estas sierras había personas buenas que hacían muchas obras de caridad y te pongo un ejemplo: íbamos con unas cabras y ovejas y un muchacho, que ya ha muerto uno pero en fin y otro hombre de allí de la aldea, salía a donde estábamos y decía: "Agárrame las cabras que tú eres el bueno" y el hombre corría y le agarraba las cabras para que se las mamara o le sacara la leche y una obra de caridad en aquellos tiempos que uno no tenía conocimientos para otras cosas pero este hombre sí comprendía aquello y por eso siempre decía: "Aunque me mate corriendo detrás de una cabra, a este hombre hoy le doy yo de comer". Que son buenos sentimientos ¿no verdad? Y es que yo siempre he pensado que por ahí tiene que ir la vida que las personas nos tenemos que ayudar unos a los otros y

también respetar la naturaleza y como dice el refrán ese: “dale que coma al hambriento....” no sé nada más que eso pero anda que la copla no está bonita.

Ahora traen y llevan para arriba y para abajo, a muchos técnicos e impectores de la naturaleza, según dicen ellos pero no miran a la naturaleza con el cariño y la sabiduría que la mirábamos nosotros y juegan con ella según les conviene porque también me acuerdo cuando venían al parador y luego se les oía decir: “Ha matado, el tío, un macho montes, un ciervo, un jabalí”. Y yo que he nacido aquí no he hecho nunca daño a nada ¿qué me dices a eso? Que yo te pregunto esto para hacerte ver que de ahí arranca el furtivo y si yo no lo hago, va a venir luego otro de fuera de estas sierras y pagando, va a matar lo que quiera y como quiera y ¿a ver si ese es el caso?

Porque dentro de unos días empieza la berrea y seguro habrá mil solicitantes y aprobarán quinientos, a don y a don porque claro, no me lo van a dar a mí que no tengo don y se lo dan al jubilado de esto y del otro, al hijo, al sobrino y al nieto y claro, faltan permisos para todos los que se han presentado así que ahora dice uno: “Bueno,

si me aprueba, me aprueba y sino, yo lo voy a matar mejor que él" y lo hace y es que le da a uno rabia que siendo de estas sierras y no habiendo hecho daño nunca ni a los montes ni a los animales, me traten como si uno hubiera estado toda la vida guardando las cosas para que luego venga el don y el don y se las lleve sin ni siquiera darte las gracias y a mí, porque no me gusta y por eso nadie me verá ni cazar ni con ninguna otra cosa.

Y si me preguntas que si yo he visto alguna vez nutrias por el río bello te digo que las he visto que una noche sentía yo una cosa chillar ahí y me decía: "Pues eso qué será". Y yo había visto ya las nutrias pero más para arriba del charco, en el arroyo ese, iba una vez con mi hijo este que te he contado de la cueva y de pronto me dice: "Papa, que se ha metido un perro ahí en río". Digo: "¿Ande?" Me indico que había sido debajo de la losa: "Si eso no será un perro". "Lo que yo he visto es como un perrillo negro". Y nos pusimos a mirar y que aquello no salía por ningún lado y dicen que no aguantan bajo el agua pero yo me convencí de todo lo contrario.

Y, además, cuando una nutria se mete en el río debajo de un losón de esos, puede estar respirando por el agua puede estar más baja y ella sale arriba para respirar y ahí se queda todo el tiempo que sea necesario porque los bichos son muy “estutos”. Y que aquello no salía y así que por la noche nos fuimos a dormir al vado allí en la casa y llovió mucho aquella noche y al otro día estaba más abajo y ahora hay algunillas, no tantas como antes pero sí las hay también y en el río grande, por debajo de donde están los caballos “vide” yo otra y también lo que se ven por aquí mucho son garzas y patos.

* **Y ES ALGO ASÍ** como cuando después de la tempestad llega la calma y lo digo en el sentido real de lo que ahora mismo siento establecido por las praderas de mi alma que, además de embelesada por los lúgubres berridos de los ciervos que llenan el bosque y la ladera larga hasta la gran llanura y también un poco extrañada por el canto del cárabo que esta madrugada se ha oído largamente al otro lado del pinar de las carrascas, también está llena de sensaciones tranquilizadoras que arrancan de la gracia que tu gran bondad ha tenido bien

concederme, con la claridad y valentía de lo dulcemente tangible y eterno.

Y es que una vez más has hecho de juez y defensor mío y sin más méritos por mi parte que confiar en Ti e implorar que vengas en mi ayuda y me justifiques ante los enemigos que me atacan y por esto te decía y te digo que ahora, esta mañana, palpo y siento la existencia sencilla de esta pequeña vida mía, como la placidez que llega después de la fuerte tempestad donde lo que parecía se iba a romper para siempre y de una forma irremediable, al alejarse las nubes, se ve que no sólo nada se ha roto sino que mucho, brilla con un tono nuevo y hasta se le adivina por las venas, corriendo una savia más pura y blanca por la alegría que contagia y la luz que desprende, obra de tu amor y gracia.

Y te lo decía porque lo de ahora mismo, que es puro fruto de tu bondad para conmigo, se parece a las tardes aquellas de la hermana dulce y la madre buena y el hermano menor por la llanura guardando las ovejas, que como el hambre real clavaba sus dientes en las tripas de mis carnes, todo era soñar con llegar a la casa donde, en

compañía de la madre, siempre estaba la niña y cuando el hermano llegaba y le decía a la madre:

- Quiero un trozo de pan porque tengo hambre.

La madre se metía en al cuartucho y siempre seguida de la hermana dulce y sin saber qué hacía con sus manos que, sólo se les veían moverse por el aire, sacaba una rebanada de pan de donde no había nada más que escasez y como aquello animaba tanto, el corazón del hermano menor, se llenaba de gozo, ya no sólo por la rebanada de pan de centeno que sabía a gloria, sino tanto o más, por el cariño con que aquella madre santa, daba lo que no tenía y curaba la necesidad del hijo que lloraba.

Y ahora te vuelvo a decir que aquello era casi como lo de esta mañana, que anuncia, que después de la tempestad y el miedo y la oscuridad, llegaba y llega la rebanada de pan untada con el cariño de la madre buena y ¡qué bien sabía aquello y qué bien sabe esto y cuánta vida daba y da, al cuerpo y al alma!

* **Y AHORA RECUERDO** aquel día cuando, a mediado de julio y para darnos un baño en aguas limpias y llenar nuestras almas de naturaleza grande, una vez

más nos vamos por los caminos viejos y como bien conocemos a fondo la sierra que nos pertenece, elegimos el rincón más bello y solitario y no digo cuál para preservarlo.

Y una vez más, nuestros sueños de silencios y de naturaleza virgen y de aires puros y de soledades, quedan colmados con más abundancia de lo que soñamos al principio por las cien cascadas limpias con mil remansos hondos y serenos y los bosques recios llenos de cigarras y ardillas y monteses y sombras frescas y un aire que de tan fino hasta da miedo rozarlo y lo mejor de todo: ni un sólo vestigio de civilización humana a no ser las huellas indelebles de los que fueron y, aunque ya no están, siempre serán ellos y, como siento y pienso, eternos.

Y lo que nosotros encontramos son restos de LA CIVILIZACION DE AQUELLOS TIEMPOS que pertenece a la de cortijos construidos con tierra y piedras arrancadas a las rocas de sus montañas amigas y con sus pequeñas huertas regadas con el manantial de las cumbres y sus cuatro álamos blancos meciéndose al viento en la soledad

de la cañada y el silencio de las praderas o la oscuridad del barranco.

Y asombrados, según vamos descubriendo cortijos abandonados y manzanos comidos por las zarzas y sendillas borradas por el bosque, nos preguntamos: ¿Cómo sería la civilización de aquellos tiempos trajinando por estas sierras? ¿Por qué y en beneficio de quién, de aquí los echaron? ¿Por qué les rompieron sus cortijos y sus pueblos y sus huertas sus sendas y sueños y a cambio les construyeron y entregaron pueblos artificiales y los reunieron en cooperativas y les enseñaron a cultivar masas de humanos en huertas llamadas de tiendas de colores? ¿Quién fue el que pensó que esto de ahora es bueno sin mancha y aquello de antes era malo? ¿Quién contaminaba y rompía y destrozaba y amaba y sentía más estas sierras desde el amor y callados?

Y mientras nos damos el último baño en el charco más limpios y fino del remanso más bello y salvaje de estos parajes, nos hacemos otra pregunta más: ¿Y por qué, a pesar de todo, este rincón sigue inmaculado tal como en los mejores tiempos? Y al final encontramos que

la respuesta no es, desde luego, por el acierto de los que legislan sobre estos parajes ni es por las cadenas y candados que actualmente cierran tantos caminos en este bello rincón ni es por esos tan maravillosos planes de conservación respaldados con cientos de millones y folletos a todo lujo ni tampoco es por los magníficos programas ni por esos serios estudios científicos tan cacareados como la única salvación, sino por algo mucho más sencillo y eficaz que no quiero poner aquí a fin de que, rincones como este, sigan libres de normas conservadoras para que puedan permanecer limpios y vírgenes hasta que el momento sea llegado.

Y nuestro descubrimiento es brutalmente confirmado unas horas más tarde cuando al pasar por el poblado y ya de regreso, nos paramos y vemos la entrada del lugar donde ahora amontonan las tiendas de los que por aquí vienen a gozar y descubrimos que del pequeño bar, salen dos chorrillos de aguas sucias de lavabos y servicios y ahí mismo caen al cauce del río grande y también ahí mismo, un grupo de niños, se bañan, por sus padres, vigilados.

- ¡Te das cuenta!
Observa el que me compaña a lo que otro responde:
- Pues esto es sólo un pequeño botón de muestra.
- ¿Y a quién crees tú está beneficiando?
- Ni a las personas que aquí se apiñan y donde ahora mismo están pagando por pasarlo peor ni a los que todavía viven en los pequeños pueblos y lo malo, es que a estos últimos les han hecho creer que la salvación viene de aquí y han caído en la trampa porque a este ritmo, dentro de unos años, la destrucción de parte de las sierras de este espacio, está claro.

Y la última miseria, por hoy, entra por nuestros ojos y nuestro olfato cuando algo más adelante vemos que junto a la carretera, el basurero arde y derrama bolsas y latas por las laderas de las sierras que tanto usan unos y otros para reclamo y tanto nosotros llevamos dentro y nos duele y sufrimos y callamos.

* **COMO DESDE ESTE RINCÓN** pequeño, además de sentir las gotas caer y quebrarse en los charcos y las peñas, lo estoy viendo a cada instante, puedo confirmarte que lo que te decía ayer, se hace realidad: las nubes del

otoño se van y vienen y a veces corre viento y algo de frío y si ayer salió el sol a lo largo de todo el día con el cielo de fondo teñido de azul intenso, hoy está nublado y llueve y ya no hace calor sino que el viento pasa fresco y por el cielo, se arrugan las nubes negras sin dejar colarse el sol y a ratos, derraman sus gotas con tanta fuerza que se llenan los arroyos y encharca la llanura y los barrancos se tupen otra vez de niebla y ya parece que ha llegado de lleno el invierno sin que en el calendario sea así ni tampoco en la realidad aunque sí, hoy de nuevo, el suelo esté empapado y los níscalos parezcan brotar en cualquier momento.

Y desde este rincón pequeño que es mi nido en Ti, donde nadie lo sabe y es la prolongación del sueño que tengo en mi alma y es, también, el latido de mi corazón y las ruinas de cuanto amontono en mi recuerdo, como las nubes, en este otoño que llega y no llega, yo también voy y vengo y sin coche de lujo ni coche todoterreno y sin mochila repleta de chorizos ni botas recias de cuero ni cantimplora ni palo largo para apoyarme ni mapas ni libros ni muchos otros cuentos y me escapo por los caminos nuevos y viejos y mientras la gran mayoría del mundo

duerme, me muevo y me sacio de todo cuanto en mi alma anhelo sin que me vean ni lo sepan ellos ni tengan que prestarme su caridad ni nada de los mil tesoros que poseen y amontonan por el suelo.

Y te lo digo porque Tú sabes que ahora mismo acabo de irme por el camino que sube al cerro y he sentido crujir, bajo mis pies, el polvo blanco que por el camino rueda suelto y he coronado la parte que da al levante y al pisar la llanura, me he sentido inmenso y he sentido arder de gozo mi corazón y he sentido que ese espacio es más que el más dulce sueño porque es la tierra mía que más que pisarla, beso y siento su abrazo y siento que conmigo ella también es latido bello y aunque cuando ahora mismo la piso, es polvo que arrastra el viento, la miro mientras camino y veo que también es nieve espesa en el invierno y helada cruda en las noches largas y soledades profundas sobre este cerro y como la sigo pisando y la quiero y siento gozo y tristeza y sensación de ser eterno, ya no encerrado ni limitado por la carne de mi cuerpo, me sigo yendo por el camino y mientras ya casi rozo el cielo, me tropiezo con las pisadas de los burros de aquellos tiempos y me tropiezo con sus

“cagajones” y con los trozos de hierro de aquellas herraduras viejas y me digo que esto es una gloria y todo el camino para mí y toda la cumbre del cerro y todo el polvo y todo el crujir de la tierra y todo el viento con esta soledad y su perfume sincero.

Y al torcer la curva que el camino da frente al sol de la tarde que está cayendo, a la derecha y, sobre la tierra de la llanura y la hierba verde, me encuentro el cortijo como dormido y al acercarme, siento a los niños en sus juegos y al entrar a la estancia, lo veo encogido y junto al calor del brasero y acurrucado y soplando al fuego.

- Espera que voy yo a remover estas ascuas para que calienten tu cuerpo y si quieres, me quedo a darte compañía hasta que llegue el momento.

- Sólo deseo calentarme un poco y ahora, dentro de un rato, irme por el camino viejo y bajar al cortijo de las parras que se aplasta en el arroyuelo.

- ¿Qué se celebra hoy en el cortijo de mi amigo, hermano y compañero?

- La madre y el padre han bajado a cocer el pan en el horno bueno y antes de que se vengan quiero ir y

transmitirle la noticia y como yo sé que a ti te gusta la senda y el encuentro, si quieres te vienes y me acompañas que así mejor me siento.

Y al otro lado de la pared y fuera y por la llanura donde el sol va cayendo, siento reír a la hermana dulce echa gozo con su juego y siento reír al niño que hoy es su compañero y como de ella no puedo olvidarme porque ellas es, más que trozo, de cuanto quiero, me entran ganas, ahora mismo, de salir y decirle que aquí estoy y que me uno a sus juegos pero como estoy a su lado y lo encuentro tan solo y vive tan en silencio siendo él tan rey, también deseo quedarme junto a las ascuas que aviva y mientras se calienta, mirarlo y darle un poco de consuelo y luego y cuando quiera y sin prisas, nos vamos por el camino que atraviesa los almendros y buscamos el cortijo que es joya en lo hondo y el silencio, porque también tengo ganas de ver a los padres por si ellos me necesitan para la faena que tienen entre manos o para sacar el pan del horno o para avivar el fuego.

Y mientras me estoy situando en la estancia del cortijo que aunque es pequeño, es palacio junto a las

estrellas y en la llanura donde la nieve es espesa en invierno, me sigue corriendo por el alma el gozo inmenso de sentir que estoy pisando el sueño que llevo dentro y me siento más que río y más que aroma y más que viento latiendo en estas soledades de este trozo de mi suelo y como te siento conmigo dando ánimo y consuelo, te digo como te decía antes, que gracias por el momento que no se parece ni al otoño ni al invierno porque a veces tiene nubes y otras veces es azul intenso y sol que brilla y por la tierra del cerro, el camino que recorro y el cortijo en la llanura y la niña con su juego y los padres junto al horno luchando por las cosas y cociendo el pan que nos darán para que la vida, en este rincón, siga escalón hacia tu cielo.

* **DESDE MI RINCÓN** pequeño, cuando ahora hace un rato que ha dejado de llover, estoy mirando y mientras las nubes se abren y se acercan y yo espero que la tarde avance un poco más, observo y a través del tiempo me veo subiendo por la senda que viene desde el gran valle y remonta arroyo arriba y pasando por el borde mismo de precipicio y sin sentir ni miedo ni cansancio, como si no pisaran la tierra o como si el camino y nuestros cuerpos,

estuvieran fuera del tiempo, nos vamos acercando a la casa del centro de la llanura y desde ella a los olivos y a las aceitunas que cuelgan en las ramas o ruedan por el suelo.

Y antes de llegar al roble que ha nacido en la misma roca, nos tropezamos con las cinco cabras blancas que son las mismas que cada tarde sestean a la sombra y sobre las hojas secas caídas y al llegar, nos paramos junto a ellas y como los animales nos conocen, tranquilamente se levantan y sin asustarse, se mueven hacia la espesura del bosque.

- Es como si aquí hubieran estado toda la mañana esperando para darnos la bienvenida.

Comenta la niña hermana.

Y como cae la lluvia, aunque el cortijo ya queda cerca, nos refugiamos bajo las ramas del gran roble y frente a nosotros, a un lado y otro, la llanura y aunque ahora la lluvia es recia, no se parece a la de siempre porque las gotas son más semejantes a notas de música y aunque tampoco son cristales, también brillan con la misma luz y por la tierra llana, el agua se retiene en

charcos alargados que, al pisar sobre ellos, se abren en forma de alas de mariposas y como es un juego, aunque sea la vida real con su barro y su frío, la niña ríe y su gozo se quiebra en las tierras de la ladera que quedan al frente.

Y al notar la presencia y el gozo de la niña, la bandada de zorzales que revolotean por entre los olivos, se mueven de un lado a otro y como la lluvia los ha mojados, parecen como si también jugaran al juego del viento y las gotas blancas y la tarde que se va y lanzan sus cantos asustados y en cuanto, los que llegamos, pasamos a la estancia del cortijo, el abuelo coge a la niña y la sienta en sus piernas, frente al fuego de la chimenea y acerca sus manos a las llamas para calentarlas y al besarla, la princesa lo mira y le dice:

- Abuelo, cuéntame aquel cuento del mulo colgado y el fuego.

Y como el abuelo también la quiere le dice que aquello fue como un sueño “porque yo ya había pasado por allí aquel día tres veces y aunque estaba mojado el suelo y las rocas y los troncos de las encinas, se podía andar sin caerse y cuando subía por tercera vez, yo venía delante y el mulo en el centro y la otra niña detrás y al pisar la

piedra, el mulo resbaló y se quedó enganchado en las ramas de las madroñeras y la otra niña agarrada a la cola y yo agarrado al peñasco y con los pies colgando y el mulo temblando casi en el vacío y mientras tanto, sin parar de llover y abajo la profundidad que tú conoces y por el centro, el río corriendo y allá a lo lejos, la cuadrilla sentada junto al fuego y mirando.

Y como pudo, la niña se asomó por las rocas y frente al arroyo donde se reunían junto a las llamas, empezó a dar voces y al poco, veo a padre correr por la senda vieja y en dos minutos está encima de nosotros y al vernos, sin vacilar, dice:

- Suelta el cabestro del mulo y agárrate al tronco del árbol.

Y al soltar la soga el mulo dio otro tumbo y se estrelló contra la primera roca y luego doy un segundo tumbo y machacó contra la roca más grande y después siguió dando volteretas por el aire y cayendo por el acantilado ladera abajo hasta lo hondo del barranco donde bramaba la corriente y allí se perdió para siempre y nosotros en lo alto, asustados y mirando al mulo y mirando a padre y pidiendo socorro y hasta que se acercó padre y cogió a la niña en sus manos y a mí me llevó detrás y remontamos

la asperilla y salimos al collado y luego nos vinimos hasta donde ardía la lumbre y se calentaban los aceituneros pero ya te digo: aquello fue tremendo y nos salvamos de milagro"

Y al terminar el abuelo de contar su cuanto a la niña hermana que vive un poco más acá de aquel tiempo, ésta lo mira y después de besarlo, le dice que le ha gustado mucho pero que ella no cree que fuera de verdad y mientras el abuelo la sigue meciendo y le acerca la manos a las llamas para calentarlas, todo y la llanura redonda en el centro de la gran ladera y las nubes que se derraman, es como un trozo de eternidad que escondido y sin saber cómo, ha bajado del cielo y quiere pararse en el rincón y lo que se siente es que ni siquiera la humanidad entera, con todo su trabajo y esfuerzo junto, es capaz de crear algo tan bello.

* **AHORA RECUERDO** que hoy es seis de octubre, día en que en el pueblo grande, termina la feria y comienzan las clases en el colegio colosal y caigo en la cuenta que muchos de los alumnos que ahí ahora hay, son de estas sierras mías y también hijos e hijas de

pastores que a diferencia de lo que ocurría antes, ahora sí estudian y siguen en su lucha para alcanzar la oportunidad que les iguale, en la vida que se les presenta, a otros tantos aunque esto tenga el peligro de fundirse con las masas y, por aquello de la moda y otros espejismos, quedarse sin su identidad hermosa que vale y, sigue siendo mayor que otras mil realidades.

Y ahora recuerdo que tal día como hoy de hace bastante años, el valle estaba espléndido con el tapiz de hierba ya nacida y las hojas de los álamos rodando por el suelo y como eran las primeras horas del día, ahí estaban las ovejas y padre por las tierras llanas que hay junto al camino que baja por el río y como más abajo se alzaba el cortijo y sus habitantes son amigos de la madre, antes de salir el sol y mientras todavía la niña duerme, la madre me pide que le acompañe porque, según me ha dicho, vamos a ir a ver a la amiga hermana que está enferma.

Y vamos nosotros bajando por el camino y la madre diciéndome que sin la fuerza y el contenido de la palabra amor, nunca hubiera existido este valle ni los caminos que lo surcan ni la sierra entera y mucho menos,

los habitantes que la llenan ni las manadas de ovejas ni mil cosas más profundas y grandes que están vivas y que aunque no se ven con los ojos de la carne ni yo ahora comprendo, están aquí presentes como gigantes realidades, cuando de pronto, estalla la tormenta que desde primeras horas cubre el valle.

Y como madre es la reina de las mujeres y lo sabe todo y tiene en su corazón todo el amor del mundo y cuida y da seguridad, arropa y protege, me dice:

- Corre que nos refugiemos en la covacha de la piedra colorá.

Y corremos y al dar la curva del camino y por entre los tarayes grandes y el viento frío y fuerte que viene de lo hondo del valle, vemos la piedra colorá y por la tierra que le rodea, el gran rebaño de ovejas que balan buscando a sus borregos entre los granizos que ya caen y a padre que sube por la vereda cubriéndose la cara con el hule negro y luchando con el fuerte aire y los relámpagos que ya crujen y lo llamamos y le damos ánimo y cuando por fin llegamos a la covacha de la piedra grande, ya el suelo está cubierto por mil trozos de hielo que algunos son

como huevos de palomas y otros, más pequeños y más irregulares y otros, según me dice la madre:
- Como nunca he visto granizos en mi vida.

Y es que son algo redondos y gordos pero transparentes como el cristal más puro y con cuatro puntas en forma de estrella o parecido a cruces regordetas que se asemejan a los diamantes en bruto y para asegurarnos mejor, cogemos un puñado y al verlos más de cerca, la madre, sigue diciendo:
- Granizos tan bellos y brillantes y perfectos y transparentes como estos, es la primera vez que se ve en este valle y no cabe duda, que son cruces.
- ¿Pero para qué tantas cruces y tan bonitas y de pronto en estas sierras y desde una tormenta?
Le pregunto yo también admirado y por suerte, refugiado en la cueva y entre los brazos de la madre.

Y justo cuando llega padre la tormenta deja de crujir y ya no caen más granizos en forma de cruces de hielo que parecen diamantes y al poco rato, se van las nubes y sale el sol y aunque el suelo está cubierto por una capa espesa de trozos de hielo que parecen cristales,

ya las ovejas siguen pastando en sus praderas y tras ellas se va padre y siguiendo la senda que baja, nos vamos nosotros y aunque todavía estamos llenos de asombro y con la interrogante de la extraña cosecha de granizos grandes y bellos y únicos, la madre me lleva de la mano y me sigue diciendo:
- Sin la palabra y el contenido de la palabra amor, ya te digo que no hubiera sido posible este valle.
Cuando al dar la siguiente curva en el camino, por entre la espesura de los tarayes, sentimos los lamentos y tras ellos, nos vamos buscando el punto de donde salen y ahí, justo al borde mismo de las aguas del río y donde el charco azul se remansa y la corriente pasa serena, lo vemos y la vemos.

- ¡Si es el cura!

Exclama la madre y como yo voy de su mano, miro atento y todo lleno de miedo y extrañado y lo que descubro en el suelo, a los pies del hombre alto que viste de negro, es la mujer hermana y amiga que vive en el otro cortijo de la curva grande del río y como todo me asusta y todo me es tan nuevo, quiero preguntar para enterarme pero como yo soy todavía pequeño, miro y lo que veo es que la mujer

está como destrozada y con su ropa rota y sucia y por las piernas, sangra y llora y grita y veo que el hombre vestido de negro, se agacha y la coge y mientras la alza en sus brazos y comienza a moverse por el camino que sube por el río, dice:

- Yo me encargo de llevarla a su casa y de quedarme allí con ella para darle consuelo y, si menester fuera, de curarla y darle de comer y luego, hasta que Dios quiera, le estaré dando cariño porque no quiero que se muera en el desamparo que veo.

Y la mano de la madre aprieta la mía y mientras intentamos seguir bajando por el camino que recorremos, me dice de nuevo:

- Este hombre es el cura que todos por aquí queremos y que desde hace tiempo, tanto amor, viene sembrando entre las personas de esta sierra y tanto nos quiere y tanto nos animas y tanto nos habla de la otra verdad que, aunque intuimos, poco conocemos y es lo que te venía diciendo: que sin la palabra amor y todo lo que ella contiene, lo que se ve por este valle, sería otro concierto.

Y en cuanto llegamos al cortijo que vamos buscando, saludamos a la amiga hermana que la madre quiere y como la vemos en la cama y alguien dice que alguien ha muerto y muchos, dentro y fueran, lloran, como yo no me entero de la mitad de las cosas, me voy por la tierra de la llanura y juego ajeno aunque algo sí siento que el dolor y la tristeza, por aquí se ha parado entre sus cosas y ellos.

Y esta mañana, ya lejos de aquel día y bastante otro por estas tierras, mientras ciado en la cuenta y recuerdo lo de este colegio grande que da comienzo hoy día seis de octubre, me digo que también cuando yo era niño, nosotros teníamos maestros que nos enseñaban a leer y escribir, yendo por los cortijos y en los ratos libres y en las noches de lluvia, junto a las lumbres de las chimeneas y a la luz del candil de aceite y pegado al brasero en un libro que se llamaba “El Cantón” y otro que se llamaba “Mi primer manuscrito” y la “Historia de España” y la “Historia Sagrada” pero aquellas palabra de madre que hablaban del amor y de las tierras del valle, aunque sí ahora algo las comprendo, todavía espero el momento en que Tú me de la luz suficiente para

entenderlo aunque a ratos largos y, cuando al instante me falla el mundo que me rodea y me ponen la zancadilla y me machacan y se burlan y morir me siento, en este mar de miseria e hipocresía, me digo ¿faltará aquí, lo que proclamaba la madre y por eso, lo que ella temía, es esto?

* **OTRO DÍA MÁS,** te lo agradezco porque desde la fe, sé que viene de Ti y creo que debe estar lleno de realidades que me convienen o a los otros les sirvan pero tengo que decirte que me cuesta abrir los ojos a la luz y de mirar y levantarme y en cuanto ponga en marcha mi pensamiento, encontrar ilusión en las cosas que el nuevo día me repite con el frío hielo y es que hoy, Dios mío, cuando abro los ojos y miro y con calma pienso, descubro que igual que ayer casi todo lo que soñé en incluso tuve en mis manos y toqué y le di mi cariño sincero, lo tengo muerto y sumido en su silencio y sin esperanza de que resucite ni de que vuelva a la luz que quiero y es que desde aquel día, Señor, ¡cuánto es lo que a cada instante se me muere y cuánto es lo que se me ha muerto!

Así que me digo que otro día más ¿para qué lo quiero? Y abro mis ojos y con la última ilusión que me queda dentro, miro a la tierra que empieza a llenar de luz la nueva mañana y veo a un montón de personas que comienzan a moverse y van llenando los caminos y las calles de los pueblos y como yo, abren sus ojos y se acomodan al ritmo de lo que se empeñan en poner en marcha y se presenta con su acento pero yo entre ellos, Dios mío ¿qué pinto con tan poco como tengo? Si ya te digo que todo cuanto amé y sigo amando, a mi lado lo veo muerto y ni me saludan ni me necesitan para realizar sus proyectos y hasta ni me conocen y lo único que de ellos siento, es que incluso estorbo y soy disonante dentro de la perfecta organización de lo que dicen es el gran concierto.

Y quizá por esto sea que mi vida, la que ahora por este suelo todavía tengo, existe en aquel pasado hacia donde voy y vengo y más me conforto allí que aquí y por donde ahora mismo me encuentro es por el valle de la primavera que se llama así porque no es ni una llanura ni una nava, sino una sencilla llanura muy suavizada que se recoge entre dos cerrillos alargados y redondos y por la

parte del centro es por donde van las aguas cuando llueve y cuando llega la primavera, como aquí hay unas praderas muy buenas, recogidas a un lado y otro por pequeños mechones de bosque, todo florece con el esplendor de un auténtico jardín repleto.

Pero es que al final de la colina de la derecha, hay una roca que en forma de monolito rocoso, es la joya del valle y en la misma colina, en el otro extremo, siguen las ruinas de aquel antiguo cortijo y abajo, en lo que es ya el valle propiamente, tenemos dos maravillas más que son, al comienzo del valle y en la parte alta, el huerto y al final, donde ya se cierra y el bosque se espesa, el chozo del pastor que ya ni tiene techo.

Y aquí, en mi recuerdo, veo como aquel día subimos nosotros por el lado occidental y fuimos a salir justo a las ruinas del antiguo edificio y nos paramos allí porque queríamos ver el monolito, más adelante entre las encinas y después queríamos bajar al valle y por la cresta hoy estaba solitario pero por la zona del huerto y del chozo, bueno, entre el huerto y el chozo, pastaban las ovejas y se les oía balar y el sonar de los cencerros y se

oía también el correr de la corriente y al pastor por entre el rebaño y a gente que subían por el otro lado y desde la colina nos fuimos ladera adelante buscando salir al huerto y ocurrió que antes de llegar a este lugar oímos voces y nos paramos para averiguar qué era aquello.

Y al poco, vimos como algunas personas corrían desde el huerto para arriba, buscando la espesura del bosque más allá de donde nacen los primeros manantiales que dan agua al pequeño arroyo del valle y seguimos bajando y en cuanto nos encontramos al pastor, le preguntamos qué pasaba.

- Los condenados, que otra vez me han quitado un cordero.

Y como no sabíamos quienes eran ni de qué iba lo del cordero nos tuvo que dar más explicaciones.

- Son los que ahora vienen por aquí que se meten por todos sitios y en cuanto te descuidas te roban o la fruta de los árboles o las hortalizas o las setas de los campos y te espanta el ganado y si pueden, cargan con un cordero y claro: estás todo el año luchando para criar cuatro cosas a fin de tener para vivir, porque aquí en la sierra te falta de todo y, estos que vienen de la ciudad y de los pueblos,

donde le sobra hasta la contaminación, en una hora te quitan lo que tú has tardado un año en criar y por eso digo que son unas rapiñas y no creas que es por necesidad, que si fuera por eso y me lo pidieran por caridad o con modales, les daba todo lo que tengo sin cobrarles ni un duro pero lo suyo es por el puro gozo o para vivir una nueva experiencia y porque creen que en estos campos, nada tiene dueño.

Y mientras nos explica el pastor las cosas que los de fuera hacen y se llevan de estas sierras, los vemos como suben por la senda que desde el huerto se adentra hacia el bosque para perderse allá abajo y a igual que no lo entiende el pastor, tampoco lo entendemos nosotros y por eso nos quedamos allí, largo rato junto a él y envuelto en el misterio y la soledad y el perfume que mana del valle y extrañados en el alma que los de la civilización culta y grande, vengan por aquí con tan poco respeto a nada porque hay que tener poca sensibilidad y ser menos civilizados para venir hasta estos valles, donde viven gente que de tan buena y sencilla ni se les nota que viven, no solo a robarles sus cosas sino a llenarlos de las

mismas miserias en las que ellos se asfixian en sus ciudades y pueblos.

* **SIENTO EL ALMA** y en su núcleo, a Ti, como el puñado de agua que, en el río, refleja y traspasa los rayos de luz que llegan desde el cielo y por eso y, entre tanta granza y broza que me encuentro al caminar y mientras vivo, siento las bocanadas de esencias que me empapan y, a la vez que me remiten al barro que soy, me ensanchan y me dejan con la identidad de la raíz divina, que llevo dentro, clara y ya te digo, es como ahora siento el alma.

Y entre otros momentos rotundos que desde esta luz me empapa, tengo ahora aquí conmigo al pastor cuando aquella mañana se le dividió el rebaño de ovejas y la mitad se le quedó por la cañada que, ancha y fresca, se abre por las partes altas del río.
- Ve y te las traes tú que ahora no tienes qué hacer nada mientras yo me quedo pendiente de las que por aquí pastan.
Fue lo que me dijo.

- ¿Y qué tengo que hacer para llamarlas y que se vengan detrás de mí, según me dices?
- Sólo presentarte y eso: las llamas y te pones en camino siguiendo las tierras llanas.

Y me voy y llego a donde las ovejas pastan un poco desorientadas porque no tienen ni pastor ni majada y al verlas y ya delante de ellas, las llamo y llamo también al pajarillo que por aquí está entre las ramas y al instante, él viene volando y mientras pía como agradecido, en mi hombro se para y como quien no sabe hablar, porque no conozco el lenguaje de las aves ni tampoco el del amor para con las ovejas que están perdidas y buscan pastor, le digo al pajarillo, que se llama Zadí, que no se asuste y que se venga conmigo que junto con las ovejas, nos volvemos a la otra parte del monte donde también mana una fuente clara.

Y me pongo en camino por la senda fina que pasa por entre la torquillas estrechas y el monte espeso que anonada y para mi asombro y gozo y admiración y consuelo y placer pequeño que es juego por el alma, veo que el pajarillo se me posa en el hombro y mientras ando

de regreso, veo que este trozo de manada, me sigue dócil y hasta agradecidas porque se sienten salvadas y mientras regreso y ando por la tierra que sostiene al camino, bajo al arroyo y subo por la cañada y me agarro a las rocas y paso por la pendiente donde se espesan las encinas y, bajo el sol, todo son sombras que bailan y mientras me va besando el viento y la dicha me corre clara, compruebo como las ovejas me siguen y el pajarillo Zadí, revolotea por los aires y hasta canta y de las ramas del pino se viene al hombro y pica, como jugando el mismo juego de la niña, en mi cara y aunque con mis ojos estoy viendo que es verdad que ni ellas ni él se espantan, casi no me lo puedo creer porque esta relación de confianza y de cariño y de dulzura, es la primera vez en mi vida que me pasa.

Pero sigo andando y ahora más contento que unas pascuas porque ya regreso y el favor que, mi amigo el pastor me ha pedido, conmigo lo traigo hecho y de qué manera tan bella y tan arroyo de amor de plata y cuando llego a donde él me espera sonriente, me paro y le digo que ya he vuelto con la manada y con su pajarillo precioso

y ahora quiero que me diga por qué y cómo lo que me ha pasado, pasa.

- ¿Que por qué este pajarillo es tan mimoso y por qué estas ovejas son tan mansas?

- Esto es lo que me ha asombrado y por eso quisiera saber a qué se debe esta relación de amor tan sana.

Y entonces mi amigo me dice que él no tiene palabras ni tampoco sabe decir por qué y cómo pasa lo que pasa, que la realidad es así desde aquellas tardes lejanas y que quizá se deba a la luz y a la paz que corre por el alma y que quizá también se deba a que Tú quieres que así sean las cosas con la tierra, los animales y las plantas y las personas que son y viven en estas montañas y por esto y aquello y lo otro, te decía hace un rato que ahora mismo siento al alma y, en su núcleo, a Ti, como un puñado de agua limpia del río, que refleja y besa y ama, los rayos de la luz pura que con el otoño, llegan al alba.

* **BAJO DEL CERRO** llano de donde estoy con mi amigo el pastor y conforme vengo pisando las tierras del valle, me empiezo a decir que la niña, esta mañana, no

está porque aunque se siente que todo anda trastocado, la casa mágica que ella tiene seleccionada para vivir en este juego blanco de comienzo de la vida, se ve con la ventana cerrada y no se le siente ni se advierten señales de su presencia y sí la niebla espesa y fría y de gotas leves que al respirar se tragan, en la luz del nuevo día, la envuelve y todo se mantiene quieto y mudo.

Pero según me acerco, la ventana de su invisible y mágica casa de juguete, la descubro abierta y dentro, la luz y aunque el valle parece como si durmiera cogido entre las manos de la marcha que lleva este tiempo, tampoco duerme sino que llora en la inquietud que late en el fondo y más por la revolución de planes nuevos y la presencia de los que tienen en sus manos poder contra las personas sencillas que, por aquí, sólo viven la ilusión y la lucha de cada mañana.

Y según me acerco, ya estoy viendo que juega donde la noguerilla crece y en cuanto me ve y ya estoy a su lado, corre y con su dedo en los labios, me saluda y me da su mano y me pide que me vaya con ella porque quiere ensañarme algo que, según dice, es insólito .

- ¿Es otro juego?
- Hoy se trata de un juego de mayores que ya te digo es raro y no me gusta porque he visto a madre llorando y, según dicen, también los vecinos de abajo y de los otros cortijos, están tristes y asustados porque primero han venido por aquí trazando planos y tomando notas de los nombres y las cosas y han pedido datos de todo y como muchos no saben ni a dónde ir ni a quién pedir les eches una mano, se han llenado de preocupación y segundo, que como ya están rompiendo rocas y aserrando árboles, todo lo están dejando desconocido e inseguro y prohibido para los caminos y los pasos.

Y le doy la mano a la niña y como lo que ella siempre dice le sale de alguna verdad sincera que dentro le está escarbando, miro y veo que es cierto: por el río se les ve trazando algo así como puentes y pasos a lo hondo y arrancando piedras y enturbiando el agua de la corriente con máquinas grandes que ensanchan el cauce para desviarlo y algunos, al frente sentados tomando medidas con aparatos.
- Y dicen que para Navidad nuestra presencia por aquí ha terminado.

- ¿Quién dice eso?
- Yo he visto a madre hablando y preguntar que a quién tiene que acudir para que le escuchen y le hagan algún caso.
- ¿Y qué han dicho a madre?
- Que el director no se encuentra en estos momentos y que ya está todo hablado y que, aunque el que manda no sea con el que está hablando, ya está todo dicho y que es inútil que dé más pasos y madre ha dicho que ella desea desahogarse y hablar con el que tiene pensado.

Y mientras ahora la escucho y con ella de la mano ya dándome consuelo y calor y regusto al alma, caminamos por el comienzo de la llanura en busca de la fuente y miro a ver si veo a madre y lo que me encuentro son algunos sentados y comiendo y otros, con instrumentos a cuestas y otros, serios y mudos y otros, más callados y como humildes y como quien nunca ha roto un plato pero desde su silencio gritando: “Para Navidad tenéis que iros y ese es el último plazo”.

* **LA NOCHE** se ha cerrado de nubes y por entre el centro de la ancha oscuridad, la lluvia cae en los

barrancos de la inmensa sierra y por las cumbres y laderas y aunque, en el gran océano de la densa noche cerrada de nubes espesas que no dejan de soltar agua, se transparenta la luz de la luna dejando ver la silueta de los cerros y más cerca, la figura de las viejas encinas y la esbeltez de los álamos del manantial, que tiemblan, la noche parece cerrada en sí misma y centrada sólo en la lluvia que no para de caer.

Y como el chozo se alza en la pequeña explanada del cerrillo que sobre la ladera, mira al valle, en la oscura noche cerrada y abrazado por la densa niebla, la lluvia cae sobre las ramas secas que, bien colocadas, hacen de techumbre en el chozo y por los tallos y hojas, las gotas escurren y aunque las nubes se derraman sin parar un segundo y en abundancia, la techumbre negra y espesa del chozo, recoge el agua y la escurre por su vertiente y al caer, empapa el suelo y se concentra y sigue corriendo y se forman los pequeños arroyos que bajan repletos en busca del arroyo primero y éste, al arroyo grande y al otro y luego al río.

Y en la noche oscura de la lluvia densa y el frío intenso, dentro del chozo y en el mismo centro del espacio, arde el fuego y las llamas danzan y a su alrededor y, siguiendo el círculo que forma la base del chozo, se alinean los camastros de monte seco alzados del suelo por unas estacas cortas y formados por varios palos que, desde las horquillas de las estacas, se alargan siguiendo las paredes del chozo y sobre ellas, el monte seco y encima, el colchón de lana y luego las mantas y entre ellas y el colchón y frente a las llamas del fuego que danzan y mientras la noche pasa, se consumen y poco a poco se acaban, la madre que se acurruca pegada a la niña y al lado, el padre y en la otra cama, los hermanos y junto a la cabecera de la madre, la abuela.

Y como la noche pasa y la lluvia y la oscuridad todo lo abraza y la sierra entera parece parada en uno de los pilares de la eternidad y respira el último minuto como esperando el segundo exacto en que el reloj suene, mientras se dan calor y por el brillo de sus ojos y de sus caras, parpadean las llamas de la lumbre que se consume, la madre abraza a la niña y como ésta, a ratos no duerme, le pregunta a la madre:

- ¿Y de dónde recibimos las órdenes para saber que nosotros, en estos momentos, tenemos que estar aquí?
Y como la madre es sabia y tiene su corazón lleno de amor y es paciente y frente a la noche que se derrama envuelta en la oscuridad y el chozo sobre las tierras llanas del cerrillo que mira al valle y ahí mismo, la tiná y dentro las ovejas y las figuras de las encinas y el rumor de la corriente que se despeña, responde a la hija y dice:
- Nosotros recibimos órdenes y nos asesoramos, del corazón y cuando llega el día y nos vamos por los campos detrás de las ovejas y pisando barro y nos empapa la lluvia y nos hiela el frío que sube por los barrancos y nos duelen las tripas por el escozor del hambre, nosotros nos guiamos por la intuición y el beso dulce que sale del amor que llevamos en el corazón.
Y como la niña siempre quiere conocer más de lo que los demás sabemos, sigue preguntando a la madre:
- Pero entonces, este chozo y este fuego con esta noche de lluvia y aquí en lo alto del cerro ¿lo ha aconsejado alguien o salió de la intuición o, como tú dices, del amor que hay en el corazón?

Y como la madre sabe lo que sabe y la noche sigue cerrada y no para de llover y el fuego, ya un poco apagado y pensando ella que en cuanto amanezca tendrá que salir a la tinada y ordeñar las cabras y cocer la leche y en vasos de aluminio, darle a la niña su ración y luego al padre y al hermano que ahora se acurrucan en las mantas y contra la pared del monte de la techumbre del chozo, la madre calla y abraza a la hija y desde el silencio de su corazón, le pide que se duerma porque a pesar de aquello y esto, es bella la noche con el rumor de la lluvia que no para y el cascabeleo de las cascadas que se quiebran y la densa oscuridad y la niebla y el tono de luz semi apagado que transluce la luna y los barrancos y las ovejas que balan y las cumbres y...

* **REFUGIADO EN EL NIDO** de este rincón mío, lo que más ahora y con creciente interés, quiero es sentirme en paz con todo el mundo y tanto que hasta cuando respiro estoy atento para no herir ni molestar y por qué será que a cada instante me despierto roto y herido por dentro y sin la paz que busco y tanto es lo que me siento mal conmigo, que le doy vueltas a mi pensamiento buscando la manera de arreglar este desajuste mío y, por

momentos, más roto estoy y me hundo dentro y con más personas a mi alrededor y quisiera quitarme de su vista y que desaparezca de su horizonte.

Y refugiado en este reducido nido mío de mi rincón pequeño, lloro y te busco a Ti y no te encuentro y en mi desesperación te pido que me limpies por dentro y arranques de mí cualquier atisbo de odio o desprecio hacia los otros y que me pongas en paz con ellos para que también a mi corazón vuelva la paz y que unos y otros vean que en mí no tienen desprecio sino amor y compasión y por qué será, Dios mío, que me siento tan solo y con tanto amargor en el pecho cuando lo que quiero y, con ardor deseo, es la paz y el gozo del encuentro puro y el respeto a los otros y poner ante sus pies, mi humillación sincera y mi pequeña humildad.

Y te vengo diciendo esto mientras me sigo viendo en aquella realidad de aquellos días y lo que ahora tengo por aquí presente y mientras ésta me duele, como ya he intentando decirte, aquella se me abre como una primavera en flor y además de los campos verdes que forman los barrancos y laderas y los arroyos limpios por

donde corren las aguas y brotan las dulces fuentes, me veo con padre en lo alto del cerro y como acabamos de venir de las tierras altas a los pastos del valle y el fresco paisajes de la hierba tiernas cayendo por los collados y las laderas, al llegar a lo alto del cerro, y con la visión divina ante nuestros ojos, el padre me dice que dejamos el rebaño libre.

- Que desde aquí se vaya a donde quiera y por donde a cada una le apetezca y mientras, nosotros nos bajamos por la senda y donde se juntan los arroyos y se cierra el valle y brota la fuente que conocemos, las esperamos.
- Pero si ahora se esturrean ¿por qué sabemos que al llegar al valle se volverán a juntar?
- Eso así sucederá y no hay nada más que dejar que pase la mañana y esperar junto a la fuente que conocemos.

Y como también el padre es sabio y sin él no sé ni conozco la mitad de la vida que en mi alma late, confío en lo que me dice y damos suelta al rebaño frente a los largos cerros verdes y a las cañadas oscuras y tupidas de hierba y mientras miramos y veo a los animales esparcirse por las veredas que surcan las tierras que son únicas hacia el valle, no sé por qué pero el alma se me

hace grande y siento gozo al tiempo que algo de miedo porque pienso que esta tan gran manada, si ahora se esturrea tanto, nunca más volveré a verlo concentrado y con la paz y la belleza y también el gozo y la libertad con que lo tengo en el espejo de las experiencias de mi alma.

Y me voy por el camino siguiendo a padre y antes de empezar a bajar del cerro, siento miedo y ahora recuerdo que desde esta cumbre y por encima del rebaño y los montes y los barrancos, una noche me vi volando con la dulce visión de la tierra bajo mis pies y mis ojos y notaba que avanzaba rápido y que dominaba al mundo y me sentía libre de parte, de lo que antes y ahora, al suelo me está amarrando.

Pero no le digo nada a padre y sigo sus pasos y mientras bajamos atravesando el mundo que sentía casi exuberante miro e, igual que ahora, sentía miedo de que al paladar de mi alma nunca volviera ni vuelva ni la dicha del rebaño unido ni el consuelo de mi alma en paz con todos y cuantos me rodean y quiero y por eso te decía que, desde el nido de este rincón pequeño mío, lo que más hoy quisiera, es sentir la paz y verlos a todos

abrazados en mi corazón para que el equilibrio y la belleza retorne a su quietud y las cosas fluyan y sean como tanto sueño y quieres Tú.

Pero ¿por qué será, Dios mío, que tengo tanto miedo y lloro tanto y me siento tan roto y tan enemigos de ellos cuando lo que deseo es lo contrario?

* **DESDE MI RINCÓN** pequeño, recogido junto al borde mismo del arroyo que me acompaña en este último tramo de vida, hoy y al abrir mis ojos, lo primero que veo es el sol brillando sobre el frontón de rocas naranja y gris que me queda enfrente y por su cara iluminada de luz brillante, los chorreones de las sombras que salen de las madroñeras que cuelgan, con sus raíces hundidas en las rajas y entre las manchas alargadas de las sombras y las ramas verdes de las matas y las raíces retorcidas en la grietas de las rocas y los chorros de luz fuego blanco que los rayos del sol ahí proyectan, corre y salta el agua de este arroyuelo mío y como es tan limpio y el sol brillante, tan de frente lo besa, hoy no parece agua sino esencia del alma mágica de estos montes y fuente expandida que, más que brotar, vuela desde el frontón de rocas y cae

hacia el barranco donde me acurruco y como en un gran espejo, se eleva por el espacio húmedo de la mañana y transmite un mensaje, a no se sabe qué otro mundo y refleja, Dios mío, ¿qué refleja?

Y con esta visión dulce clavada en la retina de mis ojos y por encima, el azul del cielo intenso y por el aire, el delicado perfume de las clemátides que siguen verdes y llenas de flores blancas, me levanto y me pongo en camino yéndome por el trozo de senda que va circundando la ladera y al pisar el rocío de la mañana que se encharca en las hojas de la tierna hierba que ya ha brotado, me siento bueno y te doy las gracias y te digo y me digo que a pesar del trago que, en este último tramo de mi vida estoy bebiendo, merece la pena una vida como esta mía y con esta tierra y este barranco y este arroyo y esta ladera y este valle y espesura de monte y esta exultante luz de la mañana cuando todo está quieto y duerme en silencio y nadie, por aquí, pisa la tierra ni tiene propiedades que a esta mía se parezcan.

Y al llegar a la roca grande que sirve de torre en medio de la ladera y también sirve de mirador sobre el

valle y de cueva donde pare la marrana jabalí y de galería por donde brota el manantial que, en cuanto avanza dos metros, se despeña y lo primero que riega son los álamos esbeltos que ahora, con el otoño se secan, me dejo caer por la pendiente y piso las hojas muertas de los robles y las madroñeras y atravieso el bosque de encinas, ya con sus bellotas buenas, y atravieso la llanura donde crecen los nogales y es la primera que riega el agua del manantial y atravieso la porción de pendiente por donde fue aquella inmensa vereda y ahora es alquitrán negro que llaman carretera y en cuanto piso la inclinación del terreno, que fue cimiento de aquellas huertas, ya se me revuelve el corazón y me hierve la cabeza porque, como un fantasma tremendo, se me levanta el recuerdo de aquel día en esta tierra.

Y mientras camino y piso, observo que, donde aquel día crecían tomates hoy sólo hay mucho pasto seco y muchas piedras y cardo borriqueros y zarzas y hozaduras de jabalíes e hierba pequeña que, por entre el pasto, ya está creciendo y donde estuvo el ribazo y sembramos las nogueras y las parras de uvas negras que, aunque eran pequeñas semejantes a majoletas, eran

dulces y además de saber a miel, daban buen vino, se amontonan las zarzas y las ramas secas de las viejas parras y el tronco gris de nuestra noguera y ahí mismo, el membrillero con sólo tres frutos redondos y amarillos y los otros, arrancados de sus tallos y partidos y tirados por el suelo, como despreciados y, como señal, obra y rastro de los que por aquí ahora vienen buscando libertad y belleza y mientras corto una granada gorda de aquel granado que plantamos con padre aquella tarde de aquel otoño de primavera, se me saltan las lágrimas y quiero llorar y me agarro al viento y sigo andando pisando el pasto que cubre la tierra y agarro a la hermana del alma y pequeña y me la llevo conmigo para que hoy también vea.

Y cuando llego a la higuera grande que daba higos como brevas y ahora ya está comida por las zarzas, al darme el olor de la humedad de su suelo y por ahí las hojas secas que como en aquellos otoños, este otoño ya se caen y se pudren y saben a tristeza y a cielo, dentro de mi corazón y en el recuerdo, beso a la hermana pequeña y como ella ahora ya no habla pero sí grita y llora y juega con la misma dicha y fuerza, le digo:

- ¿Ves? Como en aquellas mañanas bellas con el rocío, de las horas tibia de otoño, reluciendo en las hojas de la hierbecilla y con las moras en las zarzas espesas y con el poleo ¿ves el poleo como ya está florecido e impregna de perfume la pradera?

Y como en aquellas mañanas pero hoy sin ella, la hermana calla y mientras la sigo besando en el viento que me besa y lloro, me inclino sobre la tierra y corto un puñado de ramas frescas de este perfumado poleo que sabe a menta y que ahora crece justo donde aquel día la niña sembró su hierbabuena y mientras lo voy apretando entre mis dedos que tiemblan, ya sueño con la infusión que me haré hoy, al caer la tarde, en el fuego y con leña del monte y en el puchero de barro para que sepa igual que el que nos hacía madre cuando estaba porque a pesar de la distancia y el tiempo y la destrucción y lo que fue y es esta dehesa, las dos y el padre y los otros, siguen aquí y son ellos y, como yo y también en sus corazones, vivo, lo que no se pudre, porque no es tierra.

* **SIEMPRE ANDABA DICIENDO** que las plantas e incluso los animales son prácticamente intercambiables

entre sí: “Parece que lo que existe es propiamente la especie y en el caso del hombre no es así porque no parece existir el hombre, sino únicamente hombres ya que el animal cuando nace está biológicamente terminado y no así el hombre que tiene que hacerse a sí mismo”.

Y además de esto, también decía que precisamente porque el hombre es más que todas las plantas y los seres vivos, tiene derecho a su dignidad y a su libertad y a ser respetado y amado por los otros tenga o no estudios o dinero y decía que los títulos no dan ningún derecho sobre las personas a no ser a practicar más la justicia y la bondad.

Y cuando era pequeño, con los otros niños, hijos de las gentes de estas sierras y los pastores, cogió bellotas y algarrobas y castañas y madroños y escaramujos de los rosales silvestres y moras y todo lo que se presentaba y jugó todos los días con ellos y por estas tierras y luego se fue a la escuela y cuando volvió, ya era mayor y, además, tenía una carrera.

Y sucedió que otro de aquellos niños que, de pequeño jugaron juntos, fue nombrado a un escalón superior y un tercero se hizo pastor, no porque le gustara mucho, sino porque la suerte le vino así y por más que deseó irse de la sierra, como otros tantos jóvenes, no pudo llegar a otra cosa en su vida y construyó su cortijo sobre el rellano cerca del manantial donde de pequeño había bebido agua muchas veces y aquí cuidó a sus ovejas y cultivó su huerto y como pasaron los años, una noche de tormenta, se cayó un buen trozo del cortijo y como fue precisamente la parte del tejado, por allí entraba no sólo el agua, sino la nieve y el hielo y el frío y la muerte entera.

Y con la luz del día, bajó al arroyo y del pino seco que el nevazo había derribado dos años atrás, cortó un buen trozo de madera y se lo trajo al cortijo y en cuanto se enteró, el que vigilaba, que era amigo suyo desde que jugaban juntos cuando pequeños pero ahora era más amigo del otro que del pastor, vino y le dijo:

- Está prohibido que los pastores uséis la madera de la sierra.

- Ya ves que se me está cayendo el cortijo.

- Pero tú sabes que la madera no te pertenece.

Aquella tarde, el que vigilaba, se fue de la casa del pastor y enseguida le
comunicó al mayor lo que sucedía y este vino al día siguiente y presuroso subió a la casa del que ya no era su amigo en el corazón, aunque sí de palabras.

- Te advertí que debías llevarte bien con este que tienes aquí porque cumple mis órdenes y me obedece fielmente y porque ahora, soy el que manda en esta sierra.
- Pero hombre, tenemos la misma raíz y, tú mejor que nadie, sabes de mis necesidades y mi cariño por estos montes y recuerda que hubo un tiempo en que decías que el hombre es único y merece todo el respeto y que tenemos que hacernos. ¿No te acuerdas?
- Pero ahora, sobre estos montes, hay un nuevo proyecto y en esta empresa vosotros no encajáis bien y así que ese tronco de pino que te has subido del arroyo, ya estás devolviéndolo a su sitio y cuanto antes, no sea que se me acabe la paciencia.

- Se me caerá la casa. ¿Dónde vivo con mi familia y mis ovejas?

"El animal cuando nace, está ya biológicamente terminado y no así el ser humano que tiene que hacerse a sí mismo". Era lo que siempre repetía aquel hombre que, de pequeño corrió y comió bellotas de las carrascas de estas sierras hasta que se fue y, pasado el tiempo, volvió con su carrera hecha.

* **MIENTRAS VOY** subiendo, con ella de la mano, sentimos el viento romperse en las ramas de los árboles y quebrarse en nuestras caras y como ya es mediado de otoño, aunque no es viento frío como el de los meses de invierno, sí corre fresco y llega desde el lado del poniente y según vamos remontando, por el cielo y asomando por lo alto de la cumbre, aparecen las nubes negras y largas que amenazan lluvia en cualquier momento.

Pero en cuanto la senda termina de remontar aparece el collado y, al volcar cien metros más, la llanura del vado hermoso y, unos pasos más adelante, el río con su corriente clara y el vado estrecho por donde pasa la

senda y a la derecha y, siguiendo el cauce del río en la dirección contraria a como corre y bajo la piedra negra y las matas espesas del mirto, el borbotón del manantial grande que hoy y, a pesar de ser comienzo de otoño, brota en la abundancia del cuerpo de una persona y cae a la playa de arena fina y desde aquí, al cauce del río y al charco alargado donde nadan las truchas de la especie arco iris y sigue saltando por las piedras y después de cruzar el vado que vamos pasando, cae por la pendiente de la curva pronunciada y ya se hunde en la profundidad del bosque y del barranco por donde se adivina el río grande.

Y al cruzar el vado, con ella de la mano y la mañana nublada y el viento fresco y el otoño gris y el agua clara y el recuerdo de aquel día en la tienda y junto a la lumbre donde brota el manantial recio y el otro recuerdo de la cueva en la tierra y la niebla caliente manando a chorros, miramos en la dirección en que brota el gran venero y, más arriba de donde el mirto crece, se abre el cañón inmenso de la cerrada grande por donde, entre las rocas de las dos cuerdas, el río ha cortado las piedras y se hunde tanto en el tajo, tallado en la pura

roca, que ni se ve ni tampoco, desde los charcos y la arena que en el lecho y la sombra oscura se remansan, se distingue el cielo ni las montañas y como por encima, el bloque de rocas naranja, se alza inmenso y se empina como gritando al viento y mostrando su zanja profunda, según estamos mirando, primero descubrimos sus sombras proyectadas sobre la ladera de enfrente que, al moverse, hasta nos asustan y luego que miramos al pico de las rocas, las vemos saltando por lo más difícil y esconderse entre las cuatro matas de carrascas que en lo más alto de las piedras, crecen.

Y como nosotros vamos a lo nuestro y no paramos sino que cruzamos el vado, al comenzar el remonte de la senda que sube por la ladera opuesta, las cabras monteses nos evitan y según van saltando por los puntos de las piedras, se van yendo hacia el segundo tramo del cañón profundo y por ahí las perdemos mientras ya también nosotros nos agarramos a las piedras de la inclinada ladera por donde, casi tallada en la viva roca, sube la senda trazando sus zigzags porque es imposible que ascienda recta y de vez en cuando, se asoma al lado derecho que es por donde queda el río y al mirar a la

hondonada, da miedo por el tajo tan tremendo y cuando la senda fría se asoma al lado izquierdo, también en lo hondo y allá a lo lejos, se ven las vegas verdes y esparcidos por las tierras, los cortijos y las huertas y los manzanos que con el viento tiemblan y los álamos largos y las manadas de ovejas.

Y como la ladera no se acaba y la senda, por ella tampoco termina, ya estamos cansados y a cada paso, miramos hacia las cumbres y por debajo de las nubes negras y el resplandor del sol de la mañana y clavado en la misma dureza de la montaña que es pura roca, se ve el cortijo blanco y se le nota como escondido y como parado con la misma quietud hielo de la montaña y silencioso y, además, rey y eterno y también como si estuviera esperando.

- ¿Cuándo llegamos?

Pregunta la niña hermana desde su cansancio y su emoción y su sueño.

- Ya coronamos el collado de las tres encinas y pasamos por el estrecho de las piedras blancas y giramos hacia el levante y por ese lado, le entramos para sorprenderlos y cogerlos a todos desprevenidos.

Y en cuanto pisamos el rellano de la puerta que es como el balcón más grande y mejor tallado en la roca viva que nunca nadie ha visto aquí en la sierra, nos recibe la madre de la amiga de la niña y enseguida nos dice que las migas están recién hechas y que nos están esperando y que pasemos que ahora estamos en nuestra casa y hasta el padre, de la amiga, se ha esmerado en hacer unas migas tan ricas, que se comen y alimentan, sólo con olerlas.

Y pasamos y nos sentamos frente al fuego y alrededor de la sartén y todos juntos, nos ponemos a comer migas calentitas y humeantes que saben a gloria y está la niña mirando fija a su amiga, cuando los otros niños hablan y dicen:

- Cuando ahora después terminemos, nos vamos a ir por esa ladera que a vosotros tanto os gusta y que desde ella se ve y abajo, la cola de los ríos grandes, y jugamos al juego que ya hemos pensado y ya veréis como, igual que en aquellos días, por ahí corren los conejos mansos que si queremos, podemos coger y acariciar con nuestras manos y sentarnos donde ellos duermen y descubrir sus

madrigueras y estar a su lado todo el rato que queramos y no se asustarán ni se irán.

Pero como la niña quiere tanto a su amiga, no deja de mirarla y en cuanto terminamos de comernos las migas, se va y se sienta en sus piernas y frente al fuego y al besarla, le pregunta:

- ¿Y por qué te casas y ahora tienes que irte de estas sierras y nos dejas solos con lo mucho que yo te quiero y por qué te vas tan lejos con lo buena que eres tú y lo bello que es este campo y tu cortijo y la nieve cuando nieva y el frío y las flores y tu presencia y nuestros juegos?

* **TERMINA DE SUBIR** la ruta que viene por la vereda antigua que sale desde el pueblo de la ladera y al llegar a la segunda gran curva, se desvía ladera arriba buscando la cumbre porque quiere observar el paisaje desde ahí y lejos de la ruta de acceso que los coches usan para subir a estas sierras y porque, andando por la carretera, el paisaje es otra realidad a lo que apenas se ve e intuyes cuando por este mismo lugar se viene en el medio que, en estos tiempos, todos usan.

Y es la primera de sus tres experiencias y, ninguna cosa del otro mundo pero como es la primera vez después de tantísimos días como he pasado por el lugar, le resulta interesante y desde la curva sube y por encima de las rocas, donde el bosque de pinos se espesa, se para y echa una mirada por la ladera y descubre que la carretera apenas se ve. “Pero si es la carretera principal y la que todos, ahora cogen para venir a estas sierras”, se dice y como sigue mirando, nota que se distingue sólo por algunos rotos y, en las manchas, donde el bosque se aclarea.

Y se dice que no es bonito porque parece como si no le pegara a una ladera tan llena de bosque como ésta y tan totalmente sierra y, además, su trazado ha sido tremendamente forzado porque lo que pretendieron era que todos pudieran subir hasta la misma cumbre cómodamente montados en sus automóviles y tres grandes curvas casi talladas en las rocas y luego ahí, aplastada y perdida por entre las encinas y los pinos y mientras la mira sigue diciéndose, que si la carretera no pasara por este lugar, el rincón sería mucho más bello y como, además, hoy es fin de semana, con la tarde que

cae van llegando mil coches llenos de gente de las ciudades y los pueblos y aunque no se vean, porque el bosque los oculta, se oyen sus ruidos e hiere tanta explosión de motores gateando por ladera tan bella.

Y sigue subiendo con la sensación de estar perdido porque siente que es quizá el único en este deseo de una tierra limpia de carretera y coches porque todos los demás, un ejército entero, quieren y hasta les gusta que haya carreteras buenas y que vengan cuanto más coches mejor y la mayoría, sólo por el interés del dinero y se dice, lleno de pena: “¿Qué puedo hacer yo siendo tan poca cosa y sin más herramientas que mi deseo y mi alma que llora y a su rincón se aferra?”

Y al subir la otra pequeña ladera mira al suelo y descubre una roca que le llama la atención y la coge y enseguida se da cuenta que es del grupo de las sedimentarias y un trozo de pura calcita color caramelo que son abundantes por todas la sierra, puesto que es el principal componente de las rocas calizas pero también sabe que estas piedras de calcita se producen por precipitación allí, donde fluye una corriente de agua

cristalina que tal es el caso de las estalactitas y estalagmitas y trozos de rocas como éste, son frecuentes en las cuevas de estos montes y está casi en lo alto de la cumbre y por lógica, en una cumbre no hay muchas corrientes de agua pero la roca está aquí como señal de que en otros tiempos, por esta zona, sí hubo mucha agua y rica tierra.

Y recuerda que en estas sierras, de siempre ha llovido mucho y esta roca es la señal de la abundancia de aquellas lluvias y en las cumbres y recuerda que en otros tiempos sacaban los troncos de pinos de estos bosques, flotando sobre las grandes corrientes de casi todos los ríos que desde las cumbres descuelgan.

Y su tercera y pequeña experiencia, es un fósil que se encuentra cerca de la casa forestal que se aplasta en la curva y ya está abandonada y es un ammonites y al verlo le llama la atención porque está junto a una roca que han tenido que romper para hacer la carretera.

Y recuerda ahora que los ammonites, extinguidos al final de Cretácico hace 150 millones de años, son uno

de los grupos de fósiles más importantes para la datación de las rocas del Mesozoico, ya que cambiaron rápidamente en el tiempo y tuvieron una amplia distribución geográfica y se parecen a los gasterópodos planos pero se distinguen de ellos por la presencia de las líneas de sutura y de sifón.

Y con este gran ammonites en sus manos sigue buscando y enseguida encuentra otros y algunos más grandes y otros distintos como belemnitas y conchas y ahora siente pena que los que hicieron la carretera rompieran estas rocas y las dejaran aquí, al descubierto como si nada y, una vez más, se dice que estas pequeñas muestras son las señas de identidad más auténticas de estas sierras y por eso no es bueno que algunos las rompan y las olviden dándole más importancia a las carreteras porque parece como si no tuviéramos inteligencia y como si lo único que importara, de un tiempo a esta parte, fuera lo moderno y el progreso y el dinero y la felicidad y el negocio a costa de lo que sea.

Y mira y recuerda que el camino que fue, ya no es porque lo han convertido en carretera con asfalto negro

pero antes iba por esta ladera subiendo hasta la cumbre y llegando hasta el valle central y otros rincones y, un trozo de roca tobácea que en este caso es calcita color caramelo encontrada casi en la misma cumbre y los fósiles de ammonites, también hallados en esta cima, estas tres cosas son como señales y pistas que sirven para remontar a la historia de aquellos tiempos y por eso las llama "señas de identidad de la sierra" y con estos tres pequeños trozos en sus manos y bien encajados en la mente, su comprensión de estas montañas, ya la tiene más completa.

Cosa que desea con urgencia y profundamente porque sabe que ello forma parte de su felicidad en cuanto está orientado dentro de estas sierras que son como el centro de universo y son tres las señales y aunque no parecen grandes, sí son trascendentes, por la dimensión que imprime a las tierras que ahora está pisando y tanto ama y dentro, lleva.

* **AL BAJAR DE LA CUMBRE** descubrimos el cortijo y por dos motivos decidimos acercarnos: el primero que como es pleno verano, subiendo hemos sudado

mucho y nos hemos quedado sin agua y al ver el cortijo, se nos abre el cielo porque enseguida pensamos que ahí tiene que haber agua que es lo que en estos momentos más necesitamos y la otra razón, menos importante, aunque según se mire, es que deseábamos charlar con alguien de por aquí porque ellos siempre saben mucho más que los mejores libros y esto es una riqueza que hay que aprovecharla cuando se presenta.

Y como el cortijo es como una pequeña perla en el centro de la ladera y frente a las rocas y entre tantos pinos, nos acercamos y ya llegando a él lo primero que nos llama la atención son las ovejas que sestean bajo las sombras de las nogueras por la parte de atrás y algo más abajo, vemos la fuente y es tal como la hemos soñado: bajo una roca y por entre unas grietas sale el chorrillo de agua que primero cae a un charco excavado en la tierra y luego chorrea a los tornajos y desde aquí, se va para los hortales, un poco más a la izquierda.

Junto al agua está sentado el pastor que parece como si nos tuviera esperando y en cuanto lo saludamos se une a nosotros su mujer y mientras nos ofrecen el

agua de la fuente que es lo que más apetecemos y nos habla de la cumbre por la cual hemos estado, nos damos cuenta que no están solos porque algo más abajo se ven las ruinas de una tinada y por ahí juegan los dos niños y ella y él que ni siquiera al vernos dejan de jugar y andan tan entusiasmados y son tan felices que ni les importamos y es precisamente esto lo que más nos llama la atención: sus juegos y sus realidades sencillas y casi fantasías o quizá, todas fantasías pero tan repletas de bellezas inenarrables y tan plenamente llenas, que ni siquiera necesitan de nuestra presencia y los observamos desde la fuente sentados y junto al pastor y nos damos cuenta de algo impresionante:

Que son tan felices y tan grandes ellos y sus juegos que les sobra todo el mundo y parece como si con las cuatro piedras, llenas de sombras de pinos, perfumadas de mejorana y pintadas de colores por los rayos de sol que cae, tuviera entre sus manos el universo entero y dan la impresión de que aquí lo tienen todo y no necesitan nada más y vemos que lo único que tienen es un puñado de pequeñas fantasías y una ladera llena de monte y el arroyo que corre por lo hondo y la silueta de la

colina de donde nosotros venimos y las paredes de la tinada y la fuente de su cortijo y las ovejas bajo las sombras de las nogueras y la soledad del paisaje y los miramos y los miramos y no acabamos de comprender que haya, entre ellos, mucha más belleza que en cualquier otro rincón del mundo.

* **ESTOY QUIETO** y mudo y con el aliento contenido en el minuto nuevo que de puntilla, abre la puerta del día que llega y estoy sintiendo el roce del viento que ya sí llega vestido de otoño y, tan camuflado entre su perfume tierra, que ni se le advierte y estoy intentando captar el latido de mi corazón para situarlo en el umbral exacto que lleva al pórtico de las horas que de nuevo me regalas, cuando la veo y veo reluciente el rincón y hasta el aire que le roza y respira.

Y está ya ocultándose el sol del viejo día que acaba de morir y estoy con ella sentado al borde del pilar que lleva y contiene el agua que bebemos en la aldea y estamos embelesados, más porque ella me dice que es un juego, en el chorro claro que cae y se quiebra y rebosa

y otra vez se quiebra y corre y en todo embriaga con el brillo de su limpieza y es música y es baile y es dulce momento, cuando acaban de llegar las tinieblas de la noche y oímos las voz de madre que nos llama y dejamos el pilar y nos vamos por la senda y entramos en la casa como despidiéndonos, por hoy, de los campos y del rebaño de ovejas que se queda pastando en las tierras pobladas de monte y encinas grandes al otro lado del arroyo y son mitad llanura y mitad ladera.

Y está padre en la casa no haciendo nada concreto sino como sumido en la esperara, no se sabe de qué pero tranquilo por sentir que las ovejas siguen comiendo en el campo y al fresco de las primeras horas de la noche y hasta que ellas quieran recogerse, con sus borregos pequeños y en la tinada que la tienen ahí mismo, cuando de pronto cruje el trueno y tan tremendo que hasta retumba la casa y la puerta y el tejado y las sillas y el suelo y la tierra entera y padre asustado va a salir para ver y enfrentarse a la tormenta cuando al abrir la media hoja de madera, le envuelve el chaparrón y le empuja el viento y el brillo de otro nuevo relámpago que le deja sin equilibrio y sin oídos y le ciega y aunque intenta

salir al campo porque ya empieza a temer por las ovejas, no puede porque la lluvia es tan fuerte y el viento tan recio que no hay ser humano que sea capaz de moverse bajo el diluvio torrencial que descarga la tormenta.

Y madre se agarra a padre y, mientras nosotros a su lado miramos asustados por el agujero de la media puerta, ellos comentan que será un desastre si la lluvia sigue dos horas más cayendo tan recia porque los arroyos se llevarán a las ovejas y arrancará los árboles y romperán las plantas de las huertas y destrozará el campo y bajará el río repleto y será todo una gran catástrofe para las personas de esta aldea.

Y en este lamento y, mientras avanza la noche sin que afloje la tormenta, se pasa el padre todo el rato y como la noche se cierra en viento frío y en lluvia recia y en oscuridad profunda y densa, no se ve ni a tres metros y sí se oye y se oye el crujir de los truenos y el quebrarse de las gotas robustas y el despeñarse de los arroyos y el chapoteo de los charcos y en nuestras almas y en las de ellos, el sentimiento de que esta noche es el final del mundo y la tierra y sentados frente al fuego y fijos los ojos

en el brillo de las llamas que danzan ajenas, después de la eternidad, la luz del alba llega y padre y madre y el hermano y la niña, con el sueño y el miedo en la cara trabado y también todos los vecinos de la aldea, salimos a las puertas de las casas y observamos y vemos que lo primero que faltan del paisaje son las ovejas y corremos por el camino que lleva a la fuente y nos asomamos al cerro que da vista a las huertas y miramos más despacio y no creemos que sea cierto lo que muestra la ladera.

Los pinos, todos tronchados y partidos entre el barro que desciende por la ladera y el barranco todo lleno de rocas gordas y el arroyo, repleto como nunca se ha visto, de aguas turbias y fango y el río grande que atraviesa el valle, desbordado y la llanura de las tierras de abajo, encharcada y por la inmensa laguna de aguas color chocolate, los troncos de mil encinas flotando y grandes caños de aguas cayendo por las pendientes y empapadas las huertas y las hortalizas rotas y los manzanos doblados y los álamos sin copas y el monte de las laderas todo arroyado y el pasto destrozado y por las cumbres, ardiendo muchos pinos viejos del fuego de los rayos y más agua y más barro y más arroyos sin freno y

desolación y destrozos y silencio por el campo, a pesar de las cascadas cayendo y el cielo limpio con su azul eterno de siempre y el aire casi parado y la luz del nuevo día, ya llenando de entusiasmo y fuerza nueva, todo lo que la violenta tormenta ha empapado y las ovejas ¿dónde están las ovejas? Pregunta y pregunta padre asustado.

Y nos vamos detrás de él porque también queremos saber y ver lo que ha pasado y al cruzar el arroyo, saltando por las piedras gordas que la senda tiene en el vado, vemos tres, destrozadas entras las rocas que desde la ladera han rodado y más arriba vemos otras cuatro y en los troncos gruesos de los fresnos de la curva de los covachos, vemos seis o siete más y abajo, donde el arroyo cruza las huertas y se remansa el charco largo, sobre las aguas turbias, flotan los borregos ahogados y por las orillas y entre el barro y las ramas de lentisco, más ovejas destrozadas y más borregos apilados y más trozos de rocas arrastradas desde la ladera y más troncos y más ramas y más fango y más ovejas y por eso todo el campo, respira como un silencio insólito que asusta y deja helado y por eso padre llora y madre se agarra al brazo y mira y

no quiere mirar y calla y está gritando y ya no quiere seguir más por la vereda, caminando.

Y los vecinos miran y todos hablan y todos lloran y todos se ahogan en sus corazones y nosotros mirando y sin comprender casi nada pero sin dejar de estar a su lado y sin parar de oír que exclaman: “Dios mío, ¿qué es lo que esta noche ha pasado?”

* **VOY CON EL PENSAMIENTO** puesto en la casa donde me espera madre y la ilusión ardiéndome por el encuentro con ella y mientras bajo por la tierra que siento como la prolongación de mi propio ser, piso la ladera que vuelve su cara hacia la hondonada de las huertas y a cada pisada mía cruje, bajo mis pies, el rastrojo del trigo que acaban de segar y un poco más abajo y donde el arroyo pequeño hace de linde, ya piso el rastrojo de las habas que también acaban de recoger y por el suelo me encuentro las vainas alargadas y secas de las que se han desprendido de las matas y me agacho y las cojo y al partirlas entre mis dedos, crujen y limpio la paja con el aliento de mi boca y parto los cascos de las habas

blancas y me las mondo con los dientes y me las como porque quitan el hambre y alimenta y están buenas.

Y mientras sigo avanzando por la tierra y recojo las habas secas, antes de que lleguen las ovejas y se las coman, voy con la ilusión en mi alma de llegar a la casa y encontrarme con ella y al remontar el rellano donde crecen los diez olivos, me encuentro con la higuera redonda que se expande como un bosque inmenso y llena de sombra media ladera y refleja el verde de sus hojas anchas por todo el aire y la luz de la mañana y también llena de consuelo y de refugio y de sombra y de lugar de encuentro, ahora mismo, a casi todos los pájaros que por este valle vuelan y como voy llegando y todavía no me han visto, cantan alegres, gritan, saltan y revolotean y su algarabía es tan grande que si no fuera porque yo lo sé, creería que aquí, todas las aves de estos bosques, mohínos, arrendajos, palomas, mirlos, gorriones, carboneros, tórtolas y cuervos y grajos, se han juntado y celebran asamblea y discute y parlamentan y exponen y se pelean y siguen cantando y saltan y llenan de excrementos blancos, todas las hojas de la gran higuera.

Y en cuanto me acerco y me ven, dejan de pertenecer a la reunión y rápidos vuelan y llenan de roces de hojas y alas el aire y se escapan por entre las copas y surcan el espacio de la mañana y asustados, unos y, entre juegos, otros, por entre los viejos olivos y las gruesas encinas negras, se esconde y se pierden y por el valle y por los manzanos que crecen en las mil huertas y como ya voy andando con mi mente puesta en la niña que en la casa se acurruca junto a la madre y ya me espera, sigo pisando ahora la tierra mojada de los surcos por donde padre ha desviado el agua de la reguera y al salir de entre las sombras que proyecta la vieja higuera, me lo encuentro que viene con las manos puestas en las manceras y arreando al burro blanco que se parece a Platero, abriendo más surcos con el arado y preparando la tierra para sembrar los tomates y las sandías y lo melones y los pimientos y las habichuelas y al llegar al peral, por donde en el tronco, la vieja parra se enreda, se para y me paro y entre otras cosas me dice que las vacas, esta noche, han subido por la linde de la ladera y se han metido en el sembrado de los panizos y, además de romper casi toda la cosecha, se han comido las mazorcas

y han pisado tanto la tierra que, más que sembrado de panizos, el trozo parece una era.
- Y te lo digo porque tú fíjate: todo el año trabajando y siempre con la ilusión puesta en recoger, cuando llegue el momento, la poca o gran cosecha para el alivio de la casa y para las migas de panizo que tanto cada día necesitamos y sabes que son tan buenas, y mira lo que en una noche ha pasado.

Y quiero decirle que lo siento aunque yo no tenga culpa y quiero echarle una mano en este dolor que ahora le aprieta pero ¿quién soy yo y qué tengo en mis manos y qué puedo hacer para arreglar esta faena? Y lo miro y veo como sigue detrás de su burro blanco y el arado abriendo el surco en la tierra y como sigo mirando, veo como el agua transparente salta y corre por la reguera y veo como las parras, de uvas, ya están llenas y veo los membrillos y los granados y las mil aves por ahí llenando de algarabía las horas y esta espera y siento en mi corazón, que ellos y los hermanos y los vecinos, merecerían que muchas personas los quisieras por el sudor que cada día vierten en este suelo, que tan dentro llevan, y por el cariño que ponen en las cosas y por su

sacrificio y su entrega y quisiera hacer algo por ellos a fin de que no sufran tanto y que, a menos por unas horas, en sus vidas tengan un poco de gozo y un poco de consuelo y alguna dicha bella pero como tanta y tantas veces, Dios mío, me pregunto y les digo y te digo ¿qué tengo yo o qué puedo desde este silencio y esta humilde tierra?

* **ESTÁN LAS OVEJAS** esturreadas por las tierras que caen desde la loma y comen de la hierba tierna que, el suelo y las lluvias tempraneras, han hecho germinar a lo ancho del campo y está el día cerrado de espesas nubes negras que parecen clavadas sobre las cumbres y las laderas y los barrancos con el viento que las acaricia casi sin notarse y, a ratos, cae una fina lluvia que riega las tierras y moja las altas peñas y llenan, un poco más, los caños blancos que se despeñan desde las elevadas cimas y lavan las hojas de las madroñeras y las encinas y los enebros y los robles y rebotan y juegan, las gotas finas, en las aguas que colman los charcos.

Y están los pastores reunidos en el trozo viejo de la casa que está en ruinas desde hace ya unos años y rota por los que ahora quieren desarrollar los nuevos

proyectos para los futuros tiempos y están ellos juntos por la necesidad de darse un poco de compañía y porque el agua los ha empapado y como el hermano mayor ha recogido teas de los pinos secos que ha derribado el gran nevazo y como ha encendido una buena lumbre bajo el pórtico de lo poco que ha quedado de esta casa de piedra que años atrás fue un palacio, alrededor de las llamas y al calor de la lumbre y de los compañeros, están los pastores charlando mientras se calientan y secan su viejas ropas de la lluvia que les ha empapado y está el hermano mayor sin parar, venga echar trozos de ramas y más ramas al fuego para que las llamas broten y se calienten bien los hermanos y está el campo como parado en su silencio aunque las ovejas y la lluvia y la hierba y los arroyos y las nubes y las laderas y los barrancos, estén, desde su bella quietud, gritando.

Y está el hermano pastor, amigo de todos y sincera persona, que en toda la sierra todos quieren por sus palabras amables y su bondad siempre en la mano, está sentado frente al fuego tomando un bocado del trozo de tocino acompañado por el pan negro de centeno y los otros pastores están ahí, con él charlando, cuando de

pronto, en el lado del corazón del hermano joven, se siente un pinchazo profundo que es fino como la lluvia que no para de regar el campo pero que también es certero y profundo y doloroso como el más envenenado dardo y por eso el hermano bueno, se queda encogido y sin aliento y sin el trozo de pan y tocino que tiene en las manos y se lleva los dedos a la boca y se encoge, por el lado donde debe latir el corazón y se torna, su rostro, morado y quiere gritar para pedir consuelo y las palabras parecen como si en la garganta se le hubieran congelado.

Y se agarra al amigo que tiene a su lado y también los otros compañeros que se quieren como hermanos, acuden en su ayuda y lo sujetan para que no ruede por el suelo y lo tumban y lo ponen sobre el pasto que el hermano mayor tiene recogido para prender fuego y que aunque llueva, no esté mojado y padre dice, enseguida, que hay que ayudar al que sin vida se está quedando y el compañero dice que sí, que es urgente y que hay que ayudarle y que hay que hacer todo lo posible para que siga respirando.

- ¿Pero qué hacemos?

Pregunta nervioso el hermano.

- Pues traer la burra blanca y rápido lo sentamos sobre su lomo de plata y rápido nos vamos por los caminos que bajan desde esta cumbre y lo llevamos a la aldea y que avisen a un médico, a donde se pueda, o a un curandero o a un santo y que recen al cielo, lo que sepan y puedan pero sin perder tiempo y todo rápido que este hermano y compañero, se está, sin vida, quedando.

Y está la burra preparada en dos segundos y todos están ayudando en lo que pueden y en lo que saben y en lo que quieren con el amor sincero que les brota del alma y animan al hermano y le dan palmadas en su cara y le dicen que valentía porque esto, para un pastor serrano, no es nada y que no tenga preocupación que están todos aquí a su lado y para ayudar en lo que sea menester y el hermano que, tumbado en el suelo, ya no mira ni respira porque el corazón se le ha quebrado y están todos alrededor de las llamas queriendo dar la vida por el que sin vida se está quedando y está el fuego ardiendo y las ovejas pastando y sobre el campo, finamente lloviendo y la nieve por las cumbres y las nubes y el viento, como parados y al mismo tiempo, Dios mío, ¿qué están gritando?

* **ESTÁ EL CIELO** brillante de oro y, sobre las cumbres y parte de la cara de la montaña que mira al sol de la mañana, ardiendo en rayos de sol dorados de la luz nueva que desde el horizonte lejano, le va llegando y están las cumbres, las que se pierden entre la bruma de la distancia envueltas en la desvaída niebla naranja, quietas y mudas y como estatuas en pie y esperando y el monte, próximo a donde tengo mi nido eterno, como vestido con el misterio de la paz profunda y la quietud expectante y abriéndose a lo ancho de esta sorprendente sierra mía.

Y está en calma el viento y limpio, por completo, el firmamento y mientras ahora, hoy diecisiete de octubre, me despierto y tomo el impulso en mi alma para levantarme, estoy abierto a la señal que de Ti me llegue y estoy mirando y me asombro y me pregunto y bebo la armonía que, en cascada invisible, chorrea gloriosa y siento y siento tanto que se me para el alma y se me asombra el aliento al darme cuenta que lo que me rodea y me mira desde su silencio, está preñado de ardiente sangre que quiso y quiere gritar y está como a punto de

reventar, el mundo insólito, que me aprisiona y surgir desde aquel pasado que se ha comido el polvo y tomar la forma que le corresponde, en este presente y hacerse faro en los caminos que se borran y se adentran hacia el futuro y, sin embargo, como si nada, hoy se despereza y sigue su rodar este mundo inmenso y ajeno, va a lo suyo y avanza y se viste de luz inocente y mira e ignora, lo que tanto desde los lados del sendero, grita y está expectante y como a la espera que llegue el momento que le pertenece para alzarse potente y mostrar la realidad que le negaron antes y le niegan ahora y luchan por seguir tapando para que mañana tampoco sea.

Y estoy, en mi rincón, desperezando mi viejo cuerpo y me dejo llevar por lo que, en este día, otra vez me empuja y no he elegido y me arrastra a la realidad que no es la cierta, cuando veo la llanura y al final del puntal, la hermosa aldea que se refleja en el valle y es hija de la hierba que es primavera de amaneceres y está cayendo la noche y con ella, la hermana pequeña de mi sangre que es como la propia sensación de mi auténtica alma y es más que luz en el latido que me da existencia, vengo de bañarnos en el agua del río grande porque madre

quiere que todas las noches nos acostemos limpios en el cuerpo y, en lo que ella sabe y puede, también en el espíritu y estamos ya en casa y la madre ahí, con la ropa limpia sobre la cama de monte, puesta y la sábana blanca tendida en el nido dulce de la niña buena y conforme la va acostando, envuelta en el perfume de la ropa recién lavada y el calor de los besos que dejan sus labios y el gozo que se acurruca en el espacio de la casa y la cama y las sábanas que son más que de seda, la va durmiendo y va diciendo que:

- Mañana tenéis que madrugar y primero...

Y al llegar el mañana, precedido por el lucero brilloso y el canto del gallo, madrugo y al ver a la niña tan dulcemente bella, le digo a la madre que no la despierte que yo, aunque no pueda, me encargo de barrer la tinada y de amamantar a los borregos y de ordeñar las cabras y de echarle la paja a las ovejas y de ir a los tornajos y de recibir a los "esquilaores" y de abrir la puerta del corral y, a primera hora y antes de que el sol bañe la tierra, darle suelta a los animales e irme con ellos por los campos.

- Y luego, cuando la niña despierte de su sueño de azucena, sin que ni tú ni yo ni las ovejas forcemos nada,

que si quiere que se venga pero hasta ese momento, déjala que duerma todo lo que necesite porque ella es la princesa.

Es lo que le digo a la madre y como padre, mucho antes de que yo me haya levantado, ya ha subido por la ladera y se ha llevado a las vacas por el barranco de la hiedra y ha regado el huerto y antes ha encendido el fuego y, las migas de panizo, las ha dejado hechas, pues yo, en cuanto me levanto y a primera hora, como quería madre, me pongo mano a la obra y no sé por qué pero no me cunde tanto el trabajo y ya sale el sol y todavía tengo un montón de cosas por hacer y ya estoy temiendo que no me dé tiempo, por más que quiera.

Y siento la angustia en el corazón y me digo que llegará el reloj a las doce y todavía estarán, en la tinada, las ovejas y me animo y me doy prisa y ya balan desesperados, los borregos y las madres y las cabras y por el prado, las vacas y no sé qué hacer pero quisiera no pedir ayuda ni a la madre ni a la niña y mientras voy de acá para allá y respiro la angustia de no llegar a tiempo ni tener fuerzas para realizar todo el trabajo que tengo, ya

voy cayendo en la cuenta que Tú, así lo quieres para enseñarme y que aprenda que, al fin y al cabo, lo material y la lucha por las cosas y la tierra para sacarle el trozo de pan que necesito para la vida y las fuerzas, es importante y vale algo en cuanto realiza y ayuda a ir a la verdad que no es materia pero ni es importante ni vale nada si todo yo y con mente práctica, simplemente me dedico a esta o aquella faena porque, al fin y al cabo, el tiempo pasa y entonces se ve que lo que queda no es la obra sino el corazón, el alma y la belleza que no puede tocarse con las manos porque no es materia.

Pero yo sigo con mi inquietud y cuando ya, las doce de la mañana llegan, abro la puerta de la tinada y me voy por la llanura llevando por el campo a las ovejas y madre se queda en casa y la niña, durmiendo en su cama tierna y respirando el aire nacarado que, a pesar de todo, huele a hierba y los vecinos esperando y asomados a las puertas porque saben que hoy, y de un momento a otro igual que ayer y ante de ayer, también llegarán y con el acento que no es de esta tierra, anunciarán fuerte, para que se oiga:

- ¡Otra multa más que tenéis puesta y todo por no respetar lo ordenado ni querer abandonar las casas y las huertas!

* **POR PUERTO** de la luz, de donde vengo ahora mismo, aún no se puede pasar con el coche porque la nieve que ha caído a lo largo de la semana que termina, lo tiene medio tapado y desde las dos laderas que lo conforman, las gruesas piedras han rodado y, aunque nosotros sí hemos pasado, por ahí, hemos visto a más de uno, de los muchos que ahora se echan a recorrer estas sierras, que se han aventurado y algo más adelante han tenido que desistir.

Y al ver lo que vemos, adivinamos que se han quedado con su coche atascado y han cortado muchas ramas de pino verde y han buscado más ramas secas y las han tirado sobre la nieve, en las rodadas del coche para desatascarlo pero como las han puesto en el mismo sentido en que giran las ruedas, al mojarse con la nieve, las ramas verdes y secas, las gomas se deslizan más y la nieve se ha hundido y se ha formado barro y al ver lo que hemos visto, enseguida nos hemos dicho que un serrano

no ha sido ni tampoco hubiera tirado por el suelo y la blanca capa de la nieve que cubre el campo, tanto trozos de frutas medio comidas ni tantas latas de conserva ni botellas de plástico que han usado para el agua y hasta una cinta de casete rota y la cadena del coche que han tenido que poner en las ruedas y como esto, sí es algo que nos puede ser útil, al verla decimos que nos la llevaremos cuando volvamos esta tarde y el resto de las señales nos indican que al final lo han tenido que sacar con un tractor.

Y hace un momento hemos, bebido agua en la fuente que nosotros mismo hemos construido por la parte baja de la roca que se clava en la ladera y por donde sale un manantial que se adivina brota sólo ahora porque hay nieve en la cumbre y como tenemos sed, con las manos hacemos una poza y en dos minutos, es transparente y bebemos y notamos que tiene sabor como a roca, a tierra, a montaña y a nieve pero está buena aunque hasta el paladar la extraña de tan pura y más arriba, sólo picos, cumbres, piornos, enebros, rocas y nieve que se derrite y ahora, y hoy una vez más, sabemos y somos conscientes,

que es un privilegio tener una fuente como esta y en este sitio y poder beber en ella.

Y a las cuatro nos hemos parado a comer en el pico que está entre los dos arroyos y el pequeño ramal que le entra desde la cumbre blanca y como el pico es redondo y, aunque parece que no tiene mucha entidad, sí ofrece una buena vista y frente, la montaña sagrada y a las espaldas el techo de la cumbre blanca y a la derecha, el que es como el pico del águila y el nacimiento del río grande y toda la cuerda de los pinos verdes y el arroyo de que se retuerce y la sierra donde las cabras juegan y el valle hermoso hacia la aldea y nos decimos que como hoy no pueden venir los que tanto les gusta, ahora, recorrer estas sierras, ni por abajo ni por arriba porque hay mucha nieve, el silencio es rotundo y la inmensa capa de nieva y pinos y viento y la civilización humana, en muchos kilómetros a la redonda, ni señales de ella.

Y ya de regreso, muy cerca de donde se abre el puerto de la luz que tanto te repito porque tanto llevo dentro y, en la pista de tierra que ahora por aquí han trazado, hay tres todo terreno atascados en la nieve y

uno de ellos, es de los que porque aquí ahora vigilan y lo sabemos porque lleva el letrero y claro que nos preguntamos que ¿cómo se le ha ocurrido meterse aquí? Porque se entienden que son más expertos, en sierra que nosotros pero ahí están atascados y por el tubo de escape de su coche, chatarra y pintura, sale un chorro de humo mal oliente y negro y también nos decimos que ellos no deberían contaminar.

Pero les ayudamos y salen de la curva que, es la que está antes de la fuente del acebo verde y nos repetimos, otra vez, que aunque son los que se llaman técnicos y sabios, aquí se han quedado encerrados y más abajo, hay mucha más nieve y para atrás no es posible volver y por eso te decía antes que por el puerto de la luz, que ahora cubre la nieve blanca de la mañana y de la tarde, hoy tengo un trozo más de mi corazón sangrando porque me duele aquel recuerdo de hierba fina y las nubes erráticas y el viento frío y me duele la distancia que separan aquellas horas de estás y me duele mi cuerpo cansado y el espectáculo, casi en forma de feria esperpéntica, de coches y humo y latas y cadenas y gritos y barro que no es como aquel barro.

* **EL QUE HA VUELTO** me ha dicho que:

- De pronto nos encontramos donde comienzan los arroyos, muy cerca de las ruinas del antiguo cortijo, gloria de este rincón, en tiempos pasados.

- Ahora vamos a subir hasta la cumbre de la cordillera donde brilla la nieve.

- ¿Nieve?

Pregunta uno del grupo y a continuación llama al que enseña y viene de la ciudad, para decirle que eso no es nieve.

- ¿Pues qué es entonces?

- Son las nieblas que la lluvia ha dejado y ahora se van barranco arriba y como les da el sol, parecen nieve pero no lo es.

- ¡Tú qué sabes de eso! Subiremos hasta el lugar y te demostraré que es nieve.

- Pero si estamos casi a quince grados ¿Cómo va haber nieve con esta temperatura?

- Sobre la cumbre es distinto.

Y como nadie quiere desobedecer, seguimos subiendo aunque en el fondo sabemos que lo que se ve,

no es nieve y dejamos atrás las ruinas del cortijo y al volcar el cerrillo, nos encontramos con el rebaño de ovejas.

- ¡Vaya hombre, lo que faltaba!

Exclama de nuevo el que enseña.

- ¿Que pasa ahora?

- Pues que las ovejas nos van a fastidiar la excursión.

- Pero las ovejas están en su mundo y esto es precisamente hermoso o quizá más hermoso con el rebaño pastando por la pradera.

- Las ovejas siempre fastidian la paz de los campos y te quitan las ganas de andar por ellos.

- Pero a nosotros nos gustan.

- No hay más que hablar porque se suspende la excursión a la cumbre.

- Pero ¿Y la nieve?

- Otro día venimos.

Y como él lo ordena, nos volvemos para atrás y comenzamos a bajar arroyo adelante y al poco nos tropezamos con unas tablas y en ellas unos letreros que decían: “Piscifactoría, criadero de truchas”.

- Pero esto sería antes.

A lo que el que enseña responde:

- ¿No estáis viendo los estanques y el agua en ellos?

- Sí pero los estanques están llenos de algas y plantas acuáticas y las truchas no viven en aguas estancadas sino torrenciales y oxigenadas y muy frías.

- Pero el letrero dice que es una piscifactoría, porque digo yo que no lo habrán puesto de broma.

- Señor enseñante, esto es ahora una piscifactoría abandonada.

- Bueno, dejémoslo así.

Y seguimos bajando por el lado derecho porque, según el que enseña hay que buscar el camino que resultaba más bello y divertido para andar, que ir por medio del campo.

- Es más formativo, tiene un encanto especial y se goza, a fondo el paisaje, cuando vas atravesando el campo.

- Sí, para tropezar con todo y para hacerte daño o herirte y si llega el caso, perderte por estos montes y, además, tenemos que encontrar un restaurante para comer y si es posible una paella con carne de monte pero que no cueste mucho.

- ¿Y los bocadillos que traemos?

- Eso no es comida para estos campos y mucho menos comerlos sentados por el suelo, las piedras o bajo las encinas porque donde se ponga un restaurante que se quite lo demás.

Y menos mal que aquel día, sin que nadie lo buscara y mucho menos el que enseña, nos encontramos la belleza a la revuelta del camino: por debajo de la piscifactoría, el arroyo tiene un gran salto y por ahí cae una nube de agua en forma de cascada que llena de música y humedad todo el barranco y de las encinas y los fresnos, algo más abajo, surge como una niebla espesa que más bien parece otra cascada a la inversa y tan bella que sólo ver el espectáculo, es delicioso y le indicamos, al que enseña, la idea de quedarnos por aquí y comer sentados en la tierra y entre el monte y el aire que nos besas y su respuesta es que:

- No, porque con tanto ruido y tanta roca, ni podemos entendernos ni tampoco podremos sentarnos, en el suelo, por la cantidad de hormigas que lo pueblan.

Y lo dejamos así y de la cascada ya no le decimos nada por miedo a que nos conteste diciendo que, según

sus títulos y todo lo que ha leído en los libros, esto no es una cascada sino una avalancha de nieve que bajaba desde las cumbres y también puede decir que es niebla que viene por el barranco arriba puesto que la nieve él la ha descubierto sobre las cumbres y lo que pasta por la llanura y bala y se mueve, no son animales sino puras piedras.

* **SI LO QUE QUERÍA** decirte es que desde la primera vez que mis ojos se abrieron a la luz, todo lo que han visto desde aquel instante para delante, han sido trozos de la imagen viva y real de lo que Tú eres, lo que aquella mañana y, en compañía de padre, mis ojos vieron, fue tu presencia exacta y por eso lo tengo tan clavado en los átomos de mis carnes y en el universo de lo que soy, que no se me olvida ni puedo apartar de mí en ningunos de los momentos en que ahora respiro.

Y aquel día era muy parecido al de esta mañana que se presenta con el cielo cerrado en nubes color plomo que parecen nieblas altas y con el ambiente húmedo porque llueve mansamente y concentrado en un leve frío otoñal que surge de la misma sombra que se cierne sobre

el campo y de la menuda lluvia que cae y de las vaporosas nubes que cierran las compuertas a los rayos del sol para que no lleguen a la tierra y también, de la fecha, diecinueve de octubre, que el calendario marca hoy.

Y te quería decir que ayer por la tarde me fui por la ladera que mira al sol de la mañana, cuando llega, y a la tierra llana que se recoge justo donde el río grande se remansa total para tomar aliento y concentrarse antes de empezar a caer por el tranco grande, donde todo se estrecha y se hunde en la profundidad más enorme y se clava, la senda, en la pura roca y se espanta el alma, de cada serrando, cada vez que por ahí tienen que enfilar sus pasos.

Y por la ladera esa que es el misterio de este corazón de la sierra porque casi todas sus piedras son calcita pura, rotas por aquel cataclismo y formadas por aquella abundancia de aguas limpias y en la quietud profunda de aquellos bosques y aquello lagos y aquellos manantiales y ahora son lo más elevado del cerro que conforma la ladera, me he encontrado el bosque ardido de

aquella tarde, no hace muchos años, que le pegaron fuego y mientras he ido subiendo, con el corazón palpitando por lo que levanta el recuerdo y las ramas negras de las carrascas secas y los troncos de los enebros y los pinos achicharrados, me he ido tiznando las manos y los pantalones de pana verde que ahora llevo puestos y también la saliva de la boca y las fibra del corazón por tantos troncos y ramas convertidos en carbón como ahora, por aquí, emergen y por la desolación que la ladera presenta al compararla con lo que, en aquellos días, esto era.

Y más se me ha asombrado el alma cuando piso la vieja senda que lleva a la cúspide de las rocas más elevadas y pasa por la hoya secreta de la hierba siempre verde y donde los lentiscos y las madroñeras eran aquel bosque impenetrable que daba, además de refugio a cientos de mirlos y palomas y tórtolas y solaz para las ovejas cuando por aquí pastaban, a puñados las setas, en los meses de otoño y eran níscalos y setas de cardo cuco y, en la primavera, la exquisita cagarria o colmenilla y hasta la patata de tierra y las flor del azafrán silvestre y las fresas rojas y, muchos años que las lluvias se

adelantaban, en el mes de octubre, los primeros romeros florecidos de toda esta sierra y en el mes de enero, los espárragos trigueros que tantas y tantas veces, la hermana pequeña y yo, cogíamos mientras pastaban las ovejas y luego madre nos los freía con los huevos de las gallinas que sólo comían grillos y saltamontes e hierba y semillas y también ahora recuerdo, como lo más peculiar, el perfume fino que de las flores de las clemátides, siempre manaba y tanto era, para nosotros este escondido trozo de sierra, que desde este rincón al cielo, no había nada más que el paso de abrir los ojos y coger con la mano las estrellas.

Pero ayer por la tarde iba yo subiendo la senda y buscando trozos de calcita color caramelo y blanco leche, por puro juego, cuando y, sin darme cuenta, me tropecé con el montículo de las rocas blancas que desde aquel cataclismo, aquí se amontonan y son tantas y todas tan armoniosas y terrones de azúcar que desde lejos siguen pareciendo el puñado de borregos que retozan mientras el resto comen hierba y los otros sestean y ahí mismo, entre los puñados de algodón de las rocas que parecen borregos, encuentro las cañas secas de una hierba que

nunca ha crecido, espontánea, en esta sierra y que es una amapola grande de casi medio metro de altura y que aunque está seca, porque es otoño, todavía tiene su cápsula perfecta y dentro, porque la he arrancando y la he "espachurrado" en la palma de mi mano, las diminutas y cenicientas semillas.

Y ahora, cuando en estos momentos de esta mañana quieta de otoño mojado que se presenta y descansa mucho más en el recuerdo y que huele a nostalgia y sabe a monte ardido y a lejanías inciertas, quiero decirte, que yo ya sé que el pasto de esta amapola extraña en estas sierras, se llama Papaver sommiferum, en su nombre científico y en su nombre corriente, es la adormidera y muy conocida y extendida con el nombre de opio y que la usan como droga muchas personas de esta civilización presente que estoy viviendo.

Y te digo, también, porque lo sé de haberlo leído en el libro gordo del Dioscorides renovado por el científico P. Font Quer, que: "La adormidera es una planta anual que, naciendo en otoño, si los fríos no matan las plantas jóvenes o en primavera, vive hasta el verano siguiente,

con tallos de 0,5 a 1,5 metros o más, huecos y hojas grandes y lampiñas... El Papaver sommiferum se cultiva en gran escala en Asia Menor, Turquía, Persia y otros países de oriente para la extracción del opio... La adormidera contiene unas docenas de alcaloides, disueltas en el jugo lechoso o látex que fluye de la planta cuando se hacen cortes en sus cápsulas inmaduras. El más importante de ellos es la morfina, que se halla en dicho jugo cuajado, o sea, en el opio... Las cabezuelas o cápsulas de adormidera tienen la cantidad máxima de látex, y, por tanto, dan el opio en mayor cantidad, dos o tres semanas después de desprenderse los pétalos, que son muy fugaces... El opio es un producto muy complejo, que, además de sus numerosos alcaloides, contiene diversos ácidos...”

Y por esto me ha llamado más la atención y por esto quería decirte que en aquellos tiempos, por estas sierras mías, se cultivaba tabaco verde y tomates, en las huelgas de los ríos y panizo en los llanos y trigo de raspa negra y centeno y garbanzos y habichuelas “pintás” y se extraía esencia del espliego y del romero y de la mejorana y se hacía alquitrán de las teas de los pinos y miera de los

troncos del enebro y se hacía, además, mistela con matalahúva y raíces de cardo y canela y se cuidaban vacas y ovejas y se cultivaban granados y nogueras grandes y muchas higueras de higos negros que después se secaban y, por Navidad y en las bodas serranas, se casaban con las nueces secas y, ya te digo, se sembraba de todo, para comer y se cuidaban animales y se trazaban sendas para ir de un cortijo a otro porque se necesitaba alimentos para la vida del cuerpo y compañía y amor para el alma y junto a los cauces de aguas claras, se construían molinos para moler el trigo y hacer la harina de donde salía aquel buen pan de aquellos tiempos.

Pero antes, nunca por estas sierras, se sembró ni esta rara amapola ni aquel extraño cannabis que vi en la huerta, la otra tarde, ni se quemaban los bosques porque eran necesarios para la vida y para recoger las setas y los madroños y las bellotas y las avellanas y para que pastaran las ovejas y si ahora me preguntas Tú, que quién ha sembrado por aquí esta planta, desde mi asombro y mis lágrimas y mis penas, te pregunto yo: ¿no es fruto que germina de la semilla de aquel proyecto que,

flamante y bello, traían por estas tierras y de la civilización de ahora, que llaman moderna?

Y desde el miedo y mi llanto y la humedad de esta mañana de otoño que me parapeta contra el arroyo limpio que me tienes regalado y desde la concienciación de que Tú, desde tu silencio y el tiempo, nos vas dando a cada uno lo que nos corresponde y nos pones las cosas en el lugar que deben tener y sin prisa porque no tienes el tiempo contado sino que eres la eternidad plena, sigo caminando por la tierra que pisé ayer por la tarde y el espeso bosque verde del recuerdos que en ella palpita y al volcar la ladera que mira al sol de medio día y a las cúspides de las cumbres blancas que son las eternas y guardan todos los secretos y los matices y las lagunas y hasta las nieves perpetúas, vuelvo a ver la vereda de aquellos tiempos y por ella y, caminando detrás de su burro blanco que se parece a Platero, a padre y yo, en su compañía.

Y según vamos bajando por el borde mismo del arroyo y casi rozando las aguas que, puras y alegres, saltan, penetrando en las sombras de los acantilados

repletos de monte y de encinas que se doblan y arropan, como en un palio de hojas y reflejos esmeralda, la senda que andamos y vamos pisando y salimos de una sombra húmeda y pasamos a otra y pisamos la alfombra verde del musgo y más hojas secas y entramos a otra sombra que tiembla y por la espesura de los avellanos y por las malezas de los robles y saltamos por las piedras que cubren las algas que salpican el vado de la corriente y enfilamos, sin dejar la senda, por el otro lado del cauce.

Y frente, la ladera que muda nos mira y por el lado del corazón, se abre el barranco y es por donde da la impresión que, de un misterioso y lejano mundo, los arroyos que, según van cayendo, se van clavando más y más en el barranco y según se acercan al río grande, van creciendo en caudal y en profundos tajos y espesura de los bosques y en sombras que oscurecen y en rayos de luz que penetran por los huecos y se agarran a la tierra donde, la hierba mojada, tiembla como esperando y todo y su inmenso espacio, como mirando quedamente y en su mejor momento por el vigor que refleja y, desde el exclusivo silencio, como esperando.

Y el burro blanco que monótono pisa la senda y sube, a ratos, y baja y chapotea en el agua y cruza la corriente y que no se acaba, el barranco, y padre que también mudo sigue los pasos y mientras avanza, tejiendo con sus dedos, la nueva cuerda de esparto y yo que me sujeto a su ropa y que también voy callado pero lleno de miedo que es asombro por las tremendas laderas que se alzan a los lados y por eso me noto pequeño sin saber ni lo que siento porque apenas todavía hablo, me digo que un mundo como el de este profundo y largo barranco no es sino un trozo de Ti, presente vivo y palpitando.

Y por esto te decía, al principio que Tú, y no sé por qué lo has hecho, en mil momentos me ha asustado con la presencia de lo inmensamente hermoso y los silencios y lo húmedo y lo profundo y lo grandioso y lo que me acaricia mudo y está gritando y ahora, cuando en este momento voy contra padre aplastado, mientras atravieso el asombro de las luces y los colores de esta senda y el arroyo, me digo y te digo que desde que mis ojos vieron la luz de aquel día primero, no hacen nada más que descubrir y observar, de Ti, trozos y el de esta ocasión, con esta vereda y la ladera y los cauces y el agua y el

pequeño cortijo allá en lo hondo, es como si ya no fuera tierra de estas montañas, sino Tú mismo, presente y gritando.

* **COMO EL DÍA DE HOY,** veintiuno de octubre, que amanece todo cerrado en niebla color ceniza y llueve sin prisa pero sin parar igual que lo hacía ayer por la tarde y a lo largo de toda la noche porque he sentido su rumor que continuo, no ha parado ni una chispa en ningún momento de esta otra noche que ya me prestaste con su sueño leve y su frío húmedo y su canto de lluvia y tan especialmente característico desde esta cuna mía junto al arroyo limpio que corre y que, además, es rincón y nido calentito y casa donde apilo los recuerdos y algo de vida perfecta con su tumba silenciosa y el altar de mi corazón donde me retiro a tu encuentro y amo y beso y lloro.

Pues, como el día de hoy que es más que la quietud de esta lluvia mansa y del misterio de tu encuentro con esta tierra mía que tanto mimas y tanto quieres y tanto te paseas por ella y cuidas hasta en su flor más escondida y pequeña, yo recuerdo, ahora que la lluvia cae y la niebla no me deja ver ni siquiera la llanura

donde termina este barranco, como en el día de hoy pero en aquel día yo solitario y con mi impermeable de hule negro y mi manta vieja de lana y la lluvia fresca y la niebla y la soledad de la senda que sube por la cañada y atraviesa el bosque de pinos y el de espesos majoletos que se quedan sin hojas y parecen secos, en estos meses de otoño, subo por el barranco y como ya está cayendo el día, llevo miedo en mi corazón de no encontrar a las ovejas que busco, antes de que la noche me sorprenda y tengo miedo de la niebla espesa que cubre los barrancos y la llanura de la altiplanicie, hacia la que voy, y las cumbres redondas que se elevan y tengo miedo, también, por la lluvia que cae y el frío que ya, el campo, llena.

Y llego al rellano de los tres majoletos que son como un montón de ramas secas, porque ya no tienen hojas pero están verdes y rearmados de tantas espinas que no hay quien se acerque a ellos, y me paro y miro y escucho y llamo y no se ve nada más que la lluvia que mansamente cae y la niebla ceniza que cada vez más se cierra y el silencio que abraza y se clava en las carnes del corazón y la noche que llega desde el lado de la mano derecha y según estoy parado, me digo y me pregunto

tantas cosas y todas tan aprisa, que me asusto a mí mismo y me encierro y como me descuide un poco, ya no tengo tiempo ni de acercarme la primera piedra pero todavía y, antes de que la luz del día muera, me doy prisa y por lo que es una más pobre senda, bajo hacia el barranco y me acerco a la gran cueva oscura que, como un abismo de rocas y profunda, se abre junto a la corriente grande y desde sus entrañas y desde el mismo centro de la oscuridad total, de la cueva, veo que sigue surgiendo, como todos los días y todas las primaveras y todos los años, su caño inmenso de agua clara pero también veo que aquí no se han refugiando las ovejas ni hay, ninguna señal de pisadas en el barro ni cagarrutas frescas.

Y más asustado y, ya con la noche sobre mis espaldas, subo y me enfrento con la niebla y la lluvia fina que sigue cayendo y la senda que se me borra y mi manta de lana que llevo liada al cuerpo y mi soledad y bajo el pino viejo que con sus ramas cubre media sierra, busco los peñascos y entre sus rajas, la cueva y me acurruco bajo el impermeable de hule negro y en la manta de lana y me dejo abrazar por la sombra de la noche y por la

espesa y ya fría niebla y me agarro a Ti que eres el único que, como tantas veces en estas grandes sierras, cerca de mí tengo y me enfrento a la noche desde mi miedo y la lluvia y la densa oscuridad y el frío y el hambre y la incertidumbre de no saber dónde estarán ni qué les pasará a mis ovejas.

Y aquel día y aquella noche, como el día de hoy, que desde la noche de lluvia, se alza y llega, me envuelves y ahora me encuentro que allá, a lo lejos y no sé por qué realidad de mundo y tierra, pasan y hablan y gritan y van a lo suyo, un mogollón de personas que no van por esta vereda que yo tengo y por eso, conmigo no se encuentran y por eso, a pesar del ruido y la gente y los tiempos, sigo sólo frente a la lluvia y la niebla y envuelto en el frío que me cala y contigo y la espera, como en aquel día y aquella noche sin parar de caer la lluvia y acurrucado en aquella cueva.

* **COMO EN AQUELLAS TARDES,** he subido por la ladera de la derecha del arroyo y ahí, donde entre las zarzas y las esparragueras, crece la higuera que se asilvestra y da higos blancos y por el lado de arriba, en la

tierra, clava sus raíces el membrillero y entre el olivo de los dos pies negros y achaparrado, crece la parra de las uvas finas que son negras cuando están maduras y ahora, todos los años se las comen los mirlos y las avispas, casi ya rozando las piedras de la casa que se desmorona en la soledad del monte y todavía con su chorrillo de agua limpia cayendo eterno en la pila de cemento en la misma entrada, me he vuelto a encontrar con el granado de las granadas gordas.

Y como en aquellas tardes pero hoy con mi macuto verde sobre mis espaldas y mi pequeña navaja de cachas de madera, colgando de las ramas y casi rozando el suelo, he visto que las granadas todavía no están abiertas pero sí se nota que, por dentro, sus granos ya tienen el color rojo de sangre clara y por eso están casi maduras y dulces y por eso ya, como en aquellas tardes pero hoy sin la niña hermosa y sin la aprobación de la madre y sin la ilusión del calor de la casa que me espera, sólo verlas se me llenan los ojos de alegría y los dedos de cosquillas en cuanto las toco y por lo hermosas que son, a pesar de lo abandonado que desde aquellas tardes, ya se han

quedado tanto el granado como la higuera y la parra y los olivos y los membrillos y los nogales.

Y esta tarde tan perdida entra los millones de tardes y en la soledad de este barranco enfrentada a la soledad de mi cuerpo y de mi corazón, como en aquellas tardes, me pongo y corto las granadas y mientras las voy echando al macuto verde, experimento el gusto que sentía entonces por la cantidad y tan gordas, que este granado tiene y los ramilletes tan preciosos de tres y hasta cuatro juntas y cada una de más de medio kilo de peso y mientras las corto con cuidado para que no se me rompan y se quede intacto, este puñado de las tres o cuatro granadas en el mismo tallo, caigo en la cuenta que ahora ya no tengo ni cortijo ni madre que, al llegar, las coja y las ponga, de adorno y hasta Navidad, en el poyo de la ventana o sobre la mesa o colgadas con una guita de esparto trenzada por padre, del techo de madera del cortijo bajo y también caigo en la cuenta que tampoco tengo ni sartén ni lumbre ni padre que me haga las migas de panizo o de la harina del trigo de la raspa negra para comerme, con ellas, los torreznos de tocino o los pimientos secos o los trozos de chorizo o los granos

jugosos de las granadas gordas que, como en aquellas tardes, ahora esta tarde estoy cogiendo del granado de la ladera del arroyo y voy metiendo en mi macuto verde.

Y como en aquellos momentos de aquellas tardes de otoño oscuro y humedad fresca y en compañía de la niña bella y el calor de la familia en el centro del valle rodeado de la grandiosa sierra mía, me siento sobre la piedra blanca que mira al río por donde, rozándolo ahora, ya pasa la carretera y con mi navaja pequeña de cachas de madera, parto la granada más gorda y la que parece ya está bien madura y me pongo a desgranar sus granos y mientras, pausadamente, me la voy comiendo, veo los coches cruzar y siento las gentes charlando y afanados para entrar a la sierra y recorrer los caminos para llenarse de las sensaciones nuevas que ya no tienen en sus ciudades y hasta discuten, queriendo cada uno, tener el privilegio de conocer los rincones más ocultos y los nombres más raros y los caminos más escarpados y las cumbres más elevadas y como todavía no soy capaz de encajar, dentro de mi alma, aquella realidad y esta, con tanto como por mi sierra han roto y tanta prisa en estas personas de fuera y sus deseos de notoriedad, cierro mis

ojos y mientras saboreo los dulces granos de la granada gorda que se parece y sabe igual a las de aquellas tardes, y por la carretera que ahora usan los modernos coches, veo el camino de trashumancia de aquellos tiempos y recorriéndolo, desde las partes altas de estas sierras mías y los terrenos del valle hacia la loma de los olivos y después, al otro valle y a las tierras de Sierra Morena, veo a los pastores con sus rebaños de más de mil ovejas, que bajan a los cortijos de la invernada porque, en las montañas altas, la nieve y los hielos, ya están llegando.

Y como en aquellas tardes, aunque yo no hay camino sino carretera de asfalto negro y coches y mucha gente de fuera de estas tierras pero desde el deseo de mi corazón y como en un sueño que tiene más vida que la realidad presente, veo a los pastores que, al pasar, saludan la niña hermana y cuando ésta se acerca a ellos para obsequierlos con una de las gordas granadas que saben a miel y quitan el hambre y la sed que transmite el polvo del camino, ellos se adentran por la manada y de los borregos más chicos pero el más gordo y el más sano y el más blanco, cogen uno y se lo regalan como agradecidos por el saludo dulce que ella les regala en un

camino tan largo y duro en esta lucha serrana que no tiene ni noches ni días ni tardes ni mañana y por eso te decía antes que como en aquellas tardes, ahora lejanas, en esta tarde de hoy, mucho sigue igual de hermoso y presente que cuando estaba la niña hermana.

* **CON LA IMAGEN** de la ropa recién lavada y tendida al sol y expuesta a la caricia del viento, bajo el inmenso cielo azul y sobre las zarzas que da las moras gordas y crecen pegadas a la fuente, donde desde la distancia al barranco que vierte al valle, se adivina a madre lavando en el pilar del agua limpia y se le siente callada, sin parar en su faena y con el corazón puesto en Ti pidiéndote en cada momento que no se haga ni su voluntad ni la de padre ni la mía ni la de la niña, sino la tuya y que, por encima de todo, brille tu gloria y seas Tú el que resplandezcas y no las pretensiones, gustos o deseos, de éste o aquel.

Con la imagen del campo quieto y el silencio llenándolo todo y, a primera hora de la mañana, detrás de este preñado silencio y en su rincón y nido de seda, adivino a la niña durmiendo mientras sigue el tiempo

corriendo y Tú ahí pendiente y como dominándolo todo y sin ruidos, poniendo casi imperceptiblemente, cada cosa en su lugar concreto.

Y como sin asustarte de nada ni de nadie y sin tener ni prisa ni mostrar planes ni contratos pero inexorablemente a tu ritmo, haciendo brillar y surgiendo, la verdad que está unida a Ti y anuncia y muestra como se abre paso la propia y real vida sin ninguna violencia pero a lo grande y en lo certero.

Con la imagen de lo que no tiene nombre ni es obra ni tiene cuerpo pero si se siente ahí, en lo hondo y da gozo a pesar de la desnudez y de la materia, tan lejos, ahora esta mañana y casi con el mismo silencio que madre lava en su fuente, yo me despierto y entre tantos caminos y realidades y sueños que me bombardean y se me clavan en este corazón mío pequeño, escojo el de aquella tarde junto a la tinada y el huerto y por ahí, cavando las tierras y regando, padre y algo más arriba y entre la vereda ancha que abre el monte y recogiendo ramas secas para el fuego, yo con mi entusiasmo porque siento a la madre entregada y al padre bueno, trabajando

y pensando sólo en que no salga y brilla su obra sino tu gloria y todo sea según tu voluntad y que reluzca la verdad y la niña que llega, en estos momentos, y que desde su pequeñez de mariposa frágil y desde su gozo y su juego, que se quiere unir a mi empresa y a la de padre y no puede ni con una rama seca aunque sí se le ve feliz y acaricia como el viento.

Y en esta faena me acompaña y yo que me entusiasmo y comienzo a quitar ramas secas lo más pegado posible al charco del río cuando al rato la veo que sube por el camino ancho que abre el monte y se va a su juego de las muñecas de palo que le tiene hechas padre y yo que siguiéndola y quedándome en lo mío, desde lejos le digo que tenga cuidado y al mirar hacia la fuente veo, sobre las zarzas que rodea al manantial, la ropa que brilla al sol del nuevo día, tendida al viento por la mano de la madre y en el silencio y por mi corazón que corre la alegría y otra ve que siento que desde la quietud muda, nos das tu beso.

Y por esto te vengo diciendo que con la imagen de lo que palpan los ojos de la cara y la realidad que el

corazón siente dentro, se ve con claridad que lo que quiere la madre y lo que desea padre, no es su deleite ni el que sean antes los otros justificados, sino tu gloria y que, por encima de todas las otras obras, resplandezca tu proyecto y como el corazón es tan fino, aunque no comprende ni entienden, sí siente que Tú llevas los remos y con esta imagen y este gozo y esta verdad, a pesar de la lucha y el dolor y el sudor y el esfuerzo, gracias porque me permites vivirlo y gracias por tu cariño y porque así sean las cosas y así sean ellos.

Con la imagen de la ropa tendida al sol y recién lavada y todo cuanto cubre el silencio y esta grandiosa y tenue vida, tengo yo ahora en mi pecho, mi fe más robusta y mi gozo y mi alegría despertando en Ti, igual a la imagen de un río limpio que es como Tú de inmenso.

* **DESDE LA ALDEA** del valle y siguiendo la senda que atraviesa todos los barrancos de la ancha sierra, caminamos un día entero hasta que al caer la tarde llegamos al tajo de la corta de los pinos en las tierras altas y lejanas y desde donde, aunque sigue siendo mi sierra, nos sentimos extranjeros y como desterrados porque el

rincón que tiene sabor a casa propia, queda lejos y porque lo que se siente es como si esto fuera el destierro donde sólo hay mucho tajo y mucho trabajo, no en libertad ni en la tierra propia, sino en la obligación y bajo la mirada del patrón y de sol a sol y sudando y sin más descanso que para beber agua y unas cuantas horas para dormir.

Y cuando llegamos al chozo de los cuatro palos y las viejas conchas de los pinos, vemos a los que por aquí llevan tiempo trabajando y vemos las pilas de troncos y los ajorros por el monte que, con la tierra descarnada y los arroyos rotos y las piedras rodadas, parecen caminos nuevos pero no lo son porque sólo llevan a los pinos cortados y a las tierras rotas y a las distancias infinitas y no sé por qué pero según lo voy pisando y junto a mí, padre y los otros hermanos que son amigos y viven en la aldea, se me llena de tristeza el corazón y siento con más fuerza la nostalgia de la casa y la hermana y el calor junto a la chimenea y por eso pregunto, al que para mí, todo lo sabe:

- ¿Cuándo volveremos?

Y como padre, aunque es fuerte, también está roto y sangra y aunque tiene en su alma la ilusión del sueldo

nuevo, que es bueno y el trabajo fijo en la tarea que parece que nunca se acaba y con el dueño más poderoso, me dice que:
- Lo que ahora importa es ponernos mano a la obra y cumplir como el mejor porque en estos momentos del nuevo futuro, interesa mucho, tener contento a dueño porque aunque hemos llegado los últimos, ya se siente el privilegio de estar entre los primeros.

Y quiero preguntarle otra vez a padre:
- Pero en esta distancia con tanta tierra rota como por aquí se ve y con la imagen en el corazón de aquel centro que tanto nos pertenece y es nuestro ¿cómo vamos a vivir?
Pero no le pregunto nada más y mientras los ojos van mirando y el corazón se ahoga en la extraña sensación de la nueva tierra que, aunque tiene plantas, pertenece a un dueño que ni conocemos y en ella y aquí presente, ahora manda otro amo que no sabe ni de ovejas ni de fuentes claras ni de sendas que buscan cortijos con gente que tienen horno de piedra y redondo y amasan y cuecen pan y por ello y, aunque sin saber lo que siento y quiero, tengo

angustiada el alma y me amarga cada pensamiento y sigo mudo y, Dios mío ¡qué mal me siento!

Y en el recinto escondido de palos secos y de monte roto, los que están y los que llegamos, apilamos las cuatro cosas que traemos por hato y mientras, los otros mirando y los que mandan, presentes y observando y dando órdenes y el fuego ardiendo y ahí mismo, a doscientos metros del tajo y dentro ya de las tierras propiedad del gran dueño, el cortijo roto que se le ve solitario y los cuatro olivos, en silencio y los tres granados, perdidos por entre las ramas de las madroñeras y la senda que por ahí llega, sola y en silencio, la tierra del huerto y más abajo, el río corriendo y por ahí y desde el manantial que brota en el barranco, el otro muchacho que llega con el cántaro de barro a cuestas y se acerca al tajo y, al verlo, los que cortan los pinos, gritan:
- ¡Ya está aquí el pinche con el agua fresca!

Y yo que sigo mirando y me creo que este que llega, soy y por el lado de la ladera que posee la mejor tierra de la sierra y donde el bosque crece y cortan los pinos viejos, veo aquella reguera ancha y saltando por el

surco, el caño de agua y a él y a ella, labrando con la azada y plantando, en el hoyo, la mata de tabaco y al lado, la del panizo y la del tomate y él que se acerca y desde lo alto, que les dice:
- Esta franja buena que desde aquí baja y hasta el arroyo, es ya tierra extranjera y luego veremos...

Y se me parte el corazón porque todo lo que siento y veo, es miseria y prescripción cuando, hasta hace poco, era tan consuelo y no hay camino que vaya a ningún sitio ni hay esfuerzo que sirva para la libertad y el gozo sino para la esclavitud y la angustia y la preocupación y el desconsuelo y por eso no sé ni qué pensar ni a dónde ir aunque, ahora y tan claro, tenga ante mí el gran panorama de tantos y tanto moviéndose por las tierras de lo que ayer fue edén y hoy es destierro.

* **EN LA MAÑANA** que llega, veintiséis de octubre, a igual que aquellas mañanas de aquellos días, por la ladera de la fuente de los álamos, cantan las perdices y del bosque del barranco, llega el olor húmedo de las setas y por la solana que surca la senda, ya las madroñeras se doblan repletas de madroños rojos que empiezan a cubrir

el suelo y a rodar por la tierra y a llenar los charcos de la cascada del musgo y huele, el monte, a primavera aunque sea otoño porque unos días llueve y otros días hace frío, no como el frío de aquellos otoños y, otros días, como es el caso de hoy, está el cielo limpio de nubes y sale el sol brillante y no hace viento ni chispa de frío y como la tierra sí está empapada, parece una mañana de primavera que ahora llega aunque sea otoño y también el campo lo sepa.

Y como el corazón todavía se mezcla con la tierra y vive casi más en los recuerdos y de aquellos trozos que fueron más belleza, en la mañana que llega, se siente y se ve y se palpa, aquella mañana de aquel día concreto que amaneció como el de hoy y, además, lleno de fiesta porque del cortijo rey que se asienta en la llanura hermosa de la hoya espléndida que se recoge a mitad de la ladera, entre el río grande y la cumbre de la luz, bajan y vienen a vernos, el abuelo y la abuela y por eso madre, desde las primeras horas, prepara el horno y prepara la masa del pan en la artesa y en cuanto nos levantamos, la niña y yo, como unas mañanas atrás cuando la higuera estaba cargada de higos, cogemos la cesta de mimbre

que padre nos ha hecho y, siguiendo los consejos de madre, nos vamos por la vereda.

Y como, igual que ahora, ya ha llovido mucho pero también han venido muchos días de sol y ha hecho mucho viento, la tierra, en el camino que sube rozando el arroyo, está seca y en la hierba, a los lados y por las grandiosas praderas, tiembla el rocío en tanta cantidad que si nos vamos por ella nos ponemos chorreando, pues al pisar el polvo del camino, se van quedando las huellas de sus pasos y los míos y aunque, como tantas otras cosas en este rincón, no parece tenga mucha importancia, a ella le alegra y le divierte y por eso, mientras vamos caminando, juega su juego de sueños celestes y que hoy es el de las huellas de las pisadas que se quedan grabadas en el polvo del camino y en la muda tierra mientras el arroyo corre y, desde las encinas de la orilla, nos mira el otoño que parece primavera.

Y llegamos a la llanura donde, al principio, crece la higuera y ponemos la cesta en el suelo y de sus hojas anchas, que fueron verdes y ahora son amarillas porque, con el otoño se secan, cogemos un puñado e igual que

cuando hace unas tardes recogíamos los higos, tapizamos, con las hojas amarillas y verdes de la vieja higuera, el fondo de la cesta de mimbre que padre nos ha regalado y sobre el tapiz húmedo de esta canasta bella, vamos poniendo las manzanas que arrancamos de las ramas de los manzanos y que también ya están amarillas oro y desprenden esencia de miel y son redondas y como puños y, de apariencia tan buena, que sólo tocarlas con las manos y acariciarlas con los ojos, ya el estómago y el alma, llenan.

Y en compañía de la hermana hermosa y dulce como la más fulgurante primavera, en la mañana que se abre y de luz y de perfume y de rocío y de hierba fina y de madroños y de manantiales y de rebaños de ovejas que pastan por la llanura, se ve tan plena, la niña cándida de mi corazón y yo, llenamos la cesta de manzanas amarillas y luego cogemos, de los almendros que van por la reguera, las almendras que también están secas y les quitamos las cáscara ya arrugada y vieja y partimos algunas y nos las comemos y otras, las vamos echando a la cesta y vamos rellenando los huecos que han dejado las manzanas entre ellas y luego, cogemos nueces del

nogal y las probamos para cerciorarnos de que estén buenas y completamos el cargamento y otra cesta pequeña, con los higos chumbos y gordos y dorados que hermosos cuelgan de las hojas espinosas y anchas que muestran las chumberas y nos ponemos en camino y regresamos hacia la casa donde madre nos espera.

Y en la mañana que resplandece y cantan las perdices y el sol, de luz y de fuego, la llena, regresamos por el camino jugando con las pisadas que grabadas se han quedado en la tierra y al pasar por la encina grande que clava sus raíces en la misma torrentera que baña el agua del arroyo, como las bellotas en sus ramas, ya están negras y son gordas y muy dulces y muchas ya, por el suelo, ruedan, nos volvemos a parar y cogemos todas las que podemos y colmamos y rellenamos las cestas y ya satisfechos y, en la mañana de plata del otoño que parece primavera, mientras regresamos jugando con el perfume que mana del bosque, la hermana me dice, contenta:

- ¡Ya verás madre, qué tarta más rica va a preparar hoy, para el abuelo y la abuela!

Y por la noche, cuando ya la familia entera estamos sentados frente al fuego que, también, alegre arde en la

chimenea, el abuelo que mira a las llamas mientras está pensativo y la niña que, como tantas veces, se acerca y lo acaricia y lo besa y al sentarse en sus piernas cansadas, le dice:

- Cuéntame un cuanto de los que sabes y tanto me gustan y me llenan.

Y el abuelo que la mira y desde su silencio profundo y su mirada de rey, le dice que escuche, que verá que historia más bella.

- El niño vivía en el rincón en compañía de sus padres que eran pastores contratados a sueldo y en el lugar llevaban ya más de doce años y no tenían más hijos y él no había nacido ni en la ciudad ni en pueblo que tiene orla sino que vino a este mundo en la aldea del valle, el pequeño nido del río grande y la más bella aldea de toda la sierra y el niño apenas conocía su lugar de nacimiento porque recién nacido, sus padres se lo llevaron a la finca y allí creció en compañía de los corderillos, las flores de las praderas, las nubes, los pajarillos y el viento pero el niño sufría una privación y era que no podía gozar ni del canto de los pájaros ni del sonido de su nombre cuando su madre lo pronunciaba

porque era sordomudo de nacimiento y como sus padres no tenían dinero para andar de médicos, aceptaron los hechos dándole cariño y dejando las cosas como habían llegado.

Pero el niño sí poseía un gran atractivo y es que era hermosísimo porque tenía cara redonda con piel fina como el viento, nariz chata y pequeña y ojos oscuros como la noche y su pelo era negro y por labios, tenía dos ascuas que ardían de vida y según iba creciendo, aumentaba en gracia y belleza y muchas tardes, su madre se lo llevaba a jugar a las praderas y al abrazarlo, entre la hierba y las flores, lo besaba lleno de amor y le decía:

- Este trozo de cielo que tienes aquí yo me lo como cualquier día.

Y Grisel lo conoció a la edad de cinco años, una mañana de otoño, cuando sus padres lo llevaron por primera vez al cortijo de ella y el niño, en contra de lo que muchos habían pensando, enseguida fue querido por todos los compañeros y demás niños de los cortijos de estas sierras.

- Es mirarlo y uno se queda prendido en su encanto.
Decía todo el que se acercaba a él y entre aquellas personas estaba Grisel que, desde el primer momento, quedó cautivada por su atractivo y por aquél entonces ella tenía diez años y seis meses y desde el primer día dejó un lugar en su corazón para él y luego, ella, casi todos los días, se iba con él dándole compañía hasta su casa y, otras veces, su madre le salía al encuentro a mitad del camino y siempre ella, al despedirlo, lo besaba como si fuera un adiós para la eternidad y el le devolvía este cariño palpando los carrillos de su amiga y achuchando su nariz al tiempo que sonreía.

Porque una de las cosas que más le gustaban al niño era achucharle la nariz y sucedía de la siguiente manera: Grisel lo cogía, lo sentaba sobre sus piernas y con sus manos lo abrazaba por la cintura y se ponía a jugar mirándole los ojos fijamente y tanto él como ella, dibujaban en sus bocas mil pucheros y a continuación el niño repetía el mismo juego de siempre: Primero abría mucho sus ojos, sonreía feliz, satisfecho y levantaba su pequeña mano hasta la altura de la cara de Grisel y con mucha suavidad comenzaba, poco a poco, a hundir su

dedo índice en la punta de la nariz de su compañera y ella seguía quieta con sus ojos fijos en los del niño pero según el dedo iba presionando sobre la nariz, empezaba a sentir el gozo por dentro y también despacio y con amor, entraba en escena dejando asomar la alegría a sus labios y a partir de aquí era cuando comenzaba el auténtico gozo para el pequeño.

Según su dedo se hundía, iba apareciendo la sonrisa de Grisel y según ésta asomaba, crecía y crecía la dicha en el corazón del niño y a mayor presión, más belleza en aquella sonrisa y más cantidad de amor en el corazón de Grisel para él y él, que no podía oír el sonido de las palabras, sí era capaz de entender el lenguaje del corazón de su amiga a través de aquella sonrisa y el niño se lo agradecía repitiendo el juego una y otra vez hasta que al final se retorcía sobre sí, recostando su cabeza sobre su amiga y durmiendo su cuerpo contra ella y era este un momento de sumo placer para ella.

En cuanto el niño se le aplastaba contra el corazón, ella lo abrazaba con sus manos y lo achuchaba más y besaba su cara y cuando éste se quedaba quieto,

gustando el calor de su cariño, también ella dejaba de aprisionarlo contra sí y a partir de ahora empezaba otro de los momentos bellos de aquellas dos criaturas porque el primero casi se quedaba dormido durante largo rato en aquel regazo y ni siquiera los ojos movía y sólo se oía su respirar y el leve latido de su corazoncillo y la segunda, con él, allí tan cerquita de su alma, tumbada bajo las sombras de los pinos, junto a la corriente del pequeño arroyuelo o entre las flores de las praderas, miraba fija el azul del cielo.

Y a veces, se movían las hojas de los árboles rozadas por el viento y otras veces cantaba un ruiseñor allá en las zarzas o una mariposa dibujaba zigzags azules por encima de su cara y algo más lejos, se oía el balar de los corderillos buscando a sus madres o los ladridos de los perros y ella, herida hasta lo más hondo por las infinitas melodías de estas eternas sinfonías, se quedaba extasiada en el más hermoso de todos los sueños y se sentía la más dichosa de todas las niñas porque no echaba de menos ni apetecía ningún otro juego o placer.

Y por aquellas tardes, muchos fines de semana, se iba con el niño, pidiendo permiso antes en su casa para no regresar hasta el lunes y en estas ocasiones, en cuanto los dos llegaban al cortijo, comenzaban a ser felices y saludaban a los padres y al calor del fuego de la chimenea, se estaban mucho rato y cuando ya iba la noche avanzada y decidían acostarse, Grisel siempre preguntaba:

- ¿Podemos salir a dar una vuelta por el campo? Hace una noche preciosa.

- Concedido pero ten cuidado.

Respondía el padre de aquel niño y ella, entonces, se llenaba de gozo y se levantaba, buscaba el abrigo de Pedrito y se lo ponía y luego se envolvía en el suyo y lo cogía de la mano y se echaban al campo y en sus paseos por el campo, casi siempre escogían noches de luna clara y el brillo de la luna era lo primero que les emocionaba y luego, el aroma de la hierba y la pureza del viento llenando las praderas y los grillos.

Y en silencio, los dos juntos, caminaban buscando el río y según atravesaban el campo, sus pies rozaban las matas de hierba llenas de rocío y esto les hacía felices y

se tropezaban con los topillos que huían sendilla adelante o retozaban entre el trébol y seguían, absortos, los vuelos de los murciélagos y junto al río buscaban un peñasco para sentarse y frente al charco de aguas limpias, se quedaban mucho rato siguiendo el juego de la luna colándose por entre las adelfas para reflejarse en el líquido de viento.

Y en el barranco retumbaba el canto del mochuelo, los agudos trinos del ruiseñor, los graznidos de las zorras al bajar del monte, las inacabadas sinfonías de los grillos y el misterioso chillido de la corneja y ella, apretaba en sus manos las del niño lo tumbaba sobre su pecho y una vez más se dejaban prender por los mil profundos secretos de la noche y exclamaba: “Hay algo eterno en este mundo, que me llena y me atrae porque lo palpo y lo gusto y lo tengo aquí conmigo y sé que es bello como nada y ¿por qué con tanta fuerza me aprisiona y me absorbe?” Se decía en sus meditaciones y al poco comenzaba a ponerse melancólica y rato después, en su mente, se encendía una luz y entonces ella apreciaba con claridad la diferencia, casi infinita que hay entre el mundo que gustaba su alma y el otro , donde vivía con

los humanos y notaba que en el primero había mucha más fascinación que en el segundo y a partir de aquí, le entraba grandes deseos de hacer algo para que sus amigos y las demás personas también conocieran y gustaran la belleza de aquello que sentía y le parecía que era importante y podía servir para mucho.

Y ya que pasaba un rato, dos horas o tres, dejaban el peñasco, subían la pequeña cuestecita, recorrían la llanura y entraban en la casa.
- ¿Sois vosotros?
Preguntaba la madre del niño.
- Sí, hermana Nieves, somos nosotros que regresamos.
Respondía Grisel, toda resuelta.
- ¿Cómo está hoy la noche?
- Es una noche deliciosa que da gusto respirar su aire y oler las flores.
- Me alegro que lo paséis bien pero ahora, acostaos porque es tarde.
- Nos acostamos en cuanto prepare a Pedrito su vaso de leche.
- Caliéntala un poco en el rescoldo de la cocina.
- Ya lo estoy haciendo.

Y un rato después, Grisel ayudaba al niño a tomarse su cena y ella, siempre que se quedaba en casa de su amigo, dormía en la habitación próxima a la de su compañero que era las de las patatas y las mazorcas de maíz.

- Buenas noches, hermana Nieves.
- Buenas noches y que descanses.

Y al día siguiente, sábado, de nuevo correteaban todos los campos y todo el día lo dedicaban a jugar con los corderillos, a buscar nidos de pajarillos, a cortar ramos de flores, a construir casitas en la orilla del río junto a la corriente y subir y bajar el cerro para sentarse después en lo más alto y allí quedarse mucho rato mirando al horizonte y soñando y, muchas veces, las tormentas les cogían en pleno campo y ninguno de los dos corrían sino que dejaban que la lluvia cayera y empapara sus cuerpos y luego se iban a ver el arroyo correr con sus aguas turbias y sus olas rizadas y cuando salía el sol y el arco iris se derramaba sobre los pinares de la llanura, lo observaban despacio y a los dos les entraban ganas de ir hasta el sitio donde aquellos colores caían y luego, se entusiasmaban con las nubes blancas y negras que

surcaban el cielo y cuando acordaban, el sol empezaba a tornarse rojo sobre las cumbres llenando de oro y fuego la tarde.

Y así y mil juegos más como éste y otros, Grisel vivió en aquellos campos con su amigo mientras pasaba el tiempo y se hizo mayor y estaba para cumplir los doce años, exactamente once y cinco meses, cuando ella se fue de aquel rincón a la ciudad, como tantas personas de estas sierras y a partir de aquí cesaron los juegos con el niño pero no del todo, porque al volver, cada año, la Navidad y en los veranos, siempre iba a visitarlo y a estar con él todo el rato que podía y en estas ocasiones, siempre de nuevo surgían las andanzas de los tiempos de atrás y nacían otras nuevas y en estos abrazos con el campo, lleno de noches profundas, de vientos cálidos, de silencios graves y de cantos de tórtolas, fue donde el alma de Grisel aprendió a llenarse de Dios, de dulzura y de sencillez y aquí, ella aprendió el gusto por lo bello e inmaculado y a oír el silencio y a través de él, la voz de lo eterno y desde este inusitado espectáculo de flores, hierbas, lluvias y nubes, fue desde donde a ella se le imprimió, en lo hondo de su alma, el sello de la bondad y

la luz que en cada serrano brilla, cuya huella definitiva la haría diferente a las demás muchachas de las sierras y de los pueblos enclavados en las hondonadas y las laderas que ella nunca podía olvidar.

Y ahora, esta tarde, cuando de nuevo se acercaba, una vez más, al bello rincón que daba morada a su amigo, hacía ya casi seis meses que lo había visto por última vez y esta tarde, mientras iban avanzando y divisaba la blanca casa, cortijo humilde, en el centro del paisaje, se acordó del día de los tres pollitos de perdiz y hablando con sus amigas, les decía:

- Era un hermoso día de primavera y la hierba de la pradera estaba verde y grande y destellaba frescor y aroma y las anémonas y las campánulas se mecían en sus tallos al paso del viento y las ramas del romero esparcían sus aromas hacia el barranco y los pajarillos trinaban contentos saltando de rama en rama y de árbol en árbol y toda la llanura y el cerro estaba llena de mariposas, pequeños abejorros, orugas y saltamontes y el río grande, bajaba aplastado entre las zarzas y su corriente hoy se transparentaba como el viento y arriba, en las cumbres de las cordilleras, los gruesos pinos se

recortaban sobre el horizonte y sus ramas temblaban pesadamente movidas por la leve brisa y ya te digo, era un día bonito y cálido y de él, Pedrito y yo nos habíamos aprovechado a tope y al final de la tarde, cuando todavía el sol bañaba de plata la alfombra que tapizaba el campo, los dos nos dispusimos a bajar del cerro y en sus laderas, sentados frente a la puesta del sol, habíamos estado casi dos horas y en estos momentos nos cogimos de la mano, abandonamos la roca y saltando por encima de una de las matas de sabina, emprendimos una pequeña carrera pendiente abajo.

El padre del niño estaba junto al corral de las ovejas y éstas pacían serenas recogiéndose hacia la majada y también allá, tumbados junto a la casa, estaban los perros mastines y en la casa, trajinaba la madre de Pedrito y él y yo, veníamos gozosos tanto cuanto más velocidad tomábamos en la carrera y de pronto, lo solté de la mano, me adelanté con los brazos abiertos atropellando la hierba y en medio minuto, llegué al final de la inclinación y me eché a rodar hierba adelante pero enseguida me volví buscándolo y vi que él también bajaba veloz con sus brazos abiertos, totalmente recto

hacia mí y no esperé un segundo, me incorporé, me puse frente a él extendiendo a tope mis brazos y lo acogí de lleno en mi pecho y los dos rodamos por la llanura llenándonos de polen y puñados de pétalos de florecillas y primero nos reímos, después nos alegramos de estar allí en el suelo y luego nos miramos el uno al otro, intentando descubrir algo y justo en este momento oí el piar de los pollitos.

- ¡Espera!

Le dije con mi mano apoyándome en el suelo e incorporándome y concentré mi atención y volví a oírlos y por sus timbres diferencié pronto que eran pollitos de perdiz y tendí mi mano a Pedrito, le ayudé a que se levantara y luego lo fui guiando con cautela hasta el sitio de donde salían las llamadas y antes de llegar, a cinco metros, él los vio y emocionado, me tiró del brazo y señaló con el dedo y enseguida los descubrí.

Y eran dos y saltaban asustados queriendo irse pero corrimos hacia ellos y en segundos nos pusimos a su lado y al verlos descubrimos que no tendrían más de dos días de vida y estaban caídos en un pequeño barranquito y, al mismo tiempo, enredados en ramas de hierba y el

primero en coger uno en sus manos fue Pedrito y luego yo cogí el otro y lo observamos y vimos que no tenían ni heridas ni estaban dañados en ningún otro sitio pero desde luego, eran preciosos porque su pequeño pico, algo redondo, sus delgadas patas y sus frágiles alitas, sin plumas, les hacían casi de ensueño y sus cuerpos eran menudos y estaban cubiertos de pelusillas amarillentas y sus ojos chiquitos, parecían dos diamantes vivos y Pedrito me miró y yo a él y nos comprendimos y nos dijimos que en lugar de dejarlos allí siendo como eran, tan pequeños, nos los llevaríamos para cuidarlos y así que con ellos en las manos, empezamos a irnos por la llanura hacia la casa y un momento antes se había puesto el sol.

Y cuando llegamos, les dimos un poco de pan mojado y después los pusimos en una cajita de cartón y en pocos días crecieron mucho y empezaron a comer solos trigo, alpiste y otras semillas y cuando ya podían volar, una tarde, los llevamos a la llanura y allí les dimos libertad y recuerdo lo bello y emocionante que fue aquel momento para Pedrito y para mí y aunque sentimos pena porque les habíamos cogido cariño pero en el fondo,

estábamos contentos porque sabíamos que debían ser libres en aquellos campos para atravesarlos con sus vuelos rápidos y señoriales.

Aquí puso Grisel punto final a su relato que había sido seguido con interés por todos sus amigos pero hoy, tanto ellos como ella, mientras se acercaban al cortijo, iban notando que el viento frío del norte, comenzaba a soplar cada vez con más fuerza y según se acercan a la casa, advierten que allí ocurre algo y ya por el cerrillo ven a dos o tres hombres que se mueven por entre el monte y otros tres se alejan por la senda que va de la casa al río y en la puerta de la casa hay varias mujeres y como Grisel conoce una de ellas, ésta, en cuanto ve a la muchacha, se viene a su encuentro y la abraza temblorosa.

- ¿Te has enterado de lo ocurrido?
- ¿Qué pasa?
- Es sido Pedrito que falta del cortijo desde esta mañana temprano y nadie sabe dónde está y cuando ayer por la tarde empezó a nevar, se le perdió su gaviota y todos creemos que salió a buscarla.

En cuanto oye la noticia, Grisel no espera un minuto y entra en la casa, abraza a la madre del niño, la anima un poco y sale fuera.

- ¿Quién me acompaña?

- Todos.

Responden sus amigos sin tardar.

- Pues prestad atención: Félix y Rosa que vayan por la senda que va dirección norte y al llegar a la llanura, mirad despacio árbol por árbol alrededor de sus troncos y Rafa, Cristina y Mary-Carmen, que hagan otro tanto pero por el lado sur y mirad también detrás de los peñascos y las matas y Tere y yo, nos iremos por el lado este, para recorrer el río y sus alrededores porque conozco bien ese terreno y si alguno descubre algo, que dé voces.

Y los grupos parten hacia los puntos fijados y como ya son las cinco de la tarde, hace mucho frío y sigue soplando el viento y el sol ya está muy caído y la nieve es espesa y aunque se ha derretido por algunos sitios, en las matas, encima de las rocas y algún trozo por las sendas y las laderas que miran al poniente y Tere y Grisel llevan puestas sus botas de cuero camperas que les llegan hasta las rodillas y suben un poco hacia

la aldea del mirador sobre el valle para encontrarse con el río y empezar a recorrerlo desde lo alto.

Lo de la gaviota de Pedrito había sucedido de esta manera: Cinco meses atrás, en el mes de julio, una tarde estaban jugando junto al río a la altura del cortijo y andaban por entre las sombras del gran bosque de álamos, frente a la corriente, cuando vieron una bandada de gaviotas que subían por el río y venían como asustadas y Grisel fue la primera en extrañarse ver por allí una bandada de gaviotas porque nunca antes habían visto esta clase de pájaros por estos lugares y alertó a Pedrito y los dos se pusieron a observar la evolución de la bandada y la bandada, en número de unos cien, al llegar a la altura de la casa, giró en remolino y dieron vueltas y luego comenzaron a descender al mismo tiempo, las del centro del remolino, se elevaron por encima de las otras y las que iban a ras de tierra, comenzaron a pararse sobre la arena y fueron, poco a poco, seguidas de las que surcaban el aire y en diez minutos, toda la bandada estaba posada junto al río.

A Pedrito y Grisel, les entró curiosidad y cuatro minutos después ya estaban donde las aves habían tomado tierra y no querían espantarlas mas esto fue lo que ocurrió porque las aves, nada más acercarse y ser vistos, revolotearon asustadas y rápidamente se alejaron del sitio al que habían llegado y en estos momentos fue cuando ocurrió lo interesante y el niño fue el primero en descubrir que allí, cerca del río, se había quedado una de las aves y se lo indicó a Grisel tirándole de la mano y corrieron, persiguieron a la gaviota de un lado para otro hasta que al final la cogieron y enseguida vieron que estaba herida, tenía sangre en un ala, en un muslo y varias plumas rotas.

Y cargaron con ella hasta la casa y en cuanto llegaron, la curaron, le cortaron las plumas de las alas para que no pudiera volar hasta que no sanara y pocos días después, aquella ave se hizo mansa y simpática y se acostumbró a Pedrito y a Grisel y detrás de ellos iba para cualquier sitio que se movieran y el niño era feliz con este pájaro jugando con él horas y horas sin cansarse y cinco meses más tarde, estaba sana y las plumas le habían crecido, mas ni siquiera hacía por irse y era amiga

del niño, de los mastines, de las ovejas, de las gallinas y no paraba en todo el día de revolotear de un lado para otro y al final, siempre volvía al regazo de Pedrito.

Grisel y Tere comenzaron su búsqueda mirando tras los peñascos y explorando los alrededores de las matas de sabina, lentiscos y aulagas y escudriñaron, despacio, las sombras de los majoletos, los entrantes del río y todos los recovecos de las zarzas y rosales silvestres y pasó una hora y no hallaron ni un pequeño rastro y ni siquiera una señal y a lo largo de este rato, en más de una ocasión, estuvieron tentadas de dar voces y llamarlo por su nombre pero cayeron en la cuenta que Pedrito no podía oír y esto les angustió mucho y empezaron a tener miedo porque la noche se les echaba encima, el viento helaba cada vez más y soplaba con fuerza y junto al río, encima de una roca, se subieron y durante un rato buscaron con sus ojos por toda la ladera, el barranco y la pequeña llanura y nada, ninguna señal, sólo el viento helado recorriendo la soledad del paisaje y gimiendo sobre los pinos del bosque y las copas de los álamos.

- Creo que debemos regresar porque se está haciendo de noche y las dos solas por aquí nos perderemos.
- Por mi parte no abandono, hasta que no lo encuentre o sepa de él, no me iré de estos lugares.
- Pues lo que podemos hacer es volver a la casa a por teas para encenderlas y alumbrar estos campos.
- Eso está bien pero mejor es que vayas tú porque así vendrás antes y yo, mientras tanto, seguiré río abajo hasta la curva porque a él le gustaba mucho jugar con la arena.
- Haré eso pero no te alejes mucho porque volveré enseguida.

Y Tere despidió a su compañera y subió buscando el camino con el propósito de coger teas y regresar pronto pero Tere no conocía bien aquellos campos y hasta que dio con la pequeña senda, tardó mucho y en este tiempo el viento aumentó de fuerza y la oscuridad hizo acto de presencia a lo ancho de todo el bosque y ella se arañó los brazos y las rodillas y las manos se le quedaron frías como el hielo y la nieve le entró por las botas y el cuello del abrigo y el agua le empapó las ropas y con el viento frío, por momentos se iba congelando y por eso pensó

volver para atrás y quedarse con Grisel pero aunque la llamó varias veces, ésta no contestó y ante estos resultados se dijo a así misma que debía seguir y un poco más tarde descubrió luces junto a la casa y oyó las voces de Cristina y Mary-Carmen y esto le dio ánimo y siguió parándose de vez en cuando para llamar a los de la casa y al final, estos la oyeron y dos de aquellos hombres salieron a su encuentro y cuando por fin llegó a ellos, hacía más de dos horas que había dejado a Grisel y enseguida explicó la situación de la compañera que, en el río, le esperaba.

Y rápidos volvieron al cortijo e informaron al padre del niño de lo que pasaba y cogieron nuevas luces y se lanzaron hacia el río y Tere no se quedó atrás, a pesar de su cansancio, ahora le preocupaba mucho su amiga y la expedición salió hacia el río en medio del viento que seguía en aumento y silbaba al estrellarse con los pinos y arrastraba la nieve de los cerrillos.

Grisel bajó hasta la curva del río y exploró detenidamente la "Playa de Las Gaviotas", así llamada por ellos desde el día de la bandada, miró bajo los

álamos, donde ellos solían sentarse en las tardes de sus paseos, registró los pequeños abrigos que ofrecían las rocas y luego quiso subir hasta lo alto del cerrillo, un poco al oeste y recordó que en una ondulación del terreno sobre la loma del cerro, existía un rincón muy amado por Pedrito que eran unos lentiscos espesos cerca de unas rocas y entre unos y otros, el terreno ofrecía como una especie de sala confortable que tenía por techo las ramas de una vieja encina y allí, en invierno, se estaba más calentito y daba menos el viento y en verano, era un sitio fresquito y resguardado del sol y, además, resultaba un mirador excelente.

Recordó “El Refugio de Las Tres Encinas”, y pensó que estaría allí y quiso despegarse del río, mas se dio cuenta que por allí no había ninguna senda y a través del campo, la nieve era muy espesa y el viento soplaba con fuerza y, sobre todo, la noche ya estaba encima y se acordó de Tere y pensó que no tardaría en llegar y por eso decidió no quedarse allí parada y siguió bajando pegada al río con intención de coger la pista forestal que cruzaba un poco más abajo pero antes de llegar al camino, fue, de repente, sorprendida por algo que no

esperaba: Era la visión del Hombre de la Bolsa que lo vio a lo lejos que venía hacia ella y no se alarmó sino que más bien le entró alegría.

- ¡Hola Grisel!

Le dijo ya que estaba cerca y notó que se acercaba de nuevo en forma de amigo e impregnado de mayor bondad y dulzura.

- ¿Qué haces por aquí?

- No te sorprenda, vengo a ayudarte.

- ¿En qué me puedes ayudar?

- Te voy a llevar a donde está tu amigo Pedrito.

- ¿Lo sabes?

- Yo sé muchas cosas y conozco lo que hay en la mente de cada una de las personas de este mundo y conozco tu corazón pero ahora ven y dame la mano porque te conduciré a donde está el niño.

Grisel extendió su mano y el hombre se la cogió y se puso a andar cerro arriba y enseguida se dio cuenta que atravesaban la ladera en línea recta sin ninguna dificultad a pesar del viento, la nieve y el bosque.

- Lo que sí quiero es saber con certeza por qué has venido.

El cielo se llenaba de nubes.

- Es bueno que sepas que desde ahora en adelante, estaré siempre contigo y siempre que tú te pongas a hacer el bien a los demás, yo estaré presente y esta noche quiero decirte algo nuevo porque tú sabes que la belleza del rostro de una muchacha, con el tiempo se marchita y desaparece y tú sabes que también desaparecen las ganancias materiales y los amigos y casi todo aquello que se puede ver con los ojos y tú sabes que al final de la vida, quedan siempre pocas cosas y ese final, aunque ahora lo creas lejano, también llega siempre y sin embargo, tú sabes que hay cosas que se ganan una vez y duran toda la eternidad y no las marchita el tiempo ni se gastan y a esto quería llegar: desde hoy hasta el fin de los tiempos, voy a quedarme contigo y voy a estar a tu lado queriéndote y dándote mi cariño pero procura que tus esfuerzos y tus luchas se orienten siempre a conseguir lo que no se marchita nunca y este es mi mensaje y atención a ello y no lo confundas porque tiene su señal y tú la debes conocer porque vivir al modo de los otros, hacer lo que hacen ellos, es fácil pero no es bastante, te lo digo y te digo que

tú no vivas para no vivir después porque lo que importa es vivir para la eternidad

Aunque el viento soplaba recio y al romperse contra la ladera y los árboles, llenaba de lamentos todo el barranco, Grisel había oído con toda nitidez y ella tenía la sensación de que aquellas ideas se fraguaban primero en su alma y aquel hombre llegaba después y se las traducía en palabras y aquellos sentimientos les pertenecían y todo cuanto había dicho estaba con ella e iba con ella desde siempre y en aquel rato tampoco sintió ni frío ni cansancio y aunque sus pies pisaban la nieve ni lo notaba y aún menos notaba frío en sus manos ni en su rostro y ni siquiera notaba la oscuridad de la noche a pesar de su densidad y también su miedo interno había desaparecido y ni estaba preocupada por la suerte de Pedrito porque tenía la sensación de que todo estaba bien y era exactamente como tenía que ser y nada iba a romperse ni a desaparecer.

Y llegaron a lo alto del cerro, se acercaron a la espesura de unas matas y dijo a su compañera:

- Ahí tienes a quien buscabas, te estaba esperando.

Señaló con sus manos al rinconcillo que arropaban las ramas del monte y miró y vio al niño que estaba acurrucado sobre unas piedras al calor de un pequeño promontorio de tierra y rodeado de nieve y se lanzó hacia él, apoyó su rodilla en el suelo, lo levantó con sus manos y lo estrechó en su pecho y lo apretó fuerte, le besó su cara, atrajo su cabeza hacia su corazón y hundió sus frías mejillas en la cara de Pedrito como queriendo darle vida y al coger sus manos vio la gaviota que el niño la tenía sujeta en sus brazos y al mismo tiempo estaba acurrucado sobre ella y siguió apretándolo y al notar que no reaccionaba, por su mente cruzó un pensamiento: "¿Estará muerto?" Y al ser consciente del sentimiento, en lugar de ponerse a comprobarlo, lo apretó más y más y se le llenaron los ojos de lágrimas y ni sabía por qué y éstas mojaron el rostro del niño y rodaron hundiéndose en la nieve y alzó su cabeza y preguntó al hombre:

- ¿Está muerto?

Pero al hacer esta pregunta se dio cuenta que el hombre de la bolsa ya no estaba porque se había ido sin dejar ninguna señal y sin pronunciar palabras de despedida y ella creyó que tenía que ser así.

Mas, justo ahora, oyó la voz de su amiga Tere y dejó a Pedrito y la buscó incorporándose.

- ¡Estoy aquí!

Vio las luces que se dirigían hacia ella y luego oyó otra vez a Tere.

- Dinos por qué sitio subimos y si te pasa algo.

- Podéis subir por el camino porque yo estoy exactamente en el Mirador de Las Tres Encinas y Pedrito está conmigo pero subid pronto, por favor.

- Enseguida estamos ahí.

En el barranco el grupo se organizó y el padre del niño se puso al frente y no se fueron rectos hacia Grisel porque hubiera sido necesario subir el cerro completamente de frente y esto era duro, aparte de la nieve y el viento ni tampoco tomaron el camino que Grisel les había dicho sino como el padre conocía bien el terreno, tomó el que creía mejor para luchar contra la nieve y el viento y se vino por el arroyuelo que nace en la unión de dos cerros y caminó paralelo a él vaguada arriba y aquella vaguada, durante días y tardes, había sido otro de los rincones predilectos de Grisel y Pedrito que la escogían para sus juegos, para sus carreras y para

respirar el aire puro lleno de aromas silvestres tumbados frente al sol y cuando las laderas de ambos cerros y la llanura del terreno donde nacía, se llenaba de hierba, aquel rincón se convertía en el lugar más hermoso del Valle y en aquel pequeño paraíso, ellos jugaban horas y horas bañados por la luz y el silencio del campo y también habían bautizado aquella explanada con el nombre de "La Explanada de los Manantiales Claros" y le pusieron este nombre en honor de los tres pequeños caños de agua que brotaban justo donde nacía el arroyo y cuando se lo dijeron a su padre, a éste le gustó y desde aquel día, todos en la sierra, comenzaron a pronunciar el nombre.

Y la expedición llega al lugar, tuercen a la derecha y enristran por la loma y el viento les coge de espaldas y les ayuda en el esfuerzo que es lo que el jefe del grupo ha buscado y, además, por aquí la nieve está más derretida y cuando van a mitad de la distancia entre Grisel y la vaguada, brilla la luz de un relámpago y luego estalla el trueno.

- ¡Lo que faltaba!

Comenta Tere y cinco minutos después se acercan al Refugio del Mirador y Tere lanza su voz llamando a Grisel.

- ¡Estoy aquí!

Brilla otro relámpago y a su luz, Grisel ve las caras de las personas que han venido en su ayuda y Tere corre saltando todo lo que a su paso hay y abraza a su amiga y apunto está de llorar a no ser porque Grisel reacciona, suelta a Tere y reclama su atención hacia el niño y a éste, es su padre el primero en abrazarlo que se tumba en el suelo y lo besa lleno de alegría y apoya su oído en el corazón y dice:

- ¡Vive!

Y esta frase es una explosión de gozo y derretida en dicha y Grisel abraza uno por uno a sus amigos y ahora sí llora a riendas sueltas.

- ¡Gracias a Dios!

- Desde luego que sí.

Y justo al terminar de pronunciar estas palabras, otro relámpago llena de luz todo el Valle y el trueno estalla casi encima.

- Agilicemos el descenso.

Propone el padre porque ya son las doce de la noche y el cielo se ha llenado de nubes y el viento arrastra ramas, nieve y las nieblas, poco a poco van cubriendo el Valle y la noche se cierra en truenos y lluvias.

Y el padre levanta al niño y alumbrado y seguido por el grupo, comienzan a bajar por la ladera en busca de la casa y el viento les coge de frente y por la loma y vaguada es muy fuerte pero el padre se pone al frente del grupo y baja ocultándose, un poco, en la loma dirección recto a la casa y destella otro relámpago y segundos más tarde, el zumbido del trueno casi los deja sordos y todos ven como las ramas del Gran Pino del Mirador, saltan por los aires y algunos trozos caen junto a ellos y otros ruedan ladera adelante empujados por el viento y la nieve.
- ¡Dios santos!
Exclama Tere asustada agarrándose a Grisel.
- La impresión que tengo es que estamos viviendo un sueño o respiramos al otro lado del tiempo.
- No te preocupes.
- Es que no parece real.
Y estas últimas palabras de Tere son cortadas por el fulgor de otro relámpago y en esta ocasión de nuevo

todos ven dónde ha caído el rayo que es en los picos de la roca que hay a la altura de Los Tres Manantiales de la vaguada y las piedras se abren y ruedan por la ladera y sus chasquidos se mezclan con el ronco bramido del trueno y Grisel, de pronto, tiene como la sensación de que aquí, en este rincón del Valle, existe la presencia de algo cósmico y misterioso.

- Es como si Dios estuviera tocando la Tierra con su mano.

Y se agarra fuerte al brazo del padre del niño.

- No pasará nada.

Y Ella ahora recuerda las veces que en esta misma ladera, habían sido sorprendidos por las tormentas y aunque siempre se pusieron empapados, nunca les habían regañado los padres del niño y empieza a llover y ya han bajado el cerro y por la llanura, se acercan a la casa y bajo su abrigo, Tere lleva la gaviota de Pedrito y la lluvia aumenta por momentos y la oscuridad de la noche es rasgada por la luz de otro rayo que cae justo en los álamos de la Playa de las Gaviotas y uno de ellos se prende en llamas y arde durante unos minutos y las ramas en llamas se van por el viento dando lugar a un

espectáculo fantástico y justo en las décimas de segundo que dura la luz del rayo, ante los ojos de Grisel se abre lo impresionante:

Por el norte, el cielo se parte en dos trozos y se abre en forma de cortina y por detrás aparece la ciudad de ANELUZ. Los grandes bosques de robles y abetos que el Hombre de la Bolsa le había descrito en otras ocasiones, las montañas que les circundaban y la honda belleza de la CIUDAD y el nombre de ANELUZ estaba escrito, en forma de corona, sobre la ciudad y en lenguas de fuego y el Hombre de la Bolsa estaba sentado en el centro de la gran ciudad y un poco más lejos, avanzando hacia la ciudad, se vio a sí misma y el Hombre la miraba y le tendía la mano y ella, la que ahora caminaba junto a Pedrito, tuvo la sensación de que entre esta noche donde se veía entrando a la Ciudad de ANELUZ, y la noche en la cual caminaba por el planeta de los humanos, había mucho tiempo por medio y allí, en el centro de la GRAN CIUDAD DE ANELUZ, se hacía una pregunta: “¿Por qué aquella noche de Pedrito, escogieron mi nombre para introducirlo en el recinto de los inmortales?”

Y la misma pregunta se la hace esta noche de tormenta en el Valle donde el niño vive, justo cuando llegan a la casa de éste porque Pedrito sigue durmiendo y ahora por su cara, chorrea la lluvia y la gente al verlos llegar se amontona diciendo:

- ¡Está muerto!
- ¡No! parece dormido.
- Quizá esté inconsciente por el frío.
- Sí, porque con esta noche, no sé qué habría sido de él.
- Creo que fue Grisel la primera en verlo.

Y todos quieren saber qué pasa, quieren tocarlo, besarlo y la madre lo estruja contra sí, lo besa, lo palpa y enseguida se pone junto al fuego y en la chimenea arden varios troncos de pino y brilla un nuevo relámpago y la luz llena todos los rincones de la casa y es otro rayo que cae a cien metros, sobre un pino de la llanura.

- ¡Qué noche, Dios mío!
- Mamá, estoy asustada.

Exclama Grisel acurrucándose en los brazos de su madre que también ha venido desde la ciudad a la que se fueron.

- Si no lo llevamos a la aldea cuanto antes, se morirá.
- Mientras no entre en calor no lo sacamos de aquí.

Y Grisel, Tere y sus amigas miran al niño y también se calientan secándose las ropas y esperan con el corazón en un puño y a los quince minutos de estar aquí Pedrito mueve su cabeza y luego sus manos.

- ¡Está vivo!

Exclama Grisel abrazándolo.

- Pedrito, soy yo, tu amiga. ¡Qué alegría mamá!

Continúa diciendo Grisel fuera de sí por la emoción del momento queriendo abrazar a todos a la vez: a su madre, a la madre del niño, a sus amigas, a Pedrito y lo mira, lo toca, lo arropa y a cada movimiento de éste, ella se llena de alegría y más alegría y tiembla nerviosa entre emocionada y asustada y a uno de los movimientos del niño, ella abre sus dos blancas manos y entre ellas coge la cara de Pedrito y le achucha delicadamente a ambos lados y luego se inclina y lo besa en pleno rostro durante mucho rato y sin prisa, deja que el calor de sus mejillas caliente la cara del niño y por unos segundos siente en su piel la respiración de la criatura, las palpitaciones de su pequeño corazón y recuerda los ratos de gozo y felicidad que tantas y tantas horas han compartido juntos y todo esto le motiva un extraño

sentimiento y el alma se le llena de amor y con todo su ser desea meterse dentro de la pequeña criatura para que así sienta y vea cuánto es el cariño que le tiene y necesita demostrarle que no le ha abandonado, que está aquí con él como siempre.

Y pasan dos minutos y levanta un poco el rostro para mirar los ojos del niño sin que sus manos suelten su carita y comprueba, asombrada, como su compañero de juegos, abre los ojos, la mira fijo, dulcemente complacido y moviendo sus labios dice:

- Gracias, Grisel, sabía que me habías oído.

Un inmenso fogonazo de luz, borra de todo el Valle y toda la estancia de la casa, la densa oscuridad de la noche dejando casi ciegos a todos los que están junto al niño y revienta el trueno dando la sensación de que la tierra se hunde hacia el fin del cosmos y silba el viento estrellando la lluvia contra la casa y crujen las ramas de los árboles y el rayo ahora ha caído a menos de treinta metros de donde está Pedrito y Grisel se queda de piedra. Todos han oído las palabras del niño porque han sonado con claridad y nitidez y a continuación ha estallado el trueno.

Ha ocurrido un milagro y el niño está hablando y el cielo lo anuncia con voz de trueno para que la señal no quede confundida y todos tienen la sensación de que el milagro ha sido arrancado del cielo por la fuerza del amor y lo ha arrancado Grisel y esto está claro pero esta gente, todos los que han presenciado y oído el fenómeno, inmediatamente saben que el milagro está aquí, no porque Grisel sea más santa que ellos, sino porque ama más. Todo el mérito está en el amor. Grisel, que se ha quedado con la cara del niño entre sus manos, en cuanto pasa un rato, pregunta:

- ¿Cómo estás Pedrito?

- Estoy bien.

Y ahora todos comprueban que además de hablar puede oír perfectamente y a partir de este momento nadie se asusta ni se asombra por lo que oyen y ven.

- ¿Dónde está la gaviota?

- La tiene Tere.

- Me alegro que tampoco haya sufrido daño.

Diez minutos más tarde, cesó el viento y no volvió a caer más ningún rayo en el Valle y en poco rato todo el campo se llenó de silencio y paz y luego, rompieron este

silencio y a lo largo de mucho rato estuvieron hablando de mil cosas mientras la noche pasaba y las llamas del fuego chisporroteaban en la chimenea del solitario cortijo en medio del monte de esta sierra nuestra.

* **DESDE AQUELLOS DÍAS** de mi encuentro con los libros en el laberinto de calles y edificios en la ciudad de la luz, además de aprender a leer y un poco de muchas ciencias y algo de las personas que, a lo largo de la experiencia, encontré, conocí y traté, descubrí y aprendí bastante de la ilusión con que se visten y engañan muchos de los caminos que arrancan y se alejan y se cruzan y no van a ninguna parte, dentro de ese mundo material y de consumo y de las prisas y también aprendí, y por eso ahora lo sé, mucho del veneno que en cada curva, casi todos esos caminos, tienen y casi siempre disfrazados de prados bellos y aguas limpias y por eso y, desde aquellos días, me acostumbré y esto sí que fue de lo mejor que aprendí, a dejar en tus manos mis inquietudes y mis ilusiones y mis deseos y que saques adelante y justifiques y ganes y lleves al puerto, que a tu gloria conviene, las empresas que me encomiendas para que así las zancadillas intencionadas y los venenos

meditados, queden burlados y desenmascarados por Ti, que eres recto y de sabiduría profunda y de amor perfecto.

Y desde aquellos días, donde tan herido quedé y tanto ello me sirvió para desconfiar de tanto y acercarme y confiar tan sólo Ti, tengo más clara la realidad pura de este rincón mío donde, al final de mis días, me acurruco y de aquí que hoy, una vez más, me despierte y desde mi descanso de estar todo en Ti y tener el alma en paz porque mis cuidados, Tú los llevas, me siento bien y además de darte las gracias, me vengo contigo por el rincón donde respiraron y todavía siguen vivos los míos y abrazados por tu amor y la ternura de tus besos, me encuentro dentro de la casa que ahora es ruina pero entonces fue el palacio más hermoso que en este suelo nadie nunca haya habitado, y como es por la mañana, madre me prepara el desayuno que también sabe a miel como la paz con que me endulza a estas horas.

Y en cuanto las rebanadas, de pan frito en puro aceite de oliva y empapadas en leche de oveja y rebozadas en los huevos de las gallinas que sólo comen

semillas de hierba, y al final, untadas con la miel de las colmenas que duermen donde los romeros, están preparadas y puestas en la fiambrera y el zurrón en mis espaldas, tomo por la vereda que desciende al río y mientras ya bajo contento, me voy comiendo la mejor torrija o rebanada de pan frito que madre ha hecho y por eso, además de a miel y a leche y a huevo y a fuego de leña y aceite de oliva y a trigo de raspa negra, sabe a cariño sincero del amor puro de la madre buena y sabe, también, a presencia de la niña que todavía duerme y, sobre todo, sabe a tu presencia muda que a estas horas llenas el campo de rocío y al río, de aguas claras y a mi alma, del también dulce consuelo y en las curvas del camino, donde en aquellos se esconde el veneno, en estos que surcan mi sierra, Tú que me esperas y me sorprendes y me besas con el gozo de lo tierno y bello.

Y al llegar al río, salto la corriente por las piedras y no como el que lo hace por obligación y siente la pesadez del esfuerzo, sino como quien juega desde el bienestar del gozo interno, como la niña, y todo hecho casi viento, sin notarlo ni advertí que eres Tú y tu presencia y en cuanto estoy sobre la arena de la otra orilla, miro para el

repecho largo que me queda enfrente y ya veo la senda que, como un caracol, sube ladera adelante y pegándome a ella y elevándome sobre el valle, subo yo con el gozo que me empuja y la ilusión del camino limpio que lleva a la cumbre y al fondo, la belleza real de mi tierra con su monte espeso y su río grande y su luz sin manchas y su viento puro y su soledad y el cielo azul y las casas en la tierra y los huertos y los caminos y...

En cuanto me planto en el mirador natural que sujeta la misma cumbre, además de la misteriosa visión del valle, al frente o a mis espaldas si miro al río, ya veo la gran montaña blanca y veo el barranco grande que desde ella baja y se abren los ríos profundos y veo el recó del nacimiento y el peñón de la piedra larga y la cueva de los sueños y las laderas peladas y oigo las sinfonías de las fuentes escondidas entre el bosque espeso y veo los robles y por entre ellos, los rayos de sol que, además, iluminan los barrancos, las piedras y las cascadas y las hojas de los álamos y tanto iluminan y transforman en colores, que le pasa como a Ti, que todo lo llenas y estás en todas partes y a todo das luz e iluminas y estando tan dividido y siendo tan grande esta sierra mía y este mundo

y este inverso, hasta en la más leve brizna de hierba, estás pleno y en la totalidad, también eres todo y en lo pequeño, como este corazón mío, igual que el rayo de sol que ahora la mañana ilumina: todo redondo y total e infinito y perfecto y no como los caminos que me mostraron en aquella ciudad donde he vivido.

Y como al fondo, y sobre la tierra de la cumbre reina y la hierba verde de la pradera que se derrama por el collado hacia el río bello, pastan las ovejas y ahí mismo y frente al sol de la mañana y el rebaño que come tranquilo los tallos del trébol fino y parece alabarte desde su actitud serena, veo a padre y lo llamo con mi gozo y al mirarme le digo que en dos minutos estoy junto a él para que se coma las torrijas dulces que ha frito madre y hecho mano al viento y, como los caminos de este sueño mío no tienen veneno como los de aquel lugar donde, hace tiempo, estuve, me siento como sueño atravesando los montes y derretido en tu beso y rozando a las ovejas y como pétalos, cayendo a los pies de padre y abriendo el zurrón y diciendo:

- Aquí tienes el desayuno que, para ti, me ha dado madre.

* **FUE EN EL ARROYO GRANDE,** en la ladera derecha, que es solana y ocurrió con la rapidez del rayo y en cinco sitios distintos y justo abajo, cerca del arroyo y muy pegado al primer cortijo y yo estaba en el segundo cortijo que hay sobre la ladera izquierda, umbría y arriba, ya casi en la cresta del monte y vi como explosionaron los cinco puntos casi a la vez pero en lugares distintos y bastante distanciados entre sí y ¿lo que ocurrió?

Hacía como media hora que había llegado al cortijo que es un pequeño edificio al estilo de todos los cortijos serranos: un cuerpo de casa con habitaciones, chimenea, sala, cocina, algo de patio corral y separado, por el lado de abajo, otra pequeña construcción para las gallinas y pavos y la puerta del cuerpo principal, mirando al arroyo y arropada por la sombra de las nogueras y en la misma entrada y debajo de las nogueras estoy sentado charlando con el pastor, relajado y muy lleno de sensaciones limpias, que es lo que el paisaje continuamente transmite.

- No puedes ni imaginarte lo hermoso que es este barranco tan repleto de bosque en ambas laderas y

surcado en el centro, en lo más hondo, por el arroyo que no es un arroyo cualquiera este que va por lo hondo del barranco por tanta agua como lleva siempre, tantos fresnos, tantas pequeñas praderas a un lado y otro que son bellas en cualquier época del año o más bien se hace muy difícil distinguir en qué momento son más bellas. Porque en la primavera, con la hierba y las flores, si pasas por aquí, te dan ganas de todo pero en otoño, con las hojas secas de los árboles que por el lugar se acumulan, las setas brotando por doquier y los chorrillos de agua que bajan de las laderas, es casi mágico y en invierno se llena de nieve pero alguna vez que otra no tiene nieve y como el arroyo pasa por ahí, muy cerca, cuando baja lleno de agua, parece que estas praderas han sido puestas aquí precisamente para eso, para sentarte en medio de ellas y morirte frente al arroyo contemplándolo pero si te hablo del verano ¡no te digo lo que estas praderas son! Los animales pastando en ellas, las hormigas yendo y viniendo por entre el pasto, las cigarras, los grillos y tanta vida que no parece real el rincón aquí tan cerca del arroyo y que es desde donde las dos laderas se dominan perfectamente.

Y charlamos sin dejar de mirar el panorama que no tiene desperdicio por ningún punto cuando en el un momento en que nuestros ojos se recrean por las tierras próximas al cortijo que hay cerca del arroyo, vemos como cinco grandes fogonazos que parecen relámpagos separados por un kilómetro y medio cada uno aproximadamente.

- ¿Has visto lo que ha ocurrido?
- Sí que lo he visto.
- ¿Qué será?

Y no tardamos en descubrirlo porque enseguida, de cada uno de los puntos en que han surgido los chispazos, se alzan llamas que rápidas se expanden ladera arriba.

- Es un fuego en el bosque y fíjate allí, cerca de donde brotan las llamas, hay un hombre.
- Es el que ha colocado los petardos y los ha prendido para que arda el monte.
- Pero ahora se viene para el cortijo y hay un coche y se mete en él.
- Está claro que es el autor del incendio que tiene cinco focos distintos que le ha prendido fuego y ahora se sube en el coche y se va.
- ¿Quién será y por qué hace esto?

El caso es que con bastante tranquilidad se monta en el coche, lo pone en marcha y, sin mucha prisa, se aleja por la pista que va arroyo arriba y en pocos minutos, las llamas se extienden por toda la ladera subiendo velozmente hacia las partes altas y el cortijo del arroyo queda rodeado y el otro, el que se alza cerca de la cumbre de la ladera por donde sube el del coche, empieza a llenarse de gente y no podemos oír sus gritos porque la distancia entre nosotros es larga pero sí los vemos sacar los enseres del cortijo y corren nerviosos con la intención de coger todo lo que puedan y subir aprisa, en busca de la cumbre y tendrán que volcar al otro barranco porque sino en lo más alto, el humo y las llamas, los acorralará sin salvación.

Desde nuestro cortijo, que es como el balcón que domina todo el barranco, sólo podemos observar y ver como arde el bosque por la acción de alguien que lo ha provocado queriendo y mientras miramos nos preguntamos que ¿por qué y para qué?

Y ahora, yo sólo puedo dar testimonio de que lo vi claramente con mis propios ojos y vi que el monte era de lo más bonito de la sierra y cuando menos me lo esperaba, las llamas lo empezaron a destruir y en ese momento, sentí como el corazón se me rompía y aunque deseé hacer muchas cosas para apagar el fuego y coger al que lo había prendido, no pude hacer nada porque estaba a kilómetros sentado junto a mi amigo el pastor y charlando de sus cosas que son mis cosas.

* **COMO ESTA SIERRA MÍA** es un misterio a cada recodo del camino y detrás de cada piedra y en cada loma y en cada charco del río y como, tanto abunda la vida en ella y los secretos y la sorprendente belleza, con la mañana que ya va por su centro y tiene el sol casi clavado en lo alto del techo de la cumbre blanca y el ejército de ríos y arroyos que surcan el gran barranco, salgo de la aldea que ya huele a matanza porque el otoño profundiza y el invierno frío se acerca y con mis ojos puestos en la ancha tierra que se levanta hacia la cumbre y por donde sigo adivinando la senda y sus curvas y las sombras de los cerros y las profundidades de los barrancos y con el oído atento para captar los balidos de los borregos que

padre me ha dicho se han quedado perdidos detrás de los paredones que tienen color caramelo y es por donde estuvo el rebaño pastando, cruzo el río y sin ningún complejo sino lleno de gozo, me voy a por ellos.

Y como esta tierra mía es toda tan grandiosa y está tan atravesada de manantiales y de remansos tremendos en las soledades profundas de las madroñeras espesas y de los mirlos negros que no dejan de revolotear y de llenar las hondonadas de chillidos escandalosos que retumban por los huecos de las rocas y las cascadas que caen desde el cielo, traigo conmigo mi perra pastora de lana blanca y que se llama Bolera y al llegar a la curva cerrada del río más pequeño de los seis que forman la maraña del gran barranco, nos vamos por el único lado bueno que tiene tierra y madroñeras y agarrándose con cuidado y con esfuerzo,   deja paso hacia el collado por donde, entre la hierba y los lentiscos, se han quedado durmiendo, los dos borregos.

Y ella, mi perra Bolera, la llevo delante abriéndome camino pero por más que intento, casi no puedo atravesar la espesura de este bosque y la inclinación peligrosa del

empinado voladero y me agarro a las rocas y me arrastro por entre los agujeros de las tierras movedizas y las piedras amontonadas y subo como puedo pero arañándome los brazos y llenándome de miedo por el precipicio que se va quedando a mis pies y por el charco azul inmenso que en la curva, tiene el río chico y por lo malo de andar que es este terreno y mientras el sudor se me cae y me tiemblan los dedos, me va animando pensar que en cuanto esté en lo alto, me iré por la loma de las encinas viejas y buscaré la que da bellotas que son como fresas y además de llenarme los bolsillos, me llenaré el estómago y me saciaré el paladar y cogeré un zurrón lleno y se las traeré a la niña que tanto le gusta asarlas en las ascuas de la lumbre con el abuelo.

Y como en esta sierra mía, todo, a pasar de tan grande y tantos secretos y tan profundos misterios, se dobla y se abre a mis pasos y a mis sueños, corono el acantilado y al mirar en la dirección que el sol viene subiendo, por la ladera derecha que cae hacia el oscuro monte del río más escondido, veo la senda amiga que yo tracé aquel invierno y aligero mis pasos y me asomo y me siento alegre y me digo que antes de llegar a donde balan

los borregos, voy a pasarme por el lago de los tonos verdes y el rincón del secreto porque ahora me apetece, en esta mañana tremenda que casi toda me pertenece y en este escondido rincón de la sierra y en este silencio de tanta vida y gozo, lleno, darle un baño a mi alma en la serenidad y el azul perfecto de las aguas de este lago que sólo yo conozco y tanto quiero.

Y como en mi sierra de las brumas de plata y de los caminos que se rompen y del perfume a romero, todo rebosa tanto y hasta lo pequeño es grande y las rocas son palacios y las nubes son universos y yo soy como un príncipe que voy y vengo y beso las tazas de plata de las fuentes que me apetece y quiero, al acercarme al collado, me deslumbra la magia de este lago redondo y quieto que se recoge a los lados de las rocas blancas y donde todo es como un cielo y el sol pintándolo de arco iris y fuego y las aguas mansas con los colores concentrados de todas las primaveras y todos los inviernos y con la imagen de las cumbres reflejadas y las sombras de las nubes y los enebros que se agarran a las piedras que se elevan y en su mismo centro, un claro y en su cristal purísimo, reflejado el cielo y en la superficie fina que es igual a

polvo de diamante y mares de viento, yo reflejado todo en mi sueño y todo tan en luz y sereno que al verme me digo que esto no soy sino que es mi alma que, como en un espejo y, porque Tú así lo quieres y me permites verlo, se refleja y se escapa y mira y juega el juego de los bosques y los ríos que tan dentro llevo y lo más grandioso de todo, lo más hermoso y perfecto, es que estoy solo frente a Ti y a la soledad de estas cumbres y el azul del cielo y escondido donde nadie nunca llegará, porque nadie sabe dónde se remansa este lago ni por dónde se abre la puerta del secreto.

Y como en esta sierra mía nunca se agota la vida ni la tarea de andar los caminos y como tengo alguna necesidad de llegar pronto a donde los corderos balan perdidos y ya, sobrevolados por los buitres leonados, en lugar de seguir la senda que, desde donde estoy, perfectamente veo como rodea el lago por el lado de la cumbre y se escalona por las tierras que me quedan al frente y se va buscando el collado cómodo que termina en pradera, me pego a la derecha y pecho arriba y recto, quiero subir para acortar terreno y ganar tiempo pero en cuanto me agarro a la tierra, la ladera se me desmorona

como si fuera arena y aunque intento, con el palo seco de madroño que llevo en mis manos, escarbar y trazar escalones para apoyar los pies y seguir subiendo, a cada paso, la tierra el doble se desmorona y se desliza la torrentera entera y por más que lo deseo, no puedo atravesar esta ladera.

Y miro para las nubes como si quisiera saber cuánto es el mundo que por delante de mí tengo y descubro que de donde la tierra viene cayendo es de la misma entrada de las cuevas de los pastores que ahora mismo veo como se descubren sus puertas y allá arriba, se ve el fondo de los agujeros que no son ni cuevas ni grietas sino grandiosos palacios tallados en la pura roca y coronados por el limpio cielo y pintados por el sol de l mañana y colgados, como en el mismo viento frente al vacío del gran barranco y por encima del agua que por los ríos vienen en su juego.

Y otra vez me digo que esta sierra mía, Dio mío, cuánto encierra y cuánto tiene y cuánto en ella es bello aplastado en estos montes y en este mundo tan secreto y otra vez me digo que fíjate Tú si hubieran dejado en pie la

pequeña aldea que ahí, construir, quisieron los pastores reyes de estas soledades junto a sus huertos y sus manantiales y sus niños y sus fuentes pero aquello, casi como este presente, Dios mío, a pesar de ser tan sueño y tener tantos instantes de amor y tanto sudor del bueno, ordenaron que se quebrarse y que se rompiera sin contemplación, todo lo que estaba hecho y decidieron que ahí ya nunca nadie más viviera ni usaran los senderos y fíjate Tú, Dios mío, en qué rincón tan precioso y tan escondido del mundo y tan cerca de tu cielo, se quedó parado y trabado en el viento y para la eternidad, el más puro y hermoso sueño y ellos ahí, mis amigos del alma y los reyes del mundo porque son los pequeñuelos, con sus manos abiertas a las estrellas y pidiendo clemencia al cielo y parados en las tardes y detenidos en el tiempo y bebiendo agua en las fuentes y estampados en el silencio pero condenados y exiliados porque eran pobres y no tenían de su lado y entre sus fuerzas, a nadie más que a Ti que también callaste y moriste con ellos.

Y como sigo con la inquietud de salvar a mis borregos y de llegar a la encina de las bellotas que son como fresas y traerme el zurrón lleno, entre el lago de los

tonos de viento y la montaña y la ladera que se me desmorona y la visión de los palacios que son y no fueron, lucho y me empujo a mí mismo y me digo que si ellos pudieron, yo puedo pero en el fondo y, sin que lo sepa, como en esta tierra mía tanto es lo que me agarra desde dentro que hay momentos en que me digo que aquello y esto y mis tierras y mis sueños, se junta en el mismo punto y lo que quiero, no puedo y abriéndome camino hacia mis borregos y las encinas y las cumbres y las praderas pero en el fondo ¿no es mi lucha hacia tu encuentro?

* **SUBIMOS POR EL CAMINO** que desde el valle se alza ladera arriba y al llegar a la curva donde crecen los tres serbales, nos venimos para el lado izquierdo buscando el rincón oscuro de la alcoba donde las sombras de los pinos mantienen frío el aire de la tarde que cae y ahí, donde en la tierra húmeda y negra y llena de ortigas, crecen los granados y junto a ellos el caquis, nos paramos y como a la niña hermana le gusta tanto las granadas, padre engancha las ramas bajas con la punta curva de la garrotilla que siempre lleva y como las granadas ya están gordas y algunas abiertas y hasta

comidas de los arrendajos y los mirlos, las vamos cortando de sus tallos y en el suelo y entre la hierba, las vamos poniendo y cuando ya las hemos cogido casi todas, en las mangas de la chaqueta de la niña las vamos metiendo y estamos para empezar a subir y regresar al camino cuando, al pasar por las bajeras del caquis que se doblan y llegan hasta el suelo cargado de frutos redondos ya bien maduros y color naranja oscuros, la niña nos pide que nos paremos y cojamos un puñado para madre.

Y seguimos subiendo la cuesta quedando al fondo el valle y las sombras de los olivos y la humedad fría del rocío, del otoño nublado, sobre la hierba espesa porque este año sí ha llovido mucho y está espléndido el campo y corren los arroyos y han nacido, en abundancia, los níscalos y conforme vamos por la raspa de la cumbre dirección a donde la casa se aplasta y por donde el sol se oculta allá a lo lejos, sus rayos de fuego y oro nos deslumbran brillantes y brotando por entre las nubes largas que cubren el cielo y el cerco multicolor que rodea al disco que calienta la tierra, es tan llamativo y tan grande y tan bonito, que padre dice:

- Va a llover pronto otra vez.

Y la niña hermana y el hermano que soy yo, nos lo creemos y seguimos el camino pegado a padre y con las granadas y los caquis acuestas y según vamos atravesando las tierras llanas que precede a la casa y a la tinada de piedra, ya vamos sintiendo a la madre bregando con las ovejas y a los borregos balar y a los cuervos graznar por entre los pinos de enfrente donde ayer por la tarde, la madre, buscó los hermosos "guíscanos" que al medio día hemos comido, y cuando ya el sol termina de ocultarse por detrás de los picos blancos de la sierra larga allá a lo lejos, llegamos y en cuanto asomamos por la cañada, lo primero que vemos es a madre con las ovejas mitad ya dentro de la tinada y la otra mitad esturreada por las tierras y las lastras que rodean al establo.

Y antes de llegar, la niña la llama y desde lejos y atravesando la hierba fresca que se apiña entre el camino y la lastra ancha, se va en su busca y en cuanto madre sale, ella grita diciendo:

- Mira qué delicia te traemos.

Y como madre es una santa y siempre tan callada y ahora, esta tarde, tiene el pelo tan revuelto y la ropa tan manchada y las manos tan llenas de tierra y verde de

hierba tierna y el rostro tan moreno y todo ello de tanto bregar con las ovejas siempre bajo el sol y bajo la lluvia y bajo los hielos de las noches y frente a los vientos fríos y las soledades de los campos pero siempre con su corazón de oro abierto y repartiendo amor y pronunciando palabras dulces, en cuanto ve a la niña y a padre y al hermano, los besa llena de gozo y dice:
- ¿Pero para qué me traéis a mí nada si yo lo tengo todo y soy feliz con sólo veros y esta tarde y estos campos?

Y la niña juega con su perro y llama a los borregos a cada uno por su nombre y otra vez más me dice que las cabras, todas las cabras que son blancas y tienen manchas naranjas, son las "anas" y las otras son las otras y que los borregos, si las madres los aborrece, hay que amamantarlos y que por eso, aunque las ubres de las cabras, las anas y las otras, estén tan repletas y parecen que revienta de tanta leche, no se pueden ordeñar ni se puede hacer queso porque primero son los chivos y luego los borregos y mientras habla, madre que la mira, dice:
- Mientras os esperaba e iba por el campo con las ovejas, he cogido estas setas que vamos a freír en cuanto lleguemos a la casa y por eso, con los caquis que tú me

traes y la cosecha que yo también he recogido, ya tenemos la cena.

Y la niña y padre, dicen que sí y como ya es de noche, cerramos la puerta de la tinada y nos vamos por el camino buscando la casa entre las otras de la aldea y mientras vamos por el camino bajando la pequeña cuesta que conduce al río y a las riberas donde, en los meses del verano pasado, corría la gallina con sus pollitos recién nacidos y luego vino el águila y uno a uno, se los fue llevando, sintiendo el gozo en el alma y sintiendo la presencia de las personas queridas, padre dice, de nuevo:
- Va a llover pronto y mucho porque la luna también tiene cerco y los nublos que se ven por el cielo anuncian agua.

* **TODA LA NOCHE** ha estado lloviendo sin parar y a ratos largos, tanto y tan fuerte que he estado con el alma detrás de cada gota y el golpear de todas ellas rompiéndose sobre la superficie dura de las rocas que me acompañan y me arropan en esta cuna que ahora tengo y, a ratos largos, quedándome con el murmullo fuerte de las corrientes cayendo por las rocas que se clavan en esta ladera.

Todo la noche y sin parar y, a ratos, intensamente oyendo el estrépito de las gotas recias quebrándose contra el mar de hoja del bosque que cubre la sierra de este barranco y, si es bramar de este arroyo mío cayendo ladera adelante, no te digo nada como se ha quebrado monótonamente a lo largo de toda la noche y con la intensidad ronca de chorros profundos y cascadas rebosantes y corrientes desbordadas y tanto y tan hondo se ha clavado en mi alma el quejido de esta corriente inflada, que toda la noche me la he pasado pendiente de ella y del viento quebrándose y de las gotas rompiéndose y por su tremendo ruido, adivinando los caños por las laderas y los charcos en el valle y tanta agua turbia y color chocolate remansada y cayendo y empapando y arrastrando espuma y palos secos y colmando el barranco y dejando la tierra como si fuera un mar desbordado.

Y a lo largo de toda la noche y desde mi rincón calentito clavado y parado en el tiempo y abrazado por la oscuridad densa de las horas extrañas que la noche ha sumado, no he dejado de acordarme de padre y de sus palabras cuando ayer por la tarde decía, mirando al cerco

del sol que con arco iris parecía coronado, que iba a llover y cuando vio la luna, volvió a repetir la misma sentencia y aunque parecía que no, con reverencia yo lo escuché y ahora lo sigo, entre la algarabía de esta lluvia, escuchando.

Y no sé por qué ni cómo ni cuándo pero ahora mismo, mientras la lluvia se sigue quebrando y se lamenta y suave como ejércitos de charcos que se despachurran y no acaban nunca y parece que ya el mundo está acabado pero me siento y me veo y me noto y me palpo bajando desde la trinchera que corta el espigón del poyo áspero y por la sendilla que se borra y se mete por entre la espesura del bosque de encinas, más espeso y ancho, que crece en esta sierra y entre hierba mojada y pasto seco y las alfombra de las hojas que se pudren y la setas y los níscalos que brotan a puñados, desciendo lentamente por el querido barranco que permanece mudo aunque de él y del alma mía, surge la sinfonía más grandiosa que jamás bajo el sol se ha escuchado y busco el cortijo que se aplasta entre los pinos blancos y frente a la torre pétrea de la cueva profunda y cerca de donde el río tiene su vado y desciendo y me acerco tembloroso en

busca de mi amigo el pastor que, como yo, en su cortijo que se cae y en su barranco profundo, sigue bregando callado.

Y según me acerco me ladran los perros y salen ellos, el pastor y su mujer, a la puerta por donde se pudre y se recula contra el tiempo y la muerte, el tronco destrozado del roble que es el monumento a todos los robles milenarios y según me miran y yo me aproximo decidido, los vengo saludando y ya que estoy de ellos a dos pasos, me preguntan, entre alegría y sorprendidos y entre el viento, yo abrazado:
- ¿Adónde vas en un día como el de hoy y tan temprano y con esta pinta de no querer rendirte nunca ni quedarte acorralado?

Y como la emoción de volverlos a ver y en su barranco y en un día como el de hoy, se me para en la garganta y me aprieta y me deja si voz y sin llano, les digo, sin decirles nada y mientras sigo caminando hacia su encuentro que es encuentro medio eterno y asombrado en la mañana de lluvias y de bosques cerrados y de avalanchas de olas embravecidas que saltan por el río y

cubren el vado, que vengo en su búsqueda porque, aunque sea por un momento, hoy necesito sentirlos y sentirme a su lado.

- Pero algo más tú traes por aquí y en la inquietud que dentro te está gritando.
- Algo más yo traigo por aquí pero y desde un día como el de hoy y con dos palabras ¿cómo expresarlo?
Y miro y sobre la mesa veo el plato de níscalos tan calentitos que todavía crepitan y todavía están humeando y como me apetecen porque son suyos y de esta tierra en la que tanto nos quedamos, cojo el trozo de pan que me ofrecen y al ritmo en que ellos comen y me miran, como silencioso y de pie junto a la mesa de madera ahumada y al olor de las ovejas que llega del campo.

Y al rato de estar juntos y de mirar y de comer, preparamos el macuto y sus gemelos y el trozo de palo de buje de donde él ha sacado la garrotilla y salimos por la sendilla que cruza la hierba húmeda y de gotitas transparentes, llena y al viento temblando y pasamos por debajo de las espesas encinas que clavan sus raíces en

la misma hondonada del arroyo que roza la pared del cortijo blanco y ahí mismo, se agacha y me dice:

- ¿Lo ves manando? Y te lo digo porque es el primer venero grande que brota en este barranco y aquí tienes otro y por la raja de esa roca, otro más pasa callado y como son tantos y todos tan abundantes y todos tan claros, por eso y desde tiempos inmemoriales a esto le llamamos el lugar de las siete fuentes y ya ves que no fue por pura fantasía ni por decir algo.

Y compruebo que tiene mucha razón y, además, en el agua clara que brota del manantial y en el fondo del charco, también veo que duermen las bellotas negras que en el gran bosque de encinas viejas, el otoño ya ha madurado y veo que por entre la sombra del bosque las ovejas corren con la inquietud y el miedo y el ansia de comérselas todas en un momento y mientras van y vienen, van balando y nosotros que seguimos las senda que busca el río y nos venimos para el lado derecho y ahí, entre la espesura de los bujes verdes que crecen amontonados, me enseña la fuente número seis y al lado y, por donde parece que viene el arroyo grande pero que baja seco y bajo la peña voluminosa y negra por el musgo

que la tapiza, también manando, el venero número siete y es el más espectacular porque es el que más agua regurgita y el más escondido y solapado y el que más silenciosamente parece correr sin moverse y forma el charco remansado donde los berros crecen tan lozanos y tantos, que da gusto verlos y cogerlos a puñados.

Y bebemos y como es otoño, el agua no está fría como sí lo está cuando hace calor y es verano y seguimos saltando por las piedras lavadas del arroyo y entre los bujes y ahí mismo, el puente viejo que dio paso a la casa que, sobre la ladera y al otro lado del arroyo, se ve que también derribaron y al rozarla en la mañana y el viento y la lluvia y lo que duerme y está gritando, un escalofrío de muerte recorre las fibras del alma y habla y recuerda aquellos momentos de ellos y su ganado y los nombres que parecen clavados en las peñas que miran inertes y sus pasos por la tierra y como la mañana no es tan sumamente dulce y grita tanto, seguimos pisando el rodal de hierba tierna que tapiza la tierra llana que precede al vado y como él lo sabe y yo lo sé, vamos mirando y aquí y allá y junto a las piedras blancas y al lado de los cardos, las setas que salpican el suelo y que al sol de la mañana

y a la lluvia que cae, brillan y renegrean hermosas como si estuvieran esperando que él llegue y con su navaja vieja, las corte con cuidado y al cogerlas, cada vez dice:
- Estas te las llevas y esta noche y, cuando estés sentado junto al fuego y con los tuyos, como en aquellos tiempos, te las comes callado.

Y le digo que sí y no sé lo que le estoy diciendo y callo y seguimos y al pisar el río por el vado, famoso por lo mucho que de él se ha escrito y cuentan y hablan, me da su garrotilla de palo seco para que me apoye no sea que tropiece y caiga y siguiendo sus pasos, de piedra en piedra, lo saltamos y la pista de tierra por lo que ayer fue senda, que nos saluda al frente y la curva ancha y las viejas encinas que se doblan por el peso de las bellotas negras y las ruinas, sobre el poyo a mitad de la ladera, del cortijo donde mamaba el corderillo recién nacido aquella mañana del mes de agosto y la tierra que callada observa las piedras que se caen y la era y los árboles y la fuente y todo lo que fue tanto, que calla y a la derecha, el cañón del río con su agua y su charco grande y su cerrada abierta cual herida que la vida de los sueños, sangra y la llanura sobre el puntal y ahí, donde ayer también estuvo el

cortijo que reventaba de presencia y de amor y de corazones enamorados y después lo expropiaron y lo dejaron solo y luego se cayó y por entre las ruinas desoladas, no hace mucho, yo estuve buscando trozos de aquellas almas y de la mía, ahora se alza el palacio de piedra traída de otras tierras lejanas y se reviste de antenas parabólicas y de chimeneas de plata y de paseos que son caminos de cemento sobre las rocas del acantilado y macetas bien cuidadas y hasta panizos y tomates y pimientos sembrados a conciencia para que del bosque vengan las cabras monteses y, a sus anchas, se coman lo sembrado y así poder poner una multa contra los que ahora por aquí mandan, al tiempo que desde la casa extraña y sentados a los grande y en hamacas, contemplar los animales silvestres sin tener que ir por el monte ni andar los caminos ni pasarse la mañana esperando.

Y Dios mío, cómo se clava la prepotencia de este palacio moderno y de gente rica, alzado sobre las ruinas y el polvo y la tumba y el llanto, de aquel humilde cortijo de gente pobre que labraba la tierra para comer y sudaban y sentían frío y dormían con las cabras y recogían bellotas

para hacer migas y, Dios mío, cómo insulta y cómo araña lo que por aquí han roto los de fuera, para perforar el pozo, la alambrada para cercar las tierras, los robles para las placas solares, los huertos para los tanques de butano, para calentar esta casa de lujo aquí donde sólo hubo soledad y miseria y llanto y espera callada y después, lucha a muerte del gigante contra el enano y de la civilización de la ciudad y la gran cultura contra los analfabetos del campo y la tierra humilde, por la fuerza, al pobre arrebatada y Dios mío, cómo hiere y cómo enrabia en este silencio dulce de los buenos, esta bofetada indiferente y cruel, en el viento de la mañana que sube helado.

Y seguimos y vamos a lo nuestro y subimos rozando la alambrada y con cuidado porque los perros, también extranjeros, nos quieren comer y otro barranco y otro cortijo más en pura ruinas, a la tierra de la ladera agarrado y el río en lo hondo que brama y el ruido de aquellas noches y el baile y las reuniones y las fiestas de pobres entre las paredes de estas casas y aquellos desertados maquis que asaltaban por las noches y de estos casi míseros cortijos, se llevaban el pan y los

garbanzos y los higos secos y los borregos y las habas y los civiles y las palizas y los llantos y la pobre gente asustada y corriendo por los caminos como locos buscando el árbol más grande y la soga al cuello y la horca intencionada y más llanto y más desolación, en los cortijos de mi tierra y más miseria y más lucha y la aspereza de la vida, de mi hermano, destrozada y el gigante contra el enano y la palidez de la mañana en el centro del paraíso y donde lo todo mana miel y leche y oro y plata pero Dios mío, ¿para quién y de qué modo y qué actitud en el alma?

Y seguimos y ya estamos donde el pino de las tres patas se cayó este invierno justo aquel día del viento recio y cuando llegaba el alba y como él sí lo sabe porque lo vio crecer en cada pequeño tallo y por eso muchas de las raíces de este pino, ahora muerto, las tiene clavadas, además de en el alma, también en cada borbotón de sangre y en cada mirada de sus ojos, me dice que este pino fue como el otro gigante, símbolo de estas sierras y fruto de la hermana tierra que tanto grita callada.

- Y por eso te decía que si tú algún día sabes de alguien que trace mapas de los arroyos y los cortijos caído en

estas sierras, pídele que marque este punto y que lo inmortalice con el nombre del pino de las tres patas, porque aunque ya ves que se dobló y se partió con el peso de la nieve de aquellas nevada y luego lo convirtieron en trozos que despreciaron y para siempre aquí ya lo dejaron olvidado entre las matas, este pino no debe morir porque fue compañero, en el camino, y junto a la casa de aquella gente buena que también amaron y crecieron luchando pero callada.

Y subimos un poco más, con el río siempre por la derecha y en lo hondo y el paredón del lobo a la izquierda y frente, en el mismo camino que fue senda y ahora es pista forestal, las dos encinas en forma de arco y como queriendo o trazando entrada y escoltando, las tierras fértiles de la que fue cañada y hoy sin huertos y sin tabaco y sin ovejas pero repleta de hierba y poblada de encinas y coronada por las cumbres de las rocas afiladas que miran al sol de la tarde y se encienden de naranja y donde tiemblan las sabinas y los robles y se abren las cuevas y por donde el tranco, aúlla el lobo también perdido y sin guarida y sin manada y el camino que se pega a la lastra caliza de la roca blanca que parece hielo

y también nácar y el collado y la tierra llana donde las ruinas todavía se amontonan o mejor, más se amontonan y la higuera de los higos blancos y el nogal gigante como un bosque, se seca y el almendro con las ramas tiesas, ofrece a la mañana y a la lluvia y al viento y al vacío del barranco, sus últimas almendras que cogemos y junto con los higos blancos y las tres nueces y las bellotas de la encina que las da dulces y que tiene el tronco grueso como la misma presencia de la ausencia de los que fueron, nos las comemos porque tenemos hambre aunque nos duele que no estén ellos y por eso su sabor es como el de la muerte presente o como el de aquellos panes que sabían a cielo y a rocío y a limón amargo.

Y donde la higuera que todavía tiene sus higos verdes y sigue llena de hojas aunque sea ya noviembre y asome, por el barranco largo, el invierno, miramos las ramas y además de aquellas noches de baile y la música y el fuego y la ilusión en las almas dentro del cortijo que fue un palacio en lo alto del este cerro y junto al rumor del río manso y frente al tiempo y las nubes negras que, como las de hoy, dejaban agua y nieve e hielo y nos vamos sin marcharnos y como por nuestras bocas no

salen palabras porque no estamos todavía preparados para hablar de las cosas que son silencios y son montañas que se amontonan sobre las montañas de estos campos y tres metros más arriba, nos sentamos en el mismo filo del voladero que es la pared del barranco que desde el cielo cae a plomo hasta las adelfas del río bello y frente a la molen de la gran sierra de los arroyos y las cumbres y los collados y las praderas y bajo la lluvia que no para de caer y el viento que sopla fuerte, nos ponemos a comer la merienda de tortilla de patatas mezclada con el llanto silencioso de la gotas que con la mañana y los recuerdos y las ruinas, nos va empapando.

Y mientras con su navaja vieja de aquellos tiempos corta el pan y come y en silencio traga el bocado, dejamos que por las rocas y hacia el río, nuestros pies cuelguen azotados por el viento el frío que del río sube y al frente, la manada de cabras blancas y los chivos perdidos y desorientados, en el otro barranco y las madres balando con la angustia de la muerte y la pérdida y la ausencia de los hijos y el farallón rocoso, el pasos cortando y el río corriendo y la lluvia y el viento y la soledad de la montaña y la senda escalando, desde lo

hondo, el busca del cortijo de las higueras y el cabrero ausente y nosotros mudos y comiendo para no morir del todo y el tiempo pasando y todo lo que atrás, hemos dejado, nada más que ruinas y senderos que se rompen olvidados y ahora y, antes de que la noche caiga, tendremos que regresar pero aquí, Dios mío, sentados en el filo de las mismas rocas que es como en el gran balcón que domina la sierra entera, nos palpamos como en un abrazo profundo y de amor certero, únicamente en Ti, acurrucados y esperando.

* **DESPUÉS DE TRES DÍAS** de lluvias sin parar y el temporal de viento fuerte que anoche azotó, sin descansar un instante, a la sierra entera y arrancó pinos y robles y arrasó las huertas de la llanura, esta mañana está el campo como parado en sí mismo o como si durmiera el sueño profundo de la quietud eterna y por eso ni respira ni se le nota que camine con el tiempo porque se aplasta en el gran lago de la paz entera.

Y están los arroyos llenos y el campo empapado con su pradera de hierba fresca toda impregnada de rocío transparente que tiembla, a ratos y movida por el suave

viento, despertándose en la mañana quieta y está la llanura como vestida de suspense y con la tensión, en el aliento, contenida y se ve el cortijo grande, el del patio y las parras verdes, recogido en su trozo de tierra y mirando como extrañado sin saber, como yo, lo que pasa y por eso, desde su sueño de piedra, espera y estoy sentado en la misma tierra que corona, al cortijo, por la parte del norte y es como un mirador irregular por donde pasa la senda y crecen las tres encinas y los dos álamos y la hiedra.

Y estoy asomado al barranco de la llanura pequeña que se extiende por detrás del cortijo, cuando gusto y veo, en el centro del rodal y el arroyo de la higuera, el chozo largo que, construido de monte y secos palos, parece un palacio y saliendo y entrando por su puerta, los veo a ellos recogiendo el hato y a las que más veo, porque más destacan, es a la madre buena que va cargada y a la niña hermana que le sigue y a padre que traza vereda y luego, la impasividad del chozo de monte oscuro que es palacio y el arroyo por lo hondo y la ladera y el baile de las ramas de las encinas, que tiemblan en el suave viento de la mañana serrana y aquí, a dos metros de donde miro al valle, como durmiendo y acostado, el que espera.

Y está la mañana quieta y yo mirando desde mi mundo de tierra y ya los veo alejarse por la curva de la senda que cruza el arroyo y remonta la ladera y quiero irme con ellos porque me han dicho que se van a la nueva tierra y no puedo ni dar un paso y noto como si me agarrara el suelo y quisiera bajar a la llanura donde ya, el chozo, solo se queda y entrar por su puerta y mirar despacio por entre los huecos de los palos y las ramas secas a ver si se han llevado el puñado de monedas que madre siempre ha guardado dentro del palacio que están dejando abandonado, para convertirme en su guardián y que nadie venga a olisquear o a ver que se han dejado por aquí los serranos que se marcharon pero no puedo y aunque siento que también quisiera irme con ellos hacia el nuevo sueño que es tan promesa, tampoco puedo porque estoy como amarrado a la tierra y aunque tanto quiero, en la mañana de plata que parece perla por la quietud, hasta del silencio en el mar de la espera, lo único que puedo es ver y llorar y estarme quieto y observar qué es lo que ahora llega.

Y estoy mirando y está todavía la mañana parada y tensa y ellos todavía subiendo por la humilde senda, cuando ya veo que, desde el arroyo y desde el lado sur por donde ahora va la carretera y desde el lado del cortijo del patio de las parras verdes, se acercan y vienen diciendo, los de fuera:

- Vamos a desenterrar las raíces y llegar a la esencia de aquella gente que se fueron y con los restos que encontremos, vamos a escribir la historia y dejar sus señales y sus huellas, recogidas en un buen libro para que nada se pierdan.

Y está el campo parado y la mañana hermosa, más que quieta y yo mirando y sorprendido, en lágrimas que hielan y queman y como ha llovido tanto en estos días, está la tierra empapada de agua y el silencio detenido y todo, Dios mío, mudo y en su espera.

* **EN EL DÍA PEQUEÑO** que, como un capullo de rosal silvestre, tiembla en el extremo de la sierra y desde las tinieblas de la noche, ya viene surgiendo y engorda y se estira y en la punta de su rama, ya se le ve abriendo en forma de rosa inmaculada que saluda al viento y se le ve

derramando su luz por el rocío del barranco y al mundo inmenso de la sierra entera, estoy quieto y como esperando y con los reflejos que llegan vestidos con traje nuevo, ya veo a madre lavando la ropa en la fuente del agua clara y como el día, tendiendo su trabajo y su amor y su gozo y su sueño, en las ramas de las zarzas y en las de los fresnos y también ya siento a padre con su rebaño de ovejas blancas y sus borregos, por ahí, por las tierras y el camino que roza al huerto y no veo a la hermana pequeña pero la siento reina y flor y día nuevo y, además, en su cama de seda blanca que tiene su asiento justo en la casa pobre del valle y entre los pétalos del capullo del rosal silvestre que tiembla al viento.

Y en el día que llega, me noto y hasta me veo esperando y palpando y hasta oliendo el rodal de tierra que por entre el monte lleva al barranco del miedo y por ahí, por la colina y el arroyo estrecho, espero que de un momento a otro asome el gigante que temo, que es el que asusta a toda la sierra porque es el más tremendo y por eso yo me preparo hoy en mi corazón y estoy dispuesto a enfrentarme contra sus fuerzas y a luchar y a vencerlo porque dentro de mí tengo el acierto de poderle, no por la

fuerza bruta de lo violento, sino por la potencia de la energía que sale del corazón y es como la rosa que se abre con amor y tiembla, en su tallo, al viento.

Y subo decidido y me acerco y ahí, donde la roca forma la cueva y es como la guarida particular del gigante viejo, veo al padre lobo que también está durmiendo y frente a él me paro y lo miro detenido y aunque lo veo tan fiero, me parece tan rey y tan manso y tan señor y tan majestuoso y bello, que me siento incapaz hasta de turbar sueño y por eso me digo, que si a él me enfrento, tiene que ser cuando esté despierto y de fiera a fiera y desnudos, como tiembla la rosa al viento, y sin más armas en mi poder que mis manos y mis dedos y mi corazón y mi lengua y mi razón y la fuerza del amor que sale de dentro.

Y estoy esperando frente a su cama de rey entre el monte y en el silencio y estoy viendo a madre junto a la fuente, sin parar en su trabajo y tendiendo la ropa en la mañana que llega desde el extremo cargada de sol y oro y fuego y melodías profundas que saben y huelen a inmenso y de pronto, también veo que a la figura del rey

se acerca su cachorro tierno y detrás, la madre loba y olfatean despacio y lamen y se dicen algo y se van moviendo y despierto y despierta y cuando ya estoy preparado para enfrentarme, descubro lo que no me creo: el gigante que a toda la sierra tiene sumida en el miedo, se levanta y estira su cola y acaricia al cachorro y le habla, en lenguaje que no entiendo, y se mueve y camina a su ritmo lento y junto con la madre loba, emprenden la subida y por la espesura del mechón del monte, en el centro, se alejan tan unidos y tan reyes llenos de fuerza salvaje y como tan satisfechos que los estoy viendo y no lo creo.

Y estoy todavía mirando y pensando que lo que creía tan fiero y la lucha que tanto celebraba, se queda en pavesa que lleva el viento y estoy mirando, turbado en mi corazón y absorto en el misterio, cuando lo veo que se vuelve, el rey de los lobos fieros, y me mira y me habla en un lenguaje que ahora sí entiendo:

- Si tú no te metes conmigo, yo contigo luchar tampoco quiero porque con la fuerza brava y en la batalla a sangre y fuego ¿no salimos los dos perdiendo?

Y miro a padre que viene con las ovejas por el barranco subiendo y miro a madre que, en la mañana que llega y es como el capullo del rosal silvestre que tiembla al viento, lava en la fuente del agua clara y se me encoge el corazón en este sueño y me digo que en cuanto pueda le voy a preguntar a padre por qué han sucedido las cosas como estoy viendo y en este día tan singular y tan pequeño que como rosa que se abre y viene asomando desde el extremo y remontando, en el corazón lo siento, de vida nueva y de amor y de sabía fresca y de perfume de rosa que se abre al viento.

* **AUNQUE ES OTOÑO** y la mañana está como parada en la solemnidad del cielo limpio y la humedad densa que fluye del campo y anuncia que está preñada, además de veneros repletos y de momentos intensos también de fuerza que es pura vida, la cascada blanca del arroyo largo, cae abierta en la solemnidad y cantidad de aquel invierno y las perdices de las piedras del mirador que coronan el valle, cantan como si estuvieran en plena primavera y es tanta la luz que el tapiz de la hierba fresca y las hojas viejas del monte, reverbera, que aunque es otoño y de los buenos y de lluvias densas y noches de

fuerte viento y mañanas de grandes nieblas, no parece otoño ni la mañana de hoy ni la tarde, más que bella, que ayer pasó por estos campos ni tampoco la noche con sus tinieblas y menos lo parece la dulce llanura donde tuve mi casi y se alzó la aldea.

Y aunque es otoño que no lo parece por tanta plenitud y tanta abundancia de lluvias y tantas laderas con tanta riqueza de madroños y de hierba y de romeros florecidos y de veredas estrechas empedradas y perfumadas de huellas de ciervos y jabalíes y las ciervas y después, ya lo decía, hace dos días sopló tan fuerte el viento que asoló la sierra y derribó todas las bellotas de los robles y de las encinas y todos los madroños y quebró todas las ramas viejas de los pinos secos y arrancó hasta las piedras más gordas del voladero que frente a mi nido, tengo, no parecen otoño los días y las mañanas, que se van y llegan.

Y aunque está bien empapado el campo, al llegar la luz espléndida de esta mañana perfumada que ya se alza y esturrea su rocío y su perfume y su intensa niebla por los barrancos alargados y por las cumbres de las

rocas blancas y por las praderas donde ahora mismo pastan las ovejas, aconsejados por la madre y porque en el corazón la emoción nos quema, la hermana y yo, la niña pequeña que es como una fuente que limpia mana, nos vamos por la hondonada de la luz apagada de las encinas viejas y pasamos rozando el naranjo ampuloso donde, en sus ramas espesas, las naranjas brillan con tonos casi de fuego anunciando que están para comerlas y al pasar por el granado que se clava en la misma piedra, siguiendo los consejos de madre que dice que las granadas purifican las sangre y limpia el estómago y están más ricas y son más buenas por la mañana temprano, cogemos dos de las más grandes y nos las vamos comiendo, y es el desayuno, mientras subimos por la vereda y al pasar junto al pastor, nuestro amigo que guarda sus ovejas y llenan la gran llanura toda de hierba repleta, le pedimos que nos ayude porque él sí sabe y tiene mañanas y fuerzas.

Y aunque el pastor, como todos los de nuestra sierra, sí tiene mucha tarea con sus borregos chicos y con sus cabras y con las madres que los aborrecen y con las que están preñadas y en la tinada se quedan, se viene

con nosotros y mientras vamos llegando, nos dice que las bellotas buenas de la encina vieja que vamos buscando, el viento, casi todas las he echado a tierra pero que todavía, muchas en las ramas quedan y que hacemos bien venir a recogerlas antes de que se las coman los jabalíes y las cabras o las ovejas o germinen y echen tallo o se pudran en la tierra.

Y llegamos a la vieja encina que es la reina de las encinas de la sierra y se sube a sus ramas y con su garrota, las varea y mientras las vamos recogiendo nos dice que las buenas son las gordas y las sanas, las que ha derribado el viento o ahora caen con su cascabillo y las otras, las pequeñas y las que ya tienen tallo, no hay ni que cogerlas porque como este otoño la cosecha es tan abundante, tenemos bellotas para coger y sembrar y todavía quedan y respondemos que de acuerdo con su ciencia y luego la niña dice que cuando baje de la encina y pueda, le tiene que preguntar por qué las bellotas de cada chaparro son de diferentes maneras y todas, siendo iguales, ninguna se parece ni en forma ni en sabor ni en esencia y mientras de las ramas caen, nosotros cogiendo bellotas gordas como castañas de buenas y llenamos la

gorra del pastor y una talega y otra talega y mientras las vamos recogiendo, nos las vamos comiendo, sólo algunas, porque es un placer de tan apetitosas y en compañía de un amigo como este nuestro y en una mañana tan como ésta y después de tanta lluvia y tantas cascadas blancas que vuelan y sobre todo, y esto lo sabe la madre y el campo que calla y siempre sueña, en compañía de una hermana como la esta.

Y aunque es otoño y grande como pocos otoños y todo huele tanto y a tan delicado que parece primavera, ya regresamos cargados con las dos talegas de bellotas dulce de la encina vieja y tanto el corazón callado, se nos alegra, que no hay primavera que tenga un gozo tan hondo como el de este otoño rotundo de bellotas grandes y el de esta mañana de sueño, que aunque sea otoño, tanto huele y es y sabe a primavera y para coronarlo con la perla entre las perlas, la hermana que me dice, contenta:

- Esta noche las asamos en las ascuas de la lumbre y ya verás que sabor y cómo llenan y por la mañana, ya verás que desayuno prepara madre y con el pan cocido en el horno redondo y de leña.

* **ESTÁ LA MADRE** y la hija, en la mañana fría, sentadas frente a la lumbre que se apaga en la misma llanura del cerrillo que mira al valle y están como esperando y al mismo tiempo ahorrando leña porque es largo el tiempo y mirando al valle y acurrucadas las dos en sí mismas y la mañana pasando y las nubes en el cielo, amenazando nieve y la tierra húmeda y el viento que corre frío y abajo, en la tierra llana que mira al arroyo de los huertos, las ovejas pastando y está padre ausente y en la aldea del valle, el silencio arropando la quietud de las casas de piedra y el humo, de las chimeneas brotando y no se siente nada más que el rumor del río y las ovejas rumiando y algunas, balando y la madre y la hija, están sobre el cerro y junto al fuego monótono, resguardadas del frío y como esperando.

Y estoy yo quieto, ahí mismo a su lado y por la parte que pega al río, mirando y como también tengo frío y me da lástima el frío que la madre y la hija están pasando, busco las cuatro ramas secas de los tres pinos y las echo a las llamas y para animarlas, les digo:

- Ya veréis ahora como calientan vuestros cuerpos, las llamas que broten de estas piñas secas y estos palos.
- Pero si gastas las poca leña que tenemos recogida, cuando pasen dos horas y el fuego se haya apagado, ¿de dónde vamos a coger más leña para que las llamas sigan ardiendo y nosotros, las carnes heladas, calentando?
Y les digo, a la madre y a la niña, que ahora dentro de un rato, me voy a ir por el monte y les voy a traer toda la leña que necesiten para hoy y para mañana y el invierno entero que está llegando.

Y la madre me mira callada y la niña que está llorando, también me mira sin sonrisa y con su cuerpo temblando por el frío de la mañana y la soledad del campo y esta monotonía en la tierra que calla y va a lo suyo y deja silencio y noches de hielo por el campo y estoy con el deseo ardiendo de ayudar a las dos personas que ante mí tengo tiritando y me voy por el lado del arroyo, después de echar al fuego las tres piñas y los cuatro palos, y quiero subir a la ladera del monte espeso y las madroñeras para recoger y traer más leña seca y más palos y al asomarme al filo que da al barranco, me

encuentro con el tajo de rocas que se alzan en fila como una muralla y me cortan el paso.

Y me quedo parado y miro a madre y a la hermana pequeña que está temblando y le digo a ella, a la madre que me está mirando y desde su alma amontonada y algo extrañada e impotente por el frío que los huesos le está calando, que padre pasó por aquí el otro día y aunque es cierto que iba asustado, yo lo vi con mis propios ojos poner los pies en el saliente de la roca primera y en la de más abajo y mientras, pegado a la pared avanzaba agarrado, lo vi atravesar esta cresta rocosa y llegar al barranco donde se habían empoyatado las ovejas y luego lo vi corriendo y subiendo por la ladera del monte y por eso ahora me digo que si padre lo cruzó, yo también puedo cruzarlo.

Y miro a madre a ver qué me dice y ella me está mirando y el fuego, en el hoyo que en la tierra han excavado, lo que más desprende es humo y olor a piña húmeda y llamas, ninguna y calor, ni siquiera para calentar las manos y está la mañana quieta y el campo lleno de escarcha y de silencio y de frío, todo impregnado

y está y veo a madre ahí, frente a la sartén con las gachas migas y el fuego sin llamas, luchando y los olivos con sus cuatro aceituna y el que los varea, está aquí mismo y madre esperando y en la aldea, todo como muerto y por el campo, como si todo y todos se hubieran marchado a coger más aceitunas a otras tierras y el frío silencio de la mañana brumosa y húmeda, como quieto y madre y la hermana, fijas en mí y como diciendo que de frío se mueren y el fuego, está apagado.

* **DONDE LAS PIEDRAS** pulidas por las corrientes de los arroyos, el que viene de la llanura y el otro que llega del puntal del fresno, y en la lastra cerrada de la misma junta, brota la fuente que nunca se seca, me paro porque necesito beber y reponer del esfuerzo de la subida del barranco y lo primero que veo y me llama la atención, es el cemento que por aquí ya tienen esturreado y el montón de tierra y rocas que del agujero ya han sacado y las vigas de hierro y los ladrillos que junto al manantial ya tienen apilados y también me llama la atención las latas vacías de los mil refrescos que se han bebido y por aquí han tirado y aunque tanto y tan rato me parece lo que en este bello manantial están tallando, bebo

en el charco que por el arroyo corre y sigo mi camino y remonto al llano.

Y cuando llego al final de la tierra y ya cruzo el collado, me vengo por el lado derecho y por entre las encinas, tomo la senda y corono el caño pequeño que da cara y es cuenca del gran barranco del río limpio que baja de la más profunda sierra, sigo, callado y mudo y aplastado, la humilde senda que el otoño tiene llena de hierba y la llanura, de charcos y de barro y donde el monte no crece y bajo el voladero largo se remansa el charco, al pasar me asalta el recuerdo de aquel día con la lucha del lobo fiero que quería comerse todo el ganado y hasta me acuerdo del miedo que pasé y padre contra las rocas aplastado todo dando voces al viento y dando palos, con su garrota de rama de buje, al suelo y gritando para asustar al lobo viejo y para darse ánimo y para proteger y salvar al rebaño y al mirar, en la mañana silenciosa de grandes nubes negras por el cielo y la lluvia cayendo y el campo empapado, la ladera de las encinas viejas y los terrenos de los olivos en el segundo collado y por encima el huerto y la casa con su chimenea echando su chorro de humo al viento, me animo por la presencia

de los hermanos y en su rincón y en su faena aquí a dos pasos y sigo mi caminar, con el corazón algo más asustado por lo del recuerdo y aquella otra presencia del que nos quiso prohibir y para siempre, el paso aquel otro día de aquel momento extraño, al llegar a las aguas del río, lo cruzo por el puente tembloroso de las tres vigas de palos y el agua de la corriente embravecida, todo el surco del río llenando y formando olas rizadas de espuma y de hojas secas y casi saltando por encima del sencillo puente y sigo por la tierra de la hondonada, subiendo y según ya voy coronando la segunda ladera larga, ya voy, la ilusión, en mi corazón palpando.

Y donde la senda traza como las revueltas de un caracol para ir subiendo a lo más alto y al mismo tiempo ir salvando los voladeros y las rocas puntiagudas y se vuelve a meter por entre los chaparros y en cuanto sale al rasete de este otro puntal, ya domina por completo todo el barranco, me quiero de nuevo parar y mirar despacio y en cuanto me detengo para tomar aliento y saborear ya un poco más la ilusión que vengo buscando y lo primero que veo, sobre la tierra más elevada del cerro, es el blanco y pequeño cortijo y meciéndose al viento en la tierra y las

rocas que acompaña a la entrada, y jugando, las higueras y las parras y los nogales y los granados con su granadas gordas y ahí mismo, por el lado de abajo, el trozo de tierra vallada y dentro el huerto y en su tierra, empapada por el agua que le llega por la acequia de la reguera que viene del rincón secreto, las pisadas y las zarpas de barro de la madre y la niña y, por el lado que pega al sol de la tarde, el saco y la azada y el otro trozo de fardo y también la presencia, en el recuerdo, de padre cavando con el corazón ilusionado y diciéndose y diciéndome que este año sí van a crecer sanos los pimientos y las calabazas y las habichuelas y las sandias y los melones y los garbanzos.

Y donde el peñón borondo da entrada a las tierras del monte y justo por debajo corre la reguera que viene a regar al huerto y ahora mismo pasa rebosando, me paro y miro por tercera vez y ahí tengo, ante mis ojos viejos y ya más llenos de miedo y mucho más cansados, lo que vengo buscando: la madre y la niña que trabajan las tierras en compañía sólo del silencio y del cielo que está nublado y de las ramas grises de las encinas que a un lado y otro se mecen al viento y de la mañana desvaída y

de los golpes de la azada y en compañía y al calor del amor que late en sus pechos callados.

Y me bajo del peñón redondo que es como la puerta del huerto y el guardián del cortijo pequeño y destartalado y donde la hermana graciosa con sonrisa de flor tiene preparado el trozo de tierra que sirve de plantel para las semillas que germinan y serán las plantas que llenarán los surcos del huerto cuando el momento sea llegado, me encuentro con ella y la madre y al decirle que ya he llegado y que vengo de ayudar a padre y a echar una mano en la faena del huerto, ella me mira y me dice:
- No hace dos horas que estuvieron por aquí y después de asustarnos con sus palabras de amenazas, nos dijeron que otra vez nos han denunciado.

* **ESTAMOS NOSOTROS** en el recinto de la casa, recién levantados y es por la mañana temprano y en compañía de la madre que ha encendido el fuego en le chimenea para que nos calentemos porque hoy ya, doce de noviembre, sí hace frío y estamos frente al fuego y como celebrando el encuentro con el nuevo día y lo que el día significa y trae en su centro y en cuanto terminamos

de desayunar y de desperezarnos un poco, salimos fuera y ya vemos, en este amanecer gris y con poca luz y frío, lo que en el campo ha pasado.

Y estamos como preparados y con el entusiasmo en nuestros corazones y en cuanto comenzamos a movernos por la llanura, lo primero que vemos es el destrozo que en el campo y la hierba y el bosque, la lluvia torrencial y el fuerte viento de ayer tarde, ha hecho y vemos las hojas de las nogueras rodando por el suelo y las ramas del naranjo, quebradas y las matas secas de los cardos cuco, arrimadas contra las rocas que pegan al camino y las bellotas gordas de las encinas viejas de la ladera que lleva a la fuente, todas también por el suelo y entre las hojas secas y chorreando y algunas ya, con su tallo empezando a brotar por la punta y ahí mismo, las setas y los níscalos, partidos por los granizos y podridos muchos y todo el suelo y la gran montaña y la llanura y los rellanos por el sendero, como si fueran campos de batalla y los restos abandonados a la suerte de lo que la mañana, con su frío y oscuridad, por el campo, traiga.

Y vamos caminando y ahí, donde se inclina la ladera y los majoletos caen hacia las fuentes de los arroyos pequeños y está la era y por su tierra llana, la espesa hierba, vemos el cabrero de las cabras blancas que se prepara para llevarse el ganado por el barranco del acebuchal y darle la vuelta al cerro y regresar cuando la noche de este nuevo día, caiga y al pasar junto a él, lo saludamos y como nos pregunta que a dónde vamos, le decimos que hoy también celebramos algo y él nos responde que eso es lo que el día parece que anuncia pero que con este frío y la nieve, la primera del año, que esta noche ha caído y con lo helado que está el aire y con las cascadas convertidas en hielo, que a dónde vamos.

Y como en nuestros corazones, a pesar de la realidad de la nieve blanca sobre las altas cumbres y de la mañana gris y las nubes cubriendo el cielo después del día de ayer y las manos heladas y la cara roja y el aliento como ardiendo y desprendiendo vapor y la hierba del campo empapada de rocío que hoy es como escarcha que congela los tallos tiernos, nos arde la ilusión del encuentro con este día nuevo y viejo y apagado y frío y

seguimos caminando y en cuanto pisamos las matas del monte, empezamos a recoger ramas secas y las vamos amontonando junto a la linde para hacer un as y estamos entretenidos y quitándonos el frío restregando las manos, cuando la niña me llama y me dice que se ha encontrado el tesoro que ayer soñamos.

Y corro a su encuentro y al mirar el suelo, lo cojo en mis manos y al elevarlo, me creo lo que me está diciendo porque lo estoy viendo y lo estoy gozando y estoy y está con los ojos abiertos del asombro que contagia el tesoro que ha encontrado y que es como una piedra gorda semejante a un melón que se abre por la parte más delgada donde brillan trozos colgando que parecen rosarios de ascuas o perlas, porque son trozos pequeños y como la piedra está partida y al tocarla se abre en pedazos, al abrirla como si fuera un melón alargado y redondo en rajas, deja al descubierto más trozos menudos de perlas brillantes que parecen caramelos y ahí mismo, se ven las señales de muchos caracoles y almejas y calamares y estrellas de mar y estamos los dos entusiasmados y contentos, a pesar del frío de la mañana, por el hallazgo cuando caemos en la

cuenta que como hoy es un día especial, nos puede servir para un regalo a la madre que tanto queremos y, junto al fuego del cortijo y con los ojos puestos en nosotros y esperando que regresemos, está ella también esperando.

Y estamos ya con la leña recogida y en el fondo del alma, a pesar del día de nieve y frío y los campos de batalla por la lluvia de ayer y el viento soplando, entusiasmados y ya venimos regresando siguiendo la senda con nuestra joya y tesoro entre las manos, cuando el aire frío de la mañana nos trae el olor de la cebolla cocida y del agua hirviendo y del orégano para las morcillas "güeñas" y de la mejoranas mezclado con la mistela y vemos que desde la chimenea de la casa se alza el humo blanco y la aldea entera, celebrando la matanza porque ya es noviembre y la nieve cubre los campos y el rocío de los días atrás, sobre la hierba temblando, se ha convertido en escarcha y el día de hoy parece que ni pintando viene tan bien para celebrar lo que, en casa y en la aldea, ya están celebrando.

Y en las horas frías y la leña seca para la lumbre sobre nuestras espaldas y el campo como parado y

nosotros por la senda mientras de frío, tiritando, la niña hermana me dice:
- Ya verás madre qué sorpresa se lleva cuando vea el regalo tan bonito que le llevamos.

* **CASI DE PUNTILLAS** y sin haberlo notado, el invierno ha llegado y aunque estamos todavía en otoño y es el que ya tanto he dicho, preciosa primavera, de pronto, se han vestido de blanco las cumbres altas que me rodean y ha dejado de temblar, en los tallos de la hierba verde, el rocío transparente que se convierte en hielo y han dejado, y sé que es sólo por un momento, de rodar las cascadas bellas que tanto, con su música y este otoño, me han acompañado porque ahora el frío de este invierno que también se ha adelantado, las tiene aplastadas contra las rocas y transformadas en carámbanos que brillan espectaculares a la luz de la mañana y tiemblan al viento que las roza y transmiten su frío de hielo a los charcos de mi arroyo y sobre el juego, las nubes blancas y el color del cielo al salir el sol y las ramas peladas de los álamos y hasta el mismo color verde de la hierba fresca y las hojas de las higueras y las de los granados y las de las parras y las flores blancas de

las viejas madroñeras y las setas mismas y entero todo el campo, anuncia, esta mañana de frío sincero, que el otoño se ha ido y el invierno ha llegado.

Y como estoy parado en el tiempo contra las rocas de mi rincón pequeño y en mi cueva que es como el mayor palacio, este día que amanece, me acurruco en mi vieja manta de lana y más que asomarme al barranco por donde va mi arroyuelo de cristal, siento en mis carnes y palpo el frío que me hiela y se cuela, de puntillas, hasta los huesos y siento la ausencia de los que siempre estuvieron conmigo y ya no tengo, a mi lado y siento la huella convertida en escarcha en la tierra de los viejos caminos que se van borrando y hasta siento la presencia de aquellos que tanto me rozaron y tan en silencio caminaron, que en los otoños fríos y pálidos como este que ya el invierno está tumbando, no tenían más casa que las covachas y los recovecos de las rocas en los barrancos y no tenían más mundo que el cielo limpio lleno de nubes o estrellado, ni más sonrisa ni más cariño, que el abrazo del viento y el suelo helado y la soledad y el hambre por sus tripas cabalgando y los pasos, indiferentes, de los que pasaban por su lado y sí

pronunciaban la palabra hermano pero ni se paraban con él ni le daban un trozo de pan ni le tendían la mano.

Y en este otoño callado y frío y lleno de nubes negras y a ratos, con mucho viento fuerte y con mañanas que son auténticas fantasías de nubes que arden entre los rayos del sol que lento, por entre las cumbres blancas, va llegando y aquí y en mi mundo recogido y como acorralado contra el frío y el tiempo y los recuerdos y la soledad presente que apenas siento porque es el sueño falso del dolor que llevo dentro y en silencio y con el frío que ahora llega, me está matando, lo que más siento es la tremenda impotencia, no frente a lo que el otoño y el invierno ahora traen y se están llevando, sino a la presencia de unos y otros y, Tú lo sabes porque lo ves, me están quitando y me están reprimiendo y se están llevando y están transformando mi sierra y mi mundo y mi gran palacio y el arroyo y el rincón pequeño de tu edén callado y mi cueva húmeda, tan repleta y dulce de amor sano.

Y como el frío y el miedo y en silencio y dentro de mi alma y sólo para mí y mis recuerdos y mis llantos, me

están quemando y nada puedo hacer sino alabarte y darte las gracias y seguir, en espera enamorado, mientras ahora un día más me despierto, contigo y este arroyo que nunca calla ni se va de mi lado, me entretengo como jugando y como en aquellos días florecidos y tan repletos y tan colmados, mientras espero no sé si que el otoño vuelva o que el invierno llegue con más nieve y más hielo y más escarcha por los campos, repaso y repaso en mi mente y sigo callado y en espera, Dios mío, a que la mañana suprema llegue y lo que sueño y quiero y este otoño que parece primavera y el frío del invierno que está llegando y las nubes del cielo y el viento fuerte y las nieblas por los barrancos y la tierra y sus estrellas de hielo, se alcen en un canto y canten la canción del rocío, en invierno, helado que tanto ahora mismo grita y está, conmigo, llorando.

* **EL FRÍO DE LA COPIOSA NEVADA** que hace dos días cayó sobre esta gran sierra mía y que vistió de azahar las crestas de las cumbres de las rocas blancas y la cuerda que se alarga y al otro lado, la llanura donde nace el río limpio y se aplastan las aldeas de los pastores amigos, hoy es menos porque ayer estuvo todo el día

lloviendo y cerrado en niebla y aunque fue una lluvia menuda y sin viento, más parecida un rocío mañanero que chorrea y empapa casi sin notarse, sí caló profundamente y llenó los charcos de los arroyos y dio fuerza a los manantiales de las fuentes y aquí todo el día entero cerrado en niebla espesa que también llenó los barrancos y las cañadas y las altas cumbres, ya dije que la lluvia no paró en todo el día y como el frío fue menos porque la temperatura subió, la nieve que por la noche del día anterior había cubierto gran parte de esta sierra mía, se derritió y quedaron, ya lo he dicho, las espesas nieblas y el viento en calma y la lluvia fina sin parar y el chorrear, monótono, de las hojas de los árboles y el fluir, alegre y grandioso, de los arroyos y el dulce chapoteo de los chorros despeñándose y la mañana hermosa y preñada y como llena toda de Ti y cantando.

El frío que ayer pasaba por las tierras de estos campos silenciosos, hoy no es tanto y por eso y la otra realidad que tan continuo me une a Ti y me mantiene con la fuerza y el gozo y el amor fijado a tu ser y a todas horas llamándote y pendiente de lo que me indiques y quieras regalarme, esta noche me he sentido y te he visto, desde

los ojos de mi alma que te besa, como el gran barranco profundo y amplio y todo repleto de niebla que no deja ver, con los ojos de la cara, ni a dos pasos por la tierra y más allá, todo es confuso y se cierne en un mundo desconocido que sólo con el sentimiento y el corazón y el alma, se palpa y se penetra.

Y como otras tantas veces, me he sentido perdido y sin luz y sin fuerzas y sin saber qué camino es el mejor para seguir y a pesar de la espesura de la niebla, avanzar continuamente y llegar al fin que Tú deseas, toda la noche me la he pasado llamándote para no perderme del todo y quedarme sin la auténtica vereda que me debe conducir a donde Tú, limpio y rotundo, me esperas para abrazarme y decirme y darme lo que merezco.

Y como tanto me he agarrado a Ti porque no me deja ver la niebla y me sangra el corazón y hasta he sentido que, como otras veces, todos y tanto me acorralan y me cercan y me machacan para destruir y pisar todo lo que puedan, y como tanto te he llamado y tanto te he pedido que me des tu fuerza y la luz necesaria para ver y seguir por la vereda buena que es la que Tú tienes

marcada y no la mía ni la otra o la que llega de fuera, tanto te he sentido luz y refugio y entusiasmo y gozo y soledad eterna por lo hondo del barranco que tan espesamente cubre la densa niebla, que como tantas otras veces, desde lo más hondo de mi ser real, he implorado que te mantengas junto a mí y que seas mi juez y mi rey y mi sabiduría y mis deseos y mis fuerzas, para que así, Dios mío, en esta empresa que me tienes encomendada, siempre sea tu verdad la que me empuje y la que brille y triunfe por encima de tanta tierra y la que penetre los corazones y los convierta a la humildad y a la sabiduría limpia y bella para que Tú y tu gloria, resplandezca y venza y no la otra vertiente, que es la materia.

Y desde el barranco tan profundo y tan largo que acoge y lleva la senda por lo que ahora soy y en esta noche y mañana de poco frío pero sí tanta niebla, te llamo y te busco y me agarro a Ti y como me haces sentir que ahí estás y me agarras y me esperas, me dejo en tus manos de Padre Bueno, y lo digo por los millones de veces que me has puesto en la vereda, y te doy las gracias por esta confianza que me haces sentir cuando, y

a mi alrededor, tanto y tanto se quiebra y otra vez te digo, mientras lucho y voy hacia Ti, que las cosas sean según tu ciencia y tu amor y que se alce tu verdad entre tanta lluvia en tan complicado barranco y con tanta niebla.

* **SALGO DE LA COVACHA** que me ha prestado refugio en la roca solitaria al final de la llanura y al mirar hacia donde nace el arroyo, veo la extensión de la tierra plana y por ella, las encinas viejas todas en fila y como si expresamente las hubieran sembrado así y por detrás y cerca, corre el río y arriba, donde la llanura vuelca y se va hacia la curva grande y se abre el barranco, la gran casa de lujo que ya casi han levantado y miro al valle y aquí mismo, a mi lado y a cincuenta metros, el que tiene el poder y ha ordenado mi traslado y como me siento en Ti, Dios míos y no quiero ni rencor ni odio, todo pobre y desde este destino que me angustia el corazón y me deja sin ilusión y sólo vivo, ahora, nada más que tristeza y desolación, te pregunto:

- ¿Por qué tanto desearon echarme a este destierro amargo aunque ya no sirva de nada, saber y si me alivie un poco la curiosidad y el amargor del alma?

- Tanta tensión todos los días y en aquella lucha soterrada de ver quién más podía, no podía seguir por más tiempo y como la miseria que condenabas estaba en ti, la decisión fue fácil.

Y como ahora de nada ya me sirve ni hablar ni la lucha ni saber, bebiendo la tristeza profunda del dolor que mana de este destierro, me voy por la tierra que ya no me pertenece y donde por no tener no tengo ni raíces ni recuerdos, y al pisar el arroyo de las playas de arena blanca y las aguas de espuma que parece luz, recuerdo aquel día de la nieve y aquí mismo, tanta amontonada que al pisarla se hundió y un bloque grande, se quedó flotando en el charco y después de varios saltos, enfiló por la corriente y al rebosar y caer a la cascada, se quedó atascado y como la fuerza de la corriente lo empujaba, se alzó por los aires y luego se estrelló en las rocas y al quebrarse en mil trozos, se fundió con el agua y todo fue tan en calma y bello que no lo he olvidado y cruzo el río y voy a subir por la ladera cuando también recuerdo lo de aquella primavera.

Estaba la corriente clara y brillaba el sol y por la playa de arena fina del río, nítidas veo las huellas de los patos y en las junqueras verdes del recodo del charco de la corriente, me agacho y veo el nido entre el pasto y la verde hierba y los huevos blancos reluciendo y manchados de tierra y el agua, ahí mismo corriendo y todo como en su mundo y en silencio y como llevo el alma tan hundida de la soledad que ahora tengo en este frío destierro que parece abandono y castigo por el orgullo, sigo subiendo por la vereda y busco el camino que ahora ya no sé ni a dónde lleva.

Y a mis primeros pasos por él y en la linde de la tierra llana que es donde el monte se espesa, miro para atrás y veo que me sigue sólo la mitad de la piara de cerdos y al mirar más despacio, descubro que la otra mitad se ha perdido lejos y se va por el monte que pega al huerto y me digo que si no me vuelvo y los recojo, los voy a poder y sin más me aparto del camino y al pisar las rocas frías que baña el agua del río, ahora noto que voy descalzo y aunque piso la tierra y las piedras, no me hiero ni me araño y rozo el monte y no lo siento y subo aprisa por el cerro y escondido y al coronar el lomo que hay por

detrás del huerto, bajo la encina vieja y frente al valle y en el duro suelo, me encuentro a padre y a madre y a la niña y al verlos tan a la intemperie y frente al puro viento que sube del río y sin más enseres que los cuatro trapos que llevan puestos y ni más pan ni más comida ni más casa ni más muebles ni más techo que, como los pajarillos del campo, el desnudo suelo, me paro con ellos y sin besarlos, los beso.

Y estoy sentado en la piedra frente al barranco que termina con el huerto y a mi derecha tengo a padre que ríe aunque esté desnudo y a mi izquierda a madre y junto a ella se recoge la niña y como no entiendo lo que estoy palpando y viendo, les pregunto:

- Y cuando llueve o hace frío o nieva o cae escarcha por la noche, aquí a la intemperie y en la tierra de este cerro ¿cómo aguantáis?

Y padre me dice que se van a las piedras del collado y en el agujero se meten y ahí se aprietan contra el cuerpo.

- Pero y el alimento y el vestido y el calor del fuego ¿de dónde lo sacáis?

Y a estas palabras mías, padre me dice:

- ¿No notas tú que esto ya no es aquello?

Y lo miro de frente y sí que lo noto porque están alegres y aunque sufren, son como reyes que ya tienen el mejor palacio al otro lado del tiempo y por eso ni necesitan tejas ni paredes ni caminos de tierra ni techo porque están vestidos con la inmortalidad del dolor y del sufrimiento y por eso su casa ahora es tan grande que en ella coge todo el universo.

Y estoy mirando sentado en la piedra gorda frente al valle, callado y cara a las paredes de la cumbre que tiene color caramelo y veo a las nubes que se alzan desde detrás de la cuerda más elevada y siento los truenos y mientras escucho a padre, miro al cielo y entre los remolinos de nubes negras que amenazan nieve o granizos o quizá lluvia en arroyuelos, veo la sierra entera reflejada con los colores de la miel y el verde de la hierba del huerto y el azul de los charcos del río y el castaño de las bellotas que parecen topacios y veo la montaña reflejada y te veo a Ti y me veo a mí y los veo a ellos y mientras el viento viene soplando fuerte desde el valle que nos han quitado, veo a la casa lujosa y de piedra que sobre los restos del chozo nuestro, han levantado y veo el rincón de mi destierro y aunque siento la amargura de

aquella actitud que fue un desprecio, me noto más grande y pleno porque aquí, sobre la desnudez del campo y el cerro, me siento a su lado muriendo y resistiendo con ellos y Tú, Dios mío, con nosotros y en silencio y sin gritar gritando y gimiendo.

* **ESTOY EN LA CASA** de piedra que se alza en la ladera y mira al valle por el lado de los manzanos espesos, junto al fuego con los pastores y llega padre y me dice que las ovejas que dormían en la tinada del collado ya están sueltas y suben por el barranco de los buitres y que me vaya con ellas porque él tiene que ocuparse en otras faenas y me despido de ellos y subo por el barranco tapizado en hierba y cegado en niebla y por la parte de arriba que es donde se espesan las carrascas y todavía quedan restos de la vaca que se despeñó y los buitres acabaron con ella, remonto buscando la cumbre y voy con mi zurrón y mis zahones de cuero y mis esparteñas agarrándome al monte y medio perdido por la niebla y diciéndome que desde lo más alto, las domino mejor y que si se van por la otra solana del barranco donde duerme el río verde, desde lo alto vuelco y doy con ellas.

Y estoy ya casi coronando la meseta de la cumbre más elevada de la sierra cuando al salir de los cerros y la nube de espesa niebla que esta mañana llena todos los barrancos y las cumbres de las rocas e hierba, me encuentro con el que no deseo.

- Si te descuidas te metes en el barranco de la muerte y te despeñas.

- ¿Y tú cómo lo sabes?

- Soy el más viejo en esta sierra y aunque ahora mismo no se vea a dos pasos sobre este mirador y mesa de rocas duras que de tan elevada roza, casi, las estrellas, conozco el terreno con los ojos cerrados y te quería decir que también tengas cuidado que hoy están por aquí de caza y con las nubes y la oscuridad y la niebla, puede alcanzarte un disparo y quebrarte el corazón o la cabeza.

Y está él hablándome y yo tendiéndole la mano para que me ayude a terminar de coronar al rellano de hierba entre las rocas quebradas y el escalón que vierte a la otra solana por donde ya van las ovejas y en estos momentos ya sale el sol todo resplandeciente y se abren las nubes y se ve la limpieza del cielo azul y la gran

belleza de barranco por donde corre el río verde de tan remansado y tantos fresnos y tantos álamos como crecen en sus riberas y me aproximo al escalón para que compruebe y vea, cuando caigo en la cuenta que en este rincón yo ya he estado y fue llegando aquella primavera que subí solo cuando empezaba a descubrir la sierra y por eso me parecen conocidos los cantos que tiene el barranco y las lagunas de aguas azules y perla que se remansan a lo largo de todo el cañón que el río atraviesa y la espesura de las madroñeras al otro lado por donde se ven, teñidas de luz celeste, las praderas de hierba fresca que son llanos sobre la otra loma y medio tapan, todavía las nieblas.

- Pues ahí abajo, junto a la corriente donde el monte se espesa, están cazando.

Y no acaba de anunciarme en el evento cuando veo las llamaradas de la escopeta y el chorro de humo largo y oigo la explosión y el eco que se quiebra y él me dice que tiene que irse y salta el escalón ágil como una gacela y lo veo correr, rápido y decidido, por la pendiente de la ladera y busca a los de la caza y tengo como el barrunto de que las ovejas van a entrar por el lado de las piedras

que es el nacimiento del río y que por estar al levante, la mañana se alza plena.

Y entiendo y no entiendo mucho pero me siento en el estrado que es como el sillón perfecto frente al trozo más bello de la sierra y estoy embelesado mirando las aguas verdes de los largos charcos del río que ni corren ni se alejan cuando caigo en la cuenta que en mi zurrón no tengo ni un trozo de pan que comer en la merienda.

Y está, la sierra entera abriéndose de niebla y el sol puro brillando y yo mirando al final del barranco por donde ya siento a las ovejas y veo la espesura del verde de los huertos y entre el monte y la noguera, el cortijo viejo y por la chimenea, saliendo el humo y me digo que ahora saltaré el escalón y me abriré paso por la cuesta y me acercaré al cortijo y pediré un trozo de pan aunque de centeno sea y estoy en este banquete soñando cuando caigo en la cuenta que ese es el rincón que el abuelo decía, se llamaba Chincorea.

- ¿Y por qué se llama Chincorea y dices que es ahí donde crece la hierba de judea?

Le preguntaba la niña sentada frente al fuego aquella noche de frío y también de mucha niebla.

- Es que la historia empezó aquel día que el pastor, en otoño, se encontró la mariposa bella que no podía volar y se la llevó a su chozo y la metió en una jaula pequeña de ramas secas y al otro día la mariposa se escapó y venga volar por el aire y perseguir al pastor y luego fue y le picó a la piara de marranos y a todas las ovejas y antes del medio día, todas ya estaban muertas y el pastor fue y las enterró en un hoyo grande, entre las rocas y la tierra, primero a las ovejas y junto con ellas muchos panes redondos de harina de trigo y luego piedras y encima puso a los marranos muertos y antes de echarle la tierra, dejó con ellos unas cuerdas largas de esparto y en una piel de borrego, escrita la palabra CHINCOREA, que según se ha sabido luego después, quiere decir: despierta de la tierra.

Y pasó el tiempo y el pastor se murió y le dejó el mensaje o secreto, dicho a otro de sus hijos y este, cuando también murió, a otro y así hasta que una primavera, otro pastor joven y familia ya muy lejano de aquel primero, fue y removió la tierra y sacó el trozo de

piel y al ver las letras, leyó, fuerte para que se oyera: “Chincorea” y dicen que se abrieron las piedras y que primero salieron vivos los marranos y luego fueron saliendo las ovejas y por entre ellos, los panes rodaron y al final salió el perro cojo ovejero que también murió y como le llamaban pataleto, resucitó cojeando y se fue por el campo detrás de las ovejas y los marranos y aquello se cundió por toda la sierra y desde entonces el rincón le llaman Chincorea y lugar donde crece la hierba de judea.

Y el abuelo aquí acabó de contar su cuento pero yo ahora estoy sentado en el gran balcón que mira al barranco verde del río perla y estoy ya viendo a las ovejas asomar por el rincón que se llama Chincorea y me estoy diciendo que ahora mismo voy a saltar desde esta roca, el escalón y bajo al río y al mismo tiempo que por ahí salgo al encuentro de la manada, me acerco al cortijo y llamo a la puerta y pido un trozo de pan para la merienda y luego y, si todavía tengo tiempo y los de la casa no me lo impiden, voy a irme por el barranco en busca del nacimiento del río y voy a descubrir la cueva donde ocurrió aquél misterio de Chincorea y dicen que desde entonces, el agua del río es verde esmeralda y perla.

* **ESTÁ LA MAÑANA CALLADA** y penetrando y regando, con lluvia de oro y nieve que viene desde los rayos del sol que se alza a lo lejos abrazando a toda la sierra y, por la senda sostenida en la única punta de la roca que tiembla al abismo, me acerco al cortijo que duerme y se despierta en la cañada primera cara a sol que viene subiendo y en cuanto llego, llamo a la puerta y abre ella y le digo que vengo a por las veinte cabras que perdidas tengo desde hace dos semanas y como es por la mañana, junto al fuego de ascuas rojas y perlas cuadradas que parecen caramelos, está él sentado con las piernas abiertas y terminando de hacer las migas y ella, sin que yo se lo pida, parte un trozo del pan redondo cocido en el horno de leña y otro de chorizo y lo echa sobre las ascuas y cuando ya está asado, lo mete dentro de las dos rebanadas y hace un bocadillo y me lo da diciendo:

- Por ahora, cómete esto y termina de calentarte y de estar un rato con nosotros que luego, subiremos a donde están las cabras y te explicamos cual es el mejor sendero que debes tomar para el regreso.

Y les doy las gracias y les digo que eso es lo que yo quería preguntar porque:
- Me han dicho que desde ese barranco de la hierba espesa y los pinos largos y el agua azul en los charcos de las pozas, si se sube y se atraviesa la sierra, se llega antes al lugar de donde vengo.
Y con las ascuas redondas y cuadradas que se esturrean en el suelo de la cocina, reflejadas en su cara y las manos recias moviendo la sartén y la paleta para que las migas no se peguen y salgan buenas, me mira y me dice que:
- Desde las praderas espesas de la hierba tierna donde pastan ahora las cabras, sí que se sube y se llega a la primera aldea que se alza junto a los chorros del agua que brota bajo las rocas blancas pero desde ahí hasta la cumbre y luego atravesarla, hay un tirón bueno y un portillón, en todo lo alto, tan quebrado y malo y estrecho, que no te aconsejo que te vayas por esa parte de la sierra que es sólo para expertos y personas avezadas y que conozcan bien el terreno.
- Pero si al otro lado está la aldea de la laguna y sobre la cumbre partidas las rocas ¿cómo puede ser tan malo si parece que de una aldea a otra sólo hay dos pasos que ellos recorren hasta en invierno?

Y el que sigue pendiente de sus migas, besado ya por el sol de la mañana que entra por la puerta y con el fuego ardiendo y reflejado en su cara, me explica que debo regresar siguiendo el sendero que bordea el río y me dice que aunque es más largo, es mejor para las cabras que ya están pariendo y para mí, que todavía no estoy hecho a danzar por los trancos de estas sierras y, además, me dice que no me preocupe que en cuanto terminemos de comernos las migas doradas y calentitas que está haciendo, se va a venir conmigo hasta donde pastan las cabras y luego, me va a llevar río abajo hasta encontrar el camino bueno que aunque más largo, sin problemas y cómodamente, me va a dejar en la misma tierra de la llanura y de ahí a mi casa y los míos, en un momento y paseo.

Y está la mañana en forma de lluvia de oro y con el sabor de un beso, sobre las tejas del cortijo y el verde del bosque de la ladera que le rodea, cayendo y quieto viento y hasta las peñas parecen encendidas con el fuego de los rayos de sol que cae en el momento del día que se alza y

todo el rincón, se muestra tan sumido en su pereza, tan quieto, que ellos y la cumbre, parecen juego y sueño.

* **COMO A LO LARGO** de toda la noche, además de crujir los truenos y la fuerte lluvia quebrándose en las paredes de la casa y en los charcos de la puerta, he sentido el viento aullar y romperse al pasar por las ramas de los árboles y de vez en cuando y, en mis largas horas de vigilia, he visto los fogonazos de los rayos, en cuanto amanece me asomo a la puerta para ver cómo ha quedado el campo después del paso de esta tormenta tan grande y lo primero que concentra mi atención son las ramas de los laureles quebradas y tiradas por el suelo y los grandes charcos de agua y barro por las tierras del camino y la llanura entera y la hondonada del río y, sobre la tierra que se eleva junto a mi casa y donde crecen los viejos álamos y se deshacen las viejas ruinas de las cuatro casas que ya abandonaron, veo más ramas tronchadas y más lagos de aguas sucias y también rota la hierba que ya es casi pasto porque se acaba la primavera.

Y como padre ya está por el barranco de las higueras viejas y se aplica a la faena, con los vecinos del

cortijo de arriba, de la siega si es que hoy pueden y como madre anda ya trajinando también con los animales y las otras abundantes tareas que ella siempre tiene entre manos y como la niña pequeña también ya se ha levantado y como yo, desde la puerta, mira muda y como lo que ve le asusta, me pregunta qué ha pasado y como yo, casi tanto como ella, estoy asustado, le digo que lo mejor es que nos vayamos por la senda y cuando lleguemos a donde padre siega, nos enteramos.

Salimos de la casa y siguiendo la senda que va por lo alto del cerrillo y a doscientos metros ya se asoma al barranco y luego tira a la izquierda y desciende pegada a la cerca de la tierra del segundo sembrado, nos vamos por ella despacio y lentamente observamos el extraño aspecto que presenta todo el campo y, en especial, la ladera donde crecen los garbanzos y cuando llegamos al arroyo de las tres higueras y el nogal y el álamo, nos paramos en la piedra que da entrada o es guardián o fortaleza del manantial callado que brota junto al mismo arroyo y al lado derecho de las tres higueras y al mirar al frente, por la tierra que se inclina para la fuente y muestra lo que queda de sembrado, vemos a padre y a los otros

vecinos que se afanan en la tarea de segar lo poco que la nube, en pie, ha dejado y vemos las gavillas amontonadas y los mulos con las cargas y el rastrojo y las espigas y ellos chorreando y con las esparteñas repletas de barro y ahí mismo y, por el lado que pega al camino de las minas, vemos al vaquero enamorado que con el bieldo recoge las espigas que por el suelo están tiradas y va llamando a sus vacas coloradas y al toro recio y de cuernos gachos y con la paciencia del amor sincero y de la tarde plena y de la eternidad húmeda que chorreando, tiene la mañana y el momento, les va acercando las espigas con el bieldo y las va llamando y les va diciendo que coman lo que quieran y que no se asusten que él no les hará daño y las vacas pastan tranquilas y se acercan y comen las espigas que el hombre les va dando.

Y como la niña y el hermano tienen todavía el sueño en los ojos y el asombro amontonado en lo más tierno del corazón y no comprenden casi nada de lo que están viendo y respirando, seguimos aquí quietos en la piedra algo parados y algo asustados y estamos viendo lo que la tormenta de la noche, ha traído y ha dejado por la tierra y el ancho campo y como todo ha sido tan de pronto

y es tanto, estamos viendo como en la mañana que llega, ellos se adaptan y luchan por volver otra vez las cosas a la normalidad recogiendo y ordenando el fruto y el amor de sus amores y el de sus gozos y llantos y en estos momentos la niña hermana que me dice:
- Ahora nos acercamos y después de besar a padre y a los hermanos, le pedimos que nos explique qué es lo que esta noche ha pasado.

* **EL MOMENTO** está recogido en sí y además de repleto de nubes negras que se visten de otoño y condensan el frío y la lluvia que pasa y cae, se le ve y se le nota como trozo de madroños maduros y de bellotas negras que caen y se pudren por la tierra y no quieren gritar lo que gritan y está también preñado y más que repleto de sueños y llanto que se quiebra y por eso el alma vive y está inquieta y tiene miedo a que se rompa la tierra sobre la que se asienta el momento, todavía casi apagado y abrazado por la sombra de la noche que se aleja y el día que llega, abre paso con sabor a niebla y tierra como un sueño oculto que acaricia y no deja huella y sí el sentimiento de lo que tiene vida y no hay quien lo

palpe y no está muerto, sino henchido de tensión que late y acaricia y no llega.

Y en el momento tan pequeño y tan clavado en el corazón y tan en Ti recogido y pidiendo que me sostengas y no me dejes de tu mano entre tanta tierra, me desperezo un poco en forma de saludo del hijo que todo lo tiene y todo, de Ti, lo espera y sin querer irme, me voy por el sendero que recorre la elevada tierra del cerro y lo único que busco es estar entre el monte que es mío y el aire que me besa y es la desnudez que tengo y estoy llegando al final del puntal y me digo que hoy voy a recoger otro puñado más de los frutos del otoño que encima tengo y voy buscando las madroños que tiemblan en sus ramas húmedas y ya desprecio las setas porque las miro y el hielo de los últimos días las has dejado tiesas y las que no, podridas y viejas y recojo todavía algunas bellotas y las nueces del nogal recio que en cuanto pase un poco más de tiempo sé que ya no tendré ni madroños ni majoletas ni granadas ni membrillos ni chumberas, y estoy el monte que me quiere y quiero, cuando veo la bandada de pájaros, gorriones y arrendajos y las tres últimas palomas que buscan el momento de marcharse y

los veo a ellos que por la senda del camino avanzan con sus escopetas y vienen diciendo que van a disparar a todo lo que vean.

Y estoy quieto empapado del momento y dando dos pasos más hacia el centro de esta vida que me regalas y se me acaba y me llamas y espero el balance y paga o premio y los veo que se me acercan y veo también a la bandada que remonta desde el bosque y surca el aire y traza remolinos y se va y vuelve y ajenos a los que cazan o buscan ráfagas de gozo y sentirse llenos, revolotean por encima del bosque y al verlos, los de las escopetas, se preparan decididos, mientras comentan:
- ¡Qué suerte tenemos y fíjate que buen blanco y sobre este cerro!

Y estoy con mis ojos clavados y el corazón en un puño y ya siento la explosión y por el aire veo, dando tumbos, a las palomas y salpicando su sangre y sus plumas de seda, al viento y a la tierra y a los madroños y a las fuentes de aguas claras y otra vez siento el disparo en el alma y, no sé por qué, tiemblo y cierro los ojos y aprieto los dientes y no quiero ver lo que veo que son las

escopetas explotando y los pájaros ajenos y volando en su libertad y su mundo cuando veo lo que no espero y me lleno de asombro por lo extraño y lo nuevo.

Las tres palomas y los dos gorriones y los tres cuervos, en lugar de remontar y escapar por la espesura del monte o por el viento, se vuelven en su vuelo y trazan tres piruetas por el aire y suave, como si se tratara de un encuentro en forma de beso, bajan y se posan en los mismos cañones de las escopetas y cierran sus alas y alzan sus picos y arrullan y cantan y llenan el espacio de la mañana, de un suspiro en el alma que es dulce de madroños y nuevo y me restriego mis ojos y me digo que no es cierto pero sí es verdad porque lo estoy viendo y ellos que se quedan quietos y no disparan y contemplan la belleza del universo, parada en la misma punta del cañón de sus escopetas y no hablan pero estoy están más que asombrados y siento y sienten que por sus almas corre un gozo como supremo y no es por la muerte a tiros sino por la amistad y el beso.

Y siento y palpo el momento de la mañana nublada y de hierba con rocío y de campo quieto, como tenso y

esperando y el alma, Dios mío, toda como el arroyuelo que salta y late escondido bajo el silencio y dándote gracias por los madroños y las palomas y por ellos y todo aquello que se siente y se palpa y late y grita y aunque no veo, se recoge en el momento de la luz nueva que llega y es, Dios mío, ¿un nuevo beso que sale del corazón y transforma, por el amor, el universo?

* **ES MEDIA MAÑANA** y entre las paredes de piedra de la vieja tinada que en lo alto del cerro redondo se cae, nos paramos a comer y como mi amigo, el pastor joven del valle, hoy me trae con él por esta parte de la sierra para que aprenda y vea, mientras estamos comiendo, sentados sobre la hierba verde y pegados a la pared para resguardarnos del frío que desde abajo llega, me dice que el arroyo del centro siempre fue como el sueño de los paisajes bellos por el caño de agua que, desde la cascada, baja y por la senda que escala desde el otro lado y por las praderas de hierba fresca que se recogen en el barranco y por la paz y la luz y la sombra que entre las laderas de las dos vertientes, siempre se recogen y por la espesura de los bosques y el silencio.

- ¿Y ahora?

Le pregunto.
- Espera y ya verás lo que por ahí han hecho.

Y terminamos de comer y apagamos el pequeño fuego de piñas secas y de ramas de enebro y nos vamos por la hondonada, subimos por la tierra que se inclina y está sembrada de encinas y mientras vamos pisando el suelo, vemos a las ovejas que por lo hondo del barranco, también suben comiendo la hierba y resguardadas del viento y en la zanja de la corriente que el arroyuelo de la torrentera ha horadado en la tierra roja, en el mismo hoyo y un poco entre las hojas y el cieno, nos encontramos la cencerrilla que el otro día las cabras perdieron y algo más arriba, el perro de la cola larga y negra, levanta un conejo y ladra corriendo un poco y a lo alto de la roca, se para y nos espera y en cuanto llegamos, me dice que mire a ver si me convenzo.

Y puesto en lo más alto de la tierra de este elevado cerro que roza, sin exagerar nada, más de mil quinientos metros, miro despacio hacia lo hondo y veo la cascada de siempre y ancha, abierta, bella y como nube de incienso que vuela y llena el barranco, la luz y el viento y todo

manando sierra y resplandor y gozo y como reina del universo pero también veo que ahí, por donde cae el agua, ya han pegado el cemento y desde lo hondo de la poza azul, roca arriba y todo el frontón que ayer fue musgo y resplandor del sol y esponjo por donde el agua rezumaba, ahora es pura fachada de cemento que moja el agua que sigue cayendo y como está pintada de colores, para que sea más extraña y rara, parece un espantajo en medio de una amplia sábana y arriba, donde ayer estaba la cumbre del cerro, levantan más paredes de piedra y de ladrillos enganchados con cemento y justo donde colgaba la carrasca y las raíces viejas, brotando de las rocas, temblaban al viento, alzan el mirador de la fama y ahí mismo, los asientos y las oficinas donde se reparte papeles y folletos y otras cosas que se compran con dinero.

Y como es un complejo grande lo que aquí descubro y veo y como ni él ni yo estamos hechos para un cambio tan radical y, según dicen, un mundo tan moderno, le digo que no seguimos y que antes de que caiga la noche y todo esto se llene de luces de colores que ilumine la cascada y la espuma que parece incienso,

bajamos al barranco y por el otro repecho, nos vamos siguiendo a las ovejas y si acaso, luego desde allí miramos a ver qué refleja esto desde la distancia y el bosque y la senda de siempre y el chorro y el venero que riega al cortijo de la hoya que, aunque no es el cielo, es otra cosa y otro silencio y él me dice que sí:
- Nos vamos por el repecho y desde allí miramos haber qué vemos no sea que esto que ahora aquí pisamos, más que realidad, sea sueño.

* **EL CORRER DEL ARROYO** que tengo a dos pasos de mi corazón, a lo largo de toda la noche me ha estado acompañando y a ratos, ha sido tanto su chapoteo de agua, que me ha despertado y en el centro de las horas nocturnas, me he parado a escucharlo y sin darme cuenta y sin querer, me he ido con él, no sé todavía si haciéndome canto con este correr suyo o música o grito o voz que clama en la espera y alegra y llora o rumor de latidos del alma que se parecen a tus pasos que vas y vienes y te entretienes y juegas tu juegos de Rey y hermano libre que eres y todo lo besas y todo y hasta este sueño mío que duerme mientras va volando.

Y al despertar, ya no en sueño porque la luz de otro nuevo día se viene acercando, lo primero que oigo y gozo es el chapoteo de la lluvia persistente que en toda la noche ha parado y sigo oyendo el chapoteo del agua del arroyo pasando y enseguida a madre, que está por la estancia de la casa y me dice que ya padre se ha ido por el campo con sus ovejas y sus vacas y sus perros y que ahora soy yo el que me tengo que preparar y salir en su búsqueda a llevarla la comida y me pregunta que a ver que hago.

- Si usted no me lo dice, madre y me lo cuentas y me llevas de la mano, yo no sé ni dar un paso porque haber ¿qué comida es la que cojo para llevarle si lo único que sé es asar níscalos en las brasas del fuego que se está apagando?

Y madre se queda conforme viendo y aceptando que el hijo de sus entrañas depende y está esperando, la vida y la fuerza y hasta los alimentos, del amor que a ella le sale del corazón y en un periquete me prepara la comida y aunque llueve, menudamente y sin parar, salgo y cojo por la vereda que sube el repecho y voy con el zurrón en las espaldas colgado y me voy diciendo, para

mí, que debo darme prisa para no llegar tan tarde a donde padre que ya estará chorreando y debo ayudarle en la faena para que no tenga tanto trabajo y voy, en mi corazón, metiéndome bulla y ya empapado de lluvia y de tanto rumor de charcos y cascabeleo de corrientes y niebla y luz que no despega y humedad que chorrea por las matas de hierba y los barrancos y voy con esta inquietud aprisa caminando y justo cuando subo la torrentera, me encuentro de frente y abierto como un cielo inmenso y ampuloso y oscuro y grandioso como todo un gran campo o un bosque denso, el almez que extiende sus ramas y caen para el suelo y por las puntas de sus hojas y sus frutos negros, la lluvia goteando y por el suelo, las almezas sueltas y gordas y bellas y maduras y como invitando a que me pare y las coja con mis manos.

Y como no puedo resistir ni el apetito ni la tentación ni el sabor dulce de su pulpa derritiéndose entre mis labios, me aparto de la senda y subo la pequeña torrentera y de las bajeras que se doblan y caen como la lluvia y su canto, arranco las que puedo que como tiene tantas, las cojo a puñados y me las voy echando a la boca y a los bolsillos y al zurrón que también lo tengo

chorreando y cuanto más almezas cojo más me gustan y más me voy diciendo que este año el almez viejo y robusto y de tronco negro y por eso es como un gigante y rey entre los otros árboles de estos campos, ha dado no sólo abundantes frutos sino entre redondos y alargados y jugosos como las uvas y tan exquisitos al paladar y a la vista y al tacto, que parece un sueño este tan grandioso árbol y con su carga de frutos maduros y ahora, cuando ya el otoño un poco se acaba y el invierno se abre paso y, además, aquí casi en la misma puerta del cortijo para que en verano y a su sombra, duerman las ovejas y salten, por entre sus copas, los arrendajos.

Y es tanto lo que me animo cogiendo frutos de este árbol que me sacio y no me sacio y lleno mi boca y mi zurrón y mis manos y mis bolsillos y todavía tengo para entretenerme y coger más y me voy hartando y me sigo diciendo que lo de este almez y este año, es como la última despensa de los frutos del otoño que va declinando y me sigo diciendo que es una bendición del cielo y en el día de hoy y con esta lluvia y los arroyos y los charcos y voy a marcharme ya porque pienso que padre me está esperando cuando al remontar la tierra que las ramas

grandes están rozando, veo al acerolo que clava sus raíces en la torrentera y desde su espesa cosecha de ramilletes rojos y gordas perlas, me está mirando y como diciéndome que vaya y me cuelgue en sus ramas y que coja todas las que quiera, porque ya están maduras y también de lluvia chorreando y de sabor a miel y a sabia de puro campo.

Y en esta mañana de otoño que se tiñe con tanta lluvia y tanto canto de arroyos que no me dejan dormir y de rocío y de nubes y de millones de colores, fíjate Tú, Dios mío, con cuanto amor y abundancia te muestras en forma de maná que da la tierra y me obsequias con los frutos silvestres que siembran el campo, repletos de sabor a cielo y bajo la lluvia fina y persistente, al amanecer, temblando y además de dando gracias al Creador, invitando a que yo los coja y llene mi boca y mi alma y mi corazón y mis zurrón y mis manos y ellos y Tú, sois los sueños y los caminos que a padre y a Ti, me van llevando.

* **EN LA MAÑANA BELLA** que se recoge en Ti y llena de luz y vida el campo y como, en un sueño, nos

besa, estamos sentados junto a las llamas del fuego que padre ha encendido en la misma redondez del cerro y están, desde aquí hasta el valle y por entre la hierba cada día más espesa y verde por lo mucho que llueve, las ovejas pastando tranquilamente y a la derecha, los huertos y trabajando en la tierra, madre y más abajo y sobre el llano, está la aldea y desde ahí hasta y lo alto de la cumbre y el río largo con su vega y los remansos y los bosques, en su plenitud junto con la dulce plenitud del campo.

Y estamos junto a las llamas del fuego, sentados en las frías piedras y padre tan repleto y callado y tan lleno por sus dos hijos pequeños tan en su corazón metidos y tan cerca de su amor y aquí a su lado, que no habla ni hace nada pero mira y aunque sí está callado, sueña y aquí mismo y al calor de las llamas que danzan, se acuesta el perro mastín y el otro pequeño que carea a las ovejas y está la niña, como siempre, con su juego y de un lado a otro lado y al darse cuenta pregunta a padre:
- ¿Por que cuando acaricio al grande el pequeño mueve el rabo y chilla y me sigue como llorando?

Y padre que, como madre, lo sabe casi todo aunque no acierte a decirlo por más que esté rebosando, habla y le dice a la niña:

- Si tú das mucho cariño al grande el otro se siente despreciado y por eso te busca y salta y te mueve el rabo y te sigue e implora porque necesita las caricias de tus manos.

- Entonces ¿ellos son como las personas?

- Como ellos, las personas necesitamos del cariño de los más grandes y como ellos, sufrimos y nos sentimos humillados si el que reparte, da más al grande dejando al pequeño, en la orilla, ignorado.

Y en la mañana bella que se recoge en Ti y sobre la tierra del cerro, el fuego está danzando, la niña hermana, juega con su perro grande mientras el pequeño implora y mueve el rabo y pastan las ovejas ajenas y llenando el campo y rebosa, la llanura, de plenitud y de silencios que tienen su centro en la aldea y en la madre y el padre que callan y están amando.

* **CUANDO AYER** por la tarde se ponía el sol, después de tres días y sus noches de lluvias sin parar, el

cielo se despejó y conforme iba oscureciendo, por la línea de las cumbres y el horizonte desteñido, se fueron formando los lagos de nubes negras y mientras los últimos rayos de luz se iban apagando, se les veían alargadas y tendidas de cumbre a cumbre y cuando ya acabó de llegar la noche, como el cielo estaba limpio y con el brillo puro de las noches del invierno que llega, las estrellas brillaban hermosas y al viento ni se le sentía y según la noche avanzaba, sólo se oía el rumor de los arroyos y de las fuentes y ningún canto de grillos pero sí se notaba que sobre la hierba verde, las gotas del rocío de las lluvias que han pasado, se iban tornando hielo y así esta mañana, cuando de nuevo otro día ha amanecido, se ve todo el campo blanco de la escarcha que ha caído y el cielo, lo mismo de azul y limpio que cuando ayer por la tarde se ponía el sol.

Y como hoy es domingo veintidós de noviembre y aunque hace frío, porque no puede ser de otra manera, el campo se ha llenado de personas que vienen de fuera a gozarlo y recorrerlo y animados por el brillante sol y el cielo azul, se van por los caminos que todavía quedan y gritan o buscan bellotas o cogen madroños o rebuscan los

últimos níscalos que bajo las ramas del lentisco o entre las hojas muertas de los pinos viejos, aun resisten los primeros fríos y yo, desde mi rincón pequeño y frente al arroyuelo que me da compañía y acurrucado en Ti y con mi peso sobre el alma y los recuerdo, miro y aunque tanto veo y se me clava en las carnes, no veo y sí recuerdo aquellos días y aquellos momentos que se alejaron y se llevó el tiempo y aquí conmigo resisten y aunque sea invierno y brille el sol o haga frío o llueva o hiele, no se me mueren sino que parecen germinar y cuando menos lo espero, florecen por la sangre de mis venas y se me extienden y me entierran en su perfume y me llevan al sueño que pertenezco y no a la tierra donde me refugio y viviendo, muero.

Y mientras espero, se me viene al recuerdo y con tanta fuerza que me parece verlo: Crece junto al mismo chorrillo del manantial y aunque su estatura no pasa de metro y medio, el tronco es bastante grueso y es que este laurel, que según su dueño, el pastor del cortijo, es piramidal, en forma de pirámide, tiene una bonita historia o quizá no sea bonita sino sorprendente, curiosa o extraña o algo que el mismo pastor no se explica pero

como ha sucedido de verdad, él más que nadie se la tiene que creer aunque sea poco lógica.

Como el hombre tiene unas tierras por la zona del valle, cerca de la carretera, todos los años las sembraba de centeno o de trigo que molía luego, de donde sacaba el pan que comía y también de cebada, patatas y otras hortalizas y no eran tierras muy fértiles como sucede en muchas partes de estas sierras pero como estaban bien cuidadas, labradas casi a diario, regadas con el agua limpia de las nieves y las lluvias, soleadas con este bendito sol tan cálido y generoso y aireadas con la pureza de los aires serranos, daban buenas cosechas y lo suficiente para que este hombre y su familia pudieran ir tirando con lo que sacaban de las tierras y cuatro cosillas más sin incluir las bellotas, nueces y setas.

Sembró él también dos nogales y ocho o diez olivos e higueras, parras, algunos almendros, cinco manzanos y al final de la tierra, justo por donde hicieron la carretera, en otoño plantó un pequeño laurel y había también por allí cerca un par de robles y cinco o seis encinas que ni siquiera las tocó porque aquello era una

gloria de tan bellas y la sombra que daban y el laurel resistió bien los fríos del invierno que fue una prueba dura por lo mucho que nevó aquel año y las grandes heladas que cayeron y los vientos constantes que no dejaron de azotar con fuerza.

- ¡Verás si se seca!

Le comentaba a su mujer porque aunque aquello del laurel no era una cosa del otro mundo, sí tenía para él un significado por el mucho cariño que le echaba a la huerta y todos y cada uno de los árboles eran bellos, por ser únicos y haber sido plantados y regados por él pero el laurel, era como la niña bonita, como el ojito derecho de todo cuanto en aquel trozo de tierra crecía y esto es lo que le sucede a mucha de la gente de estas sierras que se enamoran de sus plantas, sus tierras, sus animales, su pequeño mundo y aquí se les queda el corazón durante casi toda la vida e incluso para toda la eternidad y no existe para ellos otro tesoro más grande ni fuente de felicidad más profunda y limpia, porque, además, como todo lo han conseguido con sudor y esfuerzo, aún se les mete más adentro.

Y un día, cuando ya tenía cinco años y un tronco tan grueso como el brazo, pasó por allí un visitante y se le averió el coche justo a la altura misma de donde crecía el arbolito y se puso a revisar el motor y parece que tuvo que cambiarle el aceite y "¿Adónde crees tú que fue a tirar el aceite viejo que le quitó al motor?" Me preguntó el pastor. "Pues que sé yo". Y él me dijo que "Ahí, justo en el mismo tronco del laurel de mis sueños y desvelos y es que como todo el monte es para ellos y nada lo sienten suyo, cualquier sitio es bueno para cualquier cosa".

- ¡Pero hombre! ¿Qué estás haciendo?

Le decía mi mujer a lo que él respondió diciendo que lo mejor era no contaminar mucho y que aquel árbol era resistente a la sustancia que allí dejaba.

Y el pastor fue y le quitó la tierra de su alrededor y le puso otra nueva, lo regó mucho para que se lavara el aceite y no penetrara por las raíces, le echó, incluso, agua templada para que así el aceite se fuera más fácilmente pero nada sirvió de nada y en pocos días se secó por completo y primero todo el tronco se puso negro, después se tornaron amarillas las hojas y diez días más

tarde, a las ramas y al tronco, le aparecía por todos sitios el color castaño de madera seca.

No sabiendo qué hacer con su querido arbolito, lo arrancó, cogió una navaja y lo cortó justo por donde empieza la raíz, podó todas las ramas y al tronco le hizo punta en forma de lápiz, lo clavó junto a un pequeño tejo para que hiciera de guía en los tallos nuevos y dio así por terminada aquella relación de amor con el laurel que tanto había mimado y como al tejo le entraba un chorrillo de agua que venía de la ladera y se iba luego al arroyo, aquella tierra estaba continuamente húmeda y lo que menos podía pensar, el dueño del cortijo humilde de la ladera, es que sucediera lo que sucedió: el tronco seco que puso junto al tallo del tejo, un día echó dos brotes por abajo, pegado al suelo y la tarde que lo descubrió no se lo creía porque, además, era una tarde de otoño y ya hacía bastante frío casi como ahora mismo.

Y aquel hombre preguntó a mucha gente por el autor del envenenamiento de su árbol, y varios que lo habían visto y lo conocían algo, lo único que pudieron decirle es que promocionaba una campaña que se

llamaba: “Una bellota para cada escolar que era la segunda campaña de educación ambiental destinada a que los escolares repueblen los bosques con especies autóctonas ibéricas”.
- Decía que iba a remitir a muchos niños un sobre con varias bellotas y un completo legajo con ilustraciones para su correcta plantación en el medio natural.
Es lo poco que de aquel hombre pudo saber el pastor que cuando luego pasó el tiempo, olvidó el amargo trago porque al fin y al cabo, lo que el de fuera había hecho mal, la naturaleza se encargó de restaurar y llenar de vida nuevamente.

Y hoy y desde mi rincón perfumado y lleno de sol en esta mañana espléndida, mientras voy dejando que las horas pasen y a lo lejos y sobre la sierra bella, se alargan otras nubes que en este caso se visten de blanco como la tierra de la cumbre donde la nieve se derrite y del barranco sube la niebla, me alegro y lloro contemplando el día y rezo al cielo por la ausencia de aquella gente ya tan lejos y yo todavía aquí presente y frente a su tierra que tanto quisieron y ahora tan repleta que los que vienen de fuera y el cielo, azul denso y la luz del sol, tan brillante y

bella que más que otra cosa, parece anunciar que aunque ellos se fueron, su presencia sigue virgen y con la mañana y el silencio y la hierba verde y el recuerdo y la nieve sobre la cumbre, aquí y conmigo, late eterna.

* **AQUELLO ERA** especialmente bello y después de toda la noche la lluvia sin parar y al amanecer, el suelo chorreando y las rocas de la ladera, acuosas y como si todo un inmenso mar se hubiera derramado sobre ellas y el musgo verde y la tierra empapada y la hierba, tierna y fresca y de un color tan esmeralda vivo, que revienta de vida nueva y luego, toda la mañana sin para de llover fuerte y con el viento soplando como si fuera ya el momento del diluvio final y el día eterno donde las nubes cierran, apretadas y espesas, el cielo y sobre las cumbres, más oscuridad de niebla y más lluvia y mucho más densidad de nubes negras por los barrancos y los arroyos, corriendo y el agua y saltando y charcos turbios y alargados y fríos y bellos y el día, cerrado total y sin parar de llover.

Pero recuerdo que aquello era especialmente bello porque cuando ya llegaba el medio día, se abrieron las

nubes y en la corriente turbia del río inmenso que brama y cubre gran parte de la gran llanura, se refleja el sol y algunos trozos de cielo y sobre la ladera de la espesura de la hierba, más rayos de sol dando y brillando en las hojas de la hierba fresca y mojada de la lluvia de no hace nada y el reflejo de ese agua tan pura trabada en la hierba virgen y tersa, como un sueño que entra por los ojos y se clava dentro y se hace dueño del gran gozo del alma y de los otros sentimientos y de la ilusión que mana de una tierra tan mojada y del sol, ahora, besándola y todo tan dulce y en silencio, tan empapado y bello, que aquello y aquel día de otoño con los pies en el umbral del invierno, no se respiraba sino que se bebía y se sentía carne y corazón latiendo, no ya dentro de los paisajes, sino en el mismo núcleo del tiempo y de la eternidad y de la luz y del calor que late en la sangre y de la lluvia y el azul, en la tarde, del cielo.

Y claro que lo recuerdo como si ahora lo estuviera viendo: padre enciende la lumbre entre las piedras y sobre la plenitud del cerro y aunque las ramas están mojadas, arden y a su alrededor nos ponemos y nos calentamos y mientras, ahí mismo, las ovejas pastando y

saltando el agua por el arroyuelo y el sol brillando y llenando de luz la hierba verde y la niña, como siempre y en su gozo y nuestro sueño, jugando con sus piedras pequeñas y sus trozos de madera seca que son muñecas, según ella, y carrozas de princesas y el padre, a duras penas, leyendo en el libro viejo que ya conoce de memoria y como quiere que aprendamos también, dice, junto al fuego:

- Ahora toca leer y luego escribimos para que cuando llegue el momento, sepáis las ciencias del mundo y lo que es malo y es bueno.

Y la niña que se acerca y con su juego y su sueño y su ternura y su gozo y sus piedrecitas redondas recogidas en el río que ahora es color cieno, se las alarga, en la bandeja de sus manos de nieve y fresa, diciendo:

- Tres pesetas es lo que te doy para pagar la cultura de ese libro y la del mundo entero y dime padre ¿es bastante o vale menos?

* **SALIMOS DE LA ALDEA** y por la senda que surca el barranco del arroyo limpio y la fuente que mana

bajo la peña donde las madroñeras se doblan y arropan, en la quietud del silencio, la vereda, ascendemos y al llegar a la curva estrecha de la mitad de la ladera, en la sombra espesa de la centenaria noguera, nos paramos y como yo voy con ellos aprendiendo, miro y veo como el mayor se sube por el tronco y con su garrota, varea las nueces secas todavía trabadas en las puntas de las ramas donde también ya se arrugan y se quiebran, las hojas amarillas de la vieja noguera y por ellas resbala y gotea, el puro rocío de la noche y la dulce niebla que, con la mañana que llega, sube por el barranco y asciende y busca los picos blancos de la cumbre bella.

Y estoy mirando y embelesado al anciano que me acompaña o más bien yo acompaño en esta última mañana de fiesta y al verlo encaramado en el tronco y en la luz y el extremo de las ramas recias, siento como envidia o amor propio o deseo de remontarme más alto porque soy más joven y gozar la tierra y la sombra del barranco y la senda y la luz de la mañana que besa a mi hermosa aldea y no sé cómo pero me veo como volando y coronando sus cabezas y desde lo más elevado les digo que la presencia del valle y sus tierras, es como un

mundo fantástico que, aunque quieto y como durmiendo en la luminosidad de la mañana quieta, es pequeño y al mismo tiempo inmenso y como lo más excelso de la tierra y parte del universo.

Y sigo volando, pidiéndoles permiso a ellos y al viento que pasa y me miran y al coronar el gran picacho de la piedra colorá que se clava en la misma llanura de la lúcida niebla, les digo que lo que desde aquí se veo es el viento besando la hierba y el rocío temblando en las ramas de los enebros y la amplitud, perfumada y asombrada, de la soledad durmiendo eterna y las matas secas de los cardos cucos, rodando desde un infinito a otro y también se ve y se palpa y se bebe placenteramente y se saborea, la profundidad del barranco y más al fondo, la aldea y sobre sus casas de plata y piedra, la lluvia cayendo mansa y el sol y allá en la distancia, como temblando entre la niebla e inmenso un poco y otro poco ya pavesa que se deshace y quiere seguir brillando pero la lejanía y el tiempo no le deja, un vergel de tiernas violetas y ¿yo o Tú, Dios mío o quién, llorando?

Y ellos que me están mirando y en sus corazones tienen viva la experiencia y los recuerdos amontonados y el llanto y los sueños de las flores transformadas en primavera, que me dicen, como repletos y reyes que ya somos en las estrellas:

- Si ahora subes un poco más y te fundes con las nubes y con el fulgor del oro que del sol, llega y tienes un poco de paciencia, verás como tu espera te muestra la pura esencia del sueño grandioso que es y encierra a la llanura y la aldea.

* **EN LA PIEDRA GORDA** de la puerta de la casa, que es como el trono donde se sientan los sabios en los momentos en que distan sus sentencias o reparten sabiduría, está el anciano sentado y mira con solemnidad mientras se mesa las barbas con la mano y a sus pies, se sienta la niña y los vecinos de la aldea, están en la mañana llegando y también se sientan o se paran frente al anciano y está la madre inquieta con su faena y con el puchero de leche que hierve en el fuego y las horas, las que van por la ingravidez de la mañana, están tensas y cargadas como de presagios y en los corazones de ellos, miedo y sombras de tristeza y a todos se les ve

angustiados y, a la que más, a la madre buena porque contra ellas y los suyos, hoy se da un nuevo paso.

Y está el anciano sentado y los mira lleno de amor y como buscando una respuesta que les traiga consuelo y ánimo y ahí mismo, sobre la era y a la sombra de la noguera del rellano, están los otros reunidos y con su sentencia ya dispuesta y preparados para acercarse y pronunciar sus palabras y decir que el paso ya está dado y la mañana y el ambiente está mucho más que tenso y como si fuera la misma muerte, en el corazón clavado y aunque entre los vecinos, ninguno lo sabe claro, todos los saben y notan que ya no hay vuelta atrás, sino que el momento ha llegado pero aun así el anciano de las barbas blancas que representa la ciencia y la sabiduría y el amor y la madurez, está sentando y en cuanto acaban de llegar los vecinos y de rodearlo, la madre sale y se dirige a él y lo mira y pidiendo permiso da el paso y le pregunta, en nombre de los que se han congregado:

- ¿Es cierto que el momento ya ha llegado?

Y el anciano responde diciendo que el momento es el que todos tememos y está aquí y contra lo que ellos han decidido, ya no hay quien pueda cambiarlo.

Y se produce el silencio y el aire puro de la mañana, se llena de llanto y la madre que como las otras, no quiere creer que lo que temen, sea consumado, pregunta y pregunta al anciano:

- ¿Y por qué contra nosotros y con la rabia del que está como envenenado?

Y en estos momentos se acerca el que decide y a todos está asustando y serio y como si estuviera confirmando, por entre los que están de rodillas se abre paso y dice a la madre, con energía y enfado, que le traiga el puchero de leche que en el fuego está calentando.

- Porque os lo voy a decir ya de una vez para que os vayáis enterando.

Y madre asustada, porque los demás también están temblando, saca el puchero con su leche y se lo alarga y él lo coge y sin pensarlo, lo derrama a los pies del gran anciano y se alza luego y con voz sonora y frente a los que se han congregado y lloran, pregunta con tono de creído:

- ¿Haber quién es capaz de recogerla ahora y de volverla al puchero con la misma blancura de antes y que nada quede manchado?

Y los vecinos entienden y miran a su anciano y la niña mira sorprendida y aunque está jugando y no entiende mucho, sí está notando que a ellos y a madre se les ve tristes y casi lloran y están asustados y ya de la piedra gorda en la puerta de la casa se levanta el anciano y con amor los mira a todos y sin querer hablar, habla y dice:
- El momento ya ha llegado y por más que no comprendamos y nos duela, para atrás, no se puede dar ni un paso.

ESTAMOS JUNTO A LA LUMBRE calentándonos y, entre otras cosas, oímos a padre que dice:
- Nunca más.
Y como acabamos de venir de la tierra de la llanura por donde corren las acequias y crecen los granados y las higueras y, especialmente ahora que es otoño, los membrillos ya teñidos de oro fuego, nos estamos comiendo, crudo y con la navaja de pastor, un membrillo

que está áspero pero también está dulce y sabe a manzana añeja y a miel de romero y a primavera fresca.

Y estamos junto al fuego en compañía de padre y quitándonos el frío de la mañana nueva que no tiene tanta lluvia como ayer pero sí está densa de nubes y empapada la tierra y aquí, como ayer por la mañana y aquella tarde de sol y nubes quietas, están pastando las ovejas y llenando la tierra que cae desde el barranco hasta los llanos y el rincón que es para la sementera y como padre está preocupado, no por la faena que en el nuevo día tiene, sino por la presencia de los que ahora levantan planos y traen proyectos y preguntan a unos y a otros y de todos son amigos pero de unos más que de otros y en el fondo de ninguno porque ellos van y vienen por aquí a lo que les interesa, se mueve por la tierra del cerro y mientras mira y se caliente, de vez en cuando se para y piensa y suspira y luego se le oye decir:
- Nunca más yo quisiera.

Y está la niña, como tantos ratos y tantos días en estas tardes y mañanas que son de paso aunque estén llenas, jugando con la potrilla colorá que padre le regaló y

se le ve que la coge y con sus manos de muñeca, le acaricia el hocico y la frente y las orejas y le dice que agache la cabeza porque quiere besarla justo donde tiene el lunar blanco y la yegua que dobla el cuello y casi se pone de rodillas y la niña que la besa de verdad aunque sea juego y el animal que mueve la cola y se va por la pradera y relincha y alza la cabeza y mira y vuelve junto a la niña y quieta, a su lado se queda y vuelve a empezar el juego que nunca termina ni se acaba pero siempre empieza.

Y está la mañana temblando y padre sin dejar de mirar a sus ovejas y al lugar de las nogueras por cuyas sombras y hojas desparramadas, se alza dulce y despierta la pequeña y gran aldea y mientras, padre con su preocupación, calienta sus manos y las retira de las llamas y las restriega y un poco como ajeno a los membrillos que tengo en las manos y al juego que la niña juega y otra vez que habla y dice:

- Nunca más aunque me muera y ellos me busquen y me digan que soy el que más aprecian...

Y está la mañana parada y aunque es otoño, por la tierra de la fuente y de los álamos, cantan las perdices y se ven, de color carne y rojo sangre, repletas las madroñeras y las nubes por el cielo, a ratos cerradas por completo y a ratos abiertas y rajadas y dejando escapar el sol por entre ellas y abajo, donde se aplasta y derrama la bella aldea y dentro de la casa, se le adivina a madre por las habitaciones, trajinando e intentando poner cada cosa en su lugar y quitando el polvo y diciendo que ya no cabemos en tan poco espacio y está el mundo entero, como parado o pasando y aquí entre nosotros concentrado y la niña con lo suyo y el membrillo dulce que comemos y otra vez padre que dice:

- Nunca más, aunque ellos quieran, yo les daré información, para que levanten el plano que luego utilizarán para derribar la aldea y enfrentarme a mi hermano y esto, aunque me digan que soy el que más valgo y al que más aprecian porque ellos, ahora ya lo sé, ni son buenos ni pagan con buena moneda.

* **CASI CON EL MISMO** perfume de sombra húmeda y murmullo de pasos sostenidos, que aquella mañana de aquel día sombrío y dulce, es la presencia de

esta mañana que se asoma por las rendijas del monte que rodea mi casa-cueva y aunque no se ve todavía plena, sí se adivina alzándose desde las cumbres de las montañas blancas y el cerro puntiagudo que se clava y mira a la tierra de los olivos donde duermen los otros poblados y en algunas de las casas, los que tan duro atacaron y tanto daño hicieron a pesar del cariño que en mi corazón, y en el de los míos, hubo hacia ellos.

Y casi con el mismo vestido de eternidad y el mismo canto excelso que aquella mañana de aquel día bello en el mismo rincón y la misma tierra que todavía tengo ante mis ojos y al alcance de mis manos, es este día de hoy plantado ya en el umbral del invierno porque es veintiocho de noviembre y se presenta engalanado, además de con el traje de la soñolienta sombra húmeda que huele a incienso de romero que ellos ni siquiera han rozado, con la serenidad honda de la más exquisita belleza aunque sea la misma de las presencias idas y que tanto fueron y en la distancia y la abundancia y en la lejanía y el silencio, siguen siendo.

Y aquella mañana de aquel día concreto que fue tan parecido a este solemne momento pero mucho más mío y puro y sincero porque estaban los que tanto quise y tanto quiero, estaba la madre lavando en el charco blanco del arroyo claro que se remansa por donde el huerto besa la orilla del río y estaba ella hermosa como la más grandiosa reina y en su silencio maduro de corazón bueno y junto a las piedras blancas y sobre la hierba empapada de rocío, la ropa tendida y esperando la caricia de su mano y su beso y un poco más arriba, donde termina la hoya redonda de los nogales y los juncos y el poleo, estaba padre cavando la tierra y encauzando el agua del venero que mana bajo la peña de la fuente de los álamos y ahí mismo, al lado derecho, estaban pastando las ovejas y junto a ellas, acostado el perro y por lo demás, la eternidad durmiendo como en la caricia de un beso y el arroyo que salta desde el corazón y la llanura extendida y gritando la presencia de la mañana y el silencio.

Y ahí mismo, en la corriente del agua del otro pequeño arroyuelo y justo donde ésta lame la roca blanca que de tan pulida es ya como otro cachito de cielo, juega la niña hermana vigilada y abrazada por la mirada de

padre y madre y arropada y cuidada por el mimo de tu amor de Padre excelso y como la niña es tan casi vuelo de hada y tanto y tanto, puro juego, no deja de canturrear y de hablar y de mirar y de coger con sus manos agua blanca e hierba y romero y no conforme con lo que puede tocar y soñar, se va siguiendo el fluir del arroyuelo y al llegar donde la corriente se pierde por entre las matas del enebro, se para y mira y sonríe y luego grita y llama a padre y pide ayuda en su juego y padre que está labrando la tierra y con su mirada concentrada en la hija de sus sueños, que se para y al mirar y verla, pregunta como inquieto:

- ¿Qué tesoro has encontrado que tanto revoluciona tu juego?

Y ella, desde su sonrisa que es azul como el mismo cielo y en nada se parece a los de aquel valle de la niebla que para mí fue tan grato hasta que con aquel mal me hirieron, dice a padre:

- Aquí se abre un agujero que se traga toda el agua que baja por la corriente y parece bonito pero infunde miedo.

Y padre que deja la azada y yo que lo sigo, al verlo que sube por la reguera y al acercarse a la niña, la coge

de la mano y la besa con los dedos y parado ahí mismo, frente al oscuro agujero que junto a la mata verde, se traga el arroyuelo, le dice a la niña y al hermano y quedo, para que sólo sea testigo el viento:

- La puerta que aquí has descubierto es la entrada al palacio más grande de los secretos.

Y la niña asombrada y el hermano quieto:

- Y ese palacio ¿qué palacio es y qué tiene por dentro?

Y casi con el mismo perfume de esta mañana que llega empujando al invierno y colgada, además de sabor a beso, de sus presencias y sus recuerdos, padre nos abraza a los dos y nos dice que ánimo y que seamos fuertes y que no tengamos miedo que vamos a entrar al más grande de los palacios que en toda esta sierra y todo este valle, para todos es secreto porque nadie conoce y nadie debe conocer ni ahora mismo ni mañana ni luego.

Y hoy ya sin su presencia y casi al otro lado del tiempo, lo anuncio aquí pero guardo el secreto y no digo ni dónde está la puerta que parece un agujero pero que una vez dentro, como aquel día nosotros con padre, lo que bajo la tierra se esconde, es como el palacio más

bello que nunca nadie ha visto en esta sierra y sí digo que aquello es, como una cueva con galerías inmensas y joyas colgando del techo y con lagos y fuentes y más de mil arroyuelos y en el corazón mismo del cerro que tanto fue nuestro reino y del padre, su trabajo y de la madre, su llanto y sueño y de la niña y yo que soy el hermano, el más hermoso de los juegos.

* **CUANDO AYER** por la tarde comenzaba a oscurecer, el campo se llenó de niebla y según la noche avanzaba, la niebla se espesó y ya a primera hora, todo el gran escenario de la sierra, quedó tan sumergido en la densa espesura de las nubes y la oscuridad de la noche, que ni a dos pasos se veía desde la puerta de la casa y menos se veía aún por el barranco del río y las tierras del valle y por arriba, por los campos extensos que se derraman al otro lado de la gran cumbre que divide la amplia sierra y donde anoche se quedaron los rebaños de ovejas y cuando se ponía el sol ayer por la tarde, eran paisajes teñidos de naranja tirando a oro fuego, lo que se adivinaba era la oscuridad total y el frío intenso y de madrugada, la nieve cubriendo la fina hierba.

Y cuando ayer por la tarde llegaba la noche tan tupida de blancura negra, dentro de la casa ardía el fuego y alrededor de sus llamas, se sentaba la madre y padre y el abuelo y la abuela y el hermano también entre ellos y todos como apiñados y dando amor a la niña bella que está enferma con el primer resfriado que el otoño ha dejado a su paso por esta tierra y madre cuece poleo en las brasas del fuego y le hace una infusión con miel y menta y se la da diciendo que esto alivia un poco y despeja la garganta y la cabeza y mientras, todos sentados en el rincón de la casa y aunque callados, sintiendo que además del resfriado y la densa niebla de esta noche, otras cosas fundamentales, desde hace unos días se quiebran y a sumarse a ellas, viene también la carta de la que se fue a tierras lejanas y desde entonces es ausencia.

Y entre otras cosas dice que allí, en aquella gran ciudad, siguen sin tener trabajo y por eso las tres pesetas que de aquí se llevaron, ya se las han comido y aunque muchas personas les quieren, no se le abren las puertas ni tienen suerte y sueñan comprar una casa y un coche y que cuando venga los niños, sí puedan ir a la escuela

pero ahora y con el frío del invierno y cuando tantos llegan de fuera a ver si encuentran algo y mientras también esperan, duermen en las calles entre cartones y bolsas viejas ¿qué hacen con los brazos cruzados y mirando la cielo y en esta lejana tierra? Y eso sí, según ellos dicen en su carta: "Aunque todavía no estamos en diciembre, por aquí ya la Navidad ha llegado porque se ven los letreros y las luces y los belenes, puestos en todas las tiendas y ya suenan las canciones de la nochebuena y aunque todavía está lejos y muchos no tienen ni tendrá ni para comprar dos mantecados, en casi todos los comercios grandes y en todas las tiendas, ya la Navidad ha llegado y aunque sólo sea para vender cosas que no servirán nada más que para llenar la barriga y dejar más tristeza en los corazones y, en las almas, más miseria".

Y como la noche esta que ha llegado y tiene tanta niebla a lo ancho de los campos, es una noche también un poco triste aquí en este rincón tan amado del cortijo en la llanura porque la niña está mala con su resfriado y porque un montón de ilusiones que ayer teníamos entre manos, ahora se sienten rotas porque se notan otros los campos, aunque esté llegando Navidad, que no es cierto,

en el cortijo junto al fuego con el abuelo y la abuela, además del resfriado de la niña hermana y el frío y la niebla de esta noche cerrada y fea, lo único que la anima es la lluvia que ayer tanto mojó el campo y en la estancia y junto a la lumbre, el olor de la matanza que en chorizos y morcillas, del techo cuelga y el olor de las aceitunas partidas y aliñadas con tomillo, limón y sal y en la orza de barro en el rincón de la matanza y, en la oscuridad y el frío del invierno, como en espera e igual que el resfriado de la niña arropada por el cariño de la madre y la abuela y fuera y a lo ancho del campo, la oscuridad de la noche y por las cumbres, las ovejas y donde la hierba fina de las praderas, más frío y quizá la nieve cayendo y la espesa niebla.

*__POR DONDE LA SENDA__ cruza el arroyo, a la izquierda bajando de la aldea, está el peñón, donde crece el quejigo, la cornicabra abierta, la coscoja y ahora y en estos días finales del otoño y escalón del invierno y después de tanta lluvia sin parar y tanta niebla espesa sin remontar, el verde y espeso musgo.

Y como éste sigue siendo el peñasco donde siempre la niña se sentaba a comerse la merienda y mientras comía y miraba embelesada, como este día de hoy apagado y húmedo, siempre le quedaba, grandioso y amplio, al fondo el valle y más hacia ella, sobre la peña del roble verde que es el mejor mirador de juego y serio, los huertos del arroyo besando al otro arroyo y más hacia donde cuelgan sus pies, el barranco espeso y madroñeras por donde desciende el arroyo nuestro y brotan los manantiales e instalaron la merera y arrancan las canales que surcando la ladera y repletos de aguas limpias, iban y regaban los otros huertos.

Y como la peña sigue estando en el mismo sitio y con su roble clavado entre sus grietas y su musgo largo, espeso y verde y su cornicabra ahora ya sin hojas porque hoy es veintinueve de noviembre pero sí su coscoja de hojas rugosas y con espinas y sobre todo, el asiento perfecto donde ella se sentada y donde hoy yo llego y me siento y dejo que mis pies cuelguen y mientras me empapa, en el núcleo de mi alma, no el agua sino el rumor del agua por la cascada del arroyo bello que se despeña repleto como aquellos días y tan crecido que no

puedo ni cruzarlo, recorro con mis ojos el barranco y todo lo encuentro como en aquellos días y tan húmedo como cuando aquel invierno y por eso el musgo, que es abundante y espeso en todas los peñascos y troncos de robles y fresnos que se amontonan en el mágico mundo de esta hondonada, está verde y terso y formando alfombras tan bellas y puras que más que musgo, parecen praderas de hierba concentrada que no caben en la tierra y rebosan y gatean por los troncos y los peñascos como si de este modo agradecieran a las nubes y a Ti, tanta lluvia o quisiera hacerse hojas o madroños entre las mismas copas de las madroñeras y así ya vestir de una vez y en el mismo juego de la niña, todo el barranco de verde y el agua clara del arroyo saltando por su cascada y su rumor, tantas melodías y tan gran concierto que a su compás el musgo crece y todo luce, besado por la humedad, el lujo del mejor traje de fiesta para el momento.

Y estoy sentando en la cúspide de la gran roca que ella siempre llamaba su mirador perfecto en el centro y corazón mismo del gran barranco, y como siempre sueño y cuando no, recuerdo, se me pasa por la mente y me

acaricia el alma, aquel día de aquel invierno que, como hoy, no tenía nada nuevo pero como las ovejas pastaban por la parte de arriba y padre labraba las tierras del huerto y como era la hora de la comida, al medio día, abrimos el zurrón y sacamos la fiambrera de aluminio y las migas de harina que madre por la mañana nos había hecho, todavía calentitas, nadando en su apetitosa leche blanca y oliendo a incienso y entre las ramas de la cornicabra y el tapiz del musgo verde y el apoyo del tronco del roble y con los pies colgando hacia el barranco y con el viento besando las hojas del bosque y nuestras caras y el canto del arroyo igual o más que hoy, de compañero por la derecha, nos fuimos comiendo tan ricas migas mientras nuestros ojos pequeños se paseaban por el barranco con su espesura del monte y su valle al fondo y su mar de agua en forma de lluvia fina y por el cielo, las nubes corriendo y anunciando más lluvias y en todo y dentro de este repleto mundo verde y oscuro y blanco y mudo, Tú latiendo y besando y dando música al arroyo y sabor de maná, a las migas y al momento.

Y como broche final y detalle de Padre bueno, dando órdenes al viento y éste moviendo las madroñeras

y los madroños rojos y maduros y blancos, soltándose de sus ramas y cayendo entre los mullidos tallos del musgo verde y destellando su rojo y a punto de reventar de bueno y por eso y su juego, al verlo la niña, qué bien que lo recuerdo y como me parece que sea ahora mismo, al tiempo que lo recoge, diciendo:
- Este es el postre que nos regala el cielo.

* **Y COMO ESTOY** sentando en el mismo tronco excelso de aquellos días y aquellas tardes y aunque ya los años son otros y muchas cosas son nuevas porque otras muchas han muerto, miro al barranco y desde este silencio que me arropa y ya creo es todo mío y por eso bebo y bebo del verde que mana del bosque y del blanco de la cascada quebrándose y sin romperse corre y como eterna día y noche año tras año en este saltar alegre y en su canto, ahora recuerdo entre tanto, aquel día que era invierno y que cuando caía la tarde subía con mi amigo el pastor por la cañada anchan donde los arroyos son remansos e íbamos buscando, él sus vacas y yo mis borregos y, qué bien que lo recuerdo, que al remontar al llano, él sí encontró sus vacas pero yo no vi a mis borregos.

- Pues regreso a la aldea y doy aviso de que tú te has quedado buscando a tus animales y que no estén preocupados que volverás en cuanto puedas.

Y sigo andando subiendo hacia la cumbre y corono el cerro y aparto el monte y miro y llamo a los borregos que voy buscando y no aparecen ni dan señales de vida y a esto, el día que se acaba y desde allí y siguiendo la ladera de la tierra blanca y los romeros, yo sin saber por dónde baja la senda a la llanura y, además, con las esparteñas rotas y sin mantas y sin alimentos ni luz para alumbrar el camino ¿cómo volver y ya con la noche encima en aquel día de aquel invierno?

Y para animarme y consolarme, me digo a mí mismo que los borregos, quizá ya han regresado a la tinada siguiendo otros senderos y por eso me quedo con un poco menos de preocupación aunque me envuelva el miedo del camino y la soledad en medio del monte y la noche brotada y cerrándome el regreso y ahora caigo en la cuenta que aquí, a dos pasos y entre los lentiscos y el mechón de enebros, se encuentra la cueva de los jabalíes y entre los tres agujeros, el del centro y el del pino grande,

es bueno para acurrucarse y pasar la noche e incluso, dormir y guarecerse de la lluvia del invierno.

Y lo de aquel día y aquella noche y aquellos montes, ahora lo recuerdo, mientras estoy sentando en la piedra del juego y el sueño de la niña y mientras me bebo lo que del campo mana y de la ausencia y del momento y los días y las tardes y de las mañanas que parecen las mismas, por ser invierno y tener madroños rojos y mucho musgo y gran cantidad de agua el arroyuelo pero Dios mío, sólo Tú lo sabes, esta espera y este perfume y este recuerdo entre tanto latido de ausencia y tanto saborear aquel beso ¿cómo puede ser el mismo si ya no puedo con su peso?

* **Y DESDE ESTA PIEDRA,** que es el mirador del roble verde, ahora recuerdo aquella noche de aquel día cuando ella estaba y sentados, todos junto al fuego de la chimenea y sus palabras diciendo que le contara, cómo era el barranco del sueño que sube desde la primera aldea a la que se recoge entre la cumbre y el cielo y desde el manantial grande y hasta el valle y por su centro, corre, salta y canta el arroyuelo.

- Pues dime tú cómo lo viste aquella primera vez que luego y, en cuanto madre me deje y sepa andar, contigo quiero ir a verlo.
Y recuerdo como aquella noche yo le dije que la primera vez que y recorrí su monte y su misterio, lo vi como un cuento de hada muy bello.
- ¿Pero cómo es?
Y entonces hablé y le dije que:

"Cuando los robles empiezan a desprenderse de sus anchas hojas verdes, las madroñeras y las clemátides, florecen y los bosques se llenan del inconfundible perfume del otoño que también huele a bosque mojado y a setas recién nacidas. Abajo, en el barranco y junto a la corriente del arroyo y los manantiales que por las rocas fluyen, hasta mí llega el suave olor de las blancas flores de esta humilde planta y con ella y el rumor de la corriente, te saludo.

Ya he visto la fuente de dónde ellos cogían el agua que iba por la reguera, a las huertas de las tierras bajas y como sigo y me adentro en la espesura de las encinas y el montón de zarzas que asfixian a las

madroñeras, me tropiezo con el trozo de arroyo que se une al que me has prestado, y que mira seco. El nuestro, el que por unos días es más que mi casa, aunque desde aquí no lo veo, sí oigo su cascabeleo y como sé que nace entre la espesura del matorral, en la ladera de la solana, a la derecha, hacia este lado me vengo atraído, también por la querencia de la aldea.

Se atraviesan en el camino, si es que se puede llamar camino a la espesura de esta tupida maleza, las rocas llenas de musgo y ahora recuerdo que por aquí brota otro chorrilo de agua, aunque la del caño grande, viene de la pendiente de la ladera por donde la oigo saltar. El todavía imberbe cauce que desciende por entre las rocas de la solana por la que cae, se mete, se va filtrando, sale y se esconde otra vez en las raíces, las sombras, la oscuridad y las ramas y como me gusta tanto este trozo de nuestro arroyuelo, me paro un poco por entre el monte porque quiero ver si el manantial que le da vida, sigue igual y aquí mismo descubro la pared que tiene forma de camino. No la distingo con claridad y tanto se me ha olvidado, o mejor, se ha borrado lo que no se me olvida, que tengo que remontar aunque me cuesta

dejarme atrás lo que antes mis ojos se extiende. Y sí: parece que esta especie de parata es el camino que lleva a la aldea pero tanto bosque la arropa que aunque se ven las piedras bien puestas como formando lo que pudo ser el pequeño muro de contención para sujetar el camino, no hay ninguna otra señal clara de la senda vieja.

El chorrillo que por aquí atraviesa la pequeña llanura y no desciende por la cuenca principal sino que viene del bosque y la pendiente que me corona por la derecha, del lado de la solana y de entre los pinos, tiene todo el rincón inundado y arriba, las cascadas de las raíces y piedras, repletas, rebosantes de aguas limpias y perfumadas y el gran surco que la corriente ha tallado entre las rocas y las zarzas.

Veo que, pegado a la corriente y ascendiendo ladera arriba, ya no va la senda chiquita que amorosamente pasaba besándola, abrazándola, dialogando con los charcos y yo por ella siempre jugando y perdido entre su extraño juego, aunque sí se descubre como muchos rastros de animales que bajaran desde las partes altas, aprovechando los trozos rotos que todavía

quedan. Pero si me fijo bien descubro que no son animales silvestres ni los habitantes de los cortijos, los que ahora han dejado tan trillando las riveras de este arroyo. Es como si por aquí hubiera subido o bajado mucha gente dejando sus rastros en el monte tronchado, la tierra arrastrada y las piedras rodadas.

Pueden ser los muchachos del campamento que han montado al final del barranco, en las mismas tierras en que estuvieron las huertas que dieron tan buenos tomates y lechugas. Seguro que por aquí han venido ellos buscando el nacimiento del arroyo, lo mismo que yo ahora y no me explico cómo pudo pasar el primero que por el lugar vino con un bosque tan espeso como el que me estoy encontrando y que, a pesar de la gran dificultad, si puedo penetrarlo y avanzar ladera arriba en busca de lo que intuyo y me falta y por eso te decía que tengo un motivo elevado para recorrer estas tierras, ¿pero ellos?

Tengo ya recorrida un buen trozo de ladera y por entre la espesura de la sombra, raíces y oscuridad de los pinos, aparece el charco con su cascada que espectacular cae por entre las rocas. Me paro frente a ella

y la miro despacio intentando reconocerla para hacerla otra vez mía y descubro que en el centro, la limpia y sonora cascada que más me corre dentro que fuera, ya tiene su árbol caído. Hasta parece que acaso hecho, alguien lo hubiera puesto para que sirviera de puente. Pero quiero creer que no lo ha puesto nadie sino que por sí mismo, una noche de viento fuerte o con el peso de la nieve del invierno pasado, él se ha tronchado y quedado tumbado sobre la corriente. Por encima, otro espeso bosque de pinos y el agua que sigue fluyendo entre charcos y más cascadas. Aquí, donde se rebulle este remanso que me refleja y comienza a recoger las perlas que desde mis ojos surcan mi cara y caen a mis pies donde se mece el agua, el terreno forma una pequeña hoya y es por el centro por donde baja el surco tan repleto. La ladera se inclina, el monte sigue espesándose, las rocas se pronuncian y la subida se complica. A cada paso resulta más difícil seguir subiendo, porque voy por donde nunca hubo camino.

Es imposible que por terreno tan quebrado y cubierto de tan densa vegetación, suba ningún camino aunque bien sé que la necesidad de ellos, les obligaba a

trazar sendas hasta por el mundo de los sueños. Pero ni ellos están ni yo soy el de aquellos días y por eso, ante tanta dificultad, me paro, miro y me planteo abandonar porque creo que ya nos es posible romper frente solana arriba dirección a la aldea. Te miro en la lejanía y miro el barranco y la llanura al final, reflexiono y me digo que cualquier decisión que en este momento tomes, pasa primero por salir del atolladero en que me he metido. Tire para donde tire he de salir para algún sitio. Por eso, a las alturas en que ya estoy, lo mejor es romper para arriba porque es por este lado por donde me queda lo que voy buscando y si calculo bien, no echaré más tiempo en terminar de remontar que en regresar.

Miro para el barranco y desde la espesura de este inmenso bosque que me cubre casi cinco metros, me empieza a correr una extraña sensación por el alma. Cuando las lluvias, cuando las densas, fuertes y oscuras lluvias que en tantos momentos y días Tú derramas sobre estos montes, llegan y caen ¿cómo será su presencia visto desde donde ahora mismo me encuentras? Con lo grande que son estas sierras tuyas, con la cantidad de barranco, arroyos, laderas, cumbres, rocas y demás

trozos de tierra, que maravilla tan grande es que pequeñas gotas de agua caída desde las nubes, rieguen, empapen y hasta formen embalses, a lo ancho no sólo de este rincón sino del casi infinito mundo de esta sierra.

Y adivino que maravilla más grande es porque el sentimiento que acaba de sacudirme, desde hace siglos, ha sido una realidad palpable por esto paisajes. Lo sé y por eso me asombro. Si los humanos, si los hombres tuviéramos que regar la extensión que ocupan estas sierras con sus rincones, rocas y barrancos ¿cuánto tiempo y cuánta agua necesitaríamos? Sé que es un imposible. Los humanos con los medios que hoy tenemos, nunca regarían todos y cada uno de los pequeños trocitos de tierra que existe por estas sierras. ¿Cuánta potencia y cuánta agua no necesitaría? Es lo que me pregunto y es por lo que me asombras cuando veo la lluvia caer sobre estos campos regando cada centímetro y así hasta completar la totalidad. Y Tú, desde tu silencio y sin que nadie se entere, realizas aquí y allá y en todo el planeta el portentoso asombroso.

Continuo con mi subida metiéndome ahora por entre las rocas buscando el cauce del arroyo con la idea de ascender por ahí y en estos momentos, ante mis ojos se abre otra maravilla.

Otra maravilla en el centro de este barranco donde todo me rebosa y principalmente el bosque, las cascadas, los charcos del arroyo y el silencio en cuyo seno nace y empiezan a crecer estos rayones. Por aquí el cauce se divide corriendo no por una solo canal sino por tres o cuatro diferentes. Si lo observo bien, veo que tiene sus lógicas. Miro para lo hondo. Descubro que ya me encuentras muy elevado sobre la ladera. Estoy ahora mismo subiendo no una ladera sino una pared fuertemente inclinada y por eso aquí el arroyo cae convertido en una pura cascada que se divide en muchos chorros.

Unos metros más arriba, el canal del cauce de la derecha se queda seco porque toda el agua se concentra ahora en el arroyo de la izquierda y otra nueva sorpresa: sobre la ladera de la derecha ya veo el camino. Exclamo un “Me lo encontré”, aliviado y con la fuerza que contagia

la emoción, acelero mi paso y enseguida me sitúo sobre él. Veo que es el mismo pero roto, tupido de monte y como en aquellos días, sube adaptándose a la forma del terreno y al cauce del arroyo en busca de la aldea.

Aquí mismo sigue verde mi árbol oscuro, el acebo que tanto me gustaba y miro más atento y descubro que aquí mismo sigue naciendo parte del agua que baja por el arroyo y arropado por la sombra de las viejas higueras. Me siento contento porque ahora sí parece que he encontrado de verdad parte de la senda que lleva al rincón donde en la soledad se desmoronan las casas que tenían sus cimientos más en las nubes blancas que en las rocas de estas montañas. Pero tanto ahora la emoción me inunda que dudo entre seguir subiendo o venirme por la senda siguiéndola para atrás. Quiero ver, aunque sólo sea rápido y levemente, qué se divisa desde los distintos puntos por la ladera que recorre el camino. Me digo que sólo recorreré unos metros para atrás y luego volveré y continuaré con la subida.

Desde el cerrillo en que la senda se divide, se ve la misma gran panorámica bella de aquellos días pero por

lo que fue el valle, se nota ahora la ausencia de tanto que no parece el mismo: donde estuvo la aldea, las ruinas del viejo cementerio, las huertas, el camino grande que llevaba a media sierra, los otros cortijos al otro lado del río, el vado de aquellos pinos tremendos, la hebra plateada de las aguas del río... Como he regresado por la curiosidad de comprobar qué se veía desde este lado, sin pretenderlo me he situado casi en el centro del monte que se derrama por en medio de los dos arroyo. El nuestro y el que se le junta por encima de las huertas y viene del lado donde ella buscaba caracoles y bebía leche de su cabra negra. A la derecha me queda el nuestro, al frente y en lo hondo, el valle y detrás, que es el norte y la cumbre, lo más elevado de la cuerda.

Saboreo la visión desde este trozo de sierra y mientras te alabo, te doy gracias, lloro y me quedo en cada temblor pequeño de las hojas que me rodean, me digo que cuando uno planta las cosas y las ve crecer cada día, hacerse grandes, florecer y dar sus frutos, uno se encariña con las cosas y se hace a ellas y es norma que luego, cuando ya no están, se le siga queriendo y duela tan fuerte su ausencia.

No regreso sino que sigo la misma dirección pero ahora ya por el camino viejo que a pesar del tiempo y el desuso, no está viejo, según de dónde se le mire porque se encuentra perfectamente tallado en la ladera y tan cómodamente me voy por él que es todo un alivio. Se ha espesado tanto el monte y se ha inclinado tanto la ladera que si ahora no fuera por el camino ya no podría avanzar por el terreno.

Ya estoy de nuevo en el punto en que se divide. Ahora es cuando se ve con claridad que uno sube y otro baja. Me voy por el que sube y lo primero que descubro es que la senda empieza a pegarse al arroyo. Sé que busca remontar a la gran repisa de la ladera, aprovechando el surco que las aguas del cauce abrieron, sé que en cuanto corone el collado, aparecerá la llanura, donde se encuentra la aldea y frente me va quedando la roca del escalón de la repisa o la que es espejo del valle y la ladera que sube y es ahí donde se termina la pronunciada pendiente, en un también pronunciado cerro el cual ha sido tallado por el arroyo del lado en que subo. A la derecha, ahora, quedan las crestas de la cumbre, el

collado, cortando el escalón y detrás las llanuras que me tiemblan.

Avanzo unos metros y caigo de nuevo al arroyo y al verlo ahora y por estas alturas me asombra la cantidad de agua que trae. Si no lo viera no me lo creería y sobre todo con la sequía que padecemos y a estas alturas sobre la solana. Mas yo sé que cada cumbre de estas sierras, es todo un depósito de agua que se va desangrando lentamente y en el arroyo que me cruza por delante, tengo la muestra. Y, además, compruebo una cosa: cuando hace un rato venía por allá abajo, me creía que de aquellas rocas y raíces, brotaba este arroyo. Ahora veo que no era verdad.

Estoy viendo que por aquí, bastante más arriba de las fuentes de donde arrancaban las regueras, nuestro arroyo baja tan lleno o quizá más que en aquel punto. Parece como si en realidad fuera aquí donde de verdad naciera pero esto es lo que he pensado siempre.

El camino y el arroyo se funden en esta zanja que corta la ladera y por su centro sube buscando la repisa de

las tierras llanas. Hay muchos arrendajos por aquí que van remontando su vuelo según avanzo por el monte. Es ahora también la época de las bellotas y por eso y por esta zona crecen muy esposas tanto las encinas como los robles y los quejigos y a los arrendajos les gusta mucho este tipo de bosque porque es donde se sienten seguros por la cantidad de alimento que entre las encinas siempre encuentran. Y es curioso, ahora que ya ando casi de nuevo por las aguas del arroyo, descubro que este trozo de por aquí, se parece mucho o es casi es igual al que en el otro lado de la ladera también conozco.

En aquella zona está el salto por donde el agua se despeña y queda recogido bajo el bosque de pinos y madroños al tiempo que encajonado entre dos laderas. El salto de este arroyuelo nuestro, también se despeña por una pared rocosa muy parecida. Casi gemelos son aquel rincón y este otro del arroyo nuestro, aquí, por donde el camino viejo ya sí domina la ladera.

Y el agua es limpísima. Puro viento que chorrea por la cascada y se estanca en preciosos charcos por donde en su fondo brillan los rojos madroños, otro sueño y otro

juego. Las madroñeras crecen espesas junta al charco, con sus raíces clavadas en la misma tierra que las aguas moja y como todas están repletas de frutos maduros, los que ya blandos se caen de las ramas, ruedan por la ladera y muchos se quedan en el mismo fondo del charco o la corriente. Otro trozo de belleza que viene a hacerse presente en el rincón lejano y escondido de estas perdidas malezas de las sierras.

Y un poco más arriba, a la derecha por donde subo, la era, señal de que las tierras de la aldea no se encuentra lejos, por entre el monte, llena de pinos, comida por la hierba, rota, que me sale al paso para recordarme que por estas tierras tan repletas de agua aún hoy, crecieron las sementeras de trigo, la cebada y el centeno que luego trillaban aquí mismo para aventarla y separar la paja del grano".

Y recuerdo y quiero decirlo, que cuando terminé de contar a la niña hermana lo que vi la primera vez que subí por el arroyuelo, ella me miró sorprendida y dejó que pasara un rato y luego habló, diciendo:

- Lo que acabas de contarme ¿es realidad o sueño?

Y le dije que era un poco mitad de las dos cosas aunque algo menos del primero y entonces ella me dijo que ya estaba deseando conocerlo pero que mientras tanto que llegaba el día de ese juego y ese encuentro que le contara ahora la otra parte o la otra subida por el lado de los robles viejos y allí y aquella noche junto al fuego y en compañía de los padres y el silencio que subía del barranco y el dulce beso del Padre bueno, le dije que:

“Subo y remonto la ladera por una sendilla de animales esperando encontrarme en lo alto la caseta del viverista. Una encina grande y madroñeras con más de quince metros de altura. El suelo está lleno de hojas de las madroñeras, naranjas y conchas de pinas, muchas piñas, hojas secas y los madroños ya están gordos aunque todavía verdes. Al remontar me encuentro la senda que baja por la ladera hacia la huerta y cantan las cigarras y eso indica que hoy va a ser un día de mucho calor. Remonto y veo que esto sale a donde yo tengo las piedras blancas escondidas. Otro cardo azul, y las piedras blancas en el collaito, un quejigo con muchas bellotas gordas, la mejorana seca, el pasto seco y los jaguarzos, verdes y al tocarlos se me pega su resina. Retamas y

muchas esparragueras, baja la senda al collaito que es por donde viene la gran canal y por aquí se amontonan veinte quejigos preciosos y voy a encontrarme con la canal que viene desde el hoyo de las mereras, más madroñera, quejigos y por aquí empalma otra senda que viene desde el campamento. Un enebro roto con tallos jóvenes muy bonito y voy a coger por donde hay un pino con un pie cortado. Retamas, lentiscos y cardos azules y quejigos. Un rellano sin monte, mucho pasto, ramas secas y piñas. Más cardos azules, jaguarzos, majoletos, zarzaparrillas, al frente se ve la peña del musgo o del tesoro y un trozo de lo que fue el valle. Torvisco hay por aquí también, rosales silvestres, zarzaparrilla que ha nacido en un montón de las piedras que ellos dejaron por aquí y junto y majoletos.

Muchos lentiscos, el pino grueso que se dobla para el quejigo, se espesa el bosque, zarzaparrilla abrazando a las madroñeras, y el espeso bosque de carrasca por donde aquel día me encontré con los jabalíes. Una peana de madroñeras con más de veinte pies, un pino seco caído y tronchando en mitad del camino, lo han cortado para poder pasar, muchas ramas, muchas hojas secas,

una pequeña hondonada con muchas ramas secas de encinas y pinos, piñas y hojas también, mucha hierba, mucha sombra, las junqueras y las madroñeras que se amontonan y una carrasca que se dobla hacia el barranco con el tronco recubierto por completo por el musgo y las zarzaparrilla que lo invade por completo.

Remonto desde la hondonada y se adentro por la espesura de las zarzaparrillas, madroñeras y carrascas con tres troncos restos. Se espesa más el arroyo, el monte formando un puente, el tronco de madroñeras retorcido y podrido y roto por abajo, el pino resto y por aquí adivino la senda. El gran quejigo a la izquierda y creo que la senda. Otro gran pino a la derecha abrazado por la hiedra y arriba se abre llenando todo el tronco y las ramas, las ramas de las zarzas que caen tapando la senda y a la izquierda más bosque de madroños, y las rocas con el musgo, el puntalillo y a la derecha el bosque tupido de madroñeras. Y el arroyo que se oye al fondo porque ya voy volcando para el barranco, un cerezo que sobre sale por entre las muchas madroñeras, los muchos quejigos, las muchas carrascas, muchos lentiscos, y el bosque espeso, sin hierba en el suelo, y esta no es la

senda, esto es un canal que iba más arriba de la principal. Me vuelvo y sigo buscando la senda, después del barranquillo con el pino caído y el puntalillo con la piedra, al lado de arriba, las madroñeras para abajo, y al frente el corte de rocas con el pino seco, el roble y la ladera por encima de la aldea y el barranco. Aquí cae un poco y ya va buscando el arroyuelo.

He sudado y hasta me he equivocado, como el otro día, tampoco hoy encontraba la senda. Trozos de porras secas que son raíces de madroñeras, peanas podridas y un montón de rocas blancas sujetadas todavía por el esqueleto de esta peana. La senda baja un poco buscando el arroyo y a las izquierdas las grandes rocas que se desplomaron, ramas retorcidas y espesas y la sombra y las zarzas y poco hierba, muchas hojas secas y más piedras que han rodado y están aquí amontonadas, las madroñeras que caen y la gran ladera que voy atravesando y antes de llegar a la roca grande que también ha rodado desde arriba, un arce inmenso con más de doce pies que suben y cubren media ladera con su sombra.

La piedra grande tapa la senda y la tengo que rodear para seguir y arriba, descarnada la tierra y las rocas y abajo, la ladera blanca llenas de rocas con un pino y al final el bosque de madroñeras. Aquí rocas amontonadas, la madroñera que hace de arco y por debajo pasa la senda, el barranquillo con la roca al lado de abajo, la pequeña llanura, el enebro y ahora sube un poco, unas plantas verdes parecidas a narcisos que no son, tronco de pinos podrido, muchas hojas y mucha sombra, un tallo de durillo pequeño, una pared de piedra que sujeta a la senda por el lado de abajo, un quejigo abierto y vestido de musgo hasta arriba y subo un poco más, a la izquierda las rocas que parecen un mojón y dos más chicas acompañándolas, y a la derecha la roca grande con el quejigo que ha nacido en la grieta y ha crecido tanto que ahora la esta cubriendo y el manojo de carrascas que cae hacia el barranco.

Sube, se allana y cae hacia el arroyo y aquí está ya el charco donde descanso, bebo y me refresco a la sombra del bosque mientras la senda pasa por una piedras que aquí han puesto y al llegar, un arrendajo que ha salido volando de entre las ramas verdes del fresno

grande que crece por la parte de abajo la cascada que se abre en forma de abanico y el agua se esturrea cayendo por las rocas y por donde va el agua, ha nacido el musgo, que está verde y la cascada blanca con charcos que la va recibiendo y luego más piedras y la senda que pasa por aquí justo donde el charco se remansa.

Hay cuatro piedras para pasar y a lado de arriba el chorro que cae por las rocas más suave y en forma de escalera pero abierto y con el musgo verde en el fondo y a los lados un poco amarilla y el agua que es transparente, como espuma blanca, que salta y se abre y las zarzas que cuelgan silenciosas. Un arrayán junto a la piedra donde siempre me siento y por el lado de abajo, donde las aguas lo rozan, mucho culantrillo verde muy bonito y por la izquierda, mirando hacia arriba, otro chorrillo de agua que cae, un fresno, más zarzas, madroñeras y carrascas y la oscuridad del arroyo que sube. Es la una y media de la tarde y voy a pararme y quedarme aquí todo el rato que sea preciso. Más a la izquierda mirando para arriba, muchas rocas formando repisas, recovecos, llenas de culantrillo verde por lo alto y por los bordes y musgo y las rocas lavadas de tanto agua

como este invierno ha caído por ellas, en estos momentos por ahí ya no pasa agua porque la corriente es más escasa y se concentra por el lado derecho. En lo alto de la roca redonda donde crece mucho culantrillo, un tallo de mente florecido más a la izquierda, la otra roca llena de musgo es por donde crece el arce largo y luego la madroñera.

Miro a la cascada hacia la izquierda conforme estoy sentado en la roca mirando en la dirección que corre el arroyo y descubro que el grueso cae por la piedra lisa llena de musgo, al charco. Forma espuma y una libélula lo atraviesa ahora mismo. Hay un chorrillo que se escapa algo más allá por donde se va la senda, por lo alto de las rocas llenas de algas verdes y al llagar abajo, antes de caer al charco, las rocas forman como una taza donde el agua se remansa un poco, como si fuera un puñado y entonces, rebosa más pegado a la roca, cayendo como si fueran hilos suaves, unos más gruesos siete u ocho pequeñitos, caen al charco y ni siquiera se sienten. Caen sobre ellos los juncos, más arriba los pinos y las zarzas. Se oye el rumor del agua y las cigarras cantando. Acabo de lavar mi pañuelo en el charco del agua que está

fresquita y al levantarme y mirar hacia abajo hacia donde está el fresno largo que tiene más de veinte metros de alto, con el tronco fino que se abre en cuatro tallos y luego arriba en uno más grueso y dos más por debajo, se ve un charco grande donde el agua cae de la cascada, hay una bajada tremenda, y se ve como un chorro de espuma blanca que se curva por encima del charco y luego rebosa y sigue cayendo.

Y la idea que se me ha ocurrido ahora mismo es que todo el mundo, todo el plante y quizá todo el universo, como una gran mina de pepitas de oro, todo en sí entero, y abajo está el núcleo, la veta grande y entonces, sólo hay que romper la cáscara, por donde sea, y penetrar y entonces se llega a la mina de oro que es la misma en todos sitios, lo importante es que este rincón sea la galería por donde yo rompa la cáscara para llegar al núcleo de la mina de diamantes que es, nada más ni nada menos que Dios. El encuentro total con Dios.

Ya estoy más fresquito. Llevo aquí un cuarto de hora y he lavado mi primer pañuelo y lo he enganchado en las púas del tallo de zarza que cae. He llenado mi boca

con un buche de agua fresquita, me he refrescado la lengua y como ya estoy más tranquilo, me muevo siguiendo la senda hacia atrás. Sube un poquito, un gran bosque de madroñeras por el lado de arriba y enseguida el montón de cinco o seis rocas tapizadas de musgo que está seco pero con tonos verdes y la hiedra de hojas finas con sus tallos delgaditos que se agarran a las rocas y hojas pequeñas en forma de corazón. Me subo un poco más la senda y hacia la izquierda primero se encuentra el gran bosque de troncos de madroñeras con casi cinco metros y con muchos madroños todavía verdes. Al fondo se ve la cascada cayendo y de pronto por ahí veo subir a los que vienen de fuera.

Me voy por el lado derecho del arroyo subiendo y nada más remontar veo el pequeño rellano de las carrascas, me adentro más hacia el arroyo y las cascadas que caen abiertas por entre el musgo, cinco o seis caños de cascadas con el musgo fresquito y un charco donde se remansa, una mariposa naranja y otra azul y una libélula y el musgo verde formando canales por donde caen los chorros del agua. Por la izquierda se abre más y caen más agua. Me adentro por el centro de los tres arroyo y

hay por aquí muchas zarzas y por este lado cae otro ramal de arroyo, charcos, musgo y más cascadas y un gran arce y la madroñera larga, mas de veinte metros con un tronco que luego se va retorciendo entre sí, la madroñera con su tronco donde primero forma una peana grande con muchas covachas llenas de musgo y luego el tronco que se abre en forma de pala, forma un arco, se juntan los dos troncos, después se cruzan y ya caen hacia el barranco.

Por encima del charco en que cruza la senda, entre los dos arroyuelos y en la sombra espesa de las ramas y el monte que me rebosa, hay muchas rocas tapizadas de musgo. Una de ellas es una siento perfecto en la cual me siento y cuelgan mis pies hacia abajo, los troncos de dos arbustos secos, llenos de musgo. Miro hacia abajo y a la izquierda me quedan tres troncos revestidos totalmente de musgo, algunas ramas secas que caen hacia el charco y luego la espesura de mucha zarza parrilla. Se nubla el día y no corre ni chispa de aire.

Entre tantas rocas y musgo se puede escoger mil camas y mil asientos, mil miradores, todo lo que se

quiera. Una de ella por el lado izquierdo me sirve de asiento y por el derecho hay como una caída, formando como el asiento de un sillón y si me siento ahí, la roca que al principio me ha servido de silla, ahora me sirve para apoyar mi brazo izquierdo y de espaldar me sirve la roca que me queda detrás, al frente un trozo de otra roca me sirve para apoyar los pies y a la derecha tengo un trozo más de piedra tapizada de musgo para sostener el brazo. Y mi posición es totalmente mirando al frente del arroyo en la dirección en que corre, al fondo se ve el valle, por un agujero que me deja el monte y un trozo de cielo azul.

Mientras estaba mirando y hablando desde la ventana que me presta el monte, ha subido un arrendajo y a pasado por encima y no me ha visto, son la dos y veinte de la tarde y aquí voy a estar por lo menos hasta las cinco. Contemplando, captando y observando todo lo que por aquí ocurra.

Desde lo alto del arce se ha quebrado un trozo de rama seca y como es tanta la maraña, se ha quedado colgando un una de las ramas de zarzas. Lo mueve el viento y da vuelta en el vacío como si fuera una percha

colgada. Un mirlo que al verme se ha metido por entre la espesura del bosque, saltando de un lado para otro curioseando a ver qué soy yo. No canta ni un pajarillo. Sólo el rumor de la corriente, la monotonía de las cigarras. El sitio en el que estoy sentado es muy cómodo. Es un sillón que ni acaso hecho hubiera resultado mejor.

Los tonos que veo es la roca color plomo, las sombras oscuras y las rocas por la parte que da la sombra, es más bien negra, el musgo que lo tapiza verde, seco, porque está seco, los troncos del fresno y de la carrasca y del arce son más bien grises ceniza, las hojas verdes y las remas secas oscuras, hay algún musgo en algunos troncos de árboles que tiene tonos ocre y las hojas secas, naranjas, algunas, amarillas, naranjas desvaída y color plomo negras las que están podridas y las que ya lo están mucho, plomo negro. Hay muchas hojas caídas, todo el suelo está tapizado de hojas seca. Un poco más abajo, la flor de la viuda color morada.

De pronto han dejado de cantar las cigarras y parece como si algo se hubiera roto. ¿Qué ha pasado? Sólo se oye el rumor del arroyuelo. Sube el viento desde

el valle y a las tres de la tarde, viene caliente. Si miro hacia la derecha por entre el monte se abren tres o cuatro ventanas por donde se ve el cielo azul, la espesura verde de las ramas, más abajo las sombras y la espesura de las partes secas de los troncos y las ramas fina que se han secado. En los charcos de las cascadas se refleja la blancura del cielo.

El tronco de la madroñera que tengo aquí a mi izquierda, la base, es una peana ancha cubierta por completo de musgo verde, tiene varias galerías de agujeros, varios trozos de otras ramas que se han secado y en el centro tiene una galería más grande también lleno de musgo y luego salen dos troncos para arriba, al principio lleno de musgo y luego poco a poco lo va perdiendo y quedan los troncos con su piel color de chocolate que se abre en dos en cuanto suben un metro, hacen una raja donde se juntan los dos hasta soldarse y luego, unos tres metros, se abren los dos troncos y el que salía por el lado derecho se abre y se viene al lado izquierdo con sus ramas que se abren cayendo hacia abajo y arropa todo el arroyo y el que salía por el lado izquierdo al terminar de cruzarse, se va para el lado

derecho y se abre también arropando el otro arroyo y tropieza con el arce de enfrente.

Sólo este tronco es una verdadera maravilla. Por entre el verde de la espesura de estas ramas va cayendo el sol y de vez en cuando se me cuela por algún agujero más grande y dentro de un rato el sol caerá por completo y quedaré a la sombra total. El viento se va moviendo un poco más, al contemplar el paisaje se ve todo como una ola gigante y es el viento que lo empuja. De la parte del arroyo, de vez en cuando me llega, bocanadas de viento fresco, mientras que cuando está quieto, es caliente. Al moverse el viento, sobre mí cae una y otra, seguidas sin parar, hojas secas de la espesura del bosque.

En una gran piña de la flor de la viuda que tengo por debajo de donde estoy y casi recortada en el charco donde se derrama la cascada, una mariposa lleva ya cinco minutos revoloteando sobre la flor. Algo más arriba revolotea una libélula color azul intenso. Y veo a los que han llegado de fuera que suben por el arroyo en busca de la aldea. Tres horas más tarde han bajado metidos por entre el monte. La impresión que recibo es que va cada

uno por su sitio, atropellando el monte y creo que sin gozar aquello que tanto buscan e incluso sin convivir entre ellos.

El sol está cayendo y ya me cubre la sombra del cerro y la espesura del bosque. Aunque son las cuatro de la tarde, la oscuridad sobre el arroyo, empieza a ser grande. Cada vez que el viento se mueve cae un puñado de hojas secas y así está el suelo: todo cubierto de hojas secas, de ahora y de antes y por eso en todos los tonos y desde las que todavía están perfectas y las otras, las que ya se van rompiendo y las que están podridas.

Una mariposa con pintas negras y naranja, ha venido volando con suavidad del lado del charco y pasando por entre los troncos revestidos por el musgo y se ha posado entre los dedos de mi mano izquierda. La estoy mirando y está quieta, abriendo y cerrando las alas como si te saludara o me saludar. Mi mano está apoyada en la roca donde me siento y lacia cae hacia el barranco en la dirección que corre el arroyo. La miro y veo que se siente bien. Muevo mi mano para verla mejor y ni se asusta. Me la voy trayendo y la pongo sobre mi rodilla sin

que se espante. Sigue quieta, moviendo las antenas y palpando como si intentara descubrir.

Remonta vuelo y viene hacia mi cara y como la estoy siguiendo con mis ojos, veo que vuela hacia la parte de arriba y entre el musgo y por las raíces de la madroñera, se para, sobre una hoja amarilla y abre y cierra las alas como si estuviera saludando y ahí se queda quieta entretenida como si no quisiera irse. Pero levanta vuelo, me revolotea cinco o seis veces por la mano, por la cabeza y por la cara, por los ojos, y ahora mismo, mientras miro al valle y veo el cielo azul y siento el arroyuelo correr, la tengo parada justo entre mis cejas, entre los dos ojos.

La veo con dificultad porque está sobre mi propia frente y sólo siento su presencia, su tacto, como una cosquilla y veo su figura borrosa, porque la tengo muy cerca y mientras estoy hablando contigo, que lo hago en voz fuerte para que me oiga el arroyo y el monte y las hojas, hay está quieta. Sin moverse y veo las ramas que tiembla y ahora se ha ido. Ha revoloteado otra vez por la mano mía, la derecha y la izquierda y ha venido a posarse

sobre mi brazo pero ya no es lo mismo. El primer momento es el bello y por eso de nuevo ha arrancado y se ha ido volando rápida, por detrás de la gruesa raíz de las madroñeras, por donde cae el sol y hay más luz donde ya no la veo más. Quizá ya no vuelva a verla nunca más.

Y ahora me levanto y me estoy preparando para marcharme, miro hacia la derecha y el charquito que tengo cerca, por donde cae el agua por un pequeño canal que forma el musgo y donde se estanca, se extiende como en pequeñas olas y en ellas se refleja el cielo que se hace trozos sobre el agua. Este primer charco mío lo veo a través de un arco que forman los tres troncos vestidos de musgo que caen hacia la corriente.

A los chorros del arroyo que caen más a la izquierda por entre los canales de musgo, le entra un rayo de luz desde el cerro por donde se pone el sol y brilla como espuma de nieve, mientras cae, se remansa y sigue cayendo y el musgo verde pegado a la roca y formando las canales por donde corre el chorro.

Ya me vengo y al cruzar el arroyo miro para atrás y ahora, el agua que recibe tu rayo de sol, se torna más blanca aún porque desde este punto la luz tiene otro color. El culantrillo verde tiembla como dos macetas en el centro del charco y una piedra cubierta tanto que está toda verde. El árbol grande que he tenido enfrente es un fresno y el otro es un alerce. Otro crece justo donde el camino cruza el arroyo. Todo el tronco lleno de musgo. Los fresnos del arroyo se estiran largos. Me voy por el camino y veo las hojas de la parra que ya se están cayendo y están rojas como la sangre".

Y sigo recordando ahora que aquella noche, al terminar de pronunciar estas palabras que intentaban reflejar el bosque y la senda por el barranco que ella tanto soñaba, ya no preguntó nada más, sólo que se quedó quieta y mientras, en los brazos de la madre, la iba besando el sueño, casi ya dormida, pronunció dos frases que decían:
- Ya me llevarás, contigo, un día a verlo.

* **AHORA ES EL MOMENTO** en el que, al despertar por la mañana después del tercer canto del

gallo y mientras la luz del nuevo día se va extendiendo por las estancias de la casa y los campos, a uno no le apetece levantarse enseguida, sino acurrucarse en las sábanas y oler su perfume a limpio y liarse más en ellas y al colarcito del mismo cuerpo y entre las mantas, aplastarse en el mismo nido de la cama y quedarse ahí un rato más hasta que la mañana se abra del todo porque fuera y en el ambiente, hace frío y es pesado entonar, otra vez el alma, al nuevo día tan lleno de rocío y con tanta hierba y tanto barro por los caminos.

Pero como el día empuja y ahora ya es mucho más pequeño y hay faena de sobra en la tinada y con las ovejas y los borregos y en la huerta y por el campo y las laderas y los senderos, como dice madre: “En el nuevo día, lo primero es saludar al Creador y elevar una oración al cielo y enseguida, aceptar que todo lo que espera, depende de uno y de la lucha y del esfuerzo y luego siempre pensar, que todo está en sus manos y que salgan y sean, las cosas, según su voluntad y su amor de Padre bueno, porque las cosas o se hacen por Dios o se hacen por dinero pero que siempre y al comienzo, quede claro, no sea que luego queramos que Él esté, donde no lo

pusimos primero” y así, ponerse mano a la obra y sin perder mucho tiempo porque en estas fechas del invierno, los días no son largos y el hielo, por la hierba y los caminos, sí blanquea y la lluvia cae y la sombra y el frío, se unen para entumecer el cuerpo.

Y como aunque todavía queda, ya sí se acerca la Navidad, pronto, los borregos que nacieron hace unos meses, se venderán y en las otras casas de la aldea, ya las matanzas están hechas y las personas lo celebran y hasta se preparan, los pastores y las familias, para ponerse en verea y irse con sus rebaños, a las tierras bajas de la otra sierra y las familias, casi todas y la que más y la que menos, del otoño, ya tienen recogidas las cosechas de nueces y de bellotas y de almendras y de granadas y manzanas y de pimientos y uvas y aceitunas para aguantar los fríos de las largas noches y la soledad de los campos y la desnudez de las parras, las higueras y los cerezos y así, el que más y el que menos, con el invierno ya encima, se siente más acurrucado en su nido y en su hueco.

Y como ya los días son cortos y no tienen hojas las zarzas del arroyo, hace muchas tardes que no canta el ruiseñor ni las mariposas alzan sus vuelos aunque sí todavía las palomas se acurrucan por las peñas de la fuente de los álamos y entre los huecos y al pasar por ahí, alzan sus vuelos y esperan, no se sabe hasta cuándo y mientras tanto, el serbal que clava sus raíces arriba, en el puñado de tierra y entre los lentiscos espesos, ya hace tiempo que no tiene serbas y sí se le caen, amarillas y abiertas como abanicos de oro, sus hojas viejas y se quedan desnudas, sus ramas, y ahí mismo y entre las peñas que tanto gustan a las palomas, los tres acebuches viejos ya tienen negros sus frutos y como ahora es invierno y también en la humilde aldea las familias se preparan para irse por los cerros de la loma a la recogida de la aceituna, entre los lentiscos y los romeros se esconden los zarzales que han llegado de lejos a comerse y engordar con los frutos de los acebuches de estos poyos y los que hay al otro lado del arroyuelo y las de los olivos de la llanura de la aldea que roza el cielo.

Y no es que sea porque ha llegado el invierno pero los que desde fuera nos miran y no nos consideran de los

suyos, sabrán ellos en sus corazones por qué razón absurda y con qué intenciones ocultas, no se acercan a la aldea a mirarnos cara a cara y hablar con la luz de la razón, sino que se le ve a lo lejos y como escondidos entre los árboles y en su silencio y como esperando en acecho para cogernos, sólo saben ellos y por eso dicen, con las manos en las masas aunque seamos pobres nosotros y de esta tierra y ya ves Tú, Dios mío, lo que escondemos.

Y como ahora es el momento en que al despertar por la mañana, apetece quedarse un rato más liados en las sábanas al calor que mana del cuerpo y pensar lentamente mientras se deleita el perfume a fresco que mana de las sábanas limpias, porque es invierno, desde el abrazo de este amanecer que quiero unir al de aquel ya tan lejano en el tiempo, me dejo despertar y te saludo y sin querer, recuerdo la presencia de aquella madre y la caricia de su beso a lo largo de la noche que se iba y cuando todo estaba despertando entre el lenguaje del frío y lo que manaba del corazón, desde el silencio, y a veces y, esto era lo más grande y excelso y de aquí que tan bien lo recuerdo, el saludo de la niña todavía casi entre sueños

y adormilada entre las sábanas del rincón del cortijo, sentido como centro de la estancia, de la sierra, del corazón y de las mañanas de invierno y sin pretenderlo pero así surgía, el momento bello en que ella se alzaba y ya un poco juego, decía:
- Os saludo y también quiero irme con vosotros por el campo y a la vida que, entre las escarchas y la hierba, tenemos.

* **ENTRE MOMENTO** y momento de esta espera prolongada que quiero y no quiero, llaga y avanza, el tiempo, y aunque no me guste, sí me deja cada día más viejo, me acurruco en Ti desde este barranco que atraviesa mi arroyuelo y aquello que se me fue y duele y me digo que ahora ya para qué lo quiero y esto que tengo presente ¿cómo lo sujeto y otra vez más intento construir lo que después de tanto, sigue sueño?

Y en la mañana que pasa con tan absoluto silencio y la cubre el cielo azul pero al calentarla en sol primero, se va llenando de niebla y de frío que parece hielo y hasta las nubes asoman y poco a poco, van arropando las cumbres y se tiñen de color ceniza y se parecen y son

casi iguales a las de aquel invierno de la nieve espesa y de aquí que me diga que esto ya sí puede ser la gran nevada que sirve de anuncio a la Navidad que tan lejos está todavía pero que tan dulce es ya su recuerdo, siento y veo que el ambiente es tan parecido o más al de aquel día que tan en mí llevo dentro.

Y era de lluvia fina, de los que particularmente me gustan entre todos los otros en estas sierras y estaba el campo sereno y solo y, en mi silencio, me acerco a la aldea pequeña casi perdida en las laderas del cerro y me lo encuentro, sin buscarlo, y de verdad que es una alegría inmensa, lo que siento: Por encima y a la entrada de la que es zona de huerto y, aunque el arroyo por aquí existe, ni siquiera se le puede llamar arroyo, me vengo todo el cauce arriba mientras sigue lloviendo y como es medio día, pienso parar a comer y al mismo tiempo observo la construcción que por el rincón levantan y me encuentro con unas obras donde cerca han dejado unos ladrillos, algo de arena y monte cortado y ahí mismo, entre los pinos, su juego en forma de sueño.

Ayer por la tarde, padre estaba trabajando, limpiando el monte y otros poniendo ladrillos en la pequeña construcción y como esto queda a dos pasos de las casas de la aldea, con los padres se vinieron los demás niños y la niña, con ellos y para que no tuvieran frío, los padres les encendieron una lumbre que alimentaron con ramas secas de pinos y piñas y mientras lo mayores se dedican a sus cosas, lo niños se ponen a jugar su juego y con los ladrillos, fabrican las casas, una iglesia, el portal, una plaza y las calles como en los pueblos de verdad y se limitan, simplemente, a reproducir en miniatura lo que ellos ven cada día en la aldea donde viven y lo que saben de los cuentos.

Pero los niños, y ella entre ellos y ahí está lo risueño, deben ser unos artistas, me digo en cuanto lo veo, porque la obra les ha salido preciosa ya que para construir todas las casas, el belén y demás, han echado mano al musgo que aquí y ahora, lo encuentran por todos sitios y han sembrado arbolitos por los alrededores y las calles del pueblo y han barrido las plazas y han trazado caminos y carreteras, seguro, habrán pensado ellos y al caer la tarde, de aquí se van y lo dejan todo y ahora que

llego y lo veo, además de sentir el gozo, me digo que seguro el lunes volverán a jugar su juego pero mientras tanto, yo he venido por el lugar y mira qué suerte he tenido y, además, hoy todo esto está solitario y mudo y quieto y en silencio y como estamos muy cerca de la Navidad y llueve, casi parece un sueño esta fantasía de belén, metido en la misma umbría de los pinares de la ladera norte del cerro y todo, una maravilla que a los mayores no se les hubiera ocurrido o quizá sí pero dudo que hubiera salido tan y bello y con tan poco ruido y tan grande, siendo tan pequeño.

Y como ya estamos cerca de la Navidad y sigue cayendo la lluvia fina entre el frío con garras de hielo, ahora y aquel día, la beso en mi corazón y luego me digo que en cuanto la vea, quizá esta noche sentada junto al fuego, le voy a pedir que me explique el misterio y cómo y por qué surgió el capricho del belén entre el musgo del arroyuelo que más que juego, les salió una obra tan perfecta que es casi un trozo de eternidad sobre un puñado de cielo.

* **ESTOY TODAVÍA DURMIENDO,** liado entre las mantas al calorcito del suave nido que me ofrece la tierna cama y ya despierto, como en un desvelo y sin abrir los ojos ni mirar afuera, advierto que no es el momento de levantarse porque no ha llegado la luz del nuevo día y entre dormido y despierto, me digo que no llegue la hora de levantarse, hasta que no pase un rato largo y me doy la vuelta en las sábanas y me pego otra vez al calorcito con el gusto del nido tierno y aunque tengo los ojos cerrados y esté entre el sueño y la vigilia, no duermo pero ya me veo de la mano con ella subiendo la senda del arroyuelo.

Y vamos, en la mañana fría y tan repleta de niebla y quieta y el monte mojado y por la cascada cayendo el hielo, empujados por la ilusión y el cariño y los consejos de madre que nos manda a donde padre guarda las ovejas para que le traigamos el desayuno y nos quedemos a su lado y le echemos una mano en lo que sea necesario y coronamos el primer rellano que está tupido de hierba y las hojas y los tallos, blancos del rocío y del hielo, cuando al mirar al espejo del primer charco, la niña hermana me dice que por aquí ella tiene un secreto

que ayer descubrió y a nadie ha contado y ahora quiere mostrarme a ver si entiendo el misterio.

Y al remontar un trozo más y dar la curva de la senda que viene buscando la altura del pequeño cerro, de la roca larga que tapiza el musgo y que es como un voladero que cae al otro trozo de tierra que tiene más hierba llena de blanco hielo, el chivo de rabo blanco, salta como asustado y al verlo dando volteretas por el aire, los dos creemos que se ha estrellado en cuanto caiga al suelo pero los dos nos equivocamos porque llega a la tierra de pie y en cuanto la toca, sigue corriendo y todo es tan sencillo y tan espectacular y tan natural y bello, que no se puede creer hasta después de verlo.

Y rodeamos la roca y ahí justo, donde ya termina el cerro, nos queda al frente la tinada y el barranco lleno del agua y la espuma y la música del arroyuelo y la tierra llana donde pastan las ovejas y al lado derecho, padre con su lumbre encendida donde se caliente y quita el frío de la mañana de hielo y también al frente y cerca y por donde pasa la corriente del agua que trae su juego, el charco azul que sereno se mece en la palma de la mano

de la mañana que comienza y ya tiene traje de invierno y aquí mismo y sobre la tierra que esta poblada de millones de gotitas de lluvia y de millones de estrellas de cristal de hielo, ella me tira de la mano y me pide que me pare y que atento porque aquí justo, ayer por la tarde y jugando, descubrió el misterio.

- Pero explica y dime qué es y si yo lo estoy viendo.

Y ella que lo sabe todo y es la primera luz de la mañana entre el dulce juego de su sueño, se agacha y de la tierra coge un trozo de palo seco y tres piedras blancas y otra color caramelo y sobre la superficie llana de la hierba fresca y el rocío y la escarcha que cubre el suelo, las pone siguiendo un orden y encima coloca el palo de la rama seca de enebro y mira hacia donde debe salir el sol, allá a lo lejos y por lo hondo del valle y la cresta de las cumbres de lo eterno y mientras me mira y mira a padre y a las ovejas que balan y acarician a los romeros, sigue atenta y va a mover el palo con su dedo y entonces dice:

- Justo cuando salga el primer rayo de sol y se quiebre en este centro, este palo que aquí he puesto, como las agujas de un reloj, se moverá lento, lento e irá despacio

señalando el punto rotundo donde se encuentra el misterio.

Y ya intrigado y más que inquieto, le digo que no puedo esperar tanto y por eso quiero que me lo explique y después lo veo y ella solemne y bella y reina y toda casi sueño, me coge de la mano y me dice que no es juego.
- Ahí, en la superficie lisa del agua del charco que duerme entre la hierba y el hielo, en cuanto dé el primer rayo de sol, se refleja el cielo entero y en su mismo centro y como si fuera una estrella que baila, aparece la Navidad de oro y fuego.

Y estoy todavía durmiendo y ya medio despierto pero liado en las mantas y calentito y entre la vigilia y el sueño, quiero que llegue pronto el día y al mismo tiempo, no quiero porque es tan dulce esta presencia en este suave nido y este sabor de su juego, que temo que se quiebre en la mañana del invierno, el gozo de su sonrisa y el sabor placentero y puro, de su misterio.

* **RECUERDO YO AHORA** el cuadro y la escena, en esta mañana fría y ya con perfume de Navidad, como

si lo estuviera viendo o como si hubiera ocurrido ahora mismo y por eso, aún, el alma tiembla:

En el nuevo día, salimos del cortijo que se recoge en la esquina de la aldea y la niña hermana y yo, sin ni siquiera saber que se acerca la Navidad, movidos por el consejo de madre y el amor a padre, cogemos por la vereda que remonta hasta el collado de los lentiscos y al volcar, se enfrente al arroyo y pasa justo por la sombra del pino viejo y busca, aunque no llega porque se divide, las tierras de la ladera de enfrente donde crecen los olivos y junto al arroyo pequeño, las zarzas se espesan y un poco más arriba, bien que nosotros lo sabemos, padre nos espera con sus ovejas.

E íbamos nosotros caminando por el centro de la mañana y pasando el barranco de la vereda que era denso por las abundantes lluvias del otoño y apartando el monte con las manos y besando o besándonos el aire frío del día gris del invierno que ya es parte de la Navidad que sin querer se adivina al otro lado del cerro, e íbamos en nuestras cosas y si más miedo, pena o dolor en nuestras mentes pequeñas, que la de la luz gris de la mañana y el

silencio amigo con la música del arroyuelo y la de los zarzales volando y la de las nubes por el cielo y más en lo hondo y la dimensión del misterio, la presencia impenetrable de Dios nadando y dando vida a las cosa y reflejado todo en el espejo de la gran naturaleza vestida con su traje grandioso de invierno que late y va a lo suyo y trae a la Navidad enganchada a las madroñeras y a la nieve de las cumbres y a las estrellas de las escarchas junto a los arroyos y los manantiales y los charcos y las cascadas.

Y asomamos al collado que da a la copa del pino grande y ahí mismo, junto a la piedra blanca y gorda que es parte de nuestros juegos, lo encontramos sentado con sus dos rifles tendidos en la hierba del suelo y las cananas y los cartuchos y las cien colillas de cigarros y el aire lleno de humo y en el silencio de la mañana, el miedo que se clava en nuestros corazones y la fría tierra que nos mira temblorosa y el suspense y la ternura, en la cara rosa de la niña, rota y nuestros pasos que se detienen en el camino cortado y ella y yo que miramos y sin saber qué hacer ni qué decir, saludamos y justo ahora él que se planta y dice:

- Este rifle es lo más potente y perfecto que hasta hoy los hombre han inventado ¿Queréis verlo?
Y como es algo nuevo para nosotros y no estamos acostumbrados, ni decimos que sí ni decimos que no porque, además, no sabemos si contagia o no entusiasmo lo que él quiere y por eso nos miramos y callamos y vemos, desde nuestro silencio y parados, como coge el rifle, lo carga y apunta a las rocas de la solana de enfrente y está apunto de disparar, cuando dice:
- Ya veréis como abre un agujero en el tronco del roble aquel que se recorta en el cielo.

Y justo en estos momentos, el corazón nos tiembla y sentimos miedo y queremos habla y decir que allí, al otro lado, se reúnen los pastores junto al fuego y con su ganado y que nos parece tremendo un disparo así al aire y por juego, cuando retumba la explosión y al frente y en el otro repecho, vemos saltar las astillas de los robles y el polvo de las rocas al tiempo que el barranco se llena del trueno y no estamos todavía recuperados ni del rifle se ha evaporado el humo, cuando por el cerro vemos que asoman los pastores y entre ellos, padre, dando voces y algunos llorando y diciendo:

- ¡Alto ahí que han matado a un hermano nuestro!

Y nosotros, la niña y yo que todavía somos pequeños, miramos y seguimos más asustados y sin querer ni pretenderlo, vemos y oímos al del rifle nuevo que nos dice:
- Esto ahora será tremendo porque si es verdad que por mis disparo, el pastor ha muerto, habrá investigación y habrá juicio y habrá condena y esto, para mí y en estos momentos, será tremendo.
Y nos mira, no asustado, sino decidido y conforme ya va caminando por la senda que lleva al barranco y luego a la carretera que se aleja de la sierra, nos dice otra vez, fuerte y no temblando:
- Vosotros no habéis visto nada y los rifles, aquí os los habéis encontrado y cuando luego mañana vengan investigando, no se os vaya a ocurrir decir que me habéis visto aquí y mucho menos, contar lo del disparo.

Y en la mañana tranquila del invierno que trae entre sus brazos a la Navidad de los pastores de la sierra y su barro y su frío profundo y su nieve y sus rebaños de ovejas que balan y están temblando frente a los tallos de

la hierba fresca y de los madroños rojos nadando por los charcos, nosotros sí que lo vimos y sin pretenderlo ni buscarlo, el alma se nos llenó de miedo y luego de dolor y de tristeza, frente al cuerpo inerte de nuestro amigo pastor ya muerto y los amigos llorando y luego su familia, en el gran desamparo.

Y, un día más tarde, caminando detrás del mulo y en la tierra del cementerio de los robles recios, ya lo enterramos y al poco, mucha personas desconocidas, que entran al cortijo y preguntan y escriben en los papeles y entre la desolación de su muerte y el llanto de su ausencia, más dolor y más miedo y más noches sin dormir y más miseria a nuestra miseria y más sentirnos acorralados y el campo, espléndido que nos rodea y nos da la vida, más lleno de tristeza y las ovejas balando en la Navidad que llega.

Y claro que recuerdo yo ahora el cuadro en esta mañana fría y todavía tan acurrucado en Ti y con tanto, dentro de mí, temblando y sólo tu calor de Padre bueno, abrazando y besando a esta evocación mía en el corazón que espera, Dios mío, frente a esta Navidad que se

acerca y sin tener otra cosa sino su ausencia y en la gran mañana, tu beso y el perfume de mi hermano.

* **TE SALUDO** en el nuevo amanecer de este día cinco de diciembre y desde mi rincón pequeño, entre otros sentimientos y realidades, recuerdo aquel día cuando ellos estaban y caigo en la cuenta que igual que ahora, se tiró, sin parar de llover, tres días seguidos y como el mismo día cuatro de aquel invierno, se puso en verea, con sus ovejas, nuestro amigo el pastor del nacimiento del río blanco, recuerdo lo mal que lo pasó y lo mucho que sufrieron bajando por las sendas con el rebaño y todo el día y toda la noche lloviendo y los arroyos repletos y el agua, en los animales y en ellos, hasta el cuello y sin poder volver y con dificultad, seguir adelante por la lluvia y el barro y el frío y la nieve en el día de aquel invierno.

Y recuerdo que por la noche, junto al fuego de la chimenea en la casa, estábamos sentados padre y madre y el abuelo y charlando del hermano puesto en verea con su familia, el hato, las ovejas y los borregos y de pronto la niña diciendo:

- Esta noche he tenido un sueño.

Y la madre que la mira y le pregunta:

- ¿Y qué has visto si lo recuerdas?

Y la niña que se acurruca en las piernas del abuelo y en su juego, dice:

- Vi como ahora, mucha lluvia y era, del invierno, casi el corazón y por eso ya estaba cerca la Navidad y estaba padre en el cerro y subimos a su lado y aunque estaba lloviendo, a las ovejas las habían acorralado en la palta alta y con palos, ellos tendían una alambrada al tiempo que discutían con padre y decían: "Y mucho cuidado no se le salgan de este cercado".

Y llegamos nosotros y como no comprendíamos nada, nos fuimos por el arroyuelo y le dijimos a padre que teníamos que pasar al otro lado de la corriente del río porque ahí y, en el cortijo pequeño, vivía el otro hermano pastor y de madre, teníamos encargo de ir a verlo.

- Pues el río hoy va tan repleto que como no sea que nos eche una mano el hermano molinero, será difícil cruzarlo.

Y le decimos a padre que se quede con el ganado y con los que ponen los alambres que nosotros bajamos y lo vemos y él contesta que de acuerdo pero que mucho cuidado.

Y andamos cien pasos por el arroyuelo cuando de pronto y, entre el barro pero relucientes como un sol y redondas como un huevo, veo tres monedas blancas que parecen plata y al ir al cogerlas miro y veo otras tres y junto al charco que es puro cieno de tanta lluvia como ha caído y está cayendo, veo un trozo de metal dorado que parece oro y también fuego y entonces el hermano dice:
- Esto es un tesoro y mira qué bien nos viene ahora que es invierno y ya no poseemos tierras paras las ovejas y la Navidad también la tenemos a dos pasos y con esta lluvia y tanta nieve y tanto hielo.

Y le digo que es como una gran suerte lo que, a pesar de todo, hoy tenemos pero enseguida caemos en la cuenta que nos hemos metido en las rocas del lapiaz donde sólo hay callejones y muchos agujeros y paredes de piedras rotas y grietas y como pasillos y habitaciones y galerías que se complican y nos envuelven y no vemos cómo podremos salir y aunque sí tenemos, en las manos y en los bolsillos, mucho oro en forma de monedas, creemos que no podremos sacarlo de aquí y, además, también me acuerdo que ahora y en cualquier momento,

nos pueden salir los fantasmas que guardan el tesoro y esto ¿cómo lo arreglamos en el centro del invierno y frente al río rebosante y con tanta lluvia y el frío intenso?

Y en estos momentos asoma padre y da dos voces al molinero y le dice que salga con la balsa que vamos a cruzar el río para ir a la casa del hermano bueno a llevarle la Navidad y un beso.

- Y a los niños solos ¿cómo los dejo?

Dice padre y contesta el molinero:

- El río baja tan lleno que es imposible cruzarlo ni con mi barca ni nadando y dejar solos a los niños, sí que es un peligro cierto.

Y el hermano y yo que soy la niña pequeña, estamos entre las rocas frente a la corriente clara del río que sangra invierno y con las manos llenas de monedas y las ovejas, encerradas como para siempre y por ellos, en la misma cumbre del cerro y el molino del río, con el agua casi por el tejado y en el repecho y entre el monte, la familia y el hermano que queremos y en el valle, la aldea y en las casas, madre entre sus pucheros y padre, cerca de nosotros como inquieto y con una mano aquí y otra allí

y queriendo estar en todas partes y contra él, el invierno y su frío y su barro y la lluvia y la nieve y el hielo que anuncia a la Navidad y todo es como inmenso pero lleno de barro y entre el monte, las monedas reluciendo.

Y por eso te decía antes, que en el nuevo día, te saludo y desde este recogimiento del rincón que me contiene y la monotonía del tiempo ahora tan crudo y frío y tan como congelado, el monte y el arroyuelo, me abrazo a Ti y me hago sueño con la luz titilante del día denso y, muerte y vida y llanto, con mi recuerdo.

* **Y EN LA NOCHE FRÍA** del invierno crudo que sabe a Navidad, qué bien que lo recuerdo, mientras nieva mudamente por el campo y la niebla tanto encierra que parece no hay más mundo que el rinconcito de la cocina donde danza el fuego y está sentando el padre y la madre y la niña dulce, con el abuelo y el hermano, que soy yo, quieto y escuchando, la hermana reina dice:

- Ahora le toca el turno al abuelo porque quiero, antes de irme a la cama, que me cuente un cuanto.

Y el abuelo que ya es tan rey sin pasar de pobre y tanto calla estando tan lleno, habla y dice, a la hermana que es puro juego:

“El lugar se encuentra en uno de los rincones más bonitos de estas sierras y en las laderas norte del macizo más elevado al abrigo del barranco donde nace el arroyo tremendo y hacia abajo, empieza a fraguarse la rambla y las fabulosas llanuras de los campos llanos, hacia el levante y es conocida por la casa de los pastores en verano y más bien parece haber surgido de un sueño que de las manos de los humanos porque más que casa es un pequeño trozo de fantasía aplastada en el barranco, cerca del manantial de los narcisos y coronada por las cumbres y horizontes más azules y limpios del planeta suelo.

- Este año, cuando en la primavera el sol funda las nieves y en los collados broten las flores, te llevaré conmigo hasta la gran cumbre.
Le dice un día el padre por la fecha en que ella iba a cumplir los diez años.

Y llega la primavera y los prados que hay junto a la casa y que baña dulcemente el cristal del arroyuelo, extienden sus alfombras verdes y el sol sale de entre las nubes y el manto blanco de la cumbre comienza a derretirse y del manantial de la ladera surge a raudales el agua limpia y también llega el día en que el sol llena de luz los campos y la manada de ovejas ya sube por la ladera hacia los prados inmensos.

- Es el momento de tu sueño.

Le vuelve a decir el padre y salta de gozo y atraviesa la pradera donde juega entre la florecillas y abraza a la madre y feliz y con la ilusión, en la sangre, latiendo le dice:

- Tanto tiempo he esperado este momento que ahora no me lo creo y ya me voy y te lo contaré todo en cuanto vuelva y te traeré un puñado de perfume, si es que puedo.

- Ya verás cuánta belleza porque no hay sol como el de la cumbre ni hay silencio como el de aquellas rocas ni hay perfume como el del viento que por allí corre porque casi se puede tocar el cielo con las manos y besar las nubes con tus labios y volar si quieres y también si quieres hacerte juego con tu sueño.

- Me voy y vendré trayéndome conmigo todo lo que me dices.
Contesta emocionada y con su corazón casi viento.

Y se acerca al padre.
- Estoy preparada.
Cogen la comida, salen de la casa y comienzan la excursión arroyo arriba y como el arroyo hoy baja repleto de paz, belleza y luz, subir sin prisa por el cauce siguiendo la senda y dejarse empapar del verde del bosque, del arrullo de la corriente y del perfume del viento, sólo esto, llena el alma y hace feliz hasta lo más hondo del pecho.
- ¡Qué hermoso baja hoy este cauce de cristal! Si tú supieras papá, cuánto y cuánto me gusta la corriente de este lecho.
- Un poco lo puedo comprender porque a mí me pasa igual: Desde que era niño este arroyo me cautivó y por eso ya de mayor viene a construir la casa a este rincón y es que en ningún otro sitio hay agua como esta ni praderas que den mejores hierbas ni colinas que tengan azules tan puros y fíjate hoy, lo que por aquí corre, es la nieve de la cumbre hecha viento en el silencio y pasa

rozando las paredes de nuestra casa, llena de vida la hierba de la llanura, en cada tallo verde deja una gotita semejante a rocío pero que no es rocío sino cristal y sigue luego vaguada abajo hacia lo hondo del barranco del misterio.

La casa, la misteriosa y silenciosa y hermosa casa de piedra, está construida casi al final del arroyo, cerca del manantial, en una pequeña pradera y al abrigo de las nieves de la cumbre y metida entre dos colinas, coronadas de gruesos pinos verdes y por eso la casa se funde con las rocas de las laderas, se pierde todos los años bajo la nieve del invierno, aparece al llegar la primavera y durante el verano, vigila fiel el arroyo que desciende de la cumbre y desgrana su concierto.

Y hoy sobre la cumbre, sobre el silencio celeste de las rocas blancas de la cumbre, se mecen majestuosas, cinco nubes blancas de incienso.

- Parecen vellones de nieve que se van volando.

- Es como si estuvieran allí clavadas tejiendo una corona de ensueño y esperando que vayas.

Y cruzan el cauce y llegan al manantial que brota unos metros más arriba de la casa y el rincón hoy está verde, lleno de narcisos, juncos y aguileñas y el agua cristal, casi viento, brota de las mismas entrañas de la ladera del gran cerro.

- ¿De dónde viene tan limpia?

Pregunta el ángel travieso.

- Es la nieve que allá arriba meses atrás viste caer y luego durante tantos días formó la extensa sábana blanca que ahora el sol la ha derretido en el barranco de la dolina redonda y por entre las rocas de la gran cumbre y en lugar de bajar en arroyuelos por las laderas, se adentra, por las grietas de las rocas, hacia la oscuridad y el silencio de la montaña y en un pacto de amor y vida, baja noble trazando venas y arroyuelos por entre los secretos más hondos de estas cumbres porque así se purifican y se ennoblecen y se abrazan para, ya casi río, venir a nacer al rincón verde del prado nuestro.

Sobre el rincón verde caen las sombras de los laricios: los nobles pinos blancos y esbeltos que crecen en las laderas mimados y besados por el viento y junto a sus troncos, crecen los enebros formando un pequeño bosque

y de entre la oscuridad de sus ramas y raíces, surgen los hilillos de cristal echo venero.

- ¿Es este el río?

Vuelve a preguntar entusiasmada.

- Aquí nace el que allá, unos kilómetros más abajo, será de estos montes, el río más bello.

y una vez más la niña enreda sus manos entre los hilos del agua y el padre se acerca y mientras se sienta en la roca, le dice:

- Respira hondo y observa nuestra casa en medio de la llanura y contempla el río yéndose barranco abajo y goza de la hermosura de los cerros llenos de enebros y el azul del cielo y los campos verdes y los pinos recostados en el horizonte y el viento impregnado de flores que esperan tu beso y ¿sabes hija mía? Me siento orgulloso de haber nacido y vivido en un rincón como éste y en pleno corazón del silencio y entre sabinas y peñascos porque en el centro de este mar de soledad hay mucha belleza y dulzura desconocida para infinidad de personas y hay que nacer y respirar, soñar y pasar frío entre estos cerros, como lo hemos hecho nosotros, para llegar a

conocer el misterio que late en la luz, el perfume y el viento de estas cumbres casi cielo.

- Tienes razón, porque de verdad son bonitas.

- ¿Y sabes otra cosa vieja y nueva? Lo que más me duele es que nunca nadie haya escrito la verdad y el gozo de estos paisajes y te lo digo porque todos los que han hablado de estos rincones lo han hecho desde fuera y no desde aquí dentro y no han vivido ni nacido aquí y por eso dicen pero no aman a estos montes ni lo llevan en su alma y por eso escriben o hablan enfatizando hasta el exceso unas cosas y envileciendo otras y convirtiendo en normal el resto pero la verdad, la vida honda y eterna que late en estos rincones, jamás nadie la ha contado ni la contará y por encima de todo, lo que más temo es que un día venga mucha gente desde fuera de estos campos y nos echen a nosotros para traer por aquí a sus coches, sus botellas, sus latas... y otros juegos.

Y al atardecer, mientras las ovejas pastan por la ladera y el valle o la colina, ella se entretiene en sus juegos y ahí, junto a la casa de piedra casi fundida con la montaña, corre por entre las florecillas y acaricia el agua con sus manos y mancha de rocío sus pies y su

pelo y corta una y mil plantas olorosas que son narcisos, tulipas, centauras, peonías y otras muchas con olor a incienso y el viento y su alma, la corriente y su sonrisa, las nubes y sus fantasías, la nieve y sus sueños, sus juegos y las praderas, las ovejas, los mastines, sus padres y la cumbre, los álamos verdes y el canto de los pajarillos, son sus únicos compañeros pero para ella, según va creciendo, todo es una misma cosa: Silencio, paz, gozo limpio, amor y dicha fundiéndose con la corriente celeste que se escapa desde la cumbre hacia el valle y hacia el río, de entre los ríos, bello.

Y cuando ya van por entre las ovejas, las praderas y los pinos, al subir por el arroyuelo y cogida de la mano del padre y de su juego, es ella la que dice:

- Mira, ahí está el árbol de aquellos tiempos y no se ha secado, sino que sigue tan verde y joven como aquel día. ¡Qué curioso es ¿verdad?

A estas palabras el padre mira hacia donde la niña señala y al descubrir el tronco dice:

- Es cierto porque este árbol lleva aquí varios años y a pesar de estar tronchado y caído en el suelo sin raíces, permanece verde un día tras otro y no parece dar

señales de marchitarse nunca y por eso lo de este árbol realmente es misterio.

Y fue un día, unos años atrás y antes de empezar la primavera cuando, la niña con su padre, atraviesan la pradera y se van hasta la ladera que hay detrás del manantial por el lado del poniente, al otro lado del arroyo y por ahí se quedan jugando por los prados, con su padre y con el viento y jugando este juego estaba ella cuando empezó a tronar y el cielo se llenó de nubes negras y los truenos empezaron a crujir y antes de que pudieran reaccionar, comenzó a llover reciamente y ellos, sin pensarlo mucho, se refugiaron en lo primero que encontraron y lo primero fue un espeso enebro algo bajo y redondo porque las ramas de aquel arbusto parecían lo bastante espesas como para aguantar el raro aguacero pero esto fue al principio porque a los diez minutos de la lluvia, el enebro dejaba pasar tanta agua, que daba igual estar bajo él que en cualquier otra parte del cerro.

Sin embargo, allí se quedaron todo el rato y quince minutos más tarde contemplaron, llenos de asombro, la gran tromba de agua que empezó a bajar por el cauce y

es que como la lluvia había caído con tanto ímpetu el agua se deslizó rápidamente por la ladera y llenó a tope todos los arroyuelos.

- No sé cómo podremos irnos de aquí.

Comentó la niña en su miedo.

- Esto se pasa enseguida.

Dijo el padre y así fue porque ni siquiera media hora más duró nublado el cielo sino que cesaron los truenos y unos minutos más tarde empezó a desinflarse la corriente de los arroyos y cruzaron el cauce por entre unas rocas y luego, atravesaron la llanura en dirección a la casa e iban recorriendo los últimos tramos de la pequeña pradera y se acercaban a los álamos espesos cuando en aquellos momentos fueron azotados, en la cara y en las manos, por la fuerza de una gran ráfaga de viento que subía desde las navas por el arroyo y eran los últimos coletazos de la tormenta que acaba de pasar y se iba entre rayos y truenos.

Y aquella ráfaga de viento les dio un susto de órdago porque justo cuando llegaban a la altura de los álamos, uno de ellos crujió, se retorció y la vieron partirse por la mitad y la parte seccionada, el mismo viento la

empujó y fue a caer al borde del arroyo y el tronco se quedó metido dentro de la corriente en un charco redondo y las ramas apuntando hacia la colina que hay en el otro repecho.

Y contemplan, un poco asombrados, el fenómeno porque ha sido un espectáculo salvaje que no se esperaban y esto les impresionó y es la niña la que al rato se arranca diciendo:

- Me da pena porque le tengo un gran cariño al pequeño bosque de álamos de este arroyo porque como yo, tú sabes que en verano da una sombra fresquísima y en invierno, ver la lluvia o la nieve caer sobre ellos desde la ventana de la casa, es extraordinariamente bello.

- Volverá a crecer, seguro, ya lo verás.

- Eso espero.

Y cruzan cerca del álamo roto y lo miran y siguen hasta la casa y ella, en cuanto ve a su madre, se lo cuenta y aquella misma tarde bajan hasta el bosque de álamos para observar más despacio lo que el viento ha hecho y la niña y sus padres hacen gran cantidad de comentarios y no dejan de estar extrañados por el cambio

que se ha producido en este lugar y pasa el tiempo, un mes, tres meses, un año, dos años y el trozo del árbol, de unos cuatro metros de largo, no pierde lozanía ni se marchita sino todo lo contrario: Cada día que pasa está más verde y joven a pesar de estar totalmente separado de sus raíces y ser ya viejo y en cambio, el tronco que aún queda clavado en la tierra con sus raíces, sí se seca y poco a poco se va pudriendo.

- ¡Qué raro es verdad, papá!

Comenta la niña de nuevo.

- Y, además, fíjate lo que ha sucedido con el pino grande del cerro.

Y lo que sucedió con el pino más viejo de aquel rincón es que aquella misma primavera se marchitó por completo y era el que estaba cerca del álamo que había sido roto por el viento.

- Siempre dije que era el pino más alto, recio y frondoso de estas cumbres y, sin embargo, se ha muerto.

- Dos semanas más tarde del día de la tormenta yo me di cuenta que empezó a ponerse amarillo y veinte días después estaba por completo seco.

Comenta otra vez la niña.

Y a ella le llamó mucho la atención y desde aquel día siempre que pasaba por allí no paraba de mirar a los dos árboles y le parecía imposible que el álamo tronchado siguiera teniendo tanta vida y en cambio el otro, el lozano y de raíces gordas, estuviera tan seco y pasado el tiempo, hasta llegó a tener miedo que por fin un día se secara porque después de tantos noches roto y con vida, no podía morirse sino que tenía que seguir verde para siempre y con ella, en su juego porque para ella era como una necesidad o como la demostración de algo que no llegaba a comprender qué podría ser pero sí intuía que allí había un mensaje y, además, trascendente y bello.

Y, sin embargo, pasó el tiempo y el trozo de álamo no se pudrió y de esta imagen su padre y ella, hasta hicieron razonamientos:

- Parece como si dijera que las persona más sanas, las que tienen muchos medios para vivir y poseerlo todo, pueden ser, sin embargo, las más prontas a morir y desaparecer y en cambio, esas otras sin nada, sin amor, sin casa, sin dinero, sin amigos, sin raíces y sin tierras,

son como si no fueran capaces de permanecer en la vida para siempre y no morir nunca y quedar eternos.
Le decía el padre.
- Y es cierto porque ese trozo del álamo que permanece clavado en la tierra con sus raíces, se acaba y su muere y lo tiene todo: agua limpia, aire puro, luz, calor y espacio y a pesar de esto es el más pobre y de menos atractivo porque la vida ya no pasa por él y por eso no crea ni belleza ni expectación ni tiene secretos.
- Y en cambio el otro, hija mía, en cambio en otro, el que está tronchado junto a las aguas del arroyuelo, sí refleja el misterio y rebosa de encanto porque posee la vida plena con todo su riqueza y esplendor y por eso es como si aquí el tiempo se hubiera quedado eterno.

La niña escucha muda al padre y como ahora, esta mañana, después de estas palabras y desde este rincón camino de la cumbre, comienza a sentir la hermosura del silencio y la luz y alegría de los campos donde vive, mientras la senda va serpenteando por la ladera hacia el collado y se oye el viento en los pinos y el agua que allá en lo hondo va quedando atrás y se oyen los graznidos de

los pájaros y el silencio caminando por el monte de los cerros, el padre habla de nuevo:
- Lo único que siempre has de tener presente a lo largo de tu existencia, es ajustar tu vida, tu respirar y tu caminar, al misterio de estos campos y desde dentro de ellos elevarte a Dios, hacia la eternidad y serás feliz y no destruya nunca nada en estos parajes sino harmonízate con ellos y vive en sintonía con el universo no como hacen las otras personas que de estos campos sólo desean llevarse lo que sea pero llevarse para tener mucho y venir a menos.

Y a media mañana coronan el Collado de las dolinas y ante ellos se abre el horizonte con el fondo de la gran cumbre y a la izquierda, la cumbre total y a sus espaldas, la casa de piedra y el barranco y más abajo, la rambla de la noguera y el barranco por donde, entre montes y peñas, se va yendo el río bello.

Y ven que la mañana desde aquí es más hermosa y el viento es frío y allá por las dolinas y praderas, corre una gran manada de cabras monteses y más abajo, pasta el rebaño de ovejas y ladra el perro.
- ¡Qué bello, papá!

- Fíjate que en los paisajes sólo parece que haya vida y luz.
Y es cierto porque el tulipán del sur, en su pequeña matita, abre sus flores amarillas cerca de la roca para llenar de esencia la soledad de la cumbre y se oye el silencio cuajado de cantos y explotando de eternidad y en las amapolas, tiemblan las gotitas de rocío y más arriba, la alondra traza su vuelo.

- Y te digo otra cosa más para tu gozo y contento y es que fuera de aquí, fuera de este silencio desde donde se intuyen la puerta hacia la dimensión de la belleza grande, no hay ningún sitio a dónde ir ni nada que alcanzar porque todo vive y late aquí y luego, desde aquí, a lo eterno, a lo inmenso, a Dios, sólo hay un paso y un beso y por eso, todo lo que a los humanos les falta, todo lo que ellos buscan y no poseen, está en la luz de esta colina y en el viento frío que ahora nos roza y bebemos".

* **ESTOY AQUÍ,** entre lo que es tuyo y dejas en mis manos para que me sienta dueño y como me noto pobre y torpe y con tan poca inteligencia para coger y decidir que este frágil y bello lujo, sea así o sea, aquello,

en el nuevo día, te saludo y te doy las gracias por tu amor sincero y reconozco que de nada soy dueño ni me pertenece y tiemblo por la confianza con que aquí me dejas y me lo dejas y, desde lo más sincero y limpio que en mí llevo, me atrevo a reconocerte y me atrevo, desde este rincón mío, tanto de Ti reflejo y con tanta abundancia de grandiosas obras, miro al frente, desde el dolor y el sentido que me hiere dentro y a lo lejos y, entre el cielo y la tierra y las nubes de lluvia y el rocío y el hielo, veo la línea que es como un metro de larga y contiene el infinito y en ese punto inmaterial, aunque no quiera, veo todo lo que cabe y late en este mundo y más, porque es como un espejo que refleja, no la fachada sino el fondo de lo que no es materia, sea bonito o feo, y el sueño mío y el juego de ella y lo que fue y hoy es recuerdo.

Y entre otras muchas cosas, Dios mío, no quiero ver y veo, entre el viento que llaman viento, y lo es sólo si desde Ti mana y la tierra que no es suelo, temblando lo que también llaman Navidad y un poco más abajo y entre los pinos del cerro, a mis amigos caminando detrás de su rebaño de ovejas y siguiendo la senda que le lleva a otras tierras porque son pastores y van de “verea” entre el

barro, la lluvia y el hielo y sí que parecen que van al encuentro de la Navidad que se anuncia en tu Evangelio y en nada se parece ni sabe, a la otra Navidad y como voy con ellos, real y desde más allá del tiempo, ya veo como cae la tarde y sobre la tierra negra del cerro que es puro “penaero” y sangre y consuelo, se van parando las ovejas y a los tornajos se acerca el pastor y como el agua tanto se ha enfriado que se ha hecho hielo, coge una piedra y rompe el cristal y llama a las ovejas para que beban y no desfallezcan del todo y aguanten un poco más porque él y yo, sí que vemos lo larga y dura que todavía es la vereda hasta llegar al belén de la hierba fresca y el sol que calienta de lleno.

Y estoy mirando sin querer porque tanto ante mis ojos y dentro tengo que ni siquiera sé cómo escojo esto y dejo aquello pero escojo y me voy con el pastor que ya le cae la noche encima y de frío y lluvia y barro e hielo tan encallecido, dura y entumecida tiene su alma y su cuerpo que se pone y levanta su tienda bajo el pino seco y en el barranco y ahí mismo enciende el fuego y en la noche oscura y de estrellas blancas y azul el cielo, donde cae y quema tanto el frío intenso, se acurruca en su saco y

pegado a los borregos que, del camino y del frío, ya se mueren, quiere calentar el cuerpo y darle su vida a ellos y no puede porque, Dios mío, lo mismo que yo, él está viendo que sobre la raya del infinito se amontona tanta lucha y tanto esfuerzo y tanta soledad por los caminos que se borran y tanto destierro frente a las luces de la ciudad y de los pueblos con sus belenes y sus coches, que no puede creer que sea cierto que en aquella Navidad y aquel belén, los primeros fueran los pastores y después de tantos siglos y tanta música y tanto tiempo, ellos sean todavía trozos de la Navidad y sigan siendo los últimos aunque allá, canten y digan, junto a los otros belenes de charol, que los pastores fueron los primeros.

Y estoy entre lo que es tuyo y dejas en mis manos para que bese y ame y sea su dueño hasta que vengas y al mirar, sin querer veo, a nuestra casa sin techo y ahí mismo, levantando un mural grande con letreros que anuncian muchas cosas y rutas y sobre las rocas del voladero que sujetaban la reguera que llevaba el agua a los huertos y donde pastaban, en la llanura, los borregos, a mucha gente que con sogas escalan y suben, dicen que hasta el cielo y algo más abajo, a muchos que están

vendiendo la Navidad en trozos de colores y dan voces y gritan diciendo que esta es la vida bella con sus luces y sus gozos verdaderos.

Y ahí, sobre el humilde rincón que nos ha quedado y un poco más abajo de donde el pastor se acurruca en la tienda y tiembla abrazado a la muerte de sus borregos, veo lo que no quiero y sí tanto quiero porque es madre abrazada a la niña y ésta preguntando, en su juego:

- ¿Por qué dices tú que en aquella Navidad los pastores fueron los primeros?

Y madre que, desde su corazón inmenso, habla y dice:

- A pesar de todo, hija mía y este crudo frío que nos roe los huesos, el odio no sirve de nada ni la envidia ni el dinero sino que lo único importante y bello, es el perdón y sentir, en el alma, a Dios con la dulzura de un beso y que eso sea tan real que salga y fluya y, como nuestras fuentes y ríos, rebose llenando el suelo y tanta sea la abundancia de Dios, en ese tan dulce beso, que los que nos miren y nos rocen, se vayan llenos y vuelvan y encuentren amor y todo sea como un juego que les consuela y empapa mucho más que todas las ciencias y

todos los inventos porque lo nuestro es un dulzor distinto que mana de otro muy dulce beso.

Y la niña que responde y pregunta:
- Entonces madre, en este reflejo de Dios y amor en sus almas y este beso ¿es donde los pastores fueron los primeros?

* **DESDE MI RINCÓN** pequeño y en este día siete de diciembre y domingo que ya roza la Navidad y frente a la raya del infinito, siento, palpo y veo, además del universo entero regido por Ti y presente en todo y latiendo, el momento este en que me despierto y en él, la ausencia de la que se fue y dentro de la aldea que sigue viva entre las ruinas, al pastor con su matanza y su mano rota por las heridas del cuchillo justo cuando fue a matar el cerdo y cerradas las puertas de las casas de los que ya se han ido, a la recogida de las aceitunas, unos y por las vereas con sus ovejas a las tierras de la hierba y el sol, otros y a las ciudades de las luces y los coches, los demás y también siento y veo a la casa nuestra asomada al río y en silencio mirando y meciéndose como en la imagen de un bello sueño.

Y como la monotonía sigue con su juego y la vida es tan sencilla y no para de rodar hacia el centro de Ti mismo, sobre los mulos tordos salimos de la aldea, la hermana y yo, acompañando al hermano bueno que se lleva a sus ovejas de verea y hasta que la noche llegue y salga de la sierra, le vamos dando apoyo y le echamos una mano en los duros días del invierno.
- Y luego al volver os pasáis por la tierra que labra padre y le ayudáis, en lo que sea y cuando ya regreséis del todo, os traéis una carga de leña.
Nos dice madre.

Y en cuanto ya empezamos a caminar vamos sintiendo la profundidad del río con sus cascadas y sus charcos azules y la lejanía de la tierra allá en el valle por donde, amontonados, tiemblan los álamos y los caminos perdidos y, entre ellos y la distancia y más silencio y las cumbres blancas de la nieve pura, los que van y los que vienen, con sus ilusiones y sus luchas y sus esfuerzos, por entre la nieve que se amontona y no pueden cruzar y, casi al margen de la tierra y el frío, los que miran quietos acechando y buscando cómo llevarse de nosotros un

poco más de sangre y hasta ignoran que Dios está presente no controlando pero sí dirigiendo los acontecimientos y como esperando y diciendo que al final de los tiempos se verá que muchos de los, ahora, triunfos, habrán sido fracasos y los que ahora parecen descalabros, se verán que fueron éxitos y por esto y la presencia del día que me quema, ahora lo recuerdo:

Antes de ponernos en camino, acompañando al hermano, nos dijo madre que:
- La actitud frente al cielo, en el día de hoy, ha de ser la de que todo lo que hagamos, sintamos o respiremos, sea para gloria de Dios y que si Él lo quiere, doblegue los corazones de nuestros enemigos para que se conviertan y vivan y les ponga dificultades a los soberbios, al modo en que Él enseña, para que lo conozcan y lo quieran y que este sueño que tenemos y aquel deseo por el que luchamos, lo bendiga para que si es para mayor gloria suya, salga y alumbre y los demás vean que las cosas y la vida y el universo, lo rige Dios aunque no parezca.

Y desde mi rincón pequeño, en el día de hoy que ya es umbral de la Navidad, como en aquel momento, lo

que decía madre es lo que deseo y, además, te doy las gracias porque entre aquel dolor estaba tu beso y entre tantas ruinas y desolación, nos permitiste gozar su dulzura aunque todo quedó en silencio y casi nadie lo supo y en el día de hoy, con la raya del infinito y la Navidad asomando de frente, pues que salgan y sean las cosas según Tú quieras y convenga para tu gloria en este suelo.

* **EN LA MAÑANA DENSA** de frío y pesadez y la nieve blanca por el campo y la niebla, estoy desperezándome en el refugio de mi cuna y como tengo hambre, más en el alma que en el cuerpo, cojo un puñado de bellotas, de las que guardo de este otoño y ya están avellanadas y mientras las parto y las saboreo y me saben a gloria, miro lentamente como buscando el horizonte que me trae la luz de la Navidad que se acerca y enseguida, como otras veces, el corazón se me abre y la mañana se me llena.

Porque ahí, en el mismo centro de la llanura y entre la hierba bañada de rocío escarcha y la bruma de seda blanca que se pega a las ramas de los pinos y del musgo

entre las piedras, la niña hermana y pequeña, ya colma con su presencia el valle y junto a ella y su frío en la cara y sus manos de princesa pero manchadas de barro y son sangre porque el aire gélido que pasa se las está besando, las tres cabras romeras que acaban de parir y por eso padre le ha dicho que se quede a su lado y que las guarde y que tenga mucho cuidado y que las lleva a los rodales donde la hierba está grande para que coman mucho y se les llene la ubre y den buena leche y alimenten bien a sus chotos que en cuanto llegue la Navidad que se acerca, quizá podamos celebrarlo junto al fuego y en el rincón que a tan dulce, en las noches de invierno, sabe.

Y en la mañana densa de frío quieto de este invierno grande y ya de ramas de higueras peladas y de viñas sin sus hojas y de granados helados que no tiemblan al paso del viento porque también ya se han muerto sus tallos y tienen el color ocre de la tierra, me acerco a la niña hermana para decirle que hoy yo también tengo mi tarea porque en el valle, todo se ha llenando de invierno y de nieve y de hielo y de serenidad eterna y de olor a morcilla de sangre que mana desde la matanza y

de chorizos colgados y huele también, la mañana, a soledad quieta que tiembla en las ramas desnudas de los manzanos y a esquilas soñolientas que surgen de entre el balar de las ovejas y como no tengo otra cosa que ofrecerle, quiero decirle que ánimo porque la tierra es la tierra y aunque ahora parece que está muerta, se nota reventando.

Y está ella sentada en su piedra y tiene entre sus manos el bloc pequeño que el abuelo le ha regalado y está escribiendo, no se sabe qué juego o qué secreto o qué lista de sonrisas o llantos, cuando de pronto me dice:

- Es que quiero que me aclares este puñado de dudas que aquí tengo anotado.

Y le digo que hable y me diga cuales son sus dudas pero que a lo mejor yo no sé tanto y entonces mira a su cuaderno y como si leyera, dice callando:

- Este camino que trazan por donde ayer crecían los huertos, aquel arroyo que sangra, tantos y con papeles allí amontonados, esa casa de piedra fuerte que acaban de romper y he amado, aquellas parras torcidas y ya la tierra cercada y prohibida para el ganado, aquellos coches y tanta gente como de fiesta cantando, estos otros que

vienen desde tan lejos y dicen que quieren ver el campo y también dicen que están conservando y no sigo pero como coronando a este manojo de dudas ¿por qué ahora llega tanta gente y nos miran como asombrados y nos hacen fotos y nos dicen que somos como piezas de museo que hablamos y respiramos?

Y en la mañana de frío denso y entre la Navidad ya temblando, miro a la niña sentada en su piedra y le digo que quizá madre sí tenga en sus labios lo que ella me está preguntando porque ahora mismo y sobre la tierra del valle, lo que sí hace es mucho frío y como yo le traigo a ella un buen puñado de bellotas de aquellas que en el otoño cogimos de la encina que se vestía de primavera, se las ofrezco para que desayune mientras el sol va llegando y la niña que me mira y me dice que sí, que lo mío es un detalle de hermano pero que una pregunta más que le está inquietando:

- ¿No se podría, lo mismo que padre cava la tierra, borrar todo y levantar de nuevo otra sementera en el mismo campo?

* **EL CAMPO ESPLÉNDIDO** de hierba y el rayo de sol, el primero de la mañana, llega vestido de oro y limpio y como la humedad es tanta de la espesa lluvia que, en lo que va de otoño ha caído, amanece el día brumoso y espeso de gotas cristalinas que se traban en las hojas verdes y tiemblan y, sólo ver el espectáculo, también mi alma tiembla de contenta y alza una oración al cielo y mira atenta y sí:

Más a lo lejos, se ve ya el humo surgiendo de entre los olivos y huele el aire a hojas verdes que arden y al igual que el almez de la llanura que roza el cielo y que ya tiene sus hojas amarillas y se le empiezan a caer y quedan las ramas peladas, a los álamos y a los kakis y a los almendros y a las higueras y a los granados, ya les ha llegado el turno de tirar sus hojas viejas y de los kakis cuelgan las frutas redondas oro y sus ramas, en apariencia secas, se llenan de musgo y ahora las nogueras y los robles, siguen los pasos de las higueras y por eso, sólo mirar el bosque, se ven los rodales amarillos castaño, en el centro de las laderas y destacando por entre el verde intenso y limpio del resto de los árboles que se acurrucan contra el invierno que llega.

Y como me voy y vengo con el humo de la lumbre que medio arde en el centro de los olivares y por los rayos del sol que vigorosos y tiernos, llegan y con la bruma que mana del suelo y con el rocío que tiembla en las hojas verdes de la hierba, no sé cómo pero por ese camino que va desde el recuerdo al corazón del alma, desciendo y ahí, donde parece que se detiene el tiempo y todo es como un sorbo de vida eterna y la dulzura de un blanco beso, me encuentro a madre que se acurruca también contra la mañana que viene vestida de Navidad y al verla tan hermosa aunque ya sea tan vieja, le pregunto, desde mi miedo grande:

- ¿Es a la niña, a quién esperas o es al padre?

Y la gran madre que fue pavesa y en mi corazón, como lumbre ardió y arde, me dice que:

- ¿Acaso no lo sabes?

- Pero si tú me lo dices, me das la tranquilidad en medio del frío que hace.

Y desde su amor rotundo y el dolor que en el corazón le late, habla y dice:

- “El Señor es un Dios eterno y creo los confines el orbe. No se cansa, no se fatiga, su inteligencia es insondable.

Él da fuerzas al cansado, acrecienta el vigor del desvalido... los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas y le nacen alas como de águilas y corren sin cansarse”. (Isaías 40,25-31¿

DURANTE TRES DÍAS el cielo estuvo brillante de azul, sin una sola nube que lo empañara, mojado el horizonte de escarchas blancas y soplando el viento gélido del lado del norte.

Y durante tres noches con sus atardeceres dorados y sus mañanas brasa, el campo se estuvo vistiendo de blanco armiño dejando los tallos de la hierba congelados y los cristales de las goticas finas, trabados en las ramas secas junto a las cascadas del río hermano.

Pero al cuarto día, amaneció el cielo también teñido de azul inmaculado y sobre la alta cumbre que resguarda al sur, los jirones de las nubes algodonosas, revoloteando inquietas y amenazando nieve aunque el cielo estuviera teñido de azul y el viento fino quemara de tan frío y puro.

Y aquella mañana del mes de diciembre, ya casi pórtico de la Navidad aunque por el campo aún no corrieran los arroyos porque el otoño había sido de poca lluvia, en la sencilla y humilde casa de la aplastada aldea, la madre trajinaba dentro en las cosas de la matanza ya algo avanzada y junto a la lumbre de llamas rosadas y olor a tea, temblaba la abuela sosteniendo en sus manos la sartén negra con las mollas de pan y en su pelo plata, la esperanza inquieta de su sueño último con sabor a alba.

La hermana mediana, con su niña del alma ya a punto de cumplir seis meses y la otra hermana, la pequeña y vestida de sierra, cuando todavía el sol no ha derretido la escarcha de los charcos del río, junto con la madre, salen de la casa y con la cesta de mimbre en la mano y la curva de la corriente, donde la hierba espesa se funde con los berros del agua clara, se ponen de rodillas y lavan las tripas del marrano de la matanza.

Y como por la orilla pastan las ovejas y en la losa blanca de las rocas calizas, se sienta hambriento y mira el carea o en todo caso espera que algún trozo de carne se

escape, al observarlo y verlas, desde este rincón mío en la distancia, se me rompe el alma, no de pena ni de tristeza, sino de añoranza y para mí o para Ti o quizá para ellas, me digo sin palabra:

“Madre y querida hermana, como aquel día y aquel otro durante tantos años y en la lucha callada pero todos unidos y todos abrazados donde nacen las estrellas y ahora, hoy madre y risueña hermana, fijaros qué tragedia y qué vació en las cosas que siguen vivas en la tierra del alma”.

Y madre con su niña querida, de rodillas frente al agua que por el río rebosa y lava que te lava las tripas de la matanza y mientras y en silencio y en la tarde semi callada, las ovejas pastando por la pradera verde del río, las nubes revoloteando y anunciando escarcha y el humo que por la chimenea sale de las casas, trazando sus caminos como hacia el infinito o hacia la inmortal región tantísimo soñada.

* **YA POR LA NOCHE** y sentados frente a las llamas amigas de los troncos que en silencio arden y

estando la abuela y la madre y las otras hermanas y hermanos de la aldea, ahora y por estos días, preparando las cosas para las matanzas que ya comienzan y estando la niña ayudando en lo que puede y como en muchas de las cosas, de la vida entre estas personas, ella todavía es principiante, pregunta a la abuela:

- ¿Y cómo dices que se hacen?

Y la abuela llena de amor por la nieta y sintiéndose maestra e importante en la transmisión de la experiencia que tan certeramente sabe, explica, a su modo y en su lenguaje: "El día antes de matar los cochinos se pelan las cebollas y si se quiere echar treinta kilos, pues esto que preparamos y después de peladas las lavamos y las hacemos trozos y la ponemos en los canastos y a otro día matamos los marranos y los pelamos con agua hirviendo y cuando ya hemos quitado el agua de pelar los marranos, fregamos el caldero bien fregado y ponemos la cebolla y la cocemos y cuando está cocía, la sacamos con un cucharón grande y la ponemos a escurrir y está todo ese día y toda la noche escurriendo.

Y a otro día de matar los marranos, lo primero es levantarnos a la cinco de la mañana y los hombres a

deshacerlos que es apartar las carnes con los lomos a un lado, las costillas en otro, los jamones en otro y así hasta que los descuartizan y ya los jamones se meten en sal y también las paletas y el tocino y las carnes, la que es para el chorizo, se echa a un lado, la que es para la morcilla blanca, la echamos a otro y la que es para la morcilla güeña, va a otro lado.

Y nos ponemos a picar la cebolla porque ya está escurrida de la noche de antes y así que la tenemos picada, seguimos con la tarea de picar la carne empezando por los gordos de la morcilla de cebolla y la cantidad es la siguiente: si se echan diez arrobas de cebolla se le ponen diez kilos de gordos que es la manteca del cerdo y así que ya está el gordo “espicao”, pues nos liamos a espicar los ensangrentaos que es lo que le echamos a la morcilla güeña.

Pero primero cocemos las cabezas y el morcón que es el estómago del marrano y las tripas y todo lo lavamos bien en una olla de jabón deshecho y un calderete con tomates y le damos varias vueltas y a continuación de picar lo de la morcilla güeña que son los ensangrentaos,

picamos lo de la blanca y a continuación picamos lo del chorizo.

Y así que están ya todas las carnes picadas pues decimos, “amos a hacer los bodrios” y nos ponemos y primero hacemos lo de la blanca, después el de la güeña, el de la morcilla de cebolla porque como lleva sangre y todo eso por si acaso se pone fuerte, es lo último que hacemos y luego el del chorizo con las chichas en adobo y así que están hechos los bodrios pues entonces comenzamos otra vez la tarea en el mismo orden embutiendo primero la blanca y en la misma agua cocemos la morcilla blanca y la güeña y luego la de cebolla.

Y ya que están las morcillas cocías, las ponemos en un barreño y conforme las vamos sacando, se van colgando en las varas y colocándolas en el techo y así que todo esto está hecho, nos liamos a hacer el chorizo junto con el salchichón que es de lo último que se hace porque se ha echado en adobo la noche de antes y a otro día sale un salchichón muy rico.

Y lo que tarda en secarse la matanza son unos diez días o así con el chorizo colgado pero esto depende del tiempo que venga porque si corre frío y caen hielos, se tiene menos días porque se seca antes y si está lloviendo, pues el chorizo se mantiene blando y aguanta unos días más, once o doce días porque si se deja mucho tiempo colgado se pone feo en las varas y luego no está bueno y las morcillas, pues unos quince o veinte días las tenemos colgadas y así que ya vemos que se han secado, pues a freírlos y a guardarlos en aceite.

Los lomos, como antes te he dicho, se echan en adobo con ajos, pimienta, canela, clavos, azafrán en rama, nuez moscada y se hace un adobo muy rico y se echan las carnes de los lomos y a los tres días o así, se les pone una poquita de sal y cuando se prueban y notamos que tienen su punto, pues decimos: “ya está el lomo para freírlo” y se saca y se tiene un día colgado, más no ya que las carnes no pueden estar mucho tiempo al aire porque se ponen feas y de momento los freímos y también lo echamos en aceite y ya tenemos para el año.

Y los jamones, ya he dicho que cuando los desguazan de los marranos lo primero que hacemos es meterlos en sal y con una maza los golpeamos un poco para que la tomen mejor porque la sal es lo que cura al jamón y los dejamos un mes, aunque esto es según la costumbre porque hay quien los tiene menos días y también les va bien y por eso te decía que cada uno la costumbre que tenga pero eso de depende porque si son los jamones más grandes, se tiene más tiempo y si son más pequeños, menos y el caso es que nosotros siempre los dejamos veintiocho o treinta días y por eso nos sale un jamón riquísimo y nunca se me ha echado a perder ni el salchichón ni el chorizo, sino que como tú sabes, todo está rico de comer y además de ser sano, alimenta y da energía y vida al cuerpo.

* **HOY,** en el corazón se siente y se gusta la imagen de la Navidad en la figura del morro redondo que es corona en la ladera de los álamos y empapa y deja lleno con la satisfacción de lo que es rotundo, sólo mirarlo desde el silencio de la noche y verlo ahí quieto como anunciando la presencia de ella y de él pero en el cálido

regazo de lo que es compañero y que completa y sostiene y da aliento.

Y como entre la senda que se borra y el monte del cerro que la va arropando, mana el venero y late el corazón de la madre mientras juega la niña su juego, en esta Navidad que es ya espejo del silencio de la tierra y del lucero que tiembla en la noche al compás del rocío que se hiela en la fina hierba, lo que con gozo se siente es que el morro del cerro es el complemento o el trozo esencial que falta para redondear la tierra que rodea a la aldea y es al mismo tiempo lo nuevo y el broche o la corona del cerro verdadero o algo así como lo que falta o sobra para que el suelo sea real y dé apoyo y sentido al cuerpo y al corazón y por eso se palpa y se siente el gozo en el complemento de la ladera de donde mana la fuente y se borran las veredas y camina la madre y la niña va tras su juego.

Y al pasar por donde el hermano está sentado, como esperando a que llegue la mañana y la Navidad termine de abrirse como la flor en la primavera y llene de

sabor a beso los corazones y el alma hasta su centro, la madre y la niña se paran y entonces les digo que:
- Estoy aquí sentando cuidando de las ovejas pero también acabo de llegar de perseguir a una estrella.
Y la niña pregunta:
- ¿Qué estrella?
Y la madre responde:
- Es la estrella que baja y al llegar a los corazones, pide permiso y si la dejas, entra y luego remonta vuelo y por el cielo azul de la mañana bella, se lleva los juegos y los sueños de cada uno y luego, como el rocío que en la hierba tiembla, se derrama desde el silencio y devuelve, traspasada y multiplicada, a cada uno su cosecha.

Y la niña y yo que estoy a su lado y por la tierra de más abajo, pastando las ovejas y el pastor que es padre, luchando y cavando la tierra, que la miramos y ella que nos dice, con su beso de madre grande y pavesa:
- El morro del cerro es el puñado de tierra que viene a ser complemento y en el corazón hoy se nota y en esa misma ladera y punto ¿no sentís también que está llamando la estrella?

* **DESDE EL RINCÓN** que me arropa en el frío momento del día que asoma, miro distraído al hueco de la ventana por donde me llega la luz de la mañana que nace y al frente y por entre la niebla que llena el barranco, sigo viendo el mismo beso de sol que en verano calentaba la pared que es espejo y, meciéndose al viento que imperceptible pasa, la misma sábana verde del bosque inmenso y hasta siento y me digo que todo es lo mismo menos la mañana y el rocío que ya es de otoño final y con la Navidad en su cuna y luego, el mismo momento y el río lleno y el perfume del aire más detenido porque el hielo y la nieve visten, al barranco y las cumbres, con un traje nuevo aunque por dentro y, el rincón que me contiene y mi sueño y espera, parezcan el mismo y en su silencio.

Y mientras siento que me abro a la mañana porque la considero hermana en mi pecho, ya me corre por el alma y me llena con su esencia, el recuerdo hermoso que late con la fuerza de aquella tarde de juego en el barranco de las adelfas y del arroyo pequeño con sus charcos remansados y las blancas piedras que la losa ha formado y que al besarlas el sol, relucen como trocitos de espejos.

Y ya me veo subiendo desde el valle siguiendo la senda que se esconde por el lado derecho y remonta el cerrete y vuelca y vuelco y al frente tengo el algarrobo que siempre mudo se mueve y a su sombra y por la hierba que a su sombra crece, los momentos celestes de nuestros juegos y la soledad contenida y la sonrisa de la hermana siempre como ajena pero llenando la redondez de la tierra y en su juego.

Y me acerco sin quererlo y algo despacio y al remontar el cerro, me ciegan los reflejos de las piedras y los tejos de la dulce casa que se rompe donde crecen los romeros y ya tiene las zarzas crecidas y las maderas carcomidas y por todos sitios agujeros pero que todavía y, a lo largo de los días, nos sirve para refugio y organizar nuestros juegos y por eso a sus ruinas acudo y en cuanto llego, toco en la puerta que no existe pero sí para ella y sus sueños y lo que espero es lo que se me presenta y, además, con qué belleza y qué temblor de primavera y qué amanecer de invierno.

- Pasa y verás como lo que anoche dijimos, aquí entre las piedras lo tengo.

Y paso pisando las ruinas que fueran casa grandiosa sobre el grandioso cerro y miro y lo que anuncia veo: un puñado de musgo amontonado, cuatro piñas secas que según ella son muñecos que representan a los pastores y al belén y a las ovejas y al pesebre y a los borregos y a María y a San José y al Niño que es un trozo de hielo, repleto de belleza pero extraño y por eso me sorprendo y al preguntarle, habla diciendo:
- El niño y en esta Navidad, tiene que ser blanco como la nieve y al mismo tiempo, tierno y que al tocarlo se derrita y se funda para que nunca sea ni tierra ni cielo sino agua que todos beben y al suelo empapa y da la vida y sin tener un color concreto ni pertenecer a nadie, a todo y todos llena por dentro.

Y quiero decirle que un niño de hielo cuánto frío no tendrá y entre estas ruinas y ta lejos y también quiero decirle que los pastores, los de verdad y carne y hueso, están llenando la sierra con padre y las ovejas que van por el arroyuelo y con madre trajinando en la tinada y frente al calor del fuego donde se cuecen los garbanzos que caben en el puchero y entre el olor de las morcillas de

sangre y el rumor del río que roza el huerto pero no le digo nada para no romper la belleza de su sueño.

Y desde el rincón que me arropa en esta mañana de invierno y de frío que me besa y la imagen de aquel y otros recuerdos y mientras sigo en esta espera paciente y con el sabor de aquel beso esponjándome el alma y dándome fuerzas en el sendero, cuando ahora llega la Navidad, hay que ver que dulce me empapa el sabor de aquel recuerdo y la niña hermana pequeña entre las ruinas de la casa y su juego.

* **EN EL MISMO CENTRO** de la humilde depresión de la tierra negra y justo donde estuvo el corazón del huerto, ahora brota el venero de agua limpia y fresca y como surge con tanta fuerza y en tanta cantidad y nunca fue esto manantial, sale de la tierra en forma de borbotones o como si estuviera hirviendo y mezclada con el barro negro que fue el corazón del huerto y luego se extiende y llena toda la hondonada abundante como un río manso y transparente y tanto que parece puro viento y mientras cae por la depresión humilde de la tierra que es algo de ladera y fue huerto, empapa todo el barranco y

tanto que, hasta las mismas piedras y los troncos secos de las higueras, están chorreando y bañados por sus juego de olas diminutas de cristal rizado y de arroyuelos que también son de juego y de charcos y de espejos líquidos que son besados por la luz de la mañana y más aún, parece juego.

Y como voy andando por la tierra un poco como recreo y otro poco por matar el tiempo y que el trago de este recuerdo y esta ausencia, mientras las horas y el día llegan, me sea más leve y llevadero, entro a la tierra que fue centro del huerto, por el lado de abajo que es donde estuvo la aldea y como la tierra, desde su silencio y soledad, a todas horas me besa, quiero ver y pisar y tocar precisamente lo que fue el corazón del huerto y donde justo sembramos y crecían la hierbabuena, es donde más agua veo y más grande es mi sorpresa en cuanto más subo y más piso la tierra y más me adentro el en núcleo vital del huerto porque encuentro y veo que el agua brota también del trozo de tierra donde crecían las patatas y de donde aquel año crecían los pimientos y más en la solana que es donde estuvieron las calabazas y las habas y los melones y el tabaco verde que fue tan bueno.

Y mientras subo y voy pisando la tierra que de tanta agua hoy se empapa y mana tan en silencio, me digo que no es normal que antes de llegar el invierno haya llovido tanto que la negra tierra del viejo huerto que, a pesar de lo abandonado y la soledad, tanto todavía quiero, se haya convertido en puro erial y en puro venero y piso la tierra procurando no hundirme justo donde la hermana pequeña sembró la albahaca entre la hierbabuena y al mirar al frente, veo la vieja encina del tronco negro y veo sus ramas temblando en la mañana y en la región del recuerdo, la veo a ella y al padre bueno que bajan dándose la mano y llevando una carga de patatas y me dicen que tenga cuidado que ahora vuelven a coger del huerto todo lo que este año el huerto ha dado y como espero y espero y ni a la tarde ni a la mañana vuelven, sigo caminando.

Y besando la sombra negra de la encina, mientras salto el arroyuelo y ya tampoco veo a las tres encinas que a la derecha del huerto siempre me saludaban llenas, sus troncos y sus ramas, de parras engarbadas ni tampoco veo el dulce columpio que padre aquí construyo para la

hermana ni veo a las ovejas que siempre balaban mientras subían el repecho que lleva a la fuente de los álamos ni sobre la piedra o losa blanca que era el otro mirador de la hermana en el reino de sus juegos ni sobre la roca del musgo, veo la casa humilde que miraba y miraba y parecía un palacio vestido de reina, justo en la parte alta del monte y por su puerta y sus estancias, la madre siempre callada y siempre amando y siempre soberana, abrazando y besando a la niña hermana y al abuelo y a la abuela y al padre cuando llegaba y, Dios mío, a cuántos y a cuánto ella, desde su dolor, besaba y hacía de la vida un beso.

Y por esto, aunque tanto me grita que mañana será Navidad, otro tanto o más, me grita y dice que: ¿Cómo va a ser mañana Navidad si lo que quiero y necesito, no tengo?

Y mientras ando, vuelvo a mirar a la tierra y ahora veo que la que pega a la carretera del asfalto negro, es roja, con mucho pasto del año pasado y entre él, la hierba empapada de agua y toda llena de hozaduras de jabalí porque buscan bulbos que algunos se ven sobre la

superficie dejados por ellos y lavados por la lluvia y cantan los mohínos o rabilargos por donde se desmoronan las paratas de las huertas y por aquí, los robles con sus hojas amarillas y muchos de ellos secos y rodando por la tierra con los troncos de parras que se liaban a los pies de las encinas y corre al agua por la tierra donde estuvieron las huertas porque como la lluvia ha sido tanta, ahora rezuma por todos sitios y por aquí mismo, también se ven muchos álamos caído y secos y en su madera que se pudre, las setas nacen y graznan los cuervos y según voy subiendo me encuentro con trozos de tierra por completo despoblados de vegetación y tupidos de hierba y siento el chorrillo del agua caer y más trozos de otros árboles, rotos y podridos.

Entre las rocas de los lentiscos, mana el agua y todo está pisado y hozado de los jabalíes y sobre el puntal estuvo la tinada y aunque la busco, ni siquiera adivino ya dónde estaba por lo que la han desmoronado y veo el rellano y todavía, la piedra que tenía forma de chozo cónico y por entre las hojas secas que se pudren por el suelo, de los robles, me encuentro las agallas pequeñitas y redondas y en el collado del cerro donde se dividen las

mil canales de la grande que venía del barranco oscuro, al pisar la tierra, vuelvo a adivinar por donde iba cada una pero ya quedan pocas señales y al lado, una madroñera con dos troncos gordos como el cuerpo de unas personas que a tres metros del suelo se divide en cinco o seis y tiene mil madroños y las ramas de sus copas se tuercen hacia el valle con más de diez metros de alta.

Y el día está nublado, oscuro y como parado y en silencio y sobre las cumbres, las nubes rozan y tapan las partes más elevadas y al llegar al collado donde se dividían las regueras, tres ciervas han salido huyendo y como voy por todo lo alto, veo que esta pequeña cumbre está poblada con madroñeras que tienen troncos que se elevan del suelo cuatro metros, gruesos y luego se extiende y por eso se parecen tanto a las encinas y a los robles y, además, se mezclan con ellos y el suelo lleno de pasto, con mucha hierba y entre ella, los robles, las encinas y las madroñeras, algunas bellotas todavía y madroños que se han caído esta noche misma.

Ya voy subiendo por la cuesta, justo por donde está el pino torcido y me vengo para la izquierda buscando los

primeros álamos y la gran roca del musgo en el bancal que pega a las zarzas espesas y por aquí, y rota, busco la senda que es puro barro y machacada de tanto como la han pisado los jabalíes y los ciervos y justo en la piedra del roble, el camino que sube, cruza a la nueva vereda que hicieron a lo largo de la ladera y mientras la senda, rota y casi desdibujada, se va buscando el arroyo, la que traigo, sube resto buscando la parte por donde se derrama la llanura y el camino que remonta, de tanto estar abandonado, ahora es cauce del agua que baja desde la llanura.

Y me he encontrado un níscalo, con su raí y la tierra y fresco pero arrancado y ahí mismo, sobre un montoncito de musgo, una navaja de pastor abierta que está nueva y tiene las cachas color pino pero debe estar perdidas desde algunos días ya, porque tiene tierra por la parte de abajo y en la ranura donde se guarda la hoja cuando se cierra y pienso que alguien que por aquí ha venido a buscar níscalos, se ha parado y se le ha caído el níscalo y se ha dejado la navaja olvidada y la cojo y la limpio un poco con el musgo y veo que por la parte que se cierra está algo oxidada y por eso me ha costado cerrarla.

Sigo por el surco que traza el arroyo donde ahora no hay agua pero cuando llueve rebosa la llanura, remonto de la ladera y ya estoy en la pequeña hoya que en aquello tiempos fue huerta de tierra rica que daba buenas cosechas y a la derecha, mucho pasto en el suelo y mucha hierba y al frente, un gran bosque espeso de pinos, robles y madroños que parecen secos por tantas ramas como cuelgan por las partes bajas pero no están secos sino verdes y es que el otoño ya viene rozando los umbrales del invierno y ando un poco y en el centro me encuentro lo que sería la bañera donde se bañan los jabalíes que la ha construido en la misma tierra de la llanura donde se ha formado un charco y tiene casi exacto su figura.

Y por el lado izquierdo me remonto un poco y las laderas de las rocas blancas, el musgo y las carrascas y corono el cerro y en cuanto llego al pino de la piedra que tiene figura de pez, me asomo y se ve el valle pero no se ve porque lo tapan el bosque de copas de pinos espesos que por aquí sembraron y ando unos metros más y enseguida me encuentro la dolina que se abrió en todo lo

alto del cerro y en ella, caído el pino grande que aquel verano se secó y el viento lo tronchó y casi la tapa y como no puedo pasar, rodeo por el lado norte que es donde queda la llanura y paso por donde tiene entrada la gran grieta que corta el cerro por todo lo alto como en una trinchera y nada más entrar, a la derecha, el espigón o monolito rocoso solo y casi rozando el cielo y en el centro, el tronco de la madroñera, la carrasca y la sabina y al frente, la otra sabina vieja, la gorda que también está seca entre las ramas del pino caído y muerto.

Me vuelvo y salgo de la trinchera y bajo unos metros y ya estoy en la llanura donde los jabalíes tienen sus bañeras y la atravieso y enseguida, al frente, me queda el otro bosque gemelo con su multitud de piedras blancas, mucho musgo y troncos de carrascas y nada más atravesarla, treinta metros y salgo a la otra pequeñas llanura que es un ramal de la primera, como una repisa donde también estuvieron las huertas y en cuanto la cruzo, dirección al espigón que queda enfrente donde estaban y están las tres cuevas, penetro en el bosque espeso por donde iba la senda pero ya no va porque el tapiz de hojas secas y de piñas y de musgo y de rocas

que han rodado, la han roto y corono un poco y ya estoy rozando las cuevas.

Me agarro a un tronco de sabina y entro por lo que era antes la vereda y lo primero, la gran sabina, la que era alta y gruesa como el cuerpo de una persona y está junto a la piedra que mira al levante y es espejo del sol en cuanto éste sale pero la sabina está seca por completo y abajo, donde la roca se clava en la tierra, los jabalíes han hecho su cama y siguiendo la pared de la roca hacia arriba, ya se abre la primera cueva donde hay tres tronco pequeños de carrascas y la cueva y la camas de los jabalíes y la pequeña cavidad que es la gran cueva que la miro y la observo y aquí me vuelvo para atrás y veo el valle al frente como si fuera una pantallas que me besa y reflejado en él y en las colinas y en el cielo, toda la sierra cubierta por arriba de niebla y de tono oscuro.

Y me salgo un poco y ando hacia lo que fue el gran balcón y sigue siendo el balcón que mira al valle desde donde todo se ve y todo se siente y todo se concentra y ¡qué hermoso es este valle aunque ahora ya no estén los que tenían que estar! ¡Qué hermosa la ladera por donde

sube la senda y qué hermoso el barranco donde estuvieron los huertos y el puntal donde estuvo la aldea y el bosque oscuro, silencioso y durmiendo con sus recuerdos sin que nadie lo sepa y sin que nadie, desde que faltan ellos, sean capaz de arrancarlos ni adivinen dónde se esconden y por qué se esconden y qué es lo que más adentro, encierra!

Y me asomo más a la izquierda y las dos piedras llenas de musgo de donde sale el tronco de la carrasca y el paredón de rocas color naranja y abajo, el arroyo que corre, aunque no se le ve, con su música y ¡qué notas, Dios mío! Y al fondo y bajo mis pies, el gran barranco que baja hacia las huertas y que ahora está verde porque tiene muchos pinos y muchas madroñeras y muchas zarzas parrillas pero también se le ve naranja y oro y seco y castaño y pálido como si fuera piedra porque ya se han secado las hojas de los robles que espeso, también cubren el barranco del arroyuelo.

Y al frente, se ven la ruinas de la tinada y el otro cañón del arroyo gemelo que baja desde las partes más alta donde la abuelita tubo su casa y el acebuchal y la

pared de rocas color naranja que sube desde el valle y queda como clavado en el centro del bosque que llena esa ladera y a mis espaldas, sigue estando la roca que tiene como un sombrero arriba y abajo, como la barriga de un pez gordo y donde ya se clava en la tierra, le crece el pino torcido que mira al valle y el otro que sube recto buscando el cielo y debajo, la otra cueva, la pequeña de las tres que ahora ya sólo usan los jabalíes y de donde salen las zarzas parrillas y la tierra es muy negra mezclada con hojas de pinos y ramas de madroñeras.

Y me vuelvo para atrás y que por aquí, que es lado norte, no se puede avanzar porque se alza la pared de la piedra que mira al sol cuando sale por la mañana y paso por delante de la primera cueva donde ya no vive pero está, la sabina seca y remonto por la parte trasera y en estos momentos me acuerdo que cuando la hermana pequeña estaba, al pasar por aquí, siempre cantaba su canción del alba y me subo a la piedra que roza el tronco del pino que sale desde la raíz seca de la sabina vieja y está, la piedra, toda llena de musgo, mucho musgo en lo que fue un asiento, otro más de los muchos que teníamos en esta tierra y en el centro, entre la primera, la segunda y

la tercera cueva, el otro pino caído, aquel viejo y grande que nunca llegamos a saber qué era lo que encerraba entre sus ramas y misterio y está caído y roto y tronchado y seco y ya casi podrido y setas de varios colores que le nacen de las ramas y las otras, parecen huesos que se elevan como pidiendo clemencia a las nubes y al cielo.

Y me vuelvo otra vez porque por aquí no puedo pasar y sigo justo por donde entraba la verea pero ahora me voy un poco a la derecha y rozo la primera cueva que también es cama de jabalíes y aquí ya si que no duerme nadie, sólo tierra negra y silencio y mucho musgo que es el traje tremendo y bello y misterioso de todas las piedras y todos los troncos que ruedan y crecen por estas laderas y este barranco y en cuanto remonto ya adivino las dos puertas, los dos agujeros que entraban a la cueva y la grande, la gran cueva, la que es todavía misterio porque nadie la ha descubierto ni la ha pisado desde aquel día en que se cayó la roca de la pared larga que es espejo.

Me voy por la derecha, me agarro a las ramas de las madroñeras y subo por donde los jabalíes y las cabras monteses han trazado una vereda y remonto esta

primera, la segunda y la tercera y ya estoy encina de la roca que es como un sombrero y la barriga, como la de un pez gordo y al llegar, también lo recuerdo, ya se oye otra vez el barranco que contiene el arroyuelo y desde aquí justo, se ve la aldea de la llanura que roza el cielo y el bosque de carrascas y los pinos y los robles y ahora, ya nada más que paredes y ruinas, las casas y el almez y la llanura donde estuvieron.

A la derecha que es el norte, la primera cascada del arroyo que descuelga de la llanura alta y al lado sur que es por donde queda el valle de la aldea, la llanura y más acá el cerro y más hacia mí, el otro mirador y la ladera que arranca desde mis pies mismo y más abajo, donde estuvieron las huertas y la aldea y me adentro desde aquí, desde lo alto, por las otras rocas que han caído encima de las que abajo son cuevas y salgo a otra pequeña llanura con muchas rocas caída, muchas hojas secas, muchas ramas y el trozo del pino seco que aun se clava en la tierra pero que ya no tiene vida y que sólo le queda de tronco, cinco metros y ya remonto la piedra del sombrero y, Dios mío, qué visión más excelsa y recuerdo ahora cuando la hermana estaba porque siempre decía

que desde aquí no se veía el valle, sino que se veía el cielo, un poco más allá y luego la raya del infinito y luego la eternidad completa y después, todo el grandioso universo donde debe concentrarse Dios con toda su esencia y belleza. Esto era lo que ella decía y cuánta verdad tenía y todo, qué cierto.

Suelto mi macuto y remonto y me sitúo en lo alto y ahora ya veo que estoy por encima de todas las copas de los pinos y los robles que crecen en el barranco con sus laderas y veo las piñas de los que tengo más cerca y las puedo coger con mis manos y veo, Dios mío, al frente el monte negro con la piedra del zapato que la cubre la niebla y el valle, no quiero decir lo que en el valle veo pero ahí está el valle y aunque no están las huertas ni la aldea ni ellos ni sus ovejas balando y comiendo.

Y a la derecha, mirando barranco arriba por donde llega el río grande, las otras laderas llenas de monte espeso y negro y en silencio y arriba y cubriéndolo, las nubes negras y la niebla blanca y lo que se adivino, Dios mío, lo que se adivina y sé, porque lo siento, ahí está la eternidad quieta y Tú sosteniendo.

Doy la vuelta y un poco más a mi derecha y aquí cerca, la plataforma por donde se sube a la piedra y el tronco del pino seco con las tres ramas que le ha quedado, colgando a los lados como si estuviera pidiendo, todavía, un poco de clemencia y al frente los pinos y las carrascas y más al frente, hacia la cumbre grande y por debajo de donde está la aldea, y entre mí y ella, la ladera que es espejo por donde viene la canal que arranca desde donde se ven las ruinas de las casas, y es espejo del sol cuando éste sale y tiene color oro y naranja y doy más vuelta y ya me quedo frente al arroyo que surca el barranco y también mi corazón y lo siento cantar mientras baja y veo a la senda por la ladera de enfrente, bueno, más bien no la veo porque el bosque la cubre y está rota pero sé por dónde va y la veo a través de las hojas y de la espesura y veo la ladera y donde corona el otro arroyo de la cascada blanca, arriba, el collado y la tierra donde estuvo la casa y más allá y entre la niebla, adivino la otra aldea y arriba la niebla, cubriendo la cumbre total como si ya, a partir de ahí, comenzara ¿qué es lo que comienza? ¿El cielo o la eternidad o la raya el infinito o el misterio?

Y me giro un poco más hacia abajo y al frente, el valle y por la ladera según baja el río, a la izquierda, y todo es bosque de pinos espesos y pinares y la otra piedra de los acebuches y se adivina por ahí a las ovejas pastando y a él con sus perros pero no hay nadie hoy, todo en silencio y el cielo negro cubriendo todo el valle y abajo, la negrura total y ya me vuelvo y me quedo frente a la aldea como en aquellos días cuando estaban ellos y lo que veo ¿qué es lo que veo? No quiero decirlo, Dios mío, porque no veo nada más que un trocito de monte un rodal de tierra que tiene color de hierba y más abajo, el charco grande y azul e inmenso como el cielo y se mantiene en silencio y se riza como si estuviera todavía jugando el juego que siempre tenía ella pero ahí ¿qué es lo que duerme que tanto calla y tanto grita y desde aquí, tan nítido, siento?

Más y entre las huertas y el azul inmenso que se derrama desde el cielo, pasa la carretera del asfalto negro con sus curvas y los coches y se le siente a ellos y aquí ahora me voy a despedir porque quisiera seguir subiendo por la canal que se cuelga de la pared y lleva a la aldea y quisiera quedarme en el lugar para siempre y en esta

piedra, cómo me voy y cómo me quedo y cómo quisiera que ellos todavía estuvieran por aquí y conmigo subiendo.

Pero aunque me voy, antes de despedirme vuelvo a mirar hacia el valle y ya mis ojos se concentran allá a lo lejos, en la piedra aquella que sobresale y siempre llamábamos el zapato y donde la niebla juega cubriéndola por un lado y otro y por detrás y por arriba, la deja descubierta como si quisiera llevársela o cogerla y arrancarla de raíz y elevarla al cielo y la niebla corre a su alrededor en forma de anillo y la cubre pero no la cubre por arriba y tapa el monte que cae hacia la ladera y viene hasta el valle y que bello y qué misterio y como, cuando estaba ella, siempre miraba y miraba a la piedra y siempre me decía tanto y tan tremendo.

Y estoy mirando a mi reloj antes de irme y dejar la piedra y veo que son las dos de la tarde y ahora me digo ¿me voy por la reguera que surca el voladero y sale a la llanura de la otra aldea o me voy por la parte alta y corono el cerro y desde ahí palpo y me bebo los otros recuerdos?

Dejo la piedra, cojo el macuto y atravieso la pequeña llanura donde está la otra cueva pequeña donde se refugiaban los borregos y por el lado que pega al arroyo, sigo subiendo y más pies de madroñeras y ahora ya aquí, el otro mirador que da al arroyo y donde se concentra el cataclismo de las piedras que se rompieron y las tres primeras cascadas que caen desde la aldea y conforme voy subiendo, qué bien lo sé, no voy por lo alto total sino volcando un poco hacia el arroyo que es por donde se sube y baja al cerro.

Ahora ya no hay senda pero sí lo usan los jabalíes y me encuentro con más troncos secos de madroñeras y a la derecha ya me queda el voladero y el gran bosque del barranco de las malezas y al frente, el roble viejo que también ya se ha roto casi total, aunque todavía tiene ramas verdes y una seta redonda como una moneda y grande como un sombrero y color bronce, en la misma rama seca del roble que se desmorona y clama al cielo.

Y sigo por la senda buscando lo que sería un pequeño collado y aquí ya se espesan las rocas porque es cordón de la cumbre y más madroñeras viejas y rocas

y barro y pisadas de jabalíes y piñas y zarzas parrillas y el gran bosque espeso con su musgo y su misterio como en aquellos días pero ahora todo en silencio.

Corono el repechillo y ya aquí está la reguera, la canal, el cas que traía el agua desde el arroyo que nace donde la aldea y por aquí justo cruzaba y ahora rota está pero sin embargo, por donde atravesaba la roca al salir del voladero y volcar a la llanura donde están las cuevas, sigue todavía tallada en las rocas y con las piedras puestas aunque ciega y con mucha hierba nacida y perdida y me voy un poco en la dirección que corría el agua y después de tocarla y besarla y bebérmela, me vuelvo porque desde aquí para delante adivino como se pega a la aldea de las rocas del voladero color naranja y es de la mañana espejo, la adivino por entre las zarzas y aferrada a las raíces y en la pura piedra hasta llegar a la tierra de donde cogía el agua y de allí la traía hacia esta llanura y la regaba.

Pero no la voy irme siguiéndola sino por la parte de arriba buscando lo más elevado de las rocas y el bosque de pinos que me besa y las conchas que tapan la tierra y

las hozaduras de los jabalíes y más ramas y las piedras sueltas y muchas piñas y cagarruta y madroños y musgo en las piedras y lentiscos y sabinas y otra rama vieja de madroñera que me serviría de garrote pero no la cojo y sigo subiendo y más pinos y todo en silencio sin que nadie por aquí ahora venga y si viene no son los que tenían que venir sino los otros.

Una piñas comidas por las ardillas y mucha pulpa tirada por el suelo y la ladera que se empina con espeso pasto y abundante hierba y aquí los níscalos, aquellos níscalos viejos y grandes comidos por los jabalíes algunos y otros todavía hermosos y dorados y rezumando esencia y sierra y los cojo en mis manos y los dejo entre la hierba porque enseguida me digo que para qué los quiero pero ando y piso la tierra y miro por si los veo porque aunque no los recoja ni me los coma, es un placer verlos y recordar aquellos tiempos.

Y otro grande como un sombrero que asoma por entre las hojas verdes y qué belleza y lo cojo y está todavía bueno y otro más pegado a los troncos, dorado de fuego y oro y tres más arriba, y ahora recuerdo que este

es el sitio donde en aquellos tiempos salían a puñados pero hoy y aquí, se pudren o vienen a buscarlos los otros y sí me paro y los cojo porque son tantos que sacian el alma sólo verlos y me alejo del pino y sigo subiendo la ladera por entre el pasto, la sabina, el lentisco, el musgo y la sombra espesa de las nubes y el cielo y dos níscalos más que se pudren y se come el suelo y otro más y otro y cómo se amontonan, Dios mío y qué hermosos y como veo tres más juntos, los cojo y aunque no tengo pensado llevármelos, los miro y cómo relucen de oro y qué tiernos y perfecto, redondos y jóvenes como si hubieran nacido esta misma noche aunque son grandes como la palma de la mano y ya sí me paro y los corto con la misma navaja que hace un rato me he encontrado y como son tantos, me animo y me digo que me los llevaré para que el momento sea lo más parecido a lo que fueron aquellos.

Y en cuanto me entusiasmo y me voy buscándolos, llego a la misma boca de la sima que hay por encima y entre los pinos viejos y las ramas de sabina y paso rozando los tres agujeros que casi están tapados por el pasto y las ramas secas y me entusiasmos tanto con los níscalos que en nada de rato he cogido más de dos kilos

y en cuanto llego a lo alto del cerro, me vengo a la derecha buscando el filo de las rocas que forman en voladero y desde aquí me asomo al barranco por donde a la mitad, va la reguera y bien que la veo porque estoy en todo lo alto, metida por entre los peñascos que se cayeron hacen unos años y el gran roble, caído en medio del cataclismo de los bloques que se despeñaron y el barranco, entre la reguera y el paredón rocoso, lleno de robles y madroñeras y por el filo de las rocas, mirando al frente, casi a la altura de mi cabeza, tengo ya la pocas ruinas que aun quedan en pie de la bella aldea que rozaba el cielo y el barranco ¡qué espléndido!

Por mi derecha y en lo hondo, la oscuridad del gran charco azul que refleja a las nubes y humo que sale de donde ahora las instalaciones del campamento y en aquellos días, estuvieron las huertas y son las lumbres que encienden en las parrillas, los que llegan de fuera para asar sus chuletas o sus chorizos y el charco azul que, más todavía lo arropan las nubes, con un borde en forma de encaje más negro y a todo su alrededor y en centro, blanco pero como es niebla lo que en él se refleja, no puede ser azul sino blanco sobre azul y verde por los

pinos y los montes de las laderas y desde donde estoy, siguiendo todo para abajo, el espigón donde se encuentran las tres cuevas y la canal y toda esa ladera que sube amurallando al barranco del arroyo limpio por el lado del poniente vieja.

Y aquí, justo en todo lo alto, la gran sima que desde aquel día, pende sobre mi cabeza como la espada de bronce que me dará la muerte y se llevará por delante, lo poco que aun de nosotros por rincón queda y ella es como una profunda grieta que con el tiempo y la lluvia y la nieve, se ha abierto en el mismo paredón rocoso pero arriba en la parte llana y profundiza en la línea de la pared que mira al sol y desde la sima o grieta oscura con sabor a muerte, hasta el borde del paredón, cuatro o cinco metros de ancho que será el gran bloque de piedra que una noche de estas y, cuando la lluvia la tenga bien empapada, se caerá llevándose por delante, Dios mío, cómo lo adivino, la mitad de este barranco, las tres cuevas, los robles viejos, todas las cascadas del arroyuelo y las madroñeras y por supuesto, lo poco que ahora queda de la canal y el camino viejo y las últimas huellas de los últimos de aquella raza que aun andamos por el

lugar más que refugiados, escondidos y parapetamos contra la ciencia y la sabiduría de ellos y lo que llaman los nuevos tiempos.

Se hundirá este cerro un poco más porque así es como las cosas pasan en esta tierra y mientras sigo subiendo y atravesando los romeros mojado de la lluvia fina que cae y me tropiezo con los níscalos solitarios y rozo las carrascas, me vuelvo a decir que este trozo de roca pura se desploma en cualquier momento y se lleva por delante la sabina que crece en el mismo borde y la reguera y los robles y ¿qué más, Dios mío, qué más? Sólo pensarlo tiemblo y siento miedo pero sigo y corono el cerro y ya por aquí me encuentro con las señales de aquella vieja vereda y ello me animo porque en dos minutos me pongo en el mismo borde de las rocas y frente a la aldea, veo por donde bajaba y en la tierra que hay frente a la llanura y donde ahora sólo crecen pinos y en aquellos tiempos, crió tan buenas sementeras.

Coronaba por todo lo alto y luego, por la ladera que acabo de remontar, bajaba buscando la llanura donde ahora los jabalíes tienen sus bañeras y desde ella, iba

hasta la aldea del valle y como ellos bien la conocían y la andaban, en media hora iban desde la aldea que rozaba el cielo a la aldea que dormía en el valle pero ahora, nadie, sólo yo y en este día silencioso y de lluvia fina y tierna, la recorro mientras la voy buscando porque, de tan rota, ya no se ve y empiezo a bajar hacia el arroyo sintiendo que estoy pisando la sagrada tierra que tanto hollaron ellos en aquellos días largos de invierno y de primavera y de otoño y de verano siempre con sus tareas y sus luchas y sus bestias cargadas con la paja o la leña o las patatas de las huertas o los haces de trigo o el trigo mismo para llevarlo al molino y la harina y el pan y entre tanto y tanto, los sueños y las angustias y el llanto, que en silencio rodaba de sus ojos y se quebró en estas duras piedras y sólo Tú, Señor, lo besaste y luego el viento y el sol de las mañanas y después, la gran soledad y el olvido que ahora es en mi mente recuerdo.

Mientras bajo y busco la aldea que no sé ni para qué la quiero, tiemblo por entre la lluvia que mudamente va cayendo y me quedo con la tierra que sólo cría pinos añejos y pasto para las monteses y bellotas, las encinas, para las ardillas y los cuervos y como llueve, igual que en

aquellos tiempos, me digo que ahora mientras ando, tengo que tener gran cuidado con las rocas y los palos secos porque si las piso y los piso, puedo resbalar y caer y salir rodando y despeñarme y hundirme en el barranco por donde corre el arroyo y yo a su lado, espero.

Ya vuelco a la tierra llana de la aldea y al comienzo, los robles espesos y luego, los pinares donde estuvieron las tierras de aquel trigal y aquel centeno y pastaban las ovejas al salir el sol, bajo la escarcha de enero y como llueve mansamente y no tengo nada con qué cubrirme y me da igual porque quiero sentir la lluvia y quiero dejarme empapar como en aquellos tiempos y porque sé que la lluvia fina de estas cumbres siempre limpian más por dentro que por fuera, me dejo ir sobre mi alma y desciendo hasta el arroyo de las aguas limpias, más por aquí que por allí, porque está recién brotada del manantial de las zarzas que es ahí mismo y en dos minutos, estoy rozando su corriente y como sigue lloviendo y no tengo ningún motivo fuerte aunque sí lo tengo, para cruzar y subir a la llanura donde se desmoronan las últimas ruinas de las casas amadas y en la misma puerta y pegado al horno, se empapan de otoño

invierno y de lluvia fina y fría, las bolitas negras del almez que tanto sabían a miel cuando en aquellos días, la niña hermana y yo, las cogíamos y a puñados o de las mismas ramas, nos las comíamos, miro y veo la cueva de la encina curva con musgo por abrigo y me digo que aquí me paro y como también es la hora de la comida, tres y media de la tarde, mientras me resguardo un poco del frío, me alimento.

En la cueva que hay junto al cauce y frente a la ladera donde crecían y ahora se secan las higueras y un poco más arriba, en el cerrete, la aldea y las otras huertas, me paro y bajo la lancha que forma como una cueva y donde en aquellos tiempos tanto me refugie pegado al calor de ellos, voy a comerme los puñados de bellotas y madroños que guardo y he venido cogiendo mientras siento el agua correr y contemplo el tronco verde de musgo y vivo con las nubes y la niebla y mi recuerdo y la soledad del campo y el silencio y ya mientras como, me deleito con la música del arroyo que pasa a diez metros y corre, hoy con mucha menos agua que el otro día y miro al frente por la llanura con la niebla casi cubriéndola y veo caer la lluvia mansa sobre las encinas y la hierba quieta y

ahora me recuesto sobre la fría piel de la roca húmeda y miro al cielo y ya no pienso pero sí siento que en mi corazón tiembla la presencia de lo ausente, que fue tan dulce beso.

Y por esto, aunque tanto me grita que mañana será Navidad, otro tanto o más, me grita y dice que: ¿Cómo va a ser mañana Navidad si lo que quiero y necesito, hoy no tengo?

* **EN LA MAÑANA NÍTIDA** del otoño húmedo, desde la cueva que se enfrenta a la tierra que se muestra despojada de sus huertos y la cumbre en silencio y el rocío blanco y la niebla espesa, miro absorto y en mi mente siento y en la tierra veo, aquella tarde de aquel día que se fue borrando pero que fue bello porque estaban las ovejas, estaba padre, estaba la aldea, la “rosquera” redonda y la red de esparto y también la tierra manando su agua y el perro noble siguiendo los pasos del pastor cansado y estaba el campo lleno de grandeza y por entre la hierba, el bosque y la llanura, estaba ella.

Y como estoy mirando desde la pequeña cueva, la siento y la veo que sale de la aldea y por la tierra llana

que da a la parte alta, guiándolos a ellos, el grupo de amigos niños de la aldea, se acercan a la rosquera y la miran despacio y tocan con sus manos el monte seco que forma la puerta y miran y se asoman por dentro y al verla tan estrecha, la niña dice:

- Pues esta es la cama de padre en invierno para estar cerca del corral donde duermen las ovejas.

Y los niños dicen que esto más que un chozo pequeño, a lo que se parece es a un puñado de sueños que salen de un juego y ella contesta que eso es verdad pero que aquí duerme el pastor de las ovejas en las noches de escarcha y entre la nieve y el hielo.

Y siguen subiendo como si hoy fueran a la cumbre más alta que tiene este cerro y al pasar por el manantial que es fuente de viento y que en cantidad inmensa, da vida al arroyo, la siento y la veo y al tenerla a mi lado, me dice sin miedo:

- Nos vamos de la aldea y no es que estemos huyendo, es que nos rebelamos contra los que vienen subiendo y nos atacan y nos rompen y nos quiebran y ya estamos hartos.

- Pero todos los niños y tú al frente con ellos ¿a dónde vais por estos montes y sin caminos y en este día de invierno?
- Vamos a la ladera que enfrente estás viendo que es la que mira al barranco y domina al valle y domina a la aldea y es como balcón y palacio, frente a la tierra buena del querido huerto.
- Y en la ladera ¿qué es lo que se esconde que sea mejor que esto?

Y la niña me dice que ahí y entre el monte, ellos ya tienen una mansión con caminos limpios y flores de incienso donde siguen manando las fuentes y dan trigo las tierras y frutas los cerezos y sólo hay presencia de Dios entre el puro viento.
- Y ahí nos haremos fuertes y cuando ellos vengan, no pasarán dentro porque, y ya te lo decimos, ese rodal de tierra en el centro de la ladera y nuestra alcázar de sueño, pertenece sólo a los niños que vivían en la aldea que ellos rompieron y que por eso ahora es tierra sagrada y más lo son los niños que ahí siguen con su juego. Así que esto es todo y seguimos por el camino y hasta pronto y un beso.

Y en la mañana nítida de este frío otoño-invierno y ya con la Navidad temblando en la aurora y colgada del hielo, desde mi cueva pequeña miro en silencio y mientras cae la lluvia, ahí la sigo viendo y la siento tan grande y tan bella y tan cielo que todo el monte entero y la ladera y su manantial de viento, es como esencia de ella que sin tener cuerpo, todo lo llena y todo se hace juego y padre, un poco más abajo, acurrucado en su rosquera que, como yo, la siente y se dice en silencio.
- Ahora mismo salgo y la toco con mis manos y con mis labios la beso y entre el rocío de la noche y la niebla del cielo, le doy un abrazo grande, porque es Navidad y le digo que la quiero.

(Nota: rosquera = chozo pequeño y portátil que se pone junto al
aprisco donde el pastor duerme por las noches al cuidado del rebaño¿

* **COMO QUEDAN POCOS FECHAS** para la Navidad y madre que lo sabe, lo medita en silencio y el campo en pleno, lo rezuma por todas partes, en cuanto

llega el nuevo día padre se va con las ovejas por el cerro, la hermana se va por la verea que es llano y justo donde la curva del río se remansa, retozan los borregos, la madre organiza y pone a punto las tareas en la casa y mientras la abuela y el abuelo se acurrucan en el rincón de la lumbre calentando sus carnes y rumiando sus recuerdos, yo me voy por el puntal de las madroñeras y donde la tierra no tiene monte y la hierba crece espesa y el rocío de la noche la llena como en un vestido inmaculado y terciopelo, a la orilla del bosque me pongo a recoger las ramas secas para la lumbre en la casa del rincón del abuelo.

Y estoy pisando el barro de la tierra empapada del venero que brota junto al roble y del otro manantial que surge por el agujero de la roca del musgo y de parte de la corriente que trae el arroyuelo porque la lluvia ha sido tanta que el agua rebosa y llena y empapa el suelo y encharca a la ladera y a la llanura de la hierba espesa y los surcos del huerto y encharca a la torrentera y el camino y el monte y el rincón oscuros de los enebros, y mientras recojo las ramas secas de los pinos caídos, miro hacia la montaña que me corona y al verla y ver la niebla

y el azul del cielo, caigo en la cuenta que mi amigo el pastor ayer me dijo que:

- En cuanto llegas a la cumbre y te asomas al puerto, a lo lejos y sobre el valle inmenso, se ven las ciudades aplastadas en la tierra y en ellas se ven los tejados y las antenas y las carreteras y los mil coches corriendo por el asfalto negro y se oye la música y se ven a las personas llenando las calles y siempre corriendo y luego se ven las luces y los adornos y los belenes de algodón y caramelo y suenan más canciones y unos a otros se felicitan y dicen que la Navidad ya está en su centro mientras en los portales de las casas, entre cartones y mantas viejas, duermen los que ha llegando de lejos y esperan la recogida de la aceituna y como no tienen ni techo ni pan ni dinero, se acurrucan donde pueden y todo, desde la cumbre y el puerto, parece esplendoroso y grandioso con las ciudades allá a lo lejos y las carreteras y los caminos y los brillos de las paredes y otros mil reflejos que las ciudades, desde la cumbre y el puerto, parecen bandadas de gaviotas que se aprietan y quieren volar pero no levanta vuelo.

Y mientras recojo la leña me digo y pienso que si me queda un rato, puedo subir hasta la cumbre y me asomo a verlo pero tan entusiasmado estoy en la lucha que tengo que hasta me he olvidado que la hermana pequeña también anda por el campo y por eso me asomo al puntal que mira al río y la veo que por el sendero, viene como jugando detrás del borrego blanco que bala buscando a la madre y en cuanto la niña lo llama se le viene a las manos y con él como juego y el barro del camino y el rocío y el agua del arroyuelo que fluye saltando, remonta por la tierra y llama a padre y donde las ovejas se esturrean pastando, se detiene ella y al verlo, no al padre sino al muchacho, ni se asusta sino que lo saludo y enseguida le pregunta si busca algo concreto.

- Desde la ciudad de las luces, me han traído en su coche de lujo porque me dijeron que les enseñara el campo y al llegar a este cerro, nos hemos parado para ver el río y en cuanto he acordado, han salido huyendo y aquí me han dejado.

Aclara él.

Y la niña le dice que no se preocupe y que deje su llanto que entre la aldea de los pastores y, mientras ellos

por aquí respiren y tenga tierras y huerto, no está perdido sino que tiene regazo y techo.
- Así que vente conmigo que en mi casa, madre está esperando y junto al fuego, la abuela y el abuelo, recordando y padre, por las tierras de enfrente ya viene bajando y recogiendo más leña para la lumbre porque la noche ya llega y es Navidad y crudo invierno.

Y desde mi rodal de tierra negra y monte claro e hierba espesa llena de rocío como tejiendo un manto, al ver lo que veo, me vengo pisando la tierra empapada y con la leña acuestas y en el corazón soñando que la Navidad ya está llegando y que la niña y sus borregos de nieve y de agua con olor a estiércol pero blancos, acaban de hacerse sueño encontrando a otro hermano y por esto aligero y en cuanto llego a la casa que es el corazón de la madre y el rincón del amor donde estamos apretados, ella nos acogen y nos reparten más tareas y avivan el fuego y mientras besa al abuelo, dice que la alegría es buena en un día tan blanco y bello.

Y en cuanto cae la noche, sentados junto al fuego y rodeando al muchacho y entre el abuelo y la abuela y

madre arropando a todos en un mismo nido y centro, mientras las llamas danzan y fuera balan las ovejas y el abuelo sigue en sus recuerdos, ella habla y dice:

- Este hermano nuestro estaba perdido y lo hemos encontrado y no podía ser en mejor momento.

Y entre susurros y bajito, la niña me mira y quedamente dice:

- Pero si no lo conocemos de nada y estaba como abandonado y solo y triste por el campo.

Y también quedamente le digo a la hermana:

- Si madre lo dice, es nuestro hermano y ya está todo dicho y hecho.

* **DENTRO DE LO QUE TÚ** has ordenado, hoy le ha tocado su presencia al día concreto que tiene fecha de dieciséis de diciembre y entre tantos como ya han llegado y siguen viniendo, ni siquiera parece un día, el que se presenta en este momento.

Recortado como los caminos de mi tierra y sin luz propia, porque es verdad que se ven los cerros y las siluetas de las rocas y los pinos y los arroyos pero como tanto lo arropan las nubes y tanto la lluvia y la sombra cae

en silencio, parece como si el día fuera menos de medio y lo poco que es, ni siquiera desea abrirse ni traer un beso nuevo para no ser grande ni señalado en esta escala del tiempo, sino que lo que es, ni quiere ser notado como día ni dejar huella ni tener nombre ni color de cielo.

Y como es tan poca cosa este día de hoy aunque sí tiene su mañana toda vestida de invierno y en ella resonando la Navidad que no es cosa del día sino de los seres humanos que aquí nos movemos, desde este rincón hoy, de la sombra y la monotonía donde tiemblo, me digo y siento que en esta espera y con mis manos vacías y con mi realidad toda entera convertida en recuerdo, una porción de tiempo como el de hoy ¿para qué lo quiero y para qué quiero lo que ni me trae ni va a cambiar nada en la realidad que, abrazando a mi vida, tengo?

Pero aun así, el día de hoy que siento como el pequeño que ni luz propia parece tener, por aquí avanza ya y me viene comiendo las pupilas de los ojos y la realidad en mi pecho y todo parece estar en su sitio real y con la ilusión de acabar de encajar menos yo que sigo en la espera y, el recuerdo, como al acecho para mañana

traerme un trozo más de aquello que me mantiene vivo y ya está lejos pero que tiene que llegar y debe ser así y no hay ni más luz ni más puerta en mi sendero.

* **ES COMO SI DOS** placenteras sensaciones me quemaran dentro y cuando ahora llega el día y mis ojos se abren sin ganas, una me dice, con voz de beso, que no me levante y que siga acurrucado en el dulce lecho y que escuche y guste el dulzor que transmite la quietud y el calor que me abraza y me repite que todo yo, en carne y en espíritu entero, me quede porque pertenezco a este sueño.

Y la otra sensación, me pide que me alce y que abra la puerta inmaterial e inmaginaria que me da paso a la realidad de la tierra y me pone en contacto con el viento, la luz del sol en la mañana primera de la Navidad y del invierno y que ande y me asome al barranco porque ahí, si miro desde dentro, veré el arroyo saltando recogido como en un juego y de él y el contenido que lo sujeta, manando la música celeste que embriaga al corazón y es alegre y triste y al mismo tiempo, y si quiero, desde el espejo que muestra el arroyo, veré todo aquello

que se ve en un sueño que será la humanidad entera con su ciencia perfecta y la voz que lejos queda y los márgenes de las otras culturas y las bellezas que ellas encierran y el momento y si yo lo quiero, me llevará a otro universo rico en colores y en personas y en música y en reuniones que siendo materia, son como sueños que sólo se ven y se sienten en el corazón pero ni se tocan ni se parecen y sí dejan en el alma la sensación y el gusto de un beso.

Y me digo que mi amigo el pastor tenía razón cuando me contaba que desde el puerto de la cumbre se ven las ciudades como amontonadas en el valle y todas durmiendo y vestidas de gala y en estos días con los niños de los humanos llenando y abarrotando los colegios y cantando, dicen que la Navidad, y vestidos de brillo y con juguetes de plástico y cartas para los reyes y más sueños que son otros sueños de los míos y estas sierras y luego se oye la música y unos y otros hablan y luchan y hasta se pelean mientras en las puertas de las casas otros se amontonan en cartones y duermen o sueñan o mueren en la espera de la aceituna y no pueden porque mil puertas se cierran y la lluvia cae y el frío quema y el

hambre y la soledad del alma, da la muerte, aunque sea otro tema.

Y me vuelvo desde el barranco que la corriente atraviesa y como hoy no está ella y sí la siento en la tristeza de la luz que cubre el campo y el verde del bosque que tiembla y enganchado a mi espera y ahora, mucho más añejo, el beso dentro del alma por la ausencia de lo que quiero y aunque me acaricia es sólo nostalgia y en el espacio pavesa, me meto en el rincón que me contiene que es como una casa pequeña y está fría y huele a romero y es más que bella y la quiero porque no es ni tierra ni sueño sino algo así como el gozo que mana y empapa, de un sueño y eterno.

Y para mí y en mi silencio me digo que no quiero despertar a este día sino que en este amargor de beso ausente y por eso perdido para siempre, quiero la muerte en la soledad y la misma tierra de este rincón que me contiene y como es frío porque es cueva frente a las ruinas que quiero, deseo no sentir ni palpar nada más que la esencia de este sueño que me protege y me alza de la

tierra y del miedo y la pavesa de los que gritan y sólo anuncian desolación y vacío en la fría materia.

Y por esto, hoy que ya es Navidad y en mi corazón tengo la sensación de un dulce beso que me quiere y aunque está ausente, da la fuerza, me acurruco y mis ojos cierro y digo que no al otro mundo y en el universo de estrella, me pierdo y si de mí dependiera, ahora mismo muero.

* **YA DIECIOCHO DE DICIEMBRE,** más umbral de la Navidad, miro a la mañana y lo que más asombra son sus inmensas nubes negras rebotando de montaña en montaña y el verde húmedo de la hierba en las laderas más lavado por la lluvia blanca que ha caído, sin parar, toda la noche y ahora que el sol la besa y baña, no parece otra cosa sino un mar de finas perlas que juegan sobre el manto de esmeralda porque el viento corre fuerte y por eso las nubes resbalan y las hojas tiemblan y el rocío, en la hierba, parece plata.

Y es que la lluvia de este año, no para y por eso los arroyos cada día más repletos, bajan y los charcos ya

rebosan y aunque a ratos y a veces, el día entero, las nubes sí se alzan y sale el sol y siguen por sus montes y la sierra entera parece primavera adelantada, al día siguiente vuelven las nubes y las lluvias caen y al suelo empapa durante horas y noches y aunque todo calla, por doquier sólo se ve agua y más agua y las nubes negras que revolotean y saltan de cumbre a cumbre y de montaña en montaña como en un juego eterno que se clava en el alma.

Pero el de hoy es más limpio que el de ayer y parece más grandioso al tiempo que más fantástico por tantas nubes negras como revolotean desde el azul del cielo y empujadas por el viento, de montaña en montaña y se esconden y llenan de sombra los campos y al rato se tornan blancas y luego inmensas como océanos y se ponen y derraman más lluvia y más tierra se empapa y tanto es lo que este otoño la tierra está calada que hoy ya dieciocho de diciembre, beso de la Navidad en mi cara, parece un día de aquel diluvio plantado frente a la mañana y lloviendo y soplando el viento y las inmensas nubes negras, además de lavar la hierba, saltan, en su juego, de montaña en montaña.

* **YA LA NAVIDAD AQUÍ** y en mi alma sólo un sueño y al llegar este otro día, miro ansioso y lo que veo es la casa aplastada en la misma tierra llana del final del cerro y por su chimenea, el chorro de humo que hoy sí juega con los caprichos del viento que corre y como las paredes están chorreando y ni el tejado ni la tierra ni los arroyos ni los ríos, pueden más con tanta agua, miro dentro y pegado al fuego de la cocina en el rincón, veo al abuelo y a la abuela junto a madre y padre que se calientan mientras la noche corre y entre las piernas entumecidas, la niña hermana que pregunta:
- ¿Cómo era aquel cuento, abuelo?
Y el gran hombre que dice:

- Lo que en estos momentos me llama la atención y me remite al personaje es el cortijo grande que, por el significado que para mí tiene, fundido lo del individuo con el cortijo, podría llamarlo con otro nombre más soberbio y otro apellido más rotundo pero no es el tema y sí, en el fondo era inteligente pero más cabezón que un burro y cuando se le metía una idea entre ceja y ceja no había hombre en la tierra ni dios en el cielo que le convenciera

de lo contrario aunque su proyecto fuera un absurdo y los demás, por sus decisiones, sufrieran.

Y un día habló con un grupo de niños y les dijo:
- Os voy a llevar de excursión por las tierras más bellas que nunca nadie a conocido.
- ¿Adónde nos va a llevar, señor?
- Al Cortijo Grande y fundamentalmente por dos cosas: para que veáis cómo ha quedado después de las obras que he hecho y para que gocéis paisajes hermosos.
- Pero señor, si a nosotros nos han dicho que el Cortijo Grande es la obra de lo ilógico.
Al oírlos los otros niños rieron y dieron algunos codazos al que había hablado, diciendo por lo bajo:
- ¡Cállate!
Pero él oyó la frase que el muchacho había formulado y oyó ese ¡cállate! disimulado que el otro le pedía y entonces preguntó:
- ¿Qué es lo que pasa?
- ¡Nada, nada!
- Sí que pasa algo.
- Nosotros decimos lo que está en boca de todo el mundo.
- ¿Y qué dice todo el mundo?

- Que la obra que usted ha hecho en el Cortijo Grande es pura cabezonería suya y por eso le llaman el cortijo del absurdo.
- ¿Quién dice eso?
- Muchas personas y, además, dicen que esto es así porque usted es el que tiene el poder y que nadie se atreve a contradecir porque ya sabe cómo acaba.
- ¿Cómo acaba?
- Como el encargado del Cortijo Grande.
- En fin, vosotros no hagáis caso de lo que digan los demás porque en el fondo es que ellos tienen envidia y ya se sabe: hagas lo que hagas uno, siempre habrá quien no lo vea bien.

Y se trajo de excursión a los niños y por fin llegó, no al cortijo sino a las tierras que le rodean y empezó la ruta con ellos bajando por la ladera que mira al río.
- ¿Dónde están los manantiales?
Les preguntaban los niños pensando en los veneros de aguas limpias que a ellos les habían dicho existía en unas de las curvas del cauce.

- Luego los veremos, si tenemos tiempo porque ahora vamos a ir directamente al cortijo para que admiréis la obre que allí he levantado.
- Pero señor, como nos han dicho que todo aquello es un absurdo, ahora no es la obra lo que deseamos ver sino los manantiales o las fuentes esas donde se refugian las cabras monteses.
- Es que nos gustan las cosas sencillas como el campo y sus paisajes y no las sofisticadas y modernas de las personas un poco raras.
- También he puesto unas mesas y asientos que son una preciosidad y por eso quiero que lo veáis haber qué os parece.
- Pero también nos han dicho que todo eso son rarezas suyas y los que le rodean, si no se lo dicen es porque temen que les pase como al encargado.

Tampoco les hizo caso a las palabras de los muchachos y siguieron bajando y como ellos insistían en que quería ver las otras cosas, contestó y dijo:
- Pues como sigáis así de pesados nos volvemos y damos por terminada la excursión.

- Pero ¿podemos ver al encargado que usted a despedido?
- ¿Y para qué queréis verlo?
- Para preguntarle porque dicen que el pobre hombre está hecho polvo. ¿Tan mal le cae?
- Después de la remodelación en el Cortijo Grande había que empezar una nueva etapa.
- Pero él llevaba toda su vida trabajando en el cortijo y dicen que lo hacía bien y era bueno.

- En fin, ya estamos en el cortijo. Si os portáis bien y me decís que os gusta os dejaré que cojáis todas las flores de romero que queráis.
- Pero si hasta dicen que las obras y los adornos, han costado un dineral.
- Es que la pobreza hay que saberla interpretar porque las cosas hay que tenerlas controladas. Ya veréis que bien ha quedado el cortijo.
- ¿Y por qué tiene tanto empeño en enseñarnos a nosotros, que somos niños, su obra y no a las personas mayores?
- Es que en el fondo son personas raras.

Y aquel día el director fue feliz enseñándoles las obras del Cortijo Grande a los niños de la ciudad y los pobres muchachos acabaron cansados y ya al final le dijeron que no quería ver más obras del cortijo sino que seguían con ganas de ver los manantiales del río y al destituido capataz.

Y sí que lo sé: al final ellos se encontraron con aquel hombre y al verlo, tanto se compadecieron de él que hasta llegaron a desear la ruina del precioso y moderno Cortijo Grande y entonces le preguntaron:

- Para usted ¿quién es el raro en esta historia?

Y como el hombre no contestó porque tenía miedo y estaba asustado, los muchachos se fueron y desde entonces, nadie ha podido olvidar ni se borra por entre las bellezas de los bosques, la presencia orgullosa del Cortijo Grande.

Y al callar el abuelo, la niña pregunta:

- Pero ¿fue o no cierta, la realidad de ese cortijo?

Y el abuelo dice:

- Un día tendré que llevarte para que veas y escuches como el valle, desde entonces y en su silencio, grita:

“Levanto los ojos a los montes ¿de dónde me vendrá el auxilio?”

* **ESTAMOS SOBRE LA TIERRA** que mira al valle y como es temprano y tenemos hambre, remontados en la piedra del musgo que siempre nos sirve de mesa y de mirador grande en el silencio del barranco y arropada por la sombra de los árboles, abrimos la merendera y con el trozo de pan que ayer mismo cocía madre, nos vamos comiendo el puñado de aceitunas que hace unos días cogimos de los olivos que tanto mima padre y como ya están aliñadas con su tomillo, su ajo y con hojas del laurel que, temblando en la misma puerta, crece gigante, saben a gloria y más lo saben en esta mañana de frío ya hermana casi de la Navidad que avanza por los caminos del valle.

Y estamos sentados frente al día nublado que parece quieto y está respirando, como nosotros y las ovejas y la aldea que duerme y se abre, el silencio y la ilusión de la fiesta que se acerca, cuando vemos que por el camino viejo, hoy ya carretera de asfalto negro, suben y bajan los coches y entre ellos algunas bestias cargadas

de leña y otros petates y vemos que ya vuelven, de la ciudades y los pueblos que desde la loma caen y llenan el otro valle, algunos de los hijos de los pastores que estudian en los colegios y por estas fechas regresan a sus casas con un poco más de ciencia pero con el corazón, no se sabe si más lleno de amor a su tierra o más roto y dividido y con más dudas y más hambre.

Y vemos al perro mastín que se acurruca en la tierra de la cueva que se abre pegada al mismo camino, que no descansa en su trajín porque a cada coche que de la curva sale, se levanta y ladra y vuelve a su cama y está en su tarea que no para porque no lo dejan tranquilo y como la niña lo mira, no se sabe por qué o yo no lo sé pero con su voz pequeña me dice, mirando al valle:

- ¿Te acuerdas cuando en esta misma ladera se te cayó el mulo cargado con los costales de trigo que llevabas para moler en el molino del río y tener harina para las galletas que, en Navidad, hacía madre?

Y le digo que sí.

- ¿Y te acuerdas de las voces que diste y lo que pasó cuando llegó padre?

Y le repito que me acuerdo.

- Porque padre lo primero que hizo fue levantar al mulo y recoger el trigo de los costales y luego, en esa pequeña cueva y bajo la lluvia y el frío de aquella Navidad, nos refugió a los dos y allí cerca de su corazón y aquella tarde, puerta de la fiesta como hoy, nos dio el abrazo más dulce que nunca, bajo el sol, ha dado nadie. ¿No recuerdas tú aquel amor y el calor manando de aquella sangre?

Y la niña hermana me dice que lo recuerda y que hoy y con este trajín de los que vuelven entre el frío y el hambre de su tierra y de la Navidad y de sus padres, también siente que lo importante, como aquel abrazo dulce, parece suspendido en el aire y amordazado a la luz que baña el campo pero no se ve porque es un presentimiento y un dulzor de alambre que acaricia el alma y se siente inmenso y se palpa bello y ni es corriente ni está claro lo que anuncia ni a lo que sabe.

* **Y COMO EL OTOÑO** está tocando su fin, anunciándolo ya el frío denso que en las largas noches, sobre la hierba, blanco se queda, voy caminando por el barranco de los pinos viejos y mirando despacio a la

sombra larga que desde las cumbres muda chorrea y sin quererlo, miro distraído desde el arroyo por la torrentera y por la senda, veo que baja la hermana hermosa como revestida de atardecer o de perfume de tierna ajedrea.

- Que te vengas a la casa, dice padre, y deja a los animales que pasten por la pradera.
Me dice parada frente a la llanura y la corriente de agua limpia que por el arroyuelo juega con las piedras y en este momento la miro mudo y me digo, sin decir nada, que el otoño, ¡ay que ver con cuanta fuerza se hace presente y a la vez, dejando sobre la tierra a tantas hojas amarillas que caen de los álamos y lo arces y al mismo tiempo, ay que ver qué inmenso mar de dolorosa belleza.
- Que te vengas a la casa que ya el fuego está encendido y madre sentada frente a las llamas de las chisporroteantes teas.

Y le digo que sí, que ahora mismo me voy para la casa pero al mismo tiempo le digo que, los hermanos y la otra niña pequeña, compañera suya por los anchos campos, de juegos y fantasías de hiedra:

- ¿Cómo nos lo dejamos solos con este frío que hace y con tanta escarcha trabada en la verde hierba?
Y la hermana querida:
- Pues vamos a buscarlos y que ellos también se vengan y que se sienten, frente a las llamas doradas de la lumbre que arde en la chimenea y, junto con el calor de madre y las miradas dulces de padre y el vapor de la niebla que sube desde los barrancos, que se acurruquen en nuestro cariño y gocen el momento del otoño pálido de escarchas que crujen y nunca se quiebran.

Y como el momento es tan fino, frío, cálido, nebuloso y misterio chorreando desde mi corazón, por las grises piedras, otra vez le digo que sí, que se hará lo que ella quiere para que de dulce belleza se llene, no sólo las tierras amadas que rodean al cortijo, sino los caminos blancos que Dios tiene tallados por entre las blandicas y temblonas nieblas.

* **YA ES HOY** veintiuno de diciembre y por lo que sé y me dicen los entendidos y mayores del lugar, un otoño como que se va, no se ha visto nunca por la sierra y es que aunque la nieve y el frío y el hielo ha sido mucho,

no fue tanto como otros años pero lo que son las lluvias, sé y dicen que nunca por estas sierras se vio un temporal tan abundante en agua ni las fuentes, arroyos y ríos brotaron y corrieron tan llenos ni tanta inundación, por las campiñas y los pueblos que llenan el otro valle, se vio nunca ni la sierra estuvo tan repleta de cascadas bellas y de espumas blancas llenando los barrancos ni las encinas ni los majuelos y las yedras dieron tantos frutos como han tenido este otoño que acaba de pasar por la sierra.

Y como lo recuerdo y estoy viendo a los que de aquí son y regresan a sus raíces porque el otoñó hoy se acaba y llega, con los primeros días del invierno, la Navidad sincera, miro al barranco que me contiene y también a la que se fue que llega y a la niña hermana que la saluda y después de darle un beso en la cara y decirle que la quiere y que se alegra, me veo subiendo con ella de la mano por la senda de esa tierra del arroyo que es estrecha y donde el puntal y arriba, se alza imponente la piedra y justo en ese barranco retozan los machos cabríos y pastan las ovejas, sintiéndose sin verse, la presencia de padre entre el rocío cristal en la espesa hierba.

Y vamos subiendo en la paz del nuevo día por la senda que es como un sueño de tantas adelfas como en la curva crecen y tantos charcos de agua azul y tantas zarzas enredadas en las ramas de los fresnos y las encinas viejas clavadas en la torrentera y ya sin bellotas porque el invierno las besa y al sentir los balidos, nos paramos y miramos por la tierra.

Y estamos nosotros en el centro del barranco que es por donde viene la senda subiendo, en su silencio, arroyo arriba en busca de la aldea y estamos sintiendo que el otoño se acaba y el invierno llega con todo su nombre repleto y el día nublado y algo triste, no por lo que regresa sino por lo que no vuelve y sigue en sus luchas por aquellas tierras y hasta se siente que no vencerá porque la desigualdad entre sus fuerzas y los que le acorralan, es mucha y estamos recordando el calor de la lumbre en la casa junto al abuelo y a la abuela y esta noche y las siguientes, en compañía de la que vuelve y tanto queremos y el dulzor que ya sí contagia, que se acerca, cuando la niña hermana me dice:
- ¡Mira, allí está la oveja!

Y miro y sí que la veo subir por la estrecha senda que remonta oculta entre las adelfas y como la oveja perdida desde hace tres meses, es negra, reluce en la mañana blanca y más reluce el borrego que le sigue que también es negro y la hierba que le recorta y el temblor de las ramas secas en el arroyo entre las adelfas y como ella al vernos no detiene sus pasos y la niña la sigue mirando sin salir de su sorpresa, me aprieta la mano a la vez que la llama a ella.

- Corrala, te escapaste de la manada y te fuiste por la sierra sin decir nada y ahora que el otoño acaba y ya no tienes bellotas en las encinas porque el invierno llega, vuelves a casa y qué bien que vengas pero tú debes comprender el disgusto que nos diste y la tristeza.

Y Corrala, como es oveja, continua subiendo seguida de su borrego y reflejando, en la mañana, el negro de su lana vieja y mientras mira a la niña y me mira a mí, bala y parece como decir que la llevemos a la manada porque se queda y que se olvide su fuga y sus maneras ya que en el fondo fue por la golosina de las bellotas y los madroños junto con la tierna hierba y porque necesitaba comer y libre quería irse por la tierra pero que

ahora que llega el invierno y ya está vieja y criado su borrego, vuelve para quedarse porque su prado y su corral, tiene otro sabor que llena.

Y la niña que se acerca y con su mano de nieve que parece de princesa, la acaricia y su lana peina y la llama por su nombre y le dice que el momento de su vuelta es bello porque hoy es ya el otoño se acaba y el invierno llega.

- ¡Ya verás madre y verás padre y verás tus compañeras, cuando te vean!

Le dice la niña desde su eterno juego y la oveja de lana negra, bala y sigue subiendo y parece como si ella, con la mañana y su vuelta, otra vez más anunciara que el invierno llega y también la Navidad besando en el corazón y llenando, de amor, el rincón de la dulce tierra. **Final del otoño**

Comienzo del invierno

“Se sabe que siempre es más triste pero no en el sentido de tener tristeza sino que quedaban los árboles deshojados, que nevaba y no se podía salir pero era precioso con la nieve y levantarse una mañana y ver todos los árboles sin hojas y todos cuajados de nieve. Otras veces temporales muy grandes de llover mucho y tampoco podían salir los animales y por eso tenían que estar prevenido de tener comida porque al no poder salir al campo, se hubieran muerto. Las ovejas tenían sus tinadas y cada animal tenía su establo donde estar guarecido.

Y ya pues, las matanzas. Unas lumbres muy grandes y el candil colgado en la chimenea. Uno o dos. Mi madre si tenía que coser, ponía dos candiles. En mi casa se leía y esto era una suerte. Mi madre sabía leer y le gustaba mucho y otras veces leía mi abuela. Mi padre no sabía pero le gustaba mucho oír a mi madre y a mí también algunas veces me decía que le leyera. Le gustaba la Historia Sagrada y lo que más de esta historia, era lo del Rey David y lo de Jacob y sus hijos.

Y cuando se quitaban los temporales de las lluvias y la nieve, tenían que salir a la recogida de las aceitunas que se llevaba en capachos hechos de pleita a lomos de los mulos a las fábricas de aceite y se recogía los turbios con los que se hacía el jabón y lo que aquí se le dice orujo, allí se le decía “jipia” y aquello servía de pienso para los cerdos que se lo echaba mi madre revuelto con el salvado que aquí se le dice molluelo. Cuando mi madre cernía la harina que salía del molino la cernía con el cedazo haciendo así, así que yo muchas veces le ayudaba a mi madre a cerner la harina...”

* **CUANDO AHORA** son las siete de la mañana del primer día de invierno, según el calendario y modo de medir lo intangible que para esta tierra han establecido ellos, me despierto igual que ayer y desde este rincón que me acoge frente al tiempo y al frío y a la lluvia, se me llena el alma de gozo a la vez que de dudas y miedo y no es por Ti, Dios mío, sino por lo que aún tengo que palpar y es puro suelo.

Porque ahora mismo hace frío y no se mueve el viento y siendo el día como fue el de ayer, a estas horas

todavía no se ve porque las tinieblas de la noche lo cubre casi todo y es que claro: el reloj marca su hora, según la ciencia de los humanos pero Tú tienes tu nombre y llevas tu ritmo y yo, desde este rincón mío pequeño, miro y tengo que adaptarme y decir que sí, que hoy ya es el primer día del invierno y que ahora mismo es la misma hora que fue ayer aunque no haya llegado la luz ni se vea al campo ni los caminos ni salga el sol hasta dentro de un rato y mientras me repito, para saberlo, que hoy es el primer día de invierno, me voy despabilando al tiempo que caigo en la cuenta que hoy, y según Tú y no la ciencia de ellos, es puerta de algo y, además, y como su colorido está casi mezclado y perfecto, dentro de un rato luce y empieza y se alza, la gran puerta de la otra Navidad.

Porque ya casi estoy sintiendo cantar a los niños de la lotería que abren, según el calendario que sobre el papel escribieron, la puerta de la Navidad y ponen en marcha la ilusión y se encienden los corazones y aunque no sea cierto y el día de hoy y este momento resulte el mismo que el de ayer y tenga casi el mismo color gris, el cielo se muestra callado y duerma tan quieto sobre estos campos míos que son hermosos y desde mi corazón sí

es verdad que se alzan bellos y, ahora te digo por qué, mientras miro a la oscuridad que se va yendo y me desperezo en el alma y me despierto.

Porque puerta, Dios mío, ¿qué es y dónde la tengo? Y te lo digo porque pienso que nada de lo que es materia y me rodea y veo por este suelo, siento como puerta y menos lo que me decían ayer del libro y la puerta ahí esperando en lo escrito y no una sino un ciento ni tampoco siento hoy que sean puertas los caminos que me han roto en mi tierra ni los nuevos que han trazado y a tantos sitios, según ellos, llevan ni tampoco la ilusión de la lotería ni el reloj que tanto marca el tiempo mientras aquí estoy en mi espera y me repito de nuevo: ¿qué es puerta, Dios mío, qué es puerta?

Pero siento y, ya te lo digo, que el día que llega es invierno porque lo sé en mi corazón y en el dolor de mi recuerdo y por esto te decía antes que el día de hoy y lo que me anuncia, desde mi sentimiento y mi soledad y mi rincón pequeño, es el que más me gusta porque es invierno y sus noches largas y sus silencios cuajados de frío y sus nubes densas y sus hielos bajo las estrellas

nacaradas y su monotonía de bosques viejos, me recoge en Ti y me da tu beso con el dulzor que me presta vida y me calienta y me trae recuerdos de lo que sí creo es la gran puerta que abre el cielo.

Y quizá por esto esta noche que ha sido parte del otoño y parte del invierno, a lo largo de toda ella, ha estado lloviendo sin parar y he sentido el viento y el rumor de la cascada de mi mágico arroyuelo y esto sí que me gusta porque ello y la soledad y la humedad y el musgo y el frío y el barranco y las nubes en la cumbre y las horas largas y la oscuridad en el centro y tan preñada de pronto, sí sabe a invierno y por eso en el nuevo día y ahora que me despierto, te doy las gracias y me alegro porque esta noche y, desde este rincón frío y misterio y oculto y lejos de aquellos tinglados que ellos montan, la he estado sintiendo en su juego por los campos y tan aquí conmigo y tan gozo y dulzor en mi alma y tan música en sus pasos por el suelo y el rocío por la hierba y las nubes y la lluvia y este corazón que tengo, que esto sí me gusta y digo que es puerta total en este día que ya es invierno, según lo dicen ellos que es otra realidad a la que en mi alma tengo

pero sí y, para entendernos, en su lenguaje y medidas: hoy ya es invierno.

* **HOY AMANECE** y ya es el segundo día de invierno y mientras la niña en la casa se prepara para entregarse a su tarea, la que ha vuelto y tanto habla y tanto quiere a la hermana pequeña, dice:
- Fíjate tú, de la ciudad de donde vengo, ya desde hoy no se trabaja y hasta después de reyes son vacaciones de hecho, comenzando con lo que llaman Navidad y es primer día de invierno y pasando por el fin de año y hasta que reyes, todo seguido y completo y, sin embargo, aquí en estos campos y esta casa y esta tierra, ni descanso hay en la mañana ni al caer la tarde ni en otros momentos.

Y la niña la mira y le dice que sí pero que ¿cómo va a dejar sin comer a las ovejas y que se mueran los borregos? Y la hermana no habla pero piensa que algo, en algún lugar, no está bien hecho y mientras se despereza en la cama, ya ve a la niña saliendo por la puerta del cortijo y al poco la ve subiendo por la senda que surca el cerro y guiando a su rebaño de cabras, surca

la sombra gris del nuevo día y ahí, donde la tierra se allana y hay un rodal de monte espeso y mucha hierba alta que forma como una pradera que parece salida de un sueño, para a las cabras y mientras las ve quedarse y satisfechas, comiendo, mira despacio al valle y hoy y a estas horas y con este traje de invierno, el valle respira hermoso con su chimenea en la casa y el humo por ella saliendo y los colores congelados de las piedras, los árboles, el monte y el cielo y el río aplastado y ajeno a la Navidad y a las vacaciones y las ovejas pastando y los pastores en sus faenas sin notar que sean fiestas o que sea invierno pero el valle, desde la repisa en que ya juega la niña ¡qué hermoso y en su silencio!

Y como estoy con ella real y desde este lado del tiempo, la veo que deja a sus cabras y sigue por la senda estrecha y al pisar el suelo, ya ve brotando de la tierra y por entre la escarcha del hielo que como es rocío, parece nieve, los narcisos enanos o pequeños que son los primeros en nacer en cuanto llegan los fríos intensos y como se muestran tan bonitos con su color amarillo añejo, verlos aparecer por entre la nieve blanca y tersos por donde hace unos días rodaban las bellotas y los

madroños viejos ¡qué gusto da y cómo anima la fuerza de tanta vida entre la soledad, las rocas, el frío y el hielo!

Y como ya los conoce y aunque son bellos, hay tantos que cubren y tapan el suelo, los mira y los acaricia con sus manos y les dice que no griten tanto de Ti ni se vistan trajes tan nuevos para recibirla a ella en mañana tan sencilla de niebla frío e hielo y sigue subiendo y antes de llegar al collado que parte en dos el cerro, de las rocas que cuelgan de la cumbre, al aire de la mañana fresco, tiemblan los narcisos rupícolas que son los otros que también brotan en cuanto llega el invierno y desde los huecos de las paredes rocosas, cuelgan en el vacío como si fueran adornos que, a conciencia, Tú por aquí has puesto para ella porque la quieres y la besas y juega tu mismo juego y como son largos y flexibles y amarillo oro viejo ¡qué delicados en la mañana gélida de brumas que son incienso y qué bien que nazcan en estos días que tanto parece muerto!

Y tampoco los coge sino que sigue subiendo sin prisa pero con la inquietud en su corazón y en sus labios y en su cara y en sus ojos de esmeralda y azul de cielo y

ahí, todo el edén florecido y por entre los frágiles dedos de sus manos de princesa, vestido con la mejor gala, su juego.

Y como yo la estoy viendo y la sigo más con los ojos del alma y la dulzura que mana del beso que de ella y de Ti, tengo, me alegro y me gozo y me siento afortunado y me digo que esto y aquello, Dios mío, ¿cómo lo comparo y como acepto que aquellas Navidades de las ciudades y sus vacaciones y sus luces, sean más que esto?

Y al llegar a la gris repisa de la mitad de la montaña que es como el mejor balcón frente a todos los sueños y a las tierras del valle donde duerme la aldea y la raya del infinito viejo y la luz de la mañana que llena la sierra de inmenso, se para frente a las rocas del puñado de narcisos nuevos y me saluda y al mirar y besarme en el viento, coge una piedra gorda y se acerca a al grieta de la sima inmensa que es como un pozo que perfora las entrañas de la cumbre hasta el corazón del tiempo y la tira y me mira y escucha y contiene su aliento y mientras la piedra se oye bajar y chocar y quebrarse y estallar en la

oscuridad temblorosa de lo profundo y el miedo, me vuelve a mirar sonriendo y habla y dice, desde su juego:

- Lo que entre sus brazos ahora trae el invierno ¿es como la oscuridad y profundidad de esta sima?

Y le digo que el secreto sí es parecido a lo que se intuye y no se ve en el frío y largo agujero.

- Entonces ¿el invierno es como un silencio vestido de sombra espesa que se abre y se hace camino hacia el centro de la tierra que es donde tú tienes tu sueño?